

EL EFECTO MATRIMONIO GRAEME SIMSION



Lectulandia

En su hilarante bestseller *El Proyecto Esposa* —que ya suma más de un millón de ejemplares vendidos en todo el mundo— Graeme Simsion dio vida a un personaje difícil de olvidar: Don Tillman, un profesor de Genética australiano tan inteligente como inepto para el trato social. Su disparatado proyecto de encontrar pareja aplicando un método científico concluía milagrosamente en boda con la vivaracha y algo caótica Rosie Jarman, estudiante de Psiquiatría y la mujer que menos se ajustaba a su modelo de candidata ideal.

Ahora, diez meses y diez días después de casarse, encontramos a Don y Rosie en Nueva York, desafiando, una vez más, todas las incompatibilidades imaginables. Él enseña y ella estudia en la Universidad de Columbia, y, por las noches, uno prepara y otra sirve cócteles en el mismo restaurante. Todo parece ir viento en popa hasta que Rosie le comunica que... está embarazada. Para alguien como Don, cuyo equilibrio vital se basa en la planificación, el bebé ya es un reto mayúsculo, pero, por desgracia, las sorpresas se multiplican: Gene, su mejor amigo y un mujeriego incorregible, se ha separado y se muda a vivir con ellos; el apartamento, propiedad de un guitarrista de rock que ensaya en el piso superior, apesta a cerveza; y, por si fuera poco, hay que añadir unos amigos con graves problemas financieros, aparatos de refrigeración que son una pesadilla y una demanda judicial que podría suponer la deportación. En suma, cabe afirmar con propiedad que el mundo perfecto de Don ha estallado en mil pedazos. ¿Será capaz, con su mente científica, de acabar con el caos que amenaza con destruir su felicidad?

Lectulandia

Graeme Simsion

El efecto matrimonio

Don Tillman - 02

ePub r1.0

Titivillus 15.10.15

Título original: *The Rosie Effect*
Graeme Simsion, 2014
Traducción: Magdalena Palmer Molera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Anne

El zumo de naranja no estaba programado para el viernes. A pesar de que Rosie y yo habíamos abandonado el Sistema Estandarizado de Comidas —con la resultante mejora en «espontaneidad», aunque a costa del tiempo invertido en hacer la compra, el inventario de ingredientes y el desperdicio de alimentos—, también acordamos que la semana debía incluir tres días sin alcohol. Y, sin una planificación formal, este objetivo era difícil de alcanzar, como yo había previsto. Finalmente, Rosie vio la lógica de mi solución.

Los viernes y los sábados eran días evidentes para consumir alcohol. El fin de semana no teníamos clase, podíamos acostarnos tarde y quizá mantener relaciones sexuales.

Estaba terminantemente prohibido programar el sexo, al menos de forma explícita, pero yo me había familiarizado ya con la secuencia de acontecimientos que solía precipitarlo: un *muffin* de arándanos de la panadería Blue Sky, un café muy cargado de Otha's, quitarme la camisa e imitar a Gregory Peck en el papel de Atticus Finch en *Matar a un ruiseñor*. Ahora ya sabía que no siempre debía ejecutar los cuatro pasos en el mismo orden, pues mis intenciones habrían sido demasiado evidentes. Para añadir un elemento de imprevisibilidad, había decidido lanzar una moneda al aire dos veces con la intención de seleccionar el componente de la secuencia que eliminaba.

Había metido en la nevera una botella de Elk Cove pinot gris para acompañar las vieiras sostenibles que había comprado esa mañana en el mercado de Chelsea. Sin embargo, cuando volví de recoger la colada en el sótano, me percaté de que en la mesa había dos vasos de zumo de naranja. El zumo de naranja no era compatible con el vino, eso estaba claro. Si se bebía primero, el regusto ácido que dejaba embotaba las papilas gustativas hasta el punto de que impedía detectar el tenue azúcar residual característico de los pinot gris. Posponerlo tampoco era aceptable: el zumo de naranja se deteriora rápidamente, de ahí que los establecimientos que ofrecen desayunos subrayen lo de «recién exprimido».

Rosie estaba en el dormitorio, por tanto inaccesible de forma inmediata para comentarlo. En nuestro apartamento había nueve variantes de ubicación posibles para dos personas, de las cuales seis implicaban que estuviéramos en habitaciones distintas. Nuestro piso ideal, como especificamos de forma conjunta antes de instalarnos en Nueva York, habría tenido treinta y seis variantes posibles a partir de un dormitorio, dos estudios, dos baños y una cocina americana. Esta vivienda de referencia habría estado ubicada en Manhattan, cerca de las líneas 1 o A para facilitar el acceso a la facultad de Medicina de la Universidad de Columbia; también habría tenido vistas al río, y un balcón o una barbacoa en la azotea.

Sin embargo, como nuestros ingresos consistían solamente en un salario académico, complementado con dos trabajos a media jornada en una coctelería, pero

mermados por la matrícula universitaria de Rosie, tuvimos que hacer concesiones, de modo que nuestro apartamento no cumplía ninguno de los requisitos mencionados. También dimos excesiva importancia a su ubicación en Williamsburg porque nuestros amigos Isaac y Judy Esler vivían allí y nos habían recomendado la zona. Sin embargo, no había ninguna razón lógica para que a un profesor de Genética de (a la sazón) cuarenta años y a una licenciada de treinta que ahora estudiaba Medicina les conviniese el mismo barrio que a un psiquiatra de cincuenta y cuatro y a una ceramista de cincuenta y dos que habían adquirido su vivienda antes de que subieran los precios. El alquiler era elevado, y el apartamento tenía una serie de defectos que los administradores no parecían muy dispuestos a corregir. En esta época del año, por ejemplo, el aire acondicionado no conseguía compensar la temperatura exterior de treinta y cuatro grados Celsius, a pesar de que encajaba en los parámetros estadísticos de Brooklyn a finales de junio.

La reducción en el número de habitaciones, combinada con el matrimonio, supuso que me viera expuesto, como nunca antes, a una proximidad íntima continuada con otro ser humano. La presencia física de Rosie era una consecuencia sumamente positiva del Proyecto Esposa, pero, después de diez meses y diez días de matrimonio, yo aún seguía adaptándome a ser uno de los componentes de una pareja. A veces pasaba en el cuarto de baño más tiempo del estrictamente necesario.

Comprobé la fecha en el teléfono: sin duda, era viernes 21 de junio. Con ello constataba que mi cerebro no había desarrollado un defecto que le impedía identificar correctamente los días de la semana, pero también confirmaba una extraña violación del protocolo de bebidas alcohólicas.

Rosie interrumpió mis reflexiones al salir del dormitorio cubierta únicamente con una toalla. Ese era mi atuendo preferido si aceptamos que la falta de atuendo no cuenta como atuendo. Una vez más, me sorprendió su belleza extraordinaria y su decisión inexplicable de haberme seleccionado como pareja. Y, como siempre, a esa idea siguió una emoción no deseada, pero lógicamente inevitable: el miedo intenso a que un día reparase en su error.

—¿Qué se cuece por aquí? —preguntó.

—Nada. El proceso de cocción no se ha iniciado. Estoy en la fase de reunión de ingredientes.

Rosie se echó a reír en un tono que indicaba claramente que, una vez más, había malinterpretado su pregunta. Claro que la pregunta no habría sido necesaria de haberse aplicado el Sistema Estandarizado de Comidas. Le facilité la información que, supuse, solicitaba:

—Vieiras sostenibles con *mirepoix* de zanahoria, apio, chalote y pimienta aliñado con aceite de sésamo. La bebida recomendada para acompañarlo es un pinot gris.

—¿Me necesitas para algo?

—«Todos necesitamos dormir un poco esta noche. Mañana partimos hacia Navarone».

El significado de la frase de Gregory Peck era irrelevante. El efecto residía en cómo se pronunciaba y en la sensación de liderazgo y confianza que transmitía para la preparación de las vieiras salteadas.

—¿Y si no puedo dormir, capitán? —preguntó Rosie con una sonrisa, antes de desaparecer en el baño.

No mencioné el tema de la próxima localización de aquella toalla. Hacía tiempo que yo ya había aceptado que la ubicaría al azar, en el cuarto de baño o en el dormitorio, de modo que, en realidad, acabaría ocupando dos espacios.

Nuestras preferencias por el orden se encuentran en extremos opuestos. Cuando nos mudamos a Nueva York, Rosie llenó tres maletas de las grandes. Ya sólo la cantidad de ropa era increíble. Mis objetos personales cabían en dos bolsas de mano. Aproveché la mudanza para mejorar la calidad de mi material cotidiano: regalé el equipo de música y el ordenador de sobremesa a mi hermano Trevor, devolví la cama, la ropa blanca y los utensilios de cocina a la casa familiar de Shepparton y vendí la bicicleta.

Rosie, por el contrario, aumentó su vasta colección de pertenencias adquiriendo distintos objetos decorativos a las pocas semanas de nuestra llegada. El caótico estado de nuestro apartamento evidenciaba el resultado: macetas, sillas de sobra y un impráctico botellero.

No se trataba sólo de la cantidad de objetos, sino también de un problema de organización. La nevera estaba repleta de recipientes medio vacíos con ingredientes para bocadillos, salsas variadas y productos lácteos caducados. Rosie incluso había llegado a sugerir que nuestro amigo Dave nos suministrara una segunda nevera. ¡Un refrigerador para cada uno! Las ventajas de mi Sistema Estandarizado de Comidas nunca habían sido tan evidentes, con sus platos específicos para cada día de la semana, una lista estandarizada de la compra y un inventario optimizado.

El método desorganizado de Rosie tenía exactamente una excepción. Esa excepción era una variable. Por defecto, eran sus estudios de Medicina, pero en la actualidad se trataba de su tesis doctoral sobre los riesgos ambientales en el inicio precoz del trastorno bipolar. Le convalidaban varias asignaturas de Medicina si acababa la tesis durante las vacaciones de verano. Sólo faltaban dos meses y cinco días para que se cumpliera el plazo.

—¿Cómo puedes ser tan organizada para una cosa y tan desorganizada para todo lo demás? —le había preguntado a Rosie mientras la veía instalar el *driver* incorrecto para su impresora.

—Porque estoy concentrada en mi tesis, y eso es lo único que me preocupa. Nadie se pregunta si Freud comprobaba la fecha de caducidad de la leche.

—A principios del siglo xx no tenían fechas de caducidad.

Era increíble que dos personas tan distintas se hubiesen convertido en una pareja tan bien avenida.

El Incidente del Zumo de Naranja aconteció al final de una semana ya problemática. Otro inquilino de nuestro edificio había estropeado mis dos camisas «decentes» al añadir parte de su ropa sucia a nuestra colada, en la lavandería comunitaria del sótano. Entendía perfectamente su deseo de eficiencia, pero una de sus prendas había teñido nuestra ropa blanca de un tono malva desigual y permanente.

Desde mi punto de vista, aquello no suponía problema alguno: yo era un profesor invitado en la facultad de Medicina de la Universidad de Columbia y ya no tenía que preocuparme por «dar una buena primera impresión». Tampoco podía imaginar que se negaran a servirme en un restaurante por el color de mi camisa. Por otro lado, las prendas exteriores de Rosie, negras en su mayoría, no se habían visto afectadas. El problema se limitaba a su ropa interior.

Argumenté que, para mí, la nueva tonalidad no suponía ningún inconveniente, y que nadie más la vería sin ropa, salvo quizá un médico, cuya profesionalidad debía hacer que no se preocupara por semejantes cuestiones estéticas. Pero Rosie ya había intentado hablar del asunto con Jerome, el vecino que había identificado como el infractor, para evitar recurrencias. Parecía un curso de acción razonable, pero Jerome la había mandado a la mierda.

No me sorprendió que Rosie topara con cierta resistencia. Solía ser muy directa en términos de comunicación. Para hablar conmigo era un método eficaz, incluso diría que necesario, pero a otras personas esa franqueza les resultaba agresiva. Jerome, además, tampoco parecía el tipo de persona dispuesta a buscar soluciones beneficiosas para todas las partes implicadas.

Y ahora Rosie quería que yo «diese la cara» y le demostrase a Jerome que «no podía pasarse» con nosotros. Ese es exactamente el tipo de conducta que quiero que eviten mis alumnos de artes marciales. Si ambas partes tienen como objetivo dominar, y por consiguiente aplican a rajatabla el algoritmo «responder con más fuerza», el resultado final será inevitablemente la invalidez o la muerte de una de las partes. ¡Por una simple colada!

Pero el tema de la colada era insignificante en el contexto general de la semana. Porque se había producido un verdadero desastre.

Se me acusa con frecuencia de abusar de esa palabra, pero cualquier persona razonable aceptaría que «desastre» es un término apropiado para describir el fracaso matrimonial de mis amigos más íntimos, con dos hijos todavía dependientes. Gene y Claudia vivían en Australia, pero la situación estaba a punto de producir nuevas perturbaciones en mi calendario.

Gene y yo habíamos hablado por Skype, y la calidad de la comunicación había dejado mucho que desear. Además, es muy posible que Gene estuviera borracho. Mi amigo parecía poco dispuesto a entrar en detalles, probablemente porque:

1. En general la gente está poco dispuesta a hablar con franqueza de los pormenores de su actividad sexual.
2. Gene se había comportado de un modo sumamente estúpido.

Después de prometer a Claudia que abandonaría su proyecto de mantener relaciones sexuales con una mujer de cada país del mundo, no había logrado mantener su palabra. La infracción se había producido en una conferencia en Gotemburgo, Suecia.

—Don, ten un poco de compasión. ¿Qué probabilidades había de que viviera en Melbourne? ¡La chica es islandesa!

Le señalé que yo era australiano y vivía en Estados Unidos. Una forma simple de rebatir su absurdo argumento de que la gente se queda en su país de origen.

—Ya, pero ¡Melbourne! Y resulta que, además, ¡conoce a Claudia! ¿Qué probabilidades había?

—Eso es difícil de calcular.

Señalé que tendría que haberme preguntado por esa estadística antes de ampliar su lista de nacionalidades. Si quería una valoración razonable de las probabilidades, debía facilitarme información sobre las pautas de migración y el alcance de la red social y profesional de Claudia.

Había otro factor:

—Para calcular el riesgo, además, necesito saber a cuántas mujeres has seducido desde que prometiste dejar de hacerlo. Evidentemente, el riesgo se incrementa de forma proporcional a...

—¿Importa eso?

—Sí, si quieres una estimación. Supongo que la respuesta no es «a ninguna».

—Don, las conferencias, las conferencias en el extranjero, no cuentan. Eso todos lo dan por supuesto.

—Si Claudia lo da por supuesto, ¿por qué es un problema?

—Porque no tiene que pillarte. Lo que pasa en Gotemburgo tiene que quedarse en Gotemburgo.

—Imagino que la mujer islandesa en cuestión desconocía esa regla.

—Está en el club de lectura de Claudia.

—¿Hay alguna excepción para los clubes de lectura?

—Olvidalo. Da lo mismo, se acabó. Claudia me ha echado de casa.

—¿Eres un sin techo?

—Más o menos.

—Increíble. ¿Se lo has contado a la decana?

A la decana de la facultad de Ciencias de Melbourne le preocupaba muchísimo la imagen pública de la universidad. Me parecía que tener a un sin techo al frente del departamento de Psicología no daría, para utilizar su expresión recurrente, «muy buena impresión».

—Me tomaré un año sabático. Quién sabe, a lo mejor me paso por Nueva York y te invito a una cerveza.

Aquella era una idea sorprendente; no por la cerveza, que por supuesto podía adquirir yo mismo, sino por la posibilidad de que mi amigo más antiguo viniese a Nueva York.

Excluyendo a Rosie y a mis familiares, yo tenía un total de seis amigos. Eran, en orden descendente según el tiempo total de contacto:

1. Gene, cuyos consejos a menudo habían demostrado ser insensatos, pero que tenía unos conocimientos teóricos fascinantes sobre la atracción sexual humana, posiblemente motivados por su propia libido, que era excesiva para un hombre de cincuenta y siete años.
2. Claudia, la esposa de Gene, psicóloga clínica y la persona más sensata del mundo. Había demostrado una tolerancia extraordinaria a las infidelidades de Gene antes de que él prometiera reformarse. Me pregunté qué pasaría con su hija, Eugenie, y con Carl, el hijo del primer matrimonio de Gene. Eugenie tenía nueve años, y Carl, diecisiete.
3. Dave Bechler, un ingeniero de refrigeración que había conocido en un partido de béisbol durante mi primera visita a Nueva York con Rosie. Nos reuníamos una vez a la semana en la programada Noche de los Chicos, para hablar de béisbol, refrigeración y mujeres.
4. Sonia, la mujer de Dave. Pese a mostrar cierto sobrepeso (IMC aproximado de 27), era guapísima y tenía un trabajo bien pagado como directora financiera de una clínica de fertilización in vitro. Estos atributos eran motivo de estrés para Dave, que estaba convencido de que ella lo dejaría por alguien más atractivo o pudiente. Hacía cinco años que Dave y Sonia intentaban reproducirse con técnicas de fertilización in vitro (curiosamente, no en la clínica donde trabajaba Sonia, que supongo que les habría hecho descuento y les habría facilitado, de ser necesario, el acceso a genes de calidad superior). Lo habían logrado recientemente, y el nacimiento del bebé estaba programado para el día de Navidad.
5. (igual) Isaac Esler, un psiquiatra australiano al que yo había considerado el candidato más probable para ser el padre biológico de Rosie.
6. (igual) Judy Esler, la esposa norteamericana de Isaac. Judy era una ceramista que también recaudaba fondos para beneficencia e investigación. Era asimismo la responsable de algunos de los objetos decorativos que abarrotaban nuestra casa.

Seis amigos, suponiendo que los Esler todavía lo fuesen. No los había visto desde el Incidente del Atún Rojo, acaecido seis semanas y cinco días antes. Sin embargo, aunque fuesen cuatro amigos, ya eran más de los que había tenido en la vida. Ahora

cabía la posibilidad de que todos, salvo uno —Claudia—, estuviesen conmigo en Nueva York.

Actué rápidamente y le pregunté al decano de Medicina de Columbia, el profesor David Borenstein, si Gene podría pasar su temporada sabática allí. Gene, como curiosamente indica su nombre, es genetista, pero está especializado en psicología evolutiva. Podían ubicarlo en Psicología, Genética o Medicina, pero yo recomendé que descartaran Psicología. La mayoría de los psicólogos discrepan de las teorías de Gene, y tenía la intuición de que mi amigo no necesitaba por ahora más conflictos en su vida. Debo subrayar aquí que una reflexión de este tipo requería por mi parte un nivel de empatía que hubiera sido impensable antes de vivir con Rosie.

Advertí al decano de que, como catedrático, Gene no querría hacer ningún trabajo propiamente dicho. David Borenstein estaba familiarizado con el protocolo sabático, que dictaba que a Gene le pagaría su universidad de Australia. También estaba al corriente de la reputación de mi amigo.

—Si puede coescribir un par de artículos y dejar en paz a las estudiantes de doctorado, le encontraré un despacho.

—Claro, claro.

Gene era experto en que le publicaran con el mínimo esfuerzo. Tendríamos un montón de tiempo libre para hablar de temas interesantes.

—Lo de las estudiantes de doctorado lo digo muy en serio. Si se mete en líos, te haré responsable —añadió Borenstein.

Eso parecía una amenaza nada razonable, típica de rectores de universidad, pero así tendría una excusa para reformar la conducta de Gene. Además, después de examinar detenidamente a las estudiantes de doctorado, concluí que era poco probable que alguna despertara su interés. Lo comprobé cuando llamé para anunciar que le había conseguido empleo.

—Tienes México, ¿correcto?

—Pasé algún tiempo con una dama de esa nacionalidad, si es eso lo que preguntas.

—¿Mantuviste relaciones sexuales con ella?

—Algo así.

Había varias estudiantes internacionales de doctorado, pero Gene ya había cubierto los países más desarrollados y de mayor densidad demográfica.

—Y bien, ¿aceptas el trabajo? —le pregunté.

—Bueno... Tengo que estudiar otras opciones.

—Ridículo. Columbia tiene la mejor facultad de Medicina del mundo. Y están dispuestos a aceptar a alguien con fama de gandul y conducta inapropiada.

—Quién fue a hablar de conducta inapropiada.

—Correcto. Me aceptan. Son sumamente tolerantes. Puedes empezar el lunes.

—¿El lunes? Don, no tengo casa...

Le expliqué que encontraría solución a ese pequeño problema práctico. Gene

venía a Nueva York. Volveríamos a estar juntos en la misma universidad, él y yo. Y Rosie.

Mientras miraba los zumos de naranja de encima de la mesa, comprendí que había estado esperando poder recurrir a la ayuda del alcohol para contrarrestar la ansiedad que me provocaba contarle a Rosie las novedades relacionadas con Gene. Me dije a mí mismo que me preocupaba innecesariamente. Rosie solía decir que le gustaba la espontaneidad. No obstante, este simple análisis pasaba por alto tres factores:

1. A Rosie no le gustaba Gene. Había sido su director de tesis en Melbourne, y técnicamente todavía lo era. Ella se quejaba mucho de su conducta académica, y consideraba su infidelidad hacia Claudia inaceptable. Mi argumento de su rehabilitación había quedado debilitado.
2. Rosie consideraba importante que tuviéramos tiempo para nosotros. Ahora, inevitablemente, yo dedicaría tiempo a Gene. Él insistía en que su relación con Claudia había acabado, pero, si yo podía ayudarlo a salvarla, parecía razonable dar menos prioridad, al menos de forma temporal, a nuestro saludable matrimonio. Aunque estaba seguro de que Rosie no estaría de acuerdo en este punto.
3. El tercer factor era más grave, y posiblemente el resultado de algo que yo había malinterpretado. Lo dejé de lado para centrarme en el problema inmediato.

Los dos largos vasos llenos de fluido naranja me recordaron la primera noche en que Rosie y yo nos «relacionamos», la Gran Noche de los Cócteles, donde conseguimos una muestra de ADN de todos los varones que asistieron a la reunión de la promoción de Medicina de su madre y eliminamos a todos los candidatos como padres biológicos de Rosie. Una vez más, mi destreza en la preparación de cócteles sería la solución.

Rosie y yo trabajábamos tres noches a la semana en The Alchemist, una coctelería del barrio de Flatiron, en la calle Diecinueve Oeste, por lo que consideraba el material y los ingredientes para preparar los cócteles como herramientas de trabajo (aunque no había conseguido convencer a nuestro contable de eso). Localicé el vodka, el Galliano y los cubitos, los añadí a los zumos de naranja y removí. En lugar de tomarme el cóctel sin esperar a Rosie, me serví un chupito de vodka con hielo, añadí un chorrito de lima y me lo bebí de golpe. Casi al instante, sentí que mi nivel de estrés volvía al modo estándar.

Por fin, Rosie salió del baño. Aparte del cambio de dirección en su trayectoria, la única diferencia en su aspecto era que tenía el pelo mojado. Pero su estado de ánimo parecía haber mejorado: casi se fue bailando al dormitorio. Evidentemente, las vieiras

habían sido una buena elección.

Era muy posible que su estado emocional la volviese más receptiva hacia la cuestión del Año Sabático de Gene, pero consideré recomendable aplazar la noticia hasta la mañana siguiente, después de haber practicado el sexo. Aunque sin duda ella se enfadaría si se daba cuenta de que yo había retenido datos con tal propósito. Las relaciones de pareja son de lo más complejas.

Cuando entré en el dormitorio, Rosie se volvió:

—Dame cinco minutos para vestirme, y después espero las mejores vieiras del mundo.

Su uso de las palabras «mejores del mundo» era una clara apropiación de una de las expresiones que yo había utilizado para definirlas; una prueba definitiva, por tanto, de su buen humor.

—¿Cinco minutos? —Un cálculo a la baja tendría un efecto desastroso en la preparación de las vieiras.

—Dame quince. No hay prisa para comer. Podemos beber algo y charlar, capitán Mallory.

Que nombrara al personaje de Gregory Peck era otra buena señal. El único problema era la charla. «¿Alguna novedad?», preguntaría Rosie, y me vería obligado a mencionar el Año Sabático de Gene. Decidí volverme inaccesible a la conversación enfrascándome en la preparación culinaria. Entretanto, dejé los Harvey Wallbanger en el congelador, pues corrían peligro de calentarse por encima de la temperatura óptima cuando el hielo se derritiera. Además, el frío también reduciría el nivel de deterioro del zumo de naranja.

Me centré de nuevo en la cena. Nunca había preparado esa receta, y sólo al empezar descubrí que tenía que cortar las verduras en dados de medio centímetro. La lista de ingredientes no mencionaba ninguna regla. Pude descargar en el móvil una aplicación para medir, pero, justo cuando acababa de elaborar un dado de referencia, Rosie reapareció. Se había puesto un vestido, algo inusual cuando cenábamos en casa. Era blanco, y contrastaba muchísimo con su pelo rojo. El efecto era deslumbrante. Decidí atrasar la noticia de Gene un poco, al menos hasta algo más tarde. Así Rosie no podría quejarse. Reprogramaría mis ejercicios de aikido para la mañana siguiente. Eso nos dejaría tiempo para mantener relaciones sexuales después de cenar... O antes. En ese punto, estaba dispuesto a ser flexible.

Rosie se sentó en una de las dos butacas que ocupaban un porcentaje significativo de la sala.

—Ven a charlar conmigo —dijo.

—Estoy cortando verduras. Puedo hablar desde aquí.

—¿Qué les ha pasado a los zumos de naranja?

Saqué los zumos modificados del congelador, le di uno a Rosie y me senté en la otra butaca, frente a ella. El vodka y la simpatía de Rosie me habían relajado, aunque sospechaba que el efecto era superficial. Los problemas Gene, Jerome y Zumo

seguían procesándose en un segundo plano de mi cerebro.

Rosie alzó el vaso, como proponiendo un brindis. Resultó que esa era exactamente su intención.

—Tenemos algo que celebrar, capitán...

Me miró unos segundos. Rosie sabe que no me gustan las sorpresas. Supuse que celebraba algún avance importante en su tesis. O quizá le habían ofrecido un puesto en el programa de prácticas de Psiquiatría cuando acabase la carrera de Medicina. Eso sería una noticia buenísima, y calculé que la probabilidad de sexo era superior al noventa por ciento.

Rosie sonrió, y después, posiblemente para aumentar el suspense, bebió de su vaso. ¡Desastre! Fue como si llevara veneno. Escupió en su vestido blanco y corrió al baño. Yo la seguí. Ella se quitó el vestido inmediatamente y lo enjuagó bajo el grifo.

Se volvió hacia mí en su ropa interior medio malva, sin dejar de mojar y escurrir el vestido. Su expresión era demasiado compleja para que pudiera analizarla. Simplemente dijo:

—Estamos embarazados.

Intenté procesar de forma adecuada la declaración de Rosie. Después, al recapacitar sobre mi respuesta, comprendí que mi cerebro se había visto desbordado por una información que parecía desafiar la lógica en tres puntos.

Primero, la formulación «estamos embarazados» contradecía la biología básica. Implicaba que mi estado también se había modificado. Sin duda, Rosie no habría dicho: «Dave está embarazado». Sin embargo, según el significado implícito en su afirmación, Dave, al igual que Sonia, también lo estaba.

Segundo, el embarazo no estaba programado. Rosie lo había mencionado como un factor más cuando decidió dejar de fumar, pero yo suponía que había usado el concepto de embarazo como simple motivación. Además, habíamos hablado del asunto explícitamente. El 2 de agosto del año anterior, nueve días antes de nuestra boda, cenábamos en el restaurante Jimmy Watson's, de la calle Lygon, Carlton, Victoria, Australia, cuando una pareja dejó un... contenedor de bebés en el suelo, entre nuestras mesas. Rosie mencionó justo en ese momento la posibilidad de que nos reprodujéramos.

Entonces ya habíamos decidido marcharnos a Nueva York, y señalé que debíamos esperar a que ella acabase la carrera de Medicina y la especialización. Rosie discrepó: creía que eso sería aplazarlo demasiado; tendría treinta y siete años cuando obtuviera el título de psiquiatra. Sugerí que, como mínimo, esperásemos a que terminase Medicina. El título de Psiquiatría no era esencial para su objetivo de ser investigadora clínica de enfermedades mentales, por lo que, si la criatura desbarataba sus estudios, las repercusiones no serían desastrosas. Por lo que yo recuerdo, ella no se mostró disconforme. En cualquier caso, una decisión importante en la vida requiere:

1. Articulación de las opciones. Por ejemplo: tener cero hijos; tener un número específico de hijos, o apadrinar a un niño mediante organizaciones no gubernamentales.
2. Enumeración de las ventajas y los inconvenientes de cada opción. Por ejemplo: libertad para viajar; más tiempo que dedicar al trabajo; riesgo de sufrir perturbaciones o problemas debido al ajetreo del niño... A cada factor se le debe asignar una importancia acordada de antemano.
3. Comparación objetiva de las opciones basándose en los puntos anteriores.
4. Un plan de puesta en práctica que quizá revele nuevos factores que requerirán la revisión de los puntos (1), (2) y (3).

Una hoja de cálculo es la herramienta evidente de (1) a (3) y, si (4) es complejo, como cabe esperar en la preparación de la existencia de un nuevo ser humano y en la satisfacción de sus necesidades a lo largo de muchos años, lo más indicado es un

software de gestión de proyectos. Yo no había visto ninguna hoja de cálculo o un diagrama de Gantt para un Proyecto Bebé.

La tercera violación aparente de la lógica era que Rosie tomaba la píldora anticonceptiva combinada, cuyo índice de fracaso se sitúa por debajo del 0,5 por ciento anual si se usa «a la perfección». En este contexto, «perfección» significa «la píldora correcta administrada a diario». No podía creer que, aun siendo tan desorganizada, Rosie no hubiese conseguido seguir una rutina tan simple.

Soy muy consciente de que no todos entienden lo mucho que valoro la planificación y lo poco que permito que nuestras vidas sigan un rumbo impredecible basado en acontecimientos aleatorios. En el mundo de Rosie —del que yo había aceptado formar parte— era posible sustituir el lenguaje de la biología por el de la psicología popular, para acoger lo inesperado y olvidarse de tomar una medicación vital. Esos tres acontecimientos se habían producido a la vez, culminando en un cambio de circunstancias que hacía que el Incidente del Zumo de Naranja e incluso el Año Sabático de Gene fuesen una menudencia.

Por supuesto, este análisis pormenorizado no pude llevarlo a cabo hasta mucho después. La situación en el baño no podría haber sido peor en términos de estrés mental. Ya me encontraba al límite de un equilibrio inestable cuando recibí este impacto de potencia inconcebible. El resultado no podía ser otro.

Crisis.

Era la primera vez que me pasaba desde que conocí a Rosie; de hecho, la primera desde la muerte de mi hermana Michelle por un embarazo ectópico no diagnosticado.

Tal vez porque habían pasado los años y ahora era mayor y más estable, o quizá porque mi inconsciente quería proteger mi relación con Rosie, en esta ocasión me concedí unos segundos para responder de forma racional.

—¿Estás bien, Don? —me preguntó Rosie.

La respuesta era un claro «no», pero ni siquiera intenté vocalizarla. Todos mis recursos mentales estaban concentrados en poner en práctica el plan de emergencia.

Hice la señal de «tiempo» y eché a correr. El ascensor estaba en nuestra planta, y aun así tuve la sensación de que las puertas tardaron una eternidad en abrirse y volver a cerrarse. Finalmente, pude liberar mis emociones en un espacio donde no había objetos que romper ni gente a quien lastimar.

Sin duda parecía un demente; daba puñetazos a la pared y gritaba. Digo «sin duda» porque olvidé pulsar el botón de la planta baja y el ascensor bajó al sótano. Jerome esperaba con un cesto de la colada cuando las puertas se abrieron. Vestía una camiseta malva.

Aunque mi ira no iba dirigida hacia él, nuestro vecino no captó esa sutileza. Me empujó en el pecho, seguramente en un intento de autodefensa preventiva. Por mi parte, reaccioné automáticamente; lo agarré del brazo y lo lancé bien lejos. Se golpeó contra la pared del ascensor y volvió a atacarme, esta vez con un puñetazo. A esa muestra clara de agresión respondí según mi entrenamiento en artes marciales y no

según mis emociones. Evité el puñetazo y le inmovilicé el brazo para dejarlo desprotegido. Evidentemente, comprendió su situación y sin duda esperaba que lo golpease. No había motivos para hacerlo, de modo que lo solté. El tipo corrió escaleras arriba, dejando en el suelo el cesto de la colada. Sin embargo, yo necesitaba escapar de aquel espacio cerrado, de modo que lo seguí. Los dos salimos corriendo a la calle.

Por supuesto, al principio no tenía ninguna dirección en mente y me limité a seguir a Jerome, que no paraba de mirar atrás. Finalmente, cuando se escabulló por un callejón, mis ideas empezaron a aclararse. Me dirigí al norte, hacia Queens.

Nunca había ido a pie a casa de Dave y Sonia. Por suerte, fue un itinerario sencillo gracias al sistema lógico de numeración de calles, que debería ser de carácter obligatorio en todas las ciudades. Corrí a toda prisa durante aproximadamente veinticinco minutos; cuando llegué al edificio y llamé al interfono, estaba acalorado y jadeando.

Mi ira se había evaporado en el altercado con Jerome; me sentía aliviado por no haberlo golpeado. La disciplina de las artes marciales había superado al descontrol emocional. Eso era un consuelo, pero ahora me invadía una sensación generalizada de desesperanza. ¿Cómo iba a explicarle mi conducta a Rosie? Nunca le había mencionado el problema de mis crisis por dos razones:

1. Después de tanto tiempo, y debido al aumento de mis niveles básicos de felicidad, creía que los episodios críticos quizá no volverían a repetirse.
2. Al contarle algo así, Rosie podría haberme rechazado.

Ahora el rechazo era una opción verdaderamente racional para Rosie. Tenía motivos para considerarme violento y peligroso. Y estaba embarazada... Embarazada de un hombre violento y peligroso. Sería terrible para ella.

La voz de Sonia se oyó por el interfono:

—¿Sí?

—Soy Don.

—¿Don? ¿Estás bien?

Al parecer, sólo por mi tono de voz, y quizá también por la omisión de mi habitual «cordiales saludos», Sonia fue capaz de detectar que pasaba algo.

—No. Ha ocurrido un desastre. Múltiples desastres.

Sonia me abrió la puerta.

El piso de Dave y Sonia era más grande que el nuestro, pero ya estaba lleno de parafernalia infantil. Reparé en que el término «nuestro», en referencia a la vivienda que yo compartía con Rosie, tal vez ya no era aplicable.

Me daba perfecta cuenta de mi extremo nerviosismo. Dave fue a buscarme una

cerveza, y Sonia insistió en que me sentara, aunque yo me sentía más cómodo andando de aquí para allá.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Sonia. Cabía esperar ese interés por su parte, la pregunta era perfectamente lógica, pero me sentía incapaz de responderla—. ¿Rosie está bien?

Después reparé en la genialidad de esa segunda cuestión. No era sólo el punto de partida más razonable, sino que, además, me dio cierta perspectiva. Rosie estaba bien, al menos físicamente. Yo me sentía más calmado. La racionalidad volvía para enfrentarse al caos que habían creado las emociones.

—No hay ningún problema con Rosie. El problema soy yo.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar Sonia.

—He sufrido una crisis. No he conseguido controlar mis emociones.

—¿Se te ha ido la olla?

—¿Qué olla?

—Bueno... Supongo que no decís eso en Australia... ¿Te ha dado un ataque de nervios?

—Correcto. Tengo una especie de problema psiquiátrico. Pero nunca se lo he contado a Rosie.

Nunca se lo había contado a nadie. De hecho, nunca había reconocido que sufría una enfermedad mental, aparte de la depresión experimentada a los veinte años, que era una consecuencia directa de mi aislamiento. Aceptaba que tenía un cableado distinto al de los demás o, más exactamente, que mi cableado estaba en un extremo del espectro de las diferentes configuraciones humanas. Mis aptitudes lógicas innatas eran significativamente mayores que mis aptitudes interpersonales. Por supuesto, sin gente como yo tal vez no existirían la penicilina ni los ordenadores. Pero veinte años atrás los psiquiatras habían estado dispuestos a diagnosticarme una enfermedad mental. Siempre había creído que se equivocaban, y nunca se realizó otro diagnóstico que no fuera el de depresión, pero el problema de las crisis era el punto débil de mi argumentación al respecto. De hecho, mis crisis resultaban un tanto paradójicas: eran mi forma de reaccionar a la irracionalidad de los otros, pero mi reacción era en sí misma irracional.

Dave volvió y me dio una cerveza. Se había servido otra y se bebió rápidamente la mitad. Debido a un significativo problema de sobrepeso, Dave tiene prohibida la cerveza, salvo en las noches que salimos juntos. Quizá estas fueran circunstancias atenuantes. Yo seguía sudando pese al aire acondicionado, y la cerveza me refrescó.

Sonia y Dave eran unos amigos excelentes.

Dave había oído lo del problema psiquiátrico:

—A mí tampoco me lo habías dicho. ¿Qué clase de...?

Sonia lo interrumpió.

—Discúlpanos un momento, Don. Quiero hablar a solas con Dave.

Se fueron a la cocina. Fui consciente de que, convencionalmente hablando,

deberían haber utilizado algún subterfugio para disimular que querían hablar sin que los oyera. Por suerte, no me ofendo con facilidad. Y Dave y Sonia lo sabían.

Dave volvió solo. Su vaso de cerveza estaba lleno de nuevo.

—¿Con qué frecuencia sufres esas crisis?

—Esta es la primera vez desde que estoy con Rosie.

—¿Le has pegado?

—No.

Yo quería que la respuesta fuese «claro que no», pero nada es seguro cuando las emociones descontroladas inundan el razonamiento lógico. Había preparado un plan de emergencia y había funcionado. Eso es todo lo que podía decir en mi favor.

—¿Le has lanzado... algo?

—No, no. No ha habido violencia. Cero contacto físico.

—Don, se supone que debo decir algo como «no me jodas, tío», pero ya sabes que no puedo hablar así. Eres mi amigo; sólo dime la verdad.

—Tú también eres mi amigo y por tanto sabes que soy un incompetente para el engaño.

Dave se echó a reír.

—Es cierto. Pero debes mirarme a los ojos si quieres convencerme.

Miré a Dave a los ojos. Eran azules. De un azul increíblemente claro. No me había dado cuenta antes, seguramente porque nunca lo miraba a los ojos.

—No ha habido violencia. Bueno, puede que haya asustado a un vecino...

—Joder, me ha gustado más cuando no has parecido un psicópata.

Me perturbaba que Dave y Sonia se plantearan que hubiese atacado a Rosie, pero en cierto modo era un consuelo ver que las cosas podrían haber sido peores y que su principal preocupación era ella.

Sonia hizo señas desde la puerta del despacho de Dave, donde hablaba por teléfono. Con un gesto del dedo le indicó que todo iba bien, y luego se puso a saltar de alegría, como una niña, con la mano en alto. Ese segundo gesto no tenía ningún sentido para mí.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¡Rosie está embarazada!

Fue como si hubiese veinte personas en la habitación. Dave entrechocó su vaso con el mío, derramó cerveza y hasta me rodeó el hombro con el brazo. Debí de sentir que me ponía tenso, porque lo retiró enseguida, pero Sonia repitió la misma acción y Dave me dio palmadas en la espalda. Era como ir en el metro en hora punta. Trataban mi problema como si fuera un motivo de celebración.

—Rosie sigue al teléfono —dijo Sonia alegremente, mientras me lo ofrecía.

—¿Estás bien, Don? —me preguntó Rosie. ¡Al parecer estaba preocupada por mí!

—Desde luego. Es sólo un estado transitorio.

—Don, lo siento. No tendría que habértelo dicho tan de repente. ¿Vienes a casa? Quiero hablar contigo, de veras. Lo que no quiero precisamente es que todo esto sea transitorio, Don.

Rosie sin duda había interpretado que me refería a su estado, al embarazo; en cualquier caso, su respuesta me proporcionó una información vital. Mientras Dave me acompañaba a casa en su furgoneta, concluí que Rosie ya había decidido que aquello era algo positivo, y no una mala noticia. El zumo de naranja también lo confirmaba. No quería dañar el óvulo fertilizado, por eso había preparado los zumos. Había muchísimas cosas que procesar; ahora mi cerebro ya funcionaba con normalidad o, al menos, del modo al que yo estaba acostumbrado. Quizá la crisis fuese el equivalente psicológico a reiniciar después de una sobrecarga.

Pese a mi mayor competencia en identificar sutilezas sociales, casi pasé por alto una de Dave.

—Don, iba a pedirte un favor, pero supongo que con lo de Rosie y todo lo demás...

«Excelente», fue lo primero que pensé. Luego comprendí que la segunda parte de la frase y el tono en que la había pronunciado indicaban que quería que lo contradijese, para no sentirse culpable por pedirme ayuda en un momento en que yo tenía otras cosas en las que pensar.

—No te preocupes, dime.

Dave sonrió. Noté una sensación placentera. Cuando tenía diez años, aprendí a atrapar una pelota al vuelo después de muchísimas más horas de práctica de las que habían necesitado mis compañeros de clase. La satisfacción que había sentido cada vez que conseguía hacer lo que para otros era un ejercicio rutinario era similar a la sensación que experimentaba ahora, gracias a mis optimizadas aptitudes sociales.

—Es una tontería —dijo Dave—. He terminado la bodega de cerveza para ese tipo inglés de Chelsea.

—¿Bodega de cerveza?

—Como una bodega de vino, pero de cerveza.

—Parece un proyecto convencional. Lo que contiene la bodega debería ser irrelevante en lo que respecta a la refrigeración.

—Espera a verlo. Ha acabado siendo bastante caro.

—¿Crees que te discutirá el precio?

—Es un trabajo raro, y él es un tipo raro. Imagino que los británicos y los australianos... supongo que os entenderéis. Sólo quiero un poco de apoyo moral. Por si se pone borde conmigo.

Dave guardó silencio, y lo aproveché para reflexionar. Me habían concedido un aplazamiento. Seguramente Rosie había creído que solicitaba «tiempo» para considerar las consecuencias de su anuncio. La crisis que había sufrido era invisible para ella. Parecía contentísima con el embarazo.

No era necesario que aquello tuviese un impacto inmediato en mí. Al día siguiente podría ir haciendo *jogging* hasta el mercado de Chelsea, como tenía previsto; daría mi clase de aikido en el centro de artes marciales y escucharía los *podcasts* de *Scientific American* de la semana anterior. Repetiría mi visita a la

exposición de ranas del Museo de Historia Natural, y prepararía *sushi*, *gyozas* de calabaza, sopa de miso y *tempura* del pescado blanco que me recomendasen en The Lobster Place. Aprovecharía el «tiempo libre» que Rosie insistía en programar para el fin de semana —y que ella dedicaba a su tesis— para asistir a la reunión de Dave con su cliente. También compraría, en la tienda de artículos para el hogar, un tapón especial y una bomba de vacío para conservar el vino que Rosie habría consumido normalmente, y sustituiría su parte proporcional por zumo.

Aparte de las modificaciones en la gestión de las bebidas, la vida seguiría inmutable. Salvo por Gene, claro. Aún tenía que tratar ese problema. Dadas las circunstancias, parecía aconsejable aplazar el anuncio de la próxima llegada de Gene.

Eran las 21.27 horas cuando volví a casa. Rosie se me echó al cuello y rompió a llorar. Yo había aprendido que era mejor no interpretar semejante conducta de inmediato ni intentar que me aclarase la emoción específica que pretendía expresar, aunque tal información me habría sido útil para formular una respuesta adecuada. Adopté, en cambio, la táctica que me había recomendado Claudia, e imité al personaje de Gregory Peck en *Horizontes de grandeza*. Fuerte y silencioso. No me resultó difícil.

Rosie se recuperó rápidamente.

—He puesto las vieiras y lo demás en el horno en cuanto he colgado el teléfono. Estarán bien.

Esa era una afirmación desinformada, pero concluí que el daño no se incrementaría significativamente si las dejábamos ahí una hora más.

Abracé de nuevo a Rosie. Me sentía eufórico y feliz, típica reacción humana tras la desaparición de una amenaza.

Comimos las vieiras una hora y siete minutos más tarde, en pijama. Completamos todas las tareas programadas. Excepto comunicar el Problema Gene.

Fue toda una suerte que hubiésemos adelantado el sexo al viernes por la noche. Cuando volví del mercado haciendo *jogging*, Rosie tenía náuseas. Yo sabía que era un síntoma habitual del primer trimestre de embarazo y, gracias a mi padre, también cuál era el término correcto. «Si te describes como “nauseabundo”, Don, estás diciendo que das asco a los demás». Mi padre es muy meticulado en todo lo concerniente al uso correcto del lenguaje.

Hay una buena explicación evolutiva para las náuseas matinales que se experimentan en el inicio del embarazo. En este estadio importantísimo del desarrollo fetal, es esencial que la madre, cuyo sistema inmunitario está debilitado, no ingiera sustancias perniciosas. Por tanto, el estómago está más predispuesto que nunca a rechazar alimentos inconvenientes. Recomendé a Rosie que no tomara fármacos que interfiriesen en aquel proceso natural.

—Comprendido —contestó ella. Estaba en el cuarto de baño, con ambas manos apoyadas en el tocador—. Dejaré la talidomida en el botiquín.

—¿Tienes talidomida?

—Es una broma, Don. Es una broma.

Le expliqué a Rosie que muchos fármacos atravesaban la barrera placentaria, y cité varios ejemplos, junto con las descripciones de las deformidades que podían causar. Consideraba improbable que Rosie tomase ninguno, y sólo pretendía transmitirle una información interesante que había leído años atrás, pero ella, inexplicablemente, cerró la puerta. Entonces caí en la cuenta de que había un «fármaco» que sin duda había ingerido. Abrí la puerta de nuevo.

—¿Qué me dices del alcohol? ¿Cuánto hace que estás embarazada?

—Unas tres semanas, supongo. Ya no beberé más, ¿vale?

Su tono me dejó claro que no era conveniente responder de forma negativa. Sin embargo, me resultaba muy difícil reprimirme: ese era un ejemplo impresionante de las consecuencias de la falta de planificación. Tales consecuencias eran lo bastante importantes para tener su propio término peyorativo, incluso en un mundo como el nuestro, que no valora la planificación tanto como debería. Nos enfrentábamos a un embarazo no planeado. De haber sido planeado, Rosie podría haber dejado la bebida con la debida antelación. También podría haberse sometido a un examen médico para identificar posibles riesgos, y haber actuado según las investigaciones que indican que la calidad del ADN del esperma puede mejorarse manteniendo relaciones sexuales diarias.

—¿Has fumado tabaco? ¿O marihuana?

Rosie había dejado de fumar hacía un año; había tenido alguna que otra recaída, en general combinada con el consumo de alcohol.

—Oye, deja de meterme miedo. No, no he fumado. ¿Sabes de qué deberías

preocuparte? De los esteroides.

—¿Has estado tomando esteroides?

—No, no he tomado esteroides. Pero me estás estresando. El estrés crea cortisol, que es una hormona esteroidea: el cortisol atraviesa la barrera placentaria, y niveles altos de esta hormona en los bebés se asocian a depresión en la vida adulta.

—¿Has estado investigándolo?

—Sólo durante los últimos cinco años. ¿De qué crees que trata mi doctorado? —Rosie salió del baño y me sacó la lengua, un gesto que se contradecía con la autoridad científica que pretendía imprimir a su última aseveración—. Así que tu trabajo durante los próximos nueve meses será asegurarte de que no me estreso. Dilo: «Rosie no debe estresarse». Vamos.

Repetí obedientemente la instrucción.

—Rosie no debe estresarse.

—Pues la verdad es que ahora mismo estoy un poco estresada. Noto el cortisol. Creo que voy a necesitar un masaje para relajarme.

Había otra pregunta crucial. Intenté formularla en un tono que no indujera al estrés, mientras calentaba el aceite del masaje.

—¿Seguro que estás embarazada? ¿Has consultado a un médico?

—Estudio Medicina, ¿recuerdas? Me he hecho la prueba dos veces. Ayer por la mañana y justo antes de decírtelo. Dos falsos positivos son muy improbables, profesor.

—Correcto. Pero tomabas píldoras anticonceptivas...

—Pues debí de olvidarme. O a lo mejor tú eres superpotente...

—¿Te la olvidaste una vez o en múltiples ocasiones?

—¿Cómo voy a acordarme de lo que olvidé?

Yo había visto la caja de las píldoras. Era uno de los numerosos objetos femeninos que habían aparecido en mi mundo cuando Rosie entró en él. Tenía unas capsulitas marcadas con el día de la semana. El sistema parecía bueno, aunque una representación de las fechas reales habría sido de mayor utilidad. Imaginé una especie de dispensador digital con alarma. Aun así, incluso en su forma actual el sistema estaba claramente diseñado para que mujeres mucho menos inteligentes que Rosie no cometieran errores. Para ella tendría que haber sido fácil advertir el descuido. Pero cambió de tema.

—Creí que te alegraría que fuéramos a tener un hijo.

Me alegraba como me alegraría que el piloto del avión en que viajaba anunciase que había conseguido poner en marcha un motor después de que ambos fallaran. Satisfecho de sobrevivir, pero conmocionado por lo sucedido, para empezar, y dispuesto a realizar una minuciosa investigación de las circunstancias.

Al parecer, tardé demasiado en responder. Rosie repitió su afirmación.

—Anoche dijiste que eras feliz.

Desde el día en que nos casamos en una iglesia para honrar la ascendencia irlandesa de la madre atea de Rosie (su padre, Phil, cumplió el ritual de «entregar a la novia», que sin duda violaba de pleno la filosofía feminista de Rosie, vestida de blanco y con un velo extraordinario que no pensaba volver a usar; nos libramos de que nos tirasen papelitos de colores sólo gracias a una normativa municipal muy sensata), había aprendido que, en el matrimonio, las formulaciones basadas en la razón suelen ocupar un segundo lugar, por detrás de la armonía. Por ello habría accedido al confeti, incluso de buen grado, de haber estado permitido.

—Por supuesto, por supuesto... —respondí, intentando mantener una conversación racional no beligerante, mientras procesaba recuerdos y frotaba aceite en el cuerpo desnudo de Rosie—. Sólo me preguntaba cómo había ocurrido tal cosa. Como científico que soy, quiero decir.

—Fue el sábado por la mañana, después de que salieses a comprar el desayuno e hicieras de Gregory Peck en *Vacaciones en Roma*. —Rosie intentó su propia imitación—: «Debería llevar siempre mi ropa».

—¿Llevaba puesta la camisa cuando hice la imitación?

—Te acuerdas. Así es. Tuve que pedirte que te la quitaras.

El 1 de junio. El día en que mi vida cambió. Una vez más.

—No creí que pasara tan pronto —explicó Rosie—. Pensé que tardaría meses, puede que años, como Sonia.

Pensándolo en retrospectiva, aquel era el momento perfecto para contarle a Rosie lo de Gene. Pero no comprendí, hasta mucho después, que Rosie estaba admitiendo que el error anticonceptivo había sido deliberado y que, por tanto, yo podía aprovechar las circunstancias atenuantes para hacerle mi propia revelación. Sin duda estaba demasiado concentrado en la realización del masaje.

—¿Te notas menos estresada?

Rosie se echó a reír.

—Nuestro bebé está fuera de peligro. Temporalmente.

—¿Te apetece un café? He metido tu *muffin* de arándanos en la nevera.

—Limítate a seguir con lo que estás haciendo.

El resultado neto de seguir con lo que estaba haciendo fue que el tiempo disponible entre el desayuno y mi clase de aikido desapareció, por lo que me fue imposible hablar del Problema Gene. Cuando volví de la clase, Rosie sugirió que canceláramos la visita al museo para que ella pudiera trabajar en su tesis. Utilicé el tiempo liberado para investigar el tema de la bodega de cerveza.

Dave detuvo el vehículo ante un edificio nuevo situado entre el parque High Line y el río Hudson. Me sorprendió descubrir que la «bodega» era en realidad el dormitorio pequeño de un piso de la planta treinta y nueve, justo debajo de la vivienda a la que

suministraba. Por lo demás, estaba vacío. Dave había aislado la habitación con paneles refrigerantes e instalado un complejo sistema de refrigeración.

—Tendría que haber puesto más aislamiento en el techo —susurró Dave, sin duda para que no lo oyeran.

Coincidí con él. El ahorro en electricidad habría amortizado rápidamente la inversión. Desde que conocía a Dave, había aprendido muchas cosas sobre refrigeración.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Los administradores de la finca se oponían. Creo que hubiesen cedido, pero al cliente tampoco le preocupan mucho los gastos de mantenimiento.

—Doy por supuesto que el cliente es muy rico. O muy aficionado a la cerveza.

Dave señaló arriba.

—Ambas cosas. Ha comprado dos pisos de cuatro dormitorios, y este sólo lo usa para la cerveza.

Se llevó un dedo a los labios, el gesto convencional del silencio y los secretos. Un hombre bajo y delgado, de rostro curtido y cabello gris largo recogido en una cola, había aparecido en el umbral. Calculé un IMC de 20, y unos sesenta y cinco años. De tener que adivinar su profesión, habría dicho fontanero. Si era un antiguo fontanero que había ganado la lotería, sería un cliente muy exigente.

Habló con un marcado acento inglés.

—Hola, David. ¿Te has traído a un amigo? —El fontanero me tendió la mano—. George.

La estreché según el protocolo, igualando la presión de George, que era media.

—Don.

Una vez completadas las formalidades, George inspeccionó la habitación.

—¿Qué temperatura has puesto?

Dave dio una respuesta que, deduje, debía de ser incorrecta:

—Para la cerveza, solemos programarla en cuarenta y cinco grados. Fahrenheit.

George no parecía muy satisfecho.

—Maldita sea, ¿acaso pretendes congelarla? Si quiero beber una *lager*, uso la nevera de arriba. Dime qué sabes de la cerveza de verdad. De la *ale*.

Dave es sumamente competente, pero aprende de la práctica y la experiencia. A mí, por el contrario, me resulta más fácil adquirir conocimientos mediante la lectura, motivo por el que tardé tanto en ser competente con el aikido, el kárate y la parte práctica de la elaboración de cócteles. Probablemente Dave tenía cero experiencia con las cervezas inglesas.

Respondí por él:

—Para la *bitter* inglesa, la temperatura recomendada se sitúa entre los diez y los trece grados Celsius. De trece a quince para las *porters*, *stout* y otras cervezas negras. Es decir, cincuenta a cincuenta y cinco con cuatro grados Fahrenheit para la *bitter*, y entre cincuenta y cinco con cuatro y cincuenta y nueve grados Fahrenheit para la

cerveza negra, la *ale*.

George sonrió.

—¿Australiano?

—Correcto.

—Te lo perdono. Sigue.

Pasé a describir las recomendaciones para almacenar y conservar correctamente la cerveza *ale*. George pareció satisfecho con mis conocimientos.

—Un tipo listo —dijo George antes de volverse hacia Dave—. Me gustan los hombres que reconocen sus limitaciones y consiguen ayuda cuando la necesitan. De modo que será Don quien cuide de mi cerveza, ¿verdad?

—Bueno, no. Don es más bien un... asesor.

—Entendido. Dime a cuánto sale, entonces —le pidió George.

Dave tiene una gran ética de trabajo.

—Debo calcularlo. ¿Qué te parece la instalación? —Señaló el equipo de refrigeración, el aislamiento y las tuberías que subían hacia el techo.

—¿Qué opinas, Don? —preguntó George.

—Aislamiento insuficiente —contesté—. El consumo eléctrico será excesivo.

—Sí, pero no me compensa meterme en más problemas. Ya he tenido bastantes con el administrador de la finca. No le gusta que haya perforado el techo. Así que me los ahorraré, al menos hasta que instale la escalera de caracol. —Se echó a reír—. ¿Todo bien, por lo demás?

—Correcto. —Yo confiaba en Dave.

George nos llevó arriba. Era increíble como piso, pero totalmente convencional como *pub* inglés. Había eliminado las paredes para incorporar tres dormitorios a la sala, que estaba decorada con numerosas mesas y sillas de madera. Tenía una barra equipada con seis espitas conectadas mediante tuberías con la cerveza del piso inferior, y una pantalla de televisión enorme en lo alto de la pared. Incluso había una tarima para una banda de música, con piano, batería y amplificadores. George era muy amable, y nos ofreció cervezas artesanales de una de las neveras del bar.

—Una porquería —observó mientras nos las bebíamos en el balcón, con vistas al río Hudson y Nueva Jersey—. Lo bueno llegará el lunes. La traen en el mismo *ferry* que utilizamos nosotros.

Después entró y volvió a salir con una bolsa de cuero pequeña.

—Vale, dame la mala noticia —dijo mirando a Dave, que lo interpretó como una solicitud de factura y le entregó un papel doblado.

George lo miró un momento y luego sacó de la bolsa dos fajos enormes de billetes de cien dólares. Le dio uno a Dave, y contó treinta y cuatro billetes del segundo.

—Trece mil cuatrocientos. Para redondear. No hace falta importunar al demonio fiscal. —Me tendió su tarjeta—. Llámame si tienes algún problema, Don.

George había dejado claro que quería que yo comprobase la bodega mañana y noche, al menos durante las primeras semanas. Dave necesitaba el contrato. Había dejado un empleo estable para abrir su propio negocio antes de que Sonia se quedase embarazada, y no ganaba mucho dinero. Últimamente le habían faltado fondos para adquirir las entradas del béisbol. Y Sonia pensaba dejar el trabajo en cuanto naciese el bebé, lo que supondría más gastos y menos ingresos.

Dave era mi amigo, así que no me quedaba otra opción. Tendría que modificar mi horario para incluir un desvío a Chelsea dos veces al día.

Cuando iba a entrar en mi edificio, me interceptó el administrador de la finca, a quien solía evitar por la probabilidad de que me saliera con alguna queja.

—Señor Tillman, uno de sus vecinos se ha quejado gravemente de usted. Dice que lo agredió.

—Incorrecto. Él me agredió a mí, y yo recurrí al nivel mínimo de aikido necesario para evitar que alguien se lastimara. Además, ha teñido de malva la ropa interior de mi esposa y la ha insultado con obscenidades.

—Así que reconoce que usted lo agredió.

—Incorrecto.

—No me parece incorrecto. Acaba de decirme que recurrí al kárate para agredirlo.

Iba a disentir, pero, antes de que pudiera decir más, el administrador me soltó un discursito.

—Señor Tillman, la lista de espera para alquilar un apartamento en este edificio es larguísima. —Separó las manos de un modo que supuestamente quería corroborar su afirmación—. Si lo echamos, al día siguiente ya habrá alguien ocupando su vivienda, alguien «normal». Y esto no es un aviso; voy a hablar con los propietarios. Aquí no queremos bichos raros, señor Tillman.

La llamada por Skype de mi madre, programada para el sábado por la tarde, se produjo desde Shepparton según el horario previsto: las 19.00 horas del huso horario del este de Estados Unidos, y las 09.00 horas del huso horario de Australia oriental.

La ferretería familiar iba tirando; mi hermano Trevor necesitaba salir más y buscarse a alguien como Rosie; mi tío estaba recuperándose, gracias a Dios.

Pude convencer a mi madre de que Rosie y yo estábamos bien, de que mi trabajo era satisfactorio y de que debía agradecer la mejoría en el estado de salud de mi tío a la ciencia médica, y no a una deidad que supuestamente también había permitido que desarrollara un cáncer. Mi madre aclaró que sólo usaba una frase hecha, y que por supuesto no la presentaba como una evidencia científica de la existencia de un dios intervencionista, que Dios la librara, lo que también era sólo una frase hecha, Donald. Nuestras conversaciones no habían cambiado demasiado a lo largo de treinta años.

La preparación de la cena consumió mucho tiempo porque el surtido de *sushi* requería un número considerable de ingredientes, de modo que, cuando Rosie y yo nos sentamos a cenar, todavía no le había transmitido la información referente a Gene.

Además, Rosie quería hablar del embarazo.

—Lo he consultado en Internet. El bebé ni siquiera mide un centímetro, ¿sabes?

—El término «bebé» es engañoso. En realidad se trata de una forma no muy avanzada de blastocito.

—En ningún caso pienso llamar «blastocito» a mi hijo.

—«Embrión», entonces. Ni siquiera es un feto.

—Escúchame bien, Don. Voy a decirlo sólo una vez. No quiero cuarenta semanas de comentarios técnicos.

—Treinta y cinco. La gestación se mide convencionalmente a partir de las dos semanas previas a la concepción, y suponemos que el suceso tuvo lugar hace tres semanas, después de la imitación de *Vacaciones en Roma*. Lo que requiere de la confirmación por parte de un profesional médico. ¿Has pedido hora?

—Pero ¡si me enteré del embarazo ayer! Además, en lo que a mí respecta, es un bebé. Un bebé único. Un bebé único en potencia, ¿vale?

—Un bebé único en desarrollo.

—Exacto.

—Perfecto. Entonces, podemos referirnos a él como BUD, «Bebé Único en Desarrollo».

—¿«Bud»? Eso suena a hombre de setenta años. Si es que el bebé es un «hombre»...

—Independientemente del género, es estadísticamente probable que Bud alcance la edad de setenta años, suponiéndole un adecuado nacimiento y desarrollo, así como

ningún cambio importante del entorno en que se basan las estadísticas, como sería un holocausto nuclear, un meteorito similar al que provocó la extinción de los dinosaurios...

—O que su padre lo mate a discursos. Sigue siendo un nombre de varón.

—También da nombre a una parte de la planta, en inglés. *Bud* significa «capullo», el paso previo a la flor. Las flores se consideran femeninas. Tú también tienes un nombre de flor. Bud es perfecto. Mecanismo reproductivo para una flor, *rosebud* o «capullo de rosa», Rosie-bud...

—Vale, vale. Pensando en el futuro... lo mejor será que el «bebé» duerma en la sala. Hasta que encontremos un piso más grande.

—Claro. Le compraremos una cama plegable.

—¿Qué? Don, los bebés duermen en cunas.

—Pensaba en más adelante. Cuando sea lo bastante mayor para una cama. Podemos comprarla ahora, así estaremos preparados. Iremos a la tienda de camas mañana mismo.

—No necesitamos una cama, por ahora. Ni siquiera hace falta que compremos la cuna hasta pasado un tiempo. Esperemos a saber que todo va bien.

Me serví el pinot gris que quedaba de la noche anterior y deseé que hubiese más en la botella. Las sutilezas no me llevaban a ninguna parte.

—Necesitamos la cama para Gene. Él y Claudia se han separado. Gene va a trabajar en Columbia, y se quedará con nosotros hasta que encuentre un sitio donde vivir.

Esa era la parte del Año Sabático de Gene que quizá no había planteado bien. Probablemente tendría que haber hablado con Rosie antes de ofrecer alojamiento a mi amigo. Pero era razonable que Gene viviese con nosotros mientras buscaba piso. Ayudaríamos a un sin techo.

Soy muy consciente de mi incompetencia para predecir reacciones humanas, pero habría apostado a que sabía la primera palabra que Rosie pronunciaría al recibir aquella información. Acerté seis veces.

—Mierda. Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda.

Por desgracia, mi suposición de que finalmente aceptaría la propuesta fue incorrecta. Más que debilitar su resistencia, todos mis argumentos tuvieron el efecto contrario. Hasta mi mejor razonamiento —que Gene era la persona más preparada del planeta para ayudarla a terminar su tesis— fue rechazado, básicamente por motivos emocionales.

—Ni hablar. No permitiré que ese cerdo narcisista, embustero, misógino, intolerante y anticientífico duerma en nuestro apartamento.

Me pareció que acusar a Gene de «anticientífico» era injusto, pero, cuando empecé a enumerar sus títulos, Rosie se marchó al dormitorio y cerró la puerta.

Extraje la tarjeta de George para trasladar los datos a mi agenda. Aparecía el nombre de un grupo: Dead Kings. Para mi sorpresa, los reconocí. Como mis gustos musicales se habían formado básicamente a partir de la colección de discos de mi padre, estaba familiarizado con ese grupo de rock británico que había sido popular a finales de los años sesenta.

Según Wikipedia, la banda había vuelto a la actividad en 1999 para actuar en cruceros que cubrían la ruta del Atlántico. Dos de los Dead Kings originales estaban muertos, pero los habían sustituido. George era el batería. Había acumulado cuatro matrimonios, cuatro divorcios y siete hijos, pero era, al parecer, el miembro psicológicamente estable del grupo. La reseña no mencionaba su pasión por la cerveza.

Cuando fui a acostarme, Rosie ya dormía. Yo había elaborado una lista en la que enumeraba más ventajas de que Gene viviera con nosotros, pero decidí que no sería prudente despertarla.

Curiosamente, Rosie se despertó antes que yo, puede que como resultado de haber anticipado su ciclo de sueño. Preparó café en la cafetera de émbolo y volvió a meterse en la cama.

—Creo que no me conviene tomar expresos.

—¿Por qué?

—Demasiada cafeína.

—Pues la verdad es que el café preparado con cafetera de émbolo contiene más del doble de cafeína que un expreso.

—Mierda. Y yo que intentaba hacer bien las cosas...

—Son cifras aproximadas. El expreso que te traigo de Otha's lo preparan con tres cargas de café, de modo que el que has preparado con la cafetera de émbolo será más flojo de lo normal, debido a tu falta de experiencia.

—Bueno, pues ya sabes quién va a prepararlo la próxima vez.

Rosie sonreía. Me pareció un buen momento para mencionar los argumentos adicionales a favor de Gene. Pero Rosie habló primero.

—Don, lo de Gene... Sé que es tu amigo. Comprendo que pretendas... que quieras ser leal y amable. Y a lo mejor, si no acabase de saber que estoy embarazada... Pero sólo voy a decirlo una vez, para que podamos seguir adelante, sin más: no hay sitio para Gene aquí. Fin de la historia.

Archivé mentalmente la fórmula «fin de la historia» como una técnica útil para zanjar una conversación, pero Rosie la contradijo al cabo de unos segundos, mientras yo bajaba los pies de la cama.

—Oye, tú. Hoy tengo que escribir, pero esta noche te daré una paliza. Abrázame.

Tiró de mí para que volviera a la cama y me besó. Es inconcebible que el estado emocional de una persona pueda deducirse a partir de una serie tan contradictoria de mensajes.

Al reconsiderar mi interacción con Rosie, concluí que su referencia a darme una paliza era metafórica, y que debía interpretarse positivamente. Habíamos establecido la práctica de competir entre nosotros en *The Alchemist*. En términos generales, me parece contraproducente añadir un factor competitivo a las actividades profesionales, pero había comprobado que nuestro rendimiento había mostrado una mejoría continuada. El tiempo en la coctelería pasaba rápido, una indicación fiable de que nos divertíamos. Lamentablemente, el bar había cambiado de propietarios. Cualquier alteración de una situación óptima sólo puede ser negativa, y el nuevo encargado, cuyo nombre era Héctor, pero a quien nos referíamos en privado como «Wineman», sin duda lo corroboraba.

Wineman tenía unos veintiocho años y un IMC aproximado de 22; llevaba perilla negra y gafas de montura gruesa de ese estilo que antes me había definido como empollón, pero que ahora estaba de moda.

Había sustituido las mesas pequeñas por bancos largos; también había aumentado la intensidad de la luz, y dejado los cócteles en un segundo plano para promocionar el vino español que acompañaba a la nueva carta, que consistía fundamentalmente en el plato que llaman «paella».

Wineman acababa de hacer un máster en Administración de Empresas, y supuse que sus cambios estaban en consonancia con los mejores métodos de la industria de la restauración. Sin embargo, el resultado neto había sido un descenso de la clientela y el subsiguiente despido de dos de nuestros colegas, que él atribuyó a la difícil situación económica.

—Me han contratado justo a tiempo —decía muy a menudo.

Rosie y yo recorrimos cogidos de la mano nuestro ya habitual trayecto hasta Flatiron. Se la veía de un humor excelente, pese a su ritual objeción al uniforme blanco y negro, que a mí, personalmente, me resultaba sumamente atractivo. Llegamos a las 19.28 horas, con dos minutos de antelación. Sólo había tres mesas ocupadas, y ningún cliente en la barra.

—Llegáis justo a tiempo —dijo Wineman—. La puntualidad es una de vuestras medidas de rendimiento.

Rosie echó un vistazo a la sala casi desierta.

—No pareces ocupadísimo.

—Eso está a punto de cambiar —aseguró Wineman—. Tenemos una reserva de dieciséis. A las ocho.

—Creía que no aceptábamos reservas —observé de inmediato—. Que esa era la nueva norma.

—La nueva norma es que aceptamos dinero. Y son VIP. Muy VIP, amigos míos.

Pasaron veintidós minutos antes de que alguien pidiera un cóctel, lo que sin duda se debió a la ausencia de clientela. Un grupo de cuatro (edad estimada cuarenta y cinco, IMC de entre 20 y 28) llegó y se sentó a la barra, pese a que Wineman intentaba dirigirlos a una mesa.

—¿Qué os pongo? —preguntó Rosie.

Los dos hombres y las dos mujeres intercambiaron miradas. Me sorprende que la gente necesite el consejo de sus amigos y colegas para tomar una decisión tan rutinaria. En cualquier caso, si insistían en recibir consejo externo, mejor que se lo diese un profesional. De modo que decidí intervenir:

—Recomiendo cócteles, ya que esto es una coctelería. Podemos satisfacer todos los requisitos conocidos en materia de gustos y bebidas alcohólicas.

Wineman se había apostado a mi izquierda, en la parte de la barra destinada a los clientes.

—Don también puede enseñaros nuestra nueva carta de vinos —propuso.

Rosie dejó encima de la barra un ejemplar cerrado de la carta encuadernada en piel. El grupo ni lo miró. Uno de los hombres sonrió.

—Lo de los cócteles suena muy bien. Tomaré un *whisky sour*.

—¿Con o sin clara de huevo? —pregunté, como correspondía a mi responsabilidad de negociar los pedidos.

—Con clara de huevo.

—¿Con o sin hielo?

—Con hielo.

—Excelente. ¡Un Boston Sour con hielo! —dije mirando a Rosie; di una palmada en la barra y accioné el cronómetro de mi reloj.

Rosie ya estaba junto a la estantería de atrás, buscando el *whisky*. Puse la coctelera en la barra, añadí cubitos y partí un limón mientras solicitaba y esclarecía los tres pedidos restantes. Era consciente de que Wineman estaba supervisando nuestro trabajo. Esperé que, como licenciado en Administración de Empresas, se impresionara.

El proceso que había concebido y perfeccionado aprovecha al máximo nuestras respectivas aptitudes. En cuanto a los cócteles, mi base de datos es mayor, pero Rosie me supera en habilidad manual. También se genera una economía de escala si una persona exprime todo el zumo de limón requerido o sirve todas las cantidades de un licor en concreto. Tales oportunidades deben identificarse en tiempo real, por supuesto, para lo que se requiere una mente ágil y algo de práctica. Me parecía sumamente improbable que dos camareros alcanzasen tales niveles de eficacia preparando cócteles de forma individual.

Mientras yo vertía el tercer cóctel, un Cosmopolitan, Rosie tamborileaba sobre la

barra, pues ya había decorado el mojito. Me había dado una paliza, al menos en el primer asalto. Cuando servimos los cócteles con un movimiento simultáneo de los cuatro brazos, nuestros clientes rieron, después aplaudieron. Estábamos habituados a esta respuesta.

Wineman también sonreía.

—Sentaos a una mesa —sugirió a nuestros clientes.

—Estamos bien aquí —contestó el Hombre Boston Sour. Tomó un sorbo de su copa—. Disfrutamos del espectáculo. Es el mejor *whisky sour* que he probado.

—Por favor, sentaos y os traeré unas tapas. Invita la casa.

Wineman cogió cuatro copas de vino del estante.

—¿Habéis visto *Indiana Jones y el templo maldito*?

Negué con la cabeza.

—Pues bien, Don; tú y Rosie acabáis de recordarme la escena en que el agresor del señor Jones le muestra sus habilidades con la espada.

Wineman señaló a los clientes que bebían sus cócteles e hizo unos movimientos que, supuse, pretendían imitar el manejo de la espada.

—Zas-zas, zas-zas; impresionante, cuatro cócteles, setenta y dos dólares.

Wineman abrió una botella de vino tinto.

—Flor de Pingus. —Sirvió cuatro copas e hizo un gesto con la mano, con el dedo índice y el pulgar en un ángulo de noventa grados y el resto de los dedos doblados—. Bang-bang, bang-bang. Ciento noventa y dos dólares.

—Gilipollas —susurró Rosie mientras Wineman servía las copas a un grupo de cuatro que había llegado mientras preparábamos los cócteles. Esta vez el tono de su voz no era cariñoso—: Mira qué caras le ponen.

—Parecen contentos. El argumento de Wineman es válido.

—Claro que están contentos. Todavía no han pedido nada. Todos están contentos cuando invita la casa.

Rosie devolvió un vaso largo al estante, con un ímpetu innecesario. Detecté cierto grado de enojo.

—Recomiendo que te vayas a casa —sugerí.

—¿Qué? Estoy bien. Sólo cabreada, pero no contigo.

—Correcto. Estresada. Estás produciendo cortisol, que no es saludable para Bud. La experiencia demuestra que hay una probabilidad elevada de que inicies una interacción desagradable con Wineman, y que sigas estresada en lo que queda de turno. Contenerse también te resultará estresante.

—Me conoces demasiado bien. ¿Te las apañarás sin mí?

—Claro. El número de clientes es escaso.

—No me refería a eso. —Rio y me besó—. Le diré a Wineman que me encuentro mal.

A las 21.34 horas llegó un grupo de dieciocho personas, y la mesa que llevaba toda la noche reservada y vacía se amplió para acomodarlos. Varios de ellos estaban en un evidente estado de embriaguez. Una mujer de unos veinticinco años era el centro de atención. Calculé automáticamente su IMC: 26. Por el volumen y el tono de voz, deduje un nivel de alcohol en sangre de 0,1 gramos por litro.

—Es más baja en persona. Y está un poco gorda. —Jamie-Paul, nuestro colega detrás de la barra, miraba al grupo.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? —Señaló a la Mujer Escandalosa.

—¿Sabes quién es?

—Estás de broma, ¿no?

No lo estaba, pero Jamie-Paul no quiso facilitarme más información.

Al cabo de unos minutos, con el grupo ya sentado, Wineman se acercó a mí.

—Quieren al chalado de los cócteles. Supongo que ese eres tú.

Me acerqué a la mesa, donde un hombre pelirrojo, aunque de un rojo no tan intenso como el de Rosie, se dirigió a mí. El grupo estaba formado por personas de entre veinticinco y veintinueve años.

—¿Tú eres el tipo de los cócteles?

—Correcto. Se me ha contratado para preparar cócteles. ¿Qué os apetece?

—Tú eres el tipo de... «Un cóctel para cada ocasión», ¿no? ¿Y memorizas todo lo que te piden? ¿Eres tú ese tío?

—Es posible que haya otros con las mismas habilidades.

El pelirrojo se dirigió al resto de la mesa en voz alta, puesto que el ruido ambiental había aumentado de forma considerable.

—Vale, este tío... ¿cómo te llamas?

—Don Tillman.

—Hola, Dan —saludó la Mujer Escandalosa—. ¿Qué haces cuando no preparas cócteles?

—Numerosas actividades. Trabajo como profesor de Genética.

La Mujer Escandalosa volvió a reírse, más escandalosamente si cabe.

Pelirrojo continuó:

—Vale, Don es el rey del cóctel, os lo aseguro. Ha memorizado todos los cócteles del planeta y sólo tenéis que decir *bourbon* y vermut, que él dirá Martini.

—Manhattan. O un Americano en París, Boulevardier, Oppenheim, American Sweetheart, o Man O' War.

La Mujer Escandalosa se echó a reír... escandalosamente:

—¡Es Rain Man! ¡Es como Dustin Hoffman cuando recuerda todas las cartas! Dan es el Rain Man de los cócteles.

¡Rain Man! Había visto la película. No me identificaba en absoluto con Rain

Man, que era dependiente e incapaz de hablar o conseguir un empleo. Una sociedad de hombres como Rain Man sería disfuncional. Una sociedad de Donalds Tillman sería eficaz, segura y agradable para todos nosotros.

Algunos miembros del grupo rieron, pero yo decidí pasar por alto el comentario, como ya había hecho con el error en mi nombre. La Mujer Escandalosa estaba ebria, y se avergonzaría de sí misma si después se viera en vídeo.

Pelirrojo prosiguió:

—Don elegirá un cóctel que encaje con lo que queréis, luego memorizará lo que pida cada uno, y después volverá y servirá los cócteles a la persona correcta. ¿Verdad, Don?

—Siempre y cuando la gente no cambie de silla. —Mi memoria no es tan buena con las caras como con los números. Miré a Pelirrojo—. ¿Quieres iniciar el proceso?

—¿Tienes algo con tequila y *bourbon*?

—Recomiendo un Highland Margarita. Como el nombre indica, se prepara con *whisky* escocés, pero el *bourbon* también es una opción documentada.

—¡Perfeeecto! —exclamó Pelirrojo, como si yo hubiese hecho un *home run* para ganar el partido al final de la novena entrada. De momento había completado una dieciochoava parte de mi tarea; volví a concentrarme en los cócteles, en lugar de elaborar una analogía beisbolística más detallada con esa interesante cifra. Podía esperar hasta mi siguiente charla con Dave.

La vecina de Pelirrojo quería algo como un Margarita, pero que fuese más para vaso largo, aunque no sólo un Margarita con hielo o un Margarita con soda, sino algo... diferente, más original. Recomendé un Paloma, elaborado con zumo de pomelo rosado y escarchado con sal ahumada.

Ahora le tocaba a la Mujer Escandalosa. La miré detenidamente, pero no la reconocí. Eso no implicaba que no fuese famosa, por supuesto; soy muy ignorante en materia de cultura popular. Aunque hubiese sido una genetista importante, lo más probable es que no hubiera sido capaz de identificarla.

—Vale, Rain Man Dan. Yo quiero un cóctel que exprese mi personalidad.

Esta sugerencia recibió exclamaciones de aprobación. Por desgracia, me resultaba imposible satisfacerla.

—Lo siento, no sé nada de ti.

—Me tomas el pelo, ¿no?

—Incorrecto. —Intenté pensar en cómo podía preguntarle educadamente por detalles de su personalidad—. ¿A qué te dedicas?

Todos rieron, excepto la Mujer Escandalosa, que parecía meditar su respuesta.

—Te respondo: soy actriz y cantante. Y te digo algo más: todos creen que me conocen, pero nadie me conoce de verdad. Y bien, ¿cuál es mi cóctel, Rain Man Dan? ¿La Cantante Misteriosa, quizá?

No conocía ningún cóctel con ese nombre, lo que probablemente significaba que se lo había inventado para impresionar a sus amigos. Mi cerebro es en extremo eficaz

para la búsqueda de cócteles por ingredientes, pero también es bueno en descubrir patrones inusuales. Las dos ocupaciones y la descripción personal se combinaron para dar con un resultado sin el menor esfuerzo consciente.

El cóctel «Farsante de Dos Caras».

Estaba a punto de anunciar mi solución, cuando me di cuenta de que podía haber un problema, y de que me arriesgaba a violar mi deber legal y moral como poseedor de un Certificado de Formación en Bebidas Alcohólicas expedido por la autoridad pertinente del estado de Nueva York. Tomé medidas correctivas.

—Recomiendo un Virgen Colada.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Que soy virgen?

—Evidentemente, no. —Todos rieron, de modo que creí conveniente explicarme un poco mejor—. Es como un Piña Colada, pero sin alcohol.

—Sin alcohol. ¿Y qué quieres decir con eso?

La conversación se complicaba de forma innecesaria. Era más sencillo ir al grano.

—¿Estás embarazada?

—¿Cómo?

—Las mujeres embarazadas no deben tomar alcohol. Si lo tuyo es sólo una cuestión de sobrepeso, puedo servirte un cóctel alcohólico, pero necesito una corroboración al respecto.

Mientras volvía en metro a casa a las 21.52 horas, me planteé si el estado de Rosie habría afectado a mi habitualmente minuciosa lectura de la realidad. Nunca antes había sospechado que una clienta estuviera embarazada. Quizá sólo fuera sobrepeso. ¿Debería haber intervenido en la decisión de consumir alcohol de una desconocida, en un país que tiene en tan alta estima la autonomía individual y la responsabilidad?

Elaboré una lista mental de los problemas que había acumulado en las últimas cincuenta y dos horas, y que ahora requerían una solución urgente:

1. Modificación de mi horario para incluir dos inspecciones diarias de cerveza.
2. El Problema del Alojamiento de Gene.
3. El Problema de la Colada de Jerome, que ahora había empeorado.
4. La amenaza de expulsión debida al punto (3).
5. Acomodar a un bebé en nuestro pequeño apartamento.
6. Pagar el alquiler y otras facturas ahora que Rosie y yo habíamos perdido nuestros trabajos de media jornada debido a mi conducta.
7. Cómo contarle el punto (6) a Rosie sin causarle estrés ni provocarle los efectos nocivos asociados al cortisol.
8. Riesgo de recurrencia de mi crisis, y daño irreparable a mi relación con Rosie debido a todo lo anterior.

La resolución de problemas requiere tiempo. Pero el tiempo del que disponía era limitado. La cerveza llegaría al cabo de las próximas veinticuatro horas, el administrador del edificio me abordaría mañana por la tarde, y Jerome podía intentar vengarse en cualquier momento. Gene llegaría cualquier día, y a Bud sólo le quedaban treinta y cinco semanas para nacer. Necesitaba una forma de cortar por lo sano el nudo gordiano: una sola acción que resolviese la mayor parte de los problemas a la vez.

Cuando llegué a casa, Rosie dormía y decidí consumir un poco de alcohol para fomentar el pensamiento creativo. Mientras redistribuía el contenido de la nevera para acceder a la cerveza, se me ocurrió la respuesta. ¡El refrigerador! Conseguiríamos un refrigerador más grande, y los otros problemas se solucionarían.

Llamé a George.

Suele darse por sentado que a la gente le gustan las sorpresas. De ahí las tradiciones asociadas a la Navidad, los cumpleaños y los aniversarios. Según mi experiencia, la mayor parte del placer recae en quien las da. En la víctima recae la presión de fingir —con escaso margen de tiempo— una respuesta positiva ante un objeto no deseado o un acontecimiento no programado.

Rosie insistía en cumplir con la tradición de los regalos, pero había sido sumamente perceptiva en sus elecciones. Mis colegas habían dedicado comentarios positivos a los zapatos que ella me había regalado diez días antes de que cumpliera cuarenta y un años, y que ahora solía llevar en lugar de mis zapatillas de deporte caducadas.

Rosie afirmaba que le gustaban las sorpresas, hasta el punto de decir «sorpréndeme» cuando le pedía consejo sobre obras de teatro, conciertos o restaurantes. Ahora yo estaba planeando una sorpresa que superaría todos los casos previos, con la excepción de cuando conseguí revelar la identidad de su padre biológico y del día en que le ofrecí un anillo de compromiso.

También he aprendido que se considera aceptable engañar de forma temporal si eso contribuye a la preparación de la sorpresa.

—¿Vienes, Don? —me preguntó Rosie la mañana siguiente, antes de irse.

Aunque técnicamente estaba de vacaciones, entre semana iba a Columbia para seguir trabajando en su tesis, pues decía que el apartamento le daba claustrofobia.

Llevaba un vestido corto de topos azules que, sospechaba yo, era una adquisición reciente. El cinturón, también azul, parecía más ancho de lo necesario para cumplir con su supuesta función de resaltar la silueta. El efecto global era positivo, pero más por la exposición de las piernas de Rosie que por los atributos estéticos de la prenda.

Para incrementar el tiempo de contacto, había sustituido el trayecto en mi nueva bici por ir juntos en metro. Me recordé: el engaño es transitorio y contribuye a la sorpresa; las sorpresas son positivas; Rosie no me había contado lo de la excursión al Smithsonian el día de mi cumpleaños. Antes de contestar, entré en el baño para evitar que Rosie interpretara mi lenguaje corporal:

—Iré un poco más tarde. Cogeré el siguiente tren.

—¿Qué?

—Que iré un poco más tarde. No supone ningún problema. Hoy no doy clase.

Las tres afirmaciones eran técnicamente ciertas, pero la primera era engañosa. Pensaba tomarme todo el día libre.

—¿Estás bien, Don? Este asunto del embarazo te ha perturbado, ¿verdad?

—Sólo durante unos minutos.

Rosie había entrado en el baño detrás de mí y examinaba alguna parte de su cara en el espejo.

—Te esperaré.

—No es necesario. De hecho, estoy planteándome ir en bici... Para ahorrar tiempo.

—Oye, quiero hablar contigo. Apenas hemos hablado en todo el fin de semana.

Era verdad que el fin de semana había sufrido ciertas alteraciones, y que la comunicación entre nosotros se había reducido. Empecé a formular una respuesta, pero, como me encontraba en modo engaño, me resultaba un tanto difícil mantener una conversación normal.

Por suerte, Rosie cedió sin esperar nuevas aportaciones por mi parte.

—De acuerdo. Pero llámame para almorzar, o algo.

Me besó en la mejilla, luego dio media vuelta y se marchó de nuestro apartamento «por última vez».

Dave llegó en su furgoneta ocho minutos después. Debíamos actuar con celeridad, pues él tenía que estar en la Bodega del Cielo para que le entregaran la cerveza *ale*.

Nos llevó cincuenta y ocho minutos embalar los muebles y las plantas. Luego me enfrenté al baño. Me quedé estupefacto ante la cantidad de productos cosméticos y químicos aromáticos que poseía Rosie. Posiblemente habría sido ofensivo por mi parte decirle que, sin contar el uso ocasional de pintalabios o perfume (que se esfumaba ipso facto, debido a la absorción, la evaporación, o simplemente porque me acostumbraba), que sí que resultaba espectacular, el resto no suponía ninguna diferencia observable. Rosie me satisfacía sin necesidad de modificaciones cosméticas.

Pese a la cantidad, pude introducir todos los productos químicos en una sola bolsa de basura. Mientras Dave y yo metíamos el resto de los objetos en las maletas de Rosie, en cajas de cartón y en bolsas adicionales de polietileno, me asombró el volumen de objetos que habíamos acumulado desde nuestra llegada. Recordé en ese preciso momento una declaración de Rosie antes de irnos de Melbourne: «Dejo toda la mierda atrás. No me llevo casi nada». Era cierto que al traerse tres maletas había rebatido esa declaración, pero su intención era clara: mudarse era una oportunidad para reevaluar las pertenencias. Decidí deshacerme de todo lo que no fuese esencial para nuestras vidas. Recordé un consejo que había leído en una revista, en la sala de espera del dentista, el 5 de mayo de 1996: «Si llevas seis meses sin ponértelo ni usarlo, no lo necesitas». El principio me pareció sensato, de modo que decidí empezar a aplicarlo.

Dave me acompañó a la portería para entregar mi llave. La de Rosie tendríamos que devolverla más tarde. Nos recibió el administrador del edificio. Como de costumbre, se mostró de lo más antipático.

—Espero que no haya venido a quejarse, señor Tillman. No he olvidado que tengo que hablar con los propietarios.

—Innecesario. Nos marchamos. —Le entregué la llave.

—¿Qué? ¿Sin avisar? Tiene que avisar con treinta días de antelación.

—Me indicó que yo era un inquilino indeseable que podía reemplazar mañana mismo por otro deseable. Parece un buen desenlace para todos.

—Si no le importa perder el alquiler de este mes... —El tipo se echó a reír.

—Eso parece poco razonable. Si tiene un nuevo inquilino, este mes recibirá el alquiler por partida doble.

—Yo no pongo las normas, señor Tillman. Háblelo con el propietario si quiere.

Fui consciente de que estaba enfadándome. Ese día implicaría inevitablemente un nivel elevado de estrés, empezando por el abandono de mis actividades programadas para el lunes. Había llegado el momento de practicar mis aptitudes empáticas. ¿Por qué el administrador era siempre tan desagradable? La respuesta no tardó en llegar. Tenía que tratar con inquilinos que se quejaban de problemas que él no podía abordar debido a su bajo estatus y a la obstinación de la empresa propietaria del edificio. Siempre lidiaba con personas que le venían con conflictos. Tan sólo su bajo estatus profesional ya aumentaba su riesgo de enfermedad coronaria debido a los elevados niveles de cortisol. El peor trabajo del mundo. De pronto, me compadecí de él.

—Lamento causarle problemas. ¿Puede ponerme en contacto con el propietario, por favor?

—¿Quiere hablar con el dueño?

—Correcto.

—Pues le deseo buena suerte.

Increíble. Gracias a mi simple ejercicio de empatía, ahora tenía al administrador de mi parte, ofreciéndome sus mejores deseos. Hizo una llamada.

—Tengo aquí al inquilino del doscientos cuatro. Se marcha hoy, ahora mismo... Sí... Exacto, sin previo aviso, y considera que ha de recuperar su depósito.

Se echó a reír y me dio el teléfono.

Dave me lo arrebató.

—Déjame a mí.

La voz de Dave adquirió un tono inusual. Era difícil de describir, pero sonaba como si hubiesen escogido a Woody Allen en lugar de a Marlon Brando para *El padrino*.

—Aquí mi amigo tiene un problema con la legalidad del aire acondicionado. Podría tratarse de una situación de riesgo para la salud pública.

Una pausa.

—Soy inspector oficial de aire acondicionado —añadió Dave—. Tiene unidades independientes en todo el edificio, como verrugas en un sapo. No actuamos a menos que haya una denuncia, pero en ese caso nos vemos obligados a inspeccionar todo el inmueble... Sí... Supongo que si mi amigo tiene que pagar otro mes de alquiler, eso es lo que hará: poner una denuncia, por supuesto. Lo que podría salirle muy caro. Otra posibilidad es dejar que se vaya, con su mes de fianza, claro está.

Siguió una pausa más larga. La cara de Dave mostró decepción. Quizá la metáfora «verrugas en un sapo» había confundido un tanto al propietario. Se dice que

los sapos causan verrugas, no que las tengan. Dave me tendió el teléfono.

—¿Eso es todo? —dijo una voz masculina al otro lado de la línea.

—Cordiales saludos.

—Oh, mierda, es usted. ¿Se marcha?

Reconocí la voz. No era el propietario. Era el empleado con quien solía hablar de los problemas que contractualmente eran responsabilidad del propietario, y que el administrador del edificio consideraba ajenos a su responsabilidad: la estabilidad de la temperatura, la velocidad de Internet, la regularidad de los simulacros de incendio. Y un largo etcétera.

—Correcto, me marchó. Lo cierto es que hasta el momento no había reparado en el problema del aire acondicionado. Suena extremadamente grave. Recomendando...

—Olvídelo. Pase por aquí y tendré su cheque listo.

—Pero ¿y el aire acondicionado?

—Olvídese del aire acondicionado y le escribiré una carta de referencia encantadora para su siguiente casero. Lo echaremos de menos, profesor.

En la furgoneta, a Dave le temblaban las manos.

—¿Qué te pasa?

—Necesito comer algo. Odio tener que hacer esas cosas. Los conflictos. No se me dan nada bien.

—No tenías que...

—Sí que tenía. No es sólo por tu alquiler. Necesito practicar. La gente acostumbra a creer que puede pasarse conmigo.

George esperaba la cerveza y también a nosotros cuando llegamos a la Bodega del Cielo.

—Estoy impresionado —le dijo a Dave—. Don me ha dicho que le preocupa tanto la cerveza que dormirá cerca de ella.

—No es porque me preocupe la cerveza. Es porque es un alojamiento de primera que está vacío.

—En la mejor ubicación de Nueva York. Y te sale gratis.

—Nada de alquiler, nada de quejas —añadió Dave, practicando su voz de tipo duro.

—¿Sabes que ensayaremos arriba? —preguntó George—. A todo volumen. Y no está insonorizado.

—Por eso no puede alquilarse —dijo Dave.

Increíble. Un piso de tres habitaciones con cámara refrigerada que no podía alquilarse por un problema ocasional de ruido; algo que sin duda podría contrarrestarse fácilmente con tapones en los oídos. George incluso podría haberlo anunciado para inquilinos sordos.

—No me está permitido alquilarlo. Lo compré para que mis hijos pudieran

visitarme. Por si vienen a Nueva York y quieren ver a su padre... Pero no creo que eso sea un riesgo para ti.

—¿Con qué frecuencia ensayas aquí? —pregunté.

George se echó a reír:

—Como una vez al año. Pero a lo mejor la cerveza me inspira.

Nos interrumpió la llegada del «cargamento»: seis barriles grandes con sus correspondientes soportes. Durante el traslado del último barril por la sala de nuestro nuevo piso, se produjo un pequeño accidente que tuvo como resultado un vertido de unos veinte litros. Cuando Dave volvió con fregonas y trapos, la moqueta ya los había absorbido.

—Lo siento —se disculpó George—. Pero recuerda, nada de quejas. Tengo un secador; si quieres, ahora os lo bajo.

Mientras Dave secaba la moqueta con el secador de pelo de Rosie, yo vacié las bolsas de basura con nuestras cosas. La Bodega del Cielo tenía tres cuartos de baño, algo claramente excesivo. El único baño no incluido en un dormitorio era lo bastante grande para que pudiera ser utilizado como despacho, por lo que instalé allí mi ordenador y la mesa de trabajo. No había sitio para una silla, pero la tapa del inodoro estaba a la altura correcta. La cubrí con una toalla, por motivos de higiene y comodidad. Ahora podría trabajar todo el día sin tener siquiera que salir, salvo para alimentarme.

Aparté de mi mente la fantasía de un aislamiento perpetuo. Tenía tareas prácticas que completar en un marco temporal limitado.

Decidí que el dormitorio principal sería el despacho de Rosie, y con la ayuda de Dave trasladé allí las plantas y las sillas sobrantes. Seleccioné el cuarto más pequeño y peor iluminado como nuestro dormitorio. Dormir, expliqué ante las objeciones de Dave, requiere el mínimo espacio, y la luz es un inconveniente. Todavía quedaban unos pocos metros cuadrados de suelo libre después de instalar la cama.

Terminamos a las 18.27 horas. Rosie casi nunca salía de Columbia antes de las 18.30 horas, para evitar las aglomeraciones y el calor. Retrasé al máximo el momento de comunicarle nuestro cambio de residencia, para aumentar la sorpresa. A los pocos segundos de haber enviado el mensaje, oí un sonido en su bolso... el que se llevaba cuando iba a trabajar a The Alchemist, y no el más grande que usaba para la universidad. ¡Se había olvidado el móvil en casa! No era la primera vez; por otro lado, se trataba de un resultado predecible si tenías más de un bolso.

Dave regresó después de devolverle el secador a George, y se ofreció a ir a nuestro antiguo apartamento para interceptarla antes de que entrara.

—Será mejor que te libres de esta peste mientras voy a buscarla —dijo antes de salir.

Yo ya me había acostumbrado, pero ahora el olor a cerveza se mezclaba con el

humor acre que había salido del secador de Rosie al quemarse. Evidentemente, el de George era de mejor calidad y había durado casi el triple. Decidí que un pescado de aroma intenso sería apropiado para disimular el olor, y de paso resolvería el problema de la cena.

Cuando ya estaba en la tienda de delicias gastronómicas, un número desconocido llamó a mi móvil. Era Rosie.

—¿Qué ha pasado, Don? No me dejan entrar.

—Te has olvidado el móvil.

—Lo sé. Llamo desde el teléfono de Jerome.

—¿Jerome? ¿Estás en peligro?

—No, no. Se ha disculpado por lo de la colada. Está aquí, a mi lado. ¿Cuándo has hablado con él sobre el tema? —No me dejó un margen de tiempo adecuado para responder—. ¿Qué ocurre?

—Nos hemos mudado. Te mandaré un mensaje con la nueva dirección. Tengo que llamar a Dave.

Colgué y mandé un mensaje con la nueva dirección al móvil de Jerome.

Dave, Rosie, Jerome, Gene, el pescado... Había llegado al límite en la asunción de tareas.

Cuando sonó el interfono, la caballa ahumada ya estaba en el horno, generando aromas de una intensidad similar a la cerveza rancia y los cables quemados. Era Rosie. Abrí, y aproximadamente treinta segundos después llamó a la puerta.

—No tienes que llamar. Este es nuestro piso.

Abrí la puerta con dramatismo para mostrarle la sala inmensa.

Rosie miró a su alrededor, luego fue directa a las ventanas y miró también por el balcón. ¡La vista! Claro, a Rosie le interesaban las vistas. Esperé que contemplar Nueva Jersey no supusiera ningún problema para ella.

—Oh, Dios mío... Me tomas el pelo. ¿Cuánto vale esto?

—Cero.

Me saqué del bolsillo nuestra lista de características deseables para un piso, y se la mostré. Era como el cuestionario del Proyecto Esposa —que, pese a las críticas de Rosie, nos había unido indirectamente—, pero todas las casillas estaban ahora marcadas. El piso perfecto. Al parecer, Rosie opinaba lo mismo. Abrió las puertas del balcón y se pasó unos seis minutos mirando el río Hudson antes de volver a entrar.

—¿Qué estás cocinando? ¿Es pescado? —preguntó—. Llevo todo el día deseando comer algo ahumado. Creo que con el embarazo me han entrado ganas de volver a fumar... Es rarísimo. Pero lo del pescado me parece genial. Lo has ahumado y preparado a la cerveza, ¿verdad? ¡Me has leído el pensamiento! —Dejó en el suelo su bolso sin móvil y me abrazó.

No le había leído el pensamiento ni había creado el desastre culinario que ella

imaginaba, pero no tenía sentido minar su felicidad. Rosie merodeó un rato por el piso sin ningún propósito aparente, y luego se puso a explorar de forma más sistemática, empezando por su cuarto de baño, lo que me pareció una elección extravagante.

—¡Don, mis cosméticos! ¡Todas mis cosas! ¿Cómo lo has hecho?

—¿He cometido algún error?

—Al contrario. Es como... Todo está exactamente donde estaba. En el mismo sitio.

—He hecho fotos. Tu método de clasificación era imposible de entender. He procedido igual con tu ropa.

—¿Lo has traído todo hoy?

—Por supuesto. Planeaba seleccionar un poco, pero no podía acordarme de todo lo que habías llevado los últimos seis meses. Por norma general, no me fijo en lo que te pones. De manera que he tenido que conservarlo todo.

—¿Es aquí donde piensas trabajar? —preguntó poco después de abrir la puerta de mi baño-despacho.

—Correcto.

—Bueno, no invadiré tu espacio personal. Como no sabré para qué lo usas...

Cuando descubrió la bodega de cerveza, le expliqué el acuerdo con George.

—Es como si le cuidásemos la casa. En lugar de un perro, tiene cerveza. Toda una ventaja porque, a diferencia de un perro, no requiere alimentación.

—Pero intuyo que consigue hacer lo equivalente a mearse en el suelo.

Había olvidado el olor. Los humanos se habitúan rápidamente a sus entornos. No creía que la felicidad a largo plazo de Rosie decreciese de forma significativa si persistía el olor a cerveza. Tampoco que aumentara con el paso de los días por el cambio de piso. Una vez que se han cubierto las necesidades más básicas, la felicidad humana es casi independiente de la riqueza. Un trabajo con sentido es mucho más importante. Un día en la vida de Iván Denisovich colocando ladrillos en Siberia probablemente generaba un nivel más elevado de felicidad que un día en la vida de una estrella de rock retirada en un lujoso ático de Manhattan con toda la cerveza que podía beber. El trabajo era esencial para la cordura. Seguramente por esa razón George continuaba actuando, aunque fuera en cruceros.

Rosie seguía hablando y yendo de aquí para allá.

—¿Dices en serio lo de no pagar alquiler?

—Correcto.

—¿Qué te parecería que dejase de trabajar en la coctelería? Ya no es lo mismo. Además, seguro que Wineman acaba despidiéndome, sólo es una cuestión de tiempo.

Increíble. Al parecer, que Wineman nos hubiese despedido tenía un impacto positivo o, como mínimo, neutro. Una mala noticia que podría haber diluido mis éxitos del día se había convertido en algo irrelevante.

—Los dos podemos dejarlo —dije—. No sería tan agradable sin ti.

Rosie volvió a abrazarme. Sentí un alivio inmenso. Había emprendido un proyecto arriesgado y resuelto simultáneamente múltiples problemas con un éxito absoluto. Había cortado el nudo gordiano por las buenas.

Su única reacción negativa fue por destinar la habitación más pequeña al dormitorio, como había pronosticado Dave. Pero luego añadió:

—Me has cedido la habitación más grande como despacho. Y, claro, necesitaremos un dormitorio más...

Me alegró mucho que hubiese aceptado mi solución al Problema Gene sin más discusiones. Envié un mensaje de texto a mi amigo con las últimas noticias y nuestra nueva dirección.

Maridé el pescado con un Robert Mondavi Reserva chardonnay (para mí) y zumo de apio (para Rosie). Al final, no me había molestado en comprar la bomba de vacío para el vino. Los excedentes podían conservarse en la bodega refrigerada de cerveza. Durante los ocho meses siguientes, bebería por dos.

Rosie alzó su vaso de zumo, lo entrechó con mi copa y luego, con apenas unas palabras, me recordó el problema, el terrible problema que había permanecido oculto detrás de todos los demás.

—Y bien, profesor Tillman, ¿cómo se siente ante su próxima paternidad?

Mis ideas sobre la paternidad habían progresado en el siguiente orden:

1. Antes de cumplir veinte años, suponía que la paternidad llegaría a medida que mi vida avanzase según los cánones establecidos. No me lo planteé con más detalle.
2. En la universidad, descubrí mi incompatibilidad con las mujeres y abandoné la idea gradualmente, debido a la alta improbabilidad de encontrar pareja.
3. Conocí a Rosie y la paternidad volvió a la agenda. Inicialmente me preocupaba que mi excentricidad generalizada fuese motivo de vergüenza para cualquier niño, pero Rosie me animó, y era evidente que, en algún momento, esperaba que nos reprodujésemos. Como la concepción concreta de niños no se había programado, me olvidé del tema.
4. Luego todo cambió como resultado de un «suceso fundamental». Tenía pensado comentárselo a Rosie, pero no le había dado prioridad porque no lo habíamos programado y porque no me dejaba en muy buen lugar. Ahora, debido a la falta de planificación, la llegada de un hijo era casi inevitable, y yo no había revelado una información de suma importancia.

El «suceso fundamental» era el Incidente del Atún Rojo. Había ocurrido tan sólo siete semanas antes, y lo recordé en cuanto Rosie mencionó el tema de la paternidad.

Isaac y Judy Esler nos habían invitado a comer el domingo, pero Rosie había olvidado que ya tenía planes para estudiar en grupo. Era lógico que yo procediera solo. Isaac me había pedido que le recomendase un sitio. Mi respuesta automática fue seleccionar un restaurante en el que había comido varias veces, pero Rosie me convenció de lo contrario.

—Los restaurantes se te dan mucho mejor que antes. Y eres un sibarita. Elige un sitio interesante y sorpréndelos.

Tras una investigación considerable, seleccioné un nuevo restaurante japonés de fusión en Tribeca, y se lo recomendé a Isaac.

Al llegar, descubrí que Esler había reservado mesa para cinco, lo que me resultó algo molesto. Una conversación entre tres personas implica tres pares de interacciones humanas, tres veces más que en una conversación entre dos. Con gente conocida, la complejidad es manejable.

Pero una comida con cinco personas implicaba una interacción de diez pares, de los que cuatro me atañerían directamente y en seis actuaría como observador. A eso se añadía que siete de ellos tendrían lugar con personas desconocidas, asumiendo que Isaac y Judy no hubiesen invitado por casualidad a Dave y Sonia o al decano de

Medicina de Columbia, lo que estadísticamente era poco probable en una ciudad de las dimensiones de Nueva York. Seguir aquella dinámica sería prácticamente imposible, y la probabilidad de meter la pata se incrementaba exponencialmente. Todo estaba dispuesto: gente desconocida, un restaurante al que nunca había ido y la ausencia de Rosie para monitorizar la situación y advertirme de antemano. Viéndolo en retrospectiva, el desastre era inevitable.

Las personas adicionales eran un hombre y una mujer que llegaron antes que Isaac y Judy. Se sentaron a mi mesa, donde yo tomaba un vaso de sake, y se presentaron como Seymour, un colega de Isaac (por consiguiente, psiquiatra, según supuse), y Lydia, que curiosamente no especificó su profesión.

Seymour tenía unos cincuenta años, y Lydia rondaba los cuarenta y dos. Yo había intentado (con mínimo éxito) eliminar la costumbre adquirida durante el Proyecto Esposa de calcular el índice de masa corporal basándome en estimaciones de peso y altura, pero en este caso me fue imposible pasarlo por alto. Calculé el IMC de Seymour en 30 y el de Lydia en 20, principalmente debido a sus diferencias de estatura. Seymour medía metro sesenta y cinco de alto (o, más descriptivamente, de bajo), más o menos como Isaac, que es delgado, mientras que Lydia rozaba el metro setenta y cinco, sólo siete centímetros menos que yo. Refutaban asombrosamente la afirmación de Gene de que las personas suelen seleccionar parejas de físicos similares.

Comentar ese contraste parecía un buen modo de iniciar la conversación y de presentar un tema interesante del que tenía conocimientos. Tuve el detalle de atribuir la investigación a mi amigo Gene para no parecer egocéntrico.

Aunque no usé términos peyorativos para la estatura y el peso, Lydia respondió de un modo algo cortante.

—Para empezar, Don, no somos pareja. Acabamos de conocernos en la puerta del restaurante.

Seymour fue más eficaz como fuente de información:

—Isaac y Judy nos han invitado por separado. Judy siempre habla de Lydia, y me alegra haberla conocido por fin.

—Estoy en el club de lectura de Judy —dijo Lydia, dirigiéndose más a Seymour que a mí—. Ella siempre nos cuenta cosas de ti.

—Buenas, espero —intervino Seymour.

—Dice que has mejorado desde tu divorcio.

—A la gente debería perdonársele todo lo que hace en los tres meses anteriores o posteriores a su divorcio.

—Todo lo contrario —dijo Lydia—. Se la debería juzgar precisamente por eso.

La información facilitada por Lydia de que eran dos personas invitadas al mismo almuerzo por casualidad encajaba con la teoría de Gene. Me dio una oportunidad para reincorporarme a la conversación.

—Una victoria de la psicología evolutiva. Según la teoría, no deberíais sentir

atracción entre vosotros; y aunque observo evidencias que la refutan, un examen más detallado de los datos aportados la apoya.

Quedaba claro que no estaba ofreciendo un análisis científico en serio, sino que usaba el lenguaje científico para bromear. Tengo una experiencia considerable con esta técnica, que suele dar como resultado cierto grado de hilaridad. En este caso, sin embargo, no fue así. La expresión de Lydia se volvió incluso más sombría.

Seymour, al menos, sonrió.

—Creo que tu hipótesis se basa en algunos razonamientos que no son del todo válidos. Las mujeres altas me parecen muy atractivas.

Me pareció una información muy personal. Si yo hubiese comentado lo que me resultaba físicamente atractivo de Rosie, o de las mujeres en general, seguro que se habría considerado inapropiado. Pero la gente con mejores aptitudes sociales suele tener claro el margen de maniobra de que dispone en cada situación, y puede permitirse arriesgarse.

—Lo que es una suerte —siguió Seymour—, o limitaría demasiado mis opciones.

—¿Buscas pareja? —le pregunté—. Recomiendo Internet.

Mi extraordinario éxito a la hora de conseguir pareja mediante una serie de sucesos aleatorios no invalidaba el uso de métodos más estructurados. En este punto, llegaron Isaac y Judy, lo que incrementó la complejidad de la conversación en un factor de 3,33, pero mejoró mi nivel de comodidad. Si me hubiesen dejado más tiempo a solas con Seymour y Lydia, probablemente habría cometido algún error social.

Intercambiamos saludos formularios. Todos los demás pidieron té, pero concluí que si beber sake había sido un error, ya era demasiado tarde para rectificar, y pedí una segunda botella.

Luego el camarero nos trajo la carta. El despliegue de platos era fascinante, acorde con la investigación a la que había sometido al restaurante. Judy sugirió que cada uno eligiese un plato y los compartiéramos. Una idea excelente.

—¿Alguna preferencia? —preguntó Judy—. Isaac y yo no comemos cerdo, pero si alguien quiere pedir las *gyoza*, no pasa nada.

Era evidente que estaba siendo educada, y que si pedíamos las *gyoza*, su almuerzo sería menos interesante que el de los demás, debido a que se reducía su probabilidad de probar algún plato. No cometí ese error. Cuando me llegó el turno, aproveché la ausencia de Rosie para probar algo que normalmente habría provocado una discusión.

—El *sashimi* de atún rojo, por favor.

—Oh, no lo había visto —dijo Lydia—. Don, quizá no sepas que el atún rojo es una especie en peligro de extinción.

Era muy consciente de ello. Rosie sólo comía pescado y marisco sostenibles. En el año 2010, Greenpeace había añadido el atún rojo a su Lista Roja de especies pesqueras, lo que indicaba un riesgo muy elevado de que aquel no fuera sostenible.

—Lo sé. Sin embargo, este ya está muerto, y compartimos sólo una ración entre

cinco. El efecto progresivo que esto provocará en la población mundial de atún probablemente será bajo. A cambio, tenemos la oportunidad de experimentar un nuevo sabor.

Nunca había comido atún rojo, que tenía fama de ser superior al atún blanco más habitual, que es mi ingrediente culinario preferido.

—Me apunto, siempre y cuando esté muerto del todo —dijo Seymour—. Hoy no me tomaré la pastilla de cuerno de rinoceronte, para compensar.

Abrí la boca para comentar la extraordinaria afirmación de Seymour, pero Lydia habló primero, lo que me dio tiempo para plantearme la posibilidad de que Seymour estuviese bromeando.

—Pues yo no me apunto. No comparto el argumento de que los individuos no pueden cambiar las cosas. Es esa actitud la que nos impide actuar ante el calentamiento global.

Isaac ofreció una aportación útil y obvia.

—Además del hecho de que los indios, chinos e indonesios quieran llevar nuestro tren de vida.

No sé si Lydia estuvo de acuerdo en eso, pero se dirigió a mí.

—Supongo que no te planteas qué coche conduces ni dónde haces la compra.

Su suposición era incorrecta, como también la insinuación de que yo era irresponsable con mi entorno. No tengo coche. Voy en bici, uso el transporte público o corro. Poseo relativamente poca ropa. Con el Sistema Estandarizado de Comidas, sólo abandonado hacía poco, mi derroche de alimentos era prácticamente nulo, y ahora consideraba la utilización eficaz de los desperdicios como un desafío creativo. Pero mi contribución a la reducción del calentamiento global continúa pareciéndome insignificante. Mi postura para rectificar el problema no les resulta atractiva a muchos ecologistas. No deseaba estropear el almuerzo con argumentos improductivos, pero Lydia parecía hallarse en modo ecologista irracional, por lo que, como con el sake, de nada servía contenerse.

—Deberíamos invertir más en energía nuclear —dije—. Y encontrar soluciones tecnológicas.

—¿Como cuáles?

—Eliminar el carbono de la atmósfera. Geoingeniería. He leído al respecto. Sumamente interesante. Los humanos son malos con lo de contenerse, pero buenos en tecnología.

—¿Sabes cuánto aborrezco esa forma de pensar? Haz lo que te dé la gana, y espera a que luego aparezca alguien y lo arregle. Y que se forre, de paso. ¿Así también salvarás los atunes?

—¡Por supuesto! Es posible modificar genéticamente el atún blanco para que tenga el sabor del rojo. Un ejemplo clásico de solución tecnológica a un problema creado por los humanos. Me presentaría voluntario para formar parte del comité catador.

—Haz lo que te parezca. Pero no quiero que nosotros, como grupo, pidamos atún rojo.

Es increíble la cantidad de ideas complejas que puede transmitir una expresión facial humana. Aunque posiblemente no se incluiría en ninguna guía, me pareció correcto interpretar la de Isaac como «Joder, Don, no pidas atún». Cuando llegó el camarero, pedí vieiras con *foie gras de canard*.

Lydia empezó a levantarse, luego volvió a sentarse.

—No pretendes molestarme, ¿verdad? La verdad es que no. Sencillamente eres tan insensible que no sabes lo que haces.

—Correcto.

Era más sencillo decir la verdad, y me alivió que Lydia no me considerase malintencionado. No veía ningún motivo lógico para pensar que la preocupación por el medio ambiente podía ser indicadora de lo que suponía que eran objeciones al trato que se daba a las aves de granja, como aquellos patos con los que se hacía *foie*. Me parece un error estereotipar a la gente, pero podría haberme sido útil en esa situación.

—He conocido a gente como tú —dijo Lydia—. Profesionalmente.

—¿Eres genetista?

—Soy trabajadora social.

—Lydia, esto se parece demasiado al trabajo —intervino Judy—. Voy a pedir para todos y volveremos a empezar. Me muero por saber cómo va el libro de Seymour. Seymour escribe un libro, ¿lo sabíais? Háblanos de tu libro, Seymour.

Seymour sonrió.

—Trata de fabricar carne en laboratorios... Para que los vegetarianos puedan comer hamburguesas sin sentirse culpables.

Iba a responder a ese tema inesperado e interesante, pero Isaac me interrumpió.

—No creo que sea el mejor momento para bromear, Seymour. El libro de Seymour trata de la culpabilidad, no de hamburguesas.

—En realidad, sí menciono las hamburguesas de laboratorio. Como ejemplo de la complejidad de estos temas y de cómo prejuicios muy enraizados intervienen en ellos. Tenemos que ser más abiertos y pensar fuera del marco habitual. Eso es lo que pretendía decir Don, supongo.

Era una afirmación correcta en esencia, pero provocó la reacción de Lydia.

—No me quejaba de eso. Él tiene derecho a opinar. Antes he dejado correr el tema de la psicología evolutiva, aunque me parece una chorrada. Me refería a su insensibilidad.

—Necesitamos personas que digan la verdad sin tapujos —dijo Seymour—. Necesitamos técnicos. Si mi avión fuera a estrellarse, querría a alguien como Don pilotándolo.

Habría pensado que Seymour preferiría tener a un piloto experto y no a un genetista a los mandos del avión, pero supuse que intentaba demostrar cómo las emociones interfieren en la conducta racional. Tomé nota para usar el mismo ejemplo

en el futuro, pues era un argumento menos polémico que el del bebé que llora y la pistola.

—¿Quieres que un tipo con Asperger pilote tu avión? —preguntó Lydia.

—Más que alguien que usa términos que apenas entiende —repuso Seymour.

Judy quiso intervenir, pero la discusión entre Lydia y Seymour había llegado a un punto que excluía a los demás, aunque el tema de conversación fuese yo. Estaba familiarizado con el síndrome de Asperger debido a una conferencia que había preparado hacía dieciséis meses, cuando Gene no pudo impartirla porque le había surgido, una vez más, la oportunidad de practicar el sexo. Después contribuí en el inicio de un proyecto de investigación sobre marcadores genéticos del síndrome en cuestión en individuos de alto rendimiento. Había identificado algunos rasgos de mi personalidad en las descripciones, pero los humanos suelen excederse en el reconocimiento de patrones y acostumbran a llegar a conclusiones erróneas. También me habían diagnosticado varias veces como esquizofrénico, bipolar, obsesivo-compulsivo, incluso como géminis típico. Aunque no consideraba que el síndrome de Asperger fuese negativo, no necesitaba más etiquetas. Sin embargo, en aquella ocasión parecía más interesante escuchar que discutir. Lydia estaba lanzada:

—¡Quién fue a hablar! Si alguien no entiende a los Asperger, esos son los psiquiatras. Autismo, entonces. ¿Querías que Rain Man pilotase tu avión?

La comparación tenía tan poco sentido como cuando la había mencionado la Mujer Escandalosa. Evidentemente, no habría querido que un tipo como Rain Man pilotase un avión de mi propiedad, ni tampoco uno en que yo viajase como pasajero.

Lydia debió de creer que aquello me angustiaba.

—Lo siento, Don. No es nada personal. Yo no te estoy llamando autista, sino él. —Señaló a Seymour—. Porque él y sus colegas no entienden la diferencia entre autismo y Asperger. Para ellos, Rain Man y Einstein son lo mismo.

Estaba claro que Seymour no me había llamado «autista». No había usado etiqueta alguna; sólo me había descrito como alguien sincero y técnico, atributos esenciales para un piloto y positivos en general. Lydia intentaba, por alguna razón, hacer quedar mal a Seymour. En este punto, las complejidades de la interacción a tres bandas entre nosotros ya excedían mi capacidad de interpretación.

Seymour se dirigió a mí.

—Judy me ha dicho que estás casado. ¿Es eso cierto?

—Correcto.

—Ya basta —dijo Judy.

Cuatro personas. Seis interacciones.

Isaac levantó una mano y asintió. Al parecer, Seymour interpretó la combinación de señales como una aprobación para seguir. Ahora los cinco estábamos involucrados en una conversación de intenciones ocultas.

—¿Eres feliz? ¿Estás felizmente casado?

No estaba seguro de lo que Seymour preguntaba, pero concluí que era un tipo

simpático que intentaba apoyarme, demostrando que al menos había alguien en el mundo a quien yo le gustaba lo bastante como para vivir conmigo.

—Muchísimo.

—¿Tienes contacto con tu familia?

—¡Seymour! —exclamó Judy.

Respondí a la pregunta de Seymour, que consideré benigna.

—Mi madre me llama todos los sábados; domingo, según el huso horario del este de Australia. No tengo hijos.

—¿Tienes un trabajo retribuido?

—Soy profesor adjunto de Genética en Columbia. Considero que mi trabajo tiene valor social, además de proporcionarme unos ingresos adecuados. También trabajo en una coctelería.

—Tratas cómodamente con personas en un entorno social por lo general relajado, aunque a veces algo complejo, sin perder de vista los imperativos económicos. ¿Disfrutas de la vida?

—Sí —parecía ser la respuesta más útil.

—Entonces no eres autista. Esta es una opinión profesional. Los criterios de diagnóstico exigen que haya disfunción, y tú disfrutas de una buena vida. Sigue disfrutándola y aléjate de la gente que cree que tienes un problema.

—Bien —intervino Judy—. ¿Podemos ahora comer algo y tener un almuerzo agradable?

—Que te den —concluyó Lydia. Se lo decía a Seymour, no a Judy—. Necesitas sacar la cabeza de tu manual diagnóstico y salir a la calle. Visita las casas de la gente de verdad, y mira qué hacen tus pilotos en su tiempo libre.

Se levantó y cogió el bolso.

—Pedid lo que queráis. —Se volvió hacia mí—. Lo siento. No es culpa tuya. No podrás reparar el trauma de tu infancia, sea cual sea. Pero no permitas que un psiquiatra gordo de tres al cuarto te diga que da lo mismo. Y hazme un favor, a mí y al mundo.

Supuse que iba a mencionar de nuevo el atún rojo. Me equivocaba.

—No tengas hijos —dijo finalmente.

—Aquí la Tierra llamando a Don. ¿Me recibes? Preguntaba que cómo te sientes con lo de ser padre.

No necesitaba el aviso de Rosie. Mis reflexiones sobre el Incidente del Atún Rojo habían dado paso a una lucha interna por responderle, pero no estaba haciendo demasiados progresos. Sospechaba que la respuesta que me recomendaba Claudia para cuestiones personales difíciles —«¿Por qué lo preguntas?»— no funcionaba en este contexto. Era evidente por qué me lo preguntaba. Quería asegurarse de que yo estaba psicológicamente preparado para el desafío más importante de mi vida. El problema era que ya me habían declarado no apto, diagnóstico de toda una profesional en el tema, una asistente social acostumbrada a tratar con desastres familiares.

Cuando, siete semanas antes, le había descrito el almuerzo a Rosie, me había centrado en los asuntos que eran de interés inmediato para ella: el restaurante, la comida y el libro de Seymour sobre la culpabilidad. No mencioné la evaluación de Lydia sobre mi idoneidad como padre porque se trataba de una sola opinión —aunque experta— cuya relevancia, además, no era inmediata.

Mi madre me había inculcado una norma muy útil cuando era joven: antes de transmitir información interesante no solicitada, plantéate si puede ser motivo de disgusto. Me lo había repetido en varias ocasiones, por lo general después de que le hubiese transmitido información interesante. Seguía pensando en eso cuando llamaron al interfono.

—Mierda. ¿Quién será? —dijo Rosie.

Yo podía predecirlo con un elevado grado de seguridad, considerando la hora estimada de llegada del vuelo de Qantas procedente de Melbourne con escala en Los Ángeles, más el trayecto desde el aeropuerto JFK. Abrí la puerta desde el portero automático, y Rosie corrió al vestíbulo. Cuando Gene salió del ascensor, llevaba dos maletas y un manojo de flores que le entregó de inmediato.

Incluso alguien como yo pudo ver el cambio que causó esa llegada en la dinámica humana. Hacía sólo unos momentos, era yo quien se esforzaba para encontrar las palabras adecuadas. Ahora el problema se había transferido a Rosie.

Por suerte, Gene es un experto en interacción social. Avanzó hacia mí como si fuera a abrazarme, y luego, al detectar mi lenguaje corporal o recordar nuestros antiguos protocolos, optó por darme la mano. Después de soltarla, abrazó a Rosie.

Aunque Gene es mi mejor amigo, me incomoda que me abrace. La verdad es que sólo disfruto del contacto cercano con aquellas personas con quienes mantengo relaciones sexuales, categoría que incluye a un solo ejemplar humano. A Rosie no le gusta Gene, pero consiguió abrazarlo durante aproximadamente cuatro segundos sin interrupciones.

—No sabes cuánto te lo agradezco —dijo Gene—. Sé que no eres mi mayor admiradora.

Se dirigía a Rosie, claro. A mí siempre me había gustado Gene, aunque eso requiriese perdonarle ciertas conductas inmorales.

—Has engordado —observé—. Tenemos que programar algo de *jogging*.

Calculé el IMC de Gene en 28, tres puntos por encima de la última vez que lo había visto, hacía diez meses.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? ¿Te ha dicho Don que estoy embarazada?

—No me lo ha dicho, es una excelente noticia. Felicidades.

Gene utilizó la excelente noticia como excusa para repetir el abrazo y evitar responder a la pregunta sobre la duración de su estancia.

—Os lo agradezco muchísimo, de verdad —añadió, mirando a su alrededor—. Vaya sitio, Columbia paga mejor de lo que creía. Pero... ¿he interrumpido la cena?

—No, no —dijo Rosie—. No tendríamos que haber empezado sin ti. ¿Has cenado?

—Tengo un poco de *jet lag*. No sé si mi cuerpo sabe qué hora es.

Ahí yo podía ayudar.

—Bebe algo con alcohol. Recuérdale a tu cuerpo que es de noche.

Fui a la cámara refrigerada a buscar una botella de pinot noir, mientras Gene empezaba a deshacer las maletas en lo que, hasta ahora, había sido la habitación de invitados. Rosie me siguió.

Miró un momento los barriles de cerveza, luego pareció repentinamente enferma y salió a toda prisa. Dentro de la cámara refrigerada el olor a cerveza era mucho más intenso. Entonces oí un portazo en el cuarto de baño; después un ruido fuerte y un golpe, pero no en el baño. Los siguió un sonido atronador a un volumen similar. Era la batería de arriba. De inmediato, se le unió una guitarra eléctrica. Cuando Rosie salió del baño, yo ya le había preparado los tapones de los oídos, pero sospeché que su nivel de satisfacción había decaído considerablemente.

Rosie se dirigió a su nuevo estudio mientras yo me ponía mis tapones y terminaba la cena. Cincuenta y dos minutos después, la música paró y pude hablar con Gene. Él estaba convencido de que su matrimonio había terminado, pero a mí me parecía que simplemente debía rectificar su conducta. De forma permanente.

—Ese era el plan —me dijo.

—Era el único plan razonable. Dibuja una hoja de cálculo. Dos columnas. En un lado tienes a Claudia, Carl, Eugenie, estabilidad, alojamiento, eficacia doméstica, integridad moral, respetabilidad, no más denuncias por conducta inapropiada, inmensas ventajas. En el otro, sexo ocasional con mujeres aleatorias. ¿Es significativamente mejor que el sexo con Claudia?

—Claro que no. Aunque tampoco he tenido la oportunidad de comparar, últimamente. ¿Podemos hablar de esto más tarde? Ha sido un vuelo muy largo. Dos vuelos.

—Podemos hablar mañana. Todos los días, hasta que lo resolvamos.

—Don, se ha acabado. Lo he aceptado. Ahora dime cómo te sientes ante la perspectiva de ser padre.

—No siento nada, de momento. Es demasiado pronto.

—Creo que te lo preguntaré todos los días, hasta que se resuelva. Estás un poco nervioso, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Les pasa a todos los hombres. Les preocupa perder a sus mujeres por el bebé, les preocupa no volver a tener relaciones sexuales... Les preocupa no hacerlo bien.

—No cumplo con el estándar, por lo que espero tener problemas excepcionales.

—Y los resolverás a tu excepcional manera.

Fue una aportación muy útil. La resolución de problemas es uno de mis puntos fuertes. Pero no me servía para el dilema inmediato.

—¿Qué le digo a Rosie? Quiere saber cómo me siento.

—Dile que estás excitado con lo de ser padre. No la preocupes con tus inseguridades. ¿Tienes oporto?

La música volvió a empezar. No tenía oporto; lo sustituí por Cointreau, y nos quedamos sentados sin hablar hasta que Rosie vino a buscarme. Gene se había quedado dormido en la silla. Seguramente era más cómodo que dormir en el suelo; sin duda, muchísimo mejor que ser un sin techo en Nueva York.

En el dormitorio, Rosie sonrió y me besó.

—¿Así que la situación de Gene es... aceptable? —pregunté.

—No. No lo es. Ni tampoco el olor a cerveza, que deberemos solucionar si no quieres que vomite por la noche además de por la mañana. Y evidentemente tienes que hablar del ruido con la gente de arriba. A un bebé no podemos ponerle tapones en los oídos. Pero el piso es asombroso, maravilloso, precioso.

—¿Lo bastante para compensar los inconvenientes?

—Casi. —Sonrió.

Miré a la mujer más guapa del mundo, vestida tan sólo con una camiseta demasiado larga y sentada en mi cama... nuestra cama, esperando que pronunciase las palabras adecuadas para que continuase aquella extraordinaria situación.

Inspiré hondo, expulsé el aire y luego volví a inspirar para que me salieran las palabras.

—Estoy increíblemente excitado con la paternidad.

Usé la palabra «excitado» como la usaría para un electrón: activado, más que en un estado emocional concreto. Pero estaba siendo sincero, lo que era conveniente porque Rosie habría detectado cualquier atisbo de mentira.

Me echó los brazos al cuello y me abrazó durante más tiempo del que había abrazado a Gene en el rellano. Me sentía mucho mejor. Permití que mi intelecto se relajara y disfrutase de la proximidad de Rosie. El consejo de Gene había sido excelente y, al menos para mí, justificaba su presencia. Ya resolvería el problema del

ruido y el problema de la cerveza y el problema de la paternidad a mi manera.

Desperté con dolor de cabeza, que atribuí al estrés asociado al recuerdo del Incidente del Atún Rojo. Mi vida se volvía más y más compleja. Además de mis obligaciones como profesor y marido, ahora era responsable de monitorizar la cerveza, de Gene y, potencialmente, de Rosie, que, sospechaba, seguiría descuidando su salud incluso en este período fundamental. Y, desde luego, tenía que llevar a cabo ciertas investigaciones para prepararme en todo lo relativo a la paternidad.

Había dos respuestas posibles a esta sobrecarga. La primera era poner en práctica un horario más estricto para asegurar que el tiempo se distribuía de forma eficaz, considerando la prioridad relativa de cada tarea y su contribución a los objetivos fundamentales. La segunda era arrojarse al caos. La elección correcta me parecía evidente. Había llegado el momento de iniciar el Proyecto Bebé.

Sospechaba que Rosie reaccionaría de forma negativa a la instalación de una pizarra en la sala, pero se me ocurrió una solución brillante. Los azulejos blancos de las paredes de mi nuevo baño-despacho eran altos y estrechos, de aproximadamente treinta por diez centímetros. Proporcionaban una cuadrícula prefabricada con una superficie apta para el uso de rotulador. En una pared había diecinueve columnas de siete azulejos, interrumpidos sólo por el portarrollos de papel higiénico, que ocupaba un azulejo y tapaba otro; una plantilla casi perfecta para un calendario de dieciocho semanas. Cada azulejo podía dividirse en diecisiete franjas horizontales para cubrir las horas de vigilia, con la posibilidad de añadir subdivisiones verticales. Era improbable que Rosie viera aquel calendario, dada su afirmación de que respetaría mi espacio personal.

Evidentemente, podría haber usado una hoja de cálculo o una aplicación de calendario. Pero la pared era mucho mayor que mi pantalla, y anotar allí las reuniones laborales programadas, las sesiones de artes marciales y las horas de *jogging* al mercado de las primeras cuatro semanas me produjo una sensación de bienestar inesperada.

La mañana posterior a la llegada de Gene nos desplazamos a Columbia juntos, en metro. El trayecto desde nuestro nuevo piso era mucho más corto, y había reprogramado mi hora de salida en consecuencia. Rosie aún no había modificado su rutina diaria y se había marchado temprano.

Aproveché el trayecto para hablar con Gene de su problema familiar.

—Te ha rechazado porque la engañaste con otras mujeres. Múltiples veces. Y después mentiste con lo de que ibas a parar. Ella tiene que estar segura de que no volverás a engañarla ni a mentirle.

—No hables tan alto, Don.

Había levantado la voz para subrayar los puntos fundamentales, y la gente nos miraba con desaprobación, sobre todo a Gene. Una mujer que se apeó en Penn Station dijo: «Sinvergüenza». La señora que iba detrás añadió: «Cerdo». Era útil que reafirmaran mis argumentos, pero Gene intentó cambiar de tema.

—¿Has vuelto a pensar en lo de la paternidad?

Aún no había incluido ninguna actividad relacionada con el bebé en mi nuevo horario de azulejos blancos, pese a que era el motivo que me había empujado a elaborarlo. Tal vez mi cerebro respondía a un suceso inesperado activando mecanismos primitivos de defensa y fingiendo que ese acontecimiento no existía. Para contrarrestarlo, tenía dos tareas pendientes: admitir el nacimiento inminente declarándoselo a otros en voz alta y empezar a investigar.

Después de instalar a Gene en su despacho, tomamos café con el profesor David Borenstein, también decano de la facultad. Rosie se nos unió, más en su papel de pareja que como estudiante de Medicina. David nos había ayudado mucho con los visados y el traslado.

—¿Qué me cuentas, Don? —preguntó Borenstein.

Iba a ponerlo al día de mi investigación sobre la predisposición genética a la cirrosis hepática en ratones, que estaba a punto de terminar, cuando recordé mi anterior decisión de admitir la inminente paternidad.

—Rosie está preñada —solté.

Todos guardaron silencio. Supe de inmediato que había cometido un error, porque Rosie me dio una patada por debajo de la mesa. Evidentemente, fue ineficaz; no podía retractarme de lo dicho.

—Vaya —contestó David—. Felicidades.

Rosie sonrió.

—Gracias. Todavía no es oficial...

—Claro, claro... En mi calidad de docente universitario, puedo asegurarte que no eres la primera alumna que sufre cierta alteración en sus estudios.

—No pienso permitir en ningún caso que altere mis estudios.

Reconocí el tono «no me jodas» de Rosie. No parecía adecuado utilizarlo con el decano.

Pero David no detectó el tono, o prefirió pasarlo por alto.

—Yo no soy la persona con quien tienes que hablar. Coméntaselo, cuando quieras, a Mandy Rau. ¿Conoces a Mandy? Es la asesora. No olvides decirle que te cubre el seguro médico de Don.

Rosie iba a contestar, pero David levantó las dos manos en una doble señal de «Stop» y cambió de tema para hablar del trabajo de Gene. Rechazó un segundo café.

—Lo siento, tengo que irme; pero me gustaría comentar algunos aspectos con Don sobre su investigación de la cirrosis. ¿Charlamos de camino al despacho? Puedes acompañarnos si te apetece, Gene.

Pese a no tener el menor interés en mi investigación, Gene nos acompañó.

—Supongo que has terminado la parte del estudio en la que es indispensable la presencia de un profesor adjunto —comentó el decano.

—Aún queda una inmensa cantidad de datos por analizar.

—A eso me refería; casi todo es trabajo rutinario. Se me ha ocurrido que no te iría mal algo de ayuda.

—Bueno, si implica solicitar una subvención...

Por lo general, tardo menos en hacer el trabajo yo solo que en rellenar el papeleo que se necesita para pedir colaboración.

—No tendrás que solicitar nada. Al menos en este caso concreto. —Se echó a reír, y lo mismo hizo Gene—. Pero nos han prestado a alguien que ha acabado el doctorado y destaca en estadística... Es una especie de favor personal a un colega, pero hay que darle un trabajo de verdad. Por si investigan el visado.

—Acéptalo, Don —dijo Gene.

La lista de publicaciones de Gene estaba plagada de artículos realizados por tales personas bajo su teórica supervisión. Yo no quería que mi nombre apareciera en artículos que yo no había escrito. Pero le debía a David Borenstein no derrochar mi tiempo con tareas que podía realizar una persona más joven que de este modo se beneficiaba de la experiencia.

—Se llama Inge —dijo David—. Es lituana.

Gene se despidió, y yo seguí andando con el decano, en silencio. Supuse que Borenstein estaba simplemente pensando —una agradable diferencia respecto a la mayoría de la gente, que considera los silencios como un espacio que hay que llenar—, porque siguió caminando a mi lado sin decir nada. Estábamos llegando a su despacho cuando volvió a hablar.

—Don, la asesora le sugerirá a Rosie que se tome un descanso. Es lo razonable. Pero no queremos perderla; nos gusta conservar a nuestras estudiantes, y Rosie es de las buenas. El momento tal vez no sea el ideal; seguramente tendrá que aplazar los primeros seis meses de su curso clínico principal, luego dará a luz y volverá el segundo semestre, o al año siguiente. Pongamos que se toma todo el año. Eso os dará tiempo para organizar el cuidado de la criatura, algo en lo que sin duda participarás.

No había pensado en ese asunto práctico, y el consejo de David parecía sensato.

—Algunas mujeres se toman dos meses, vuelven enseguida y se apañan para recuperar el tiempo perdido durante la baja. Yo creo que eso es un error. Sobre todo en vuestro caso.

—¿Por qué específicamente en nuestro caso?

—No tenéis quien os ayude. Si vuestros padres o hermanos vivieran aquí... tal vez. Y tampoco hay demasiadas personas a quienes podáis contratar para cuidar de la criatura. Por eso os recomiendo que se tome un año. De otro modo, el bebé sufrirá, la investigación de Rosie sufrirá, ella sufrirá. Y, te lo digo por mi amarga experiencia, tú sufrirás también.

—Me parece un consejo excelente. Hablaré con Rosie.

—No le comentes que te lo he dicho yo.

El decano de Medicina, nuestro protector y un padre experimentado. ¿Podía haber alguien con más autoridad para aconsejarnos sobre la conciliación entre familia y estudios? Aun así, sospeché que la recomendación de que no mencionase su nombre era acertada. Rosie rechazaría instintivamente el consejo de una figura masculina de autoridad y de más edad.

Mi predicción era correcta.

—No pienso perder un curso —dijo Rosie cuando esa noche mencioné el consejo de David sin citar la fuente.

Cenábamos con Gene, el nuevo miembro de la familia, que aprovechaba nuestro excedente de sillas.

—A largo plazo, un año no es nada —comentó Gene.

—¿Pediste la baja cuando Eugenie nació? —preguntó Rosie.

—Claudia sí.

—Entonces compárame contigo en lugar de con Claudia. ¿Es mucho pedir?

—¿Así que Don cuidará del bebé?

Rosie se echó a reír.

—No creo. O sea, Don tiene que trabajar. Y...

Me interesaba oír las otras razones que, según Rosie, me impedían cuidar de Bud, pero Gene la interrumpió.

—Entonces, ¿quién cuidará de él?

Rosie se tomó su tiempo para pensarlo.

—Me la llevaré, o me lo llevaré, conmigo.

Me quedé perplejo.

—¿Te llevarás a Bud a Columbia? ¿A los hospitales?

Cuando Bud naciese, Rosie ya trabajaría con pacientes reales, personas con enfermedades infecciosas, y en un entorno donde un bebé suelto podía causar graves desastres. Su método me parecía poco práctico e irresponsable.

—Todavía lo estoy pensando, ¿vale? Pero ya iría siendo hora de que se tuvieran en cuenta las necesidades de las mujeres con hijos, en lugar de decirnos que nos larguemos y volvamos cuando la criatura haya crecido. —Rosie apartó el plato. No se había terminado el *risotto*—. Tengo trabajo que hacer.

Una vez más, Gene y yo nos quedamos solos para hablar. Anoté mentalmente que debía reponer las existencias de alcohol.

Gene seleccionó el tema de conversación antes de que yo pudiera mencionar nada respecto a su situación con Claudia.

—¿Te sientes mejor con lo de ser papá?

La palabra «papá», aplicada a mí, sonaba rara. Pensé en mi padre. Sospechaba que el papel que había desempeñado en mi vida de lactante había sido mínimo. Mi

madre había dejado su empleo de maestra para cuidar de sus tres hijos, mientras mi padre trabajaba en la ferretería familiar. Era una distribución laboral práctica, si bien estereotipada. Dado que mi padre comparte conmigo algunos de los rasgos de mi personalidad que me han causado más problemas, seguro que fue conveniente maximizar la aportación materna.

—He estado pensándolo. Y sospecho que mi contribución más útil será apartarme en todo lo posible para no causar problemas.

Eso encajaba con la evaluación de Lydia durante el Incidente del Atún Rojo y con la máxima médica *primum non nocere*, «Lo primero es no hacer daño».

—¿Sabes? Puede que te salgas con la tuya. Rosie es una feminista acérrima y, filosóficamente hablando, quiere que lleves falda, pero también se cree Superwoman. La independencia es una característica de la mujer australiana. Quiere hacerlo todo. —Gene apuró su Midori y llenó los dos vasos—. Digan lo que digan las mujeres, están unidas biológicamente al bebé de un modo distinto a nosotros. La criatura ni te va a reconocer los primeros meses, así que no te preocupes. Espera a que empiece a gatear, y entonces podrás interactuar.

Eso era útil. Me sentí afortunado de poder contar con el consejo de un padre experimentado, que además era director de un departamento de Psicología. Había más:

—Y olvídate de todo lo que dicen los psicólogos. Convierten la paternidad en un fetiche. Acabas paranoico pensando que haces algo mal. Si oyes la palabra «vínculo», echa a correr.

Un consejo sumamente útil. Sin duda, Lydia pertenecía al grupo descrito por Gene.

—No tienes sobrinos, ¿verdad? —añadió Gene.

—Correcto.

—Así que no tienes ninguna experiencia con niños.

—Sólo con Eugenie y Carl.

Conocía tan bien a los hijos de Gene que casi podía añadirlos a mi lista de amigos, pero eran demasiado mayores para contarlos como «experiencia con lactantes».

Rosie salió de su despacho y se dirigió al dormitorio gesticulando de un modo que interpreté como «Ya habéis bebido bastante, los dos, y es hora de acostarse y dejar de intercambiar información interesante».

Gene intentó levantarse, pero se desplomó de nuevo en la silla.

—Te daré un último consejo antes de caer noqueado. Observa a los niños, mira cómo juegan. Verás que son adultos pequeños, sólo que aún no saben todas las normas y los trucos. No hay de qué preocuparse.

Rosie estaba sentada en la cama cuando entré.

—Don, ¿puedo pedirte un favor antes de que te desnudes?

—Por supuesto. Siempre y cuando no exija cierto grado de coordinación física o mental.

Gene me había rellenado varias veces el vaso, lo que había resultado en una sobredosis accidental de alcohol.

—¿A qué hora cierran la tienda? Esa donde compraste la caballa ahumada.

—No lo sé. ¿Por qué tengo que seguir vestido para responder a esa pregunta?

—Me encantaría comer caballa.

—Compraré hoy mismo. —Eran las 00.04 horas—. La tomaremos fría, de aperitivo.

—Me refiero a ahora. Esta noche. Con pepinillos. Los picantes si los encuentras.

—Es demasiado tarde para comer. Tu sistema digestivo...

—Me da igual. Estoy embarazada. Tengo antojos. Es normal.

El término «normal» acababa de ser redefinido.

Me dije que encontrar caballa ahumada y pepinillos pasada la medianoche implicaría un esfuerzo considerable, sobre todo porque la ebriedad descartaba el uso de la bicicleta; pero era la primera oportunidad que se me presentaba para hacer algo que estaba directamente relacionado con el embarazo.

No conseguí encontrar caballa ahumada corriendo al azar por un barrio desconocido. Aún había gente en la calle, y la elección de mi trayectoria se veía condicionada por la necesidad de esquivar a los peatones. Decidí ir hasta Brooklyn, donde conocía una tienda bien provista y que abría veinticuatro horas, en Graham Avenue. Estadísticamente, el tiempo estimado para encontrar caballa ahumada sería menor si seguía buscando en Manhattan, pero estaba dispuesto a sacrificar esa posibilidad a cambio de jugar sobre seguro.

Mientras cruzaba el puente de Williamsburg haciendo *jogging*, analicé el problema. Quizá el cuerpo de Rosie reaccionaba a alguna carencia, y la intensidad del antojo había aumentado debido a la importancia de mantener una nutrición adecuada durante el embarazo. Había rechazado el *risotto* de alcachofa y setas, pero quería caballa. Llegué a la conclusión provisional de que su cuerpo necesitaba proteína y aceite de pescado.

Al igual que con la gestión y reorganización de mi vida, cada vez más compleja, vi dos formas posibles de abordar este nuevo aspecto. Suministrar la nutrición a demanda, según antojos que probablemente se producían sólo después de que el cuerpo reconociese la carencia, sería caótico e ineficaz, como demostraba mi búsqueda de caballa. Un enfoque planificado que reconociese la dieta requerida en el embarazo y asegurase la disponibilidad inmediata de todos los ingredientes era obviamente superior.

Volví a casa a las 02.32 horas en la Ciudad que Nunca Duerme. Había corrido aproximadamente veinte kilómetros, y adquirido caballa ahumada, pepinillos y chocolate (Rosie siempre tenía antojos de chocolate). Rosie dormía. Agitar la caballa debajo de su nariz no estimuló respuesta alguna.

Cuando me desperté, Rosie y Gene ya se preparaban para irse a Columbia y yo volvía a tener dolor de cabeza, esta vez, sin duda, debido a la falta de sueño. La cantidad correcta de sueño relativamente reparador es fundamental para un óptimo funcionamiento físico y mental. El embarazo de Rosie estaba afectando gravemente a mi cuerpo. La adquisición previa de alimentos compatibles con el embarazo al menos haría innecesarias las excursiones nocturnas, de modo que, como solución a corto plazo, me tomé el día libre para concentrarme en el Proyecto Bebé.

Conseguí aprovechar productivamente el día libre; primero recuperé algo de sueño, y luego recabé más información sobre la relación que había mencionado Rosie entre el cortisol y la depresión. Los estudios la corroboraban, como también su incidencia en las cardiopatías. Era importante minimizar el estrés de Rosie, tanto por su bien como por el de Bud.

Tras completar las tareas de mantenimiento corporal programadas, destiné el resto de la mañana a investigar la nutrición en el embarazo. El tiempo que había asignado a este aspecto era a todas luces insuficiente. ¡Había tantos consejos contradictorios! Incluso después de rechazar artículos que pregonaban amablemente su ausencia de base científica utilizando términos como «orgánico», «holístico» y «natural», acabé con una masa ingente de datos, recomendaciones y recetas. Algunas se centraban en qué alimentos incluir, otras en cuáles evitar. Había un solapamiento importante. Un sitio web sobre bebés, comercial pero impresionante, ofrecía un Sistema Estandarizado de Comidas para cada trimestre; sin embargo, incluía carne, lo que sería inaceptable para Rosie. Necesitaba más tiempo, o un metaanálisis adecuado. Sin duda, otros se habían enfrentado al mismo problema y habían codificado y resumido sus hallazgos.

Las páginas web dedicadas al embarazo incluían muchísima información acerca del desarrollo fetal. Rosie me había especificado que no quería que la bombardeara con comentarios técnicos, pero era un tema muy interesante, sobre todo con un caso práctico evolucionando en nuestro piso. Seleccioné uno de los azulejos de encima de la bañera y lo marqué con un 5 para representar el número estimado de semanas de gestación hasta el sábado anterior. Dibujé un punto del tamaño de una pepita de naranja para representar el contorno actual de Bud, y luego añadí un esbozo. Después de cuarenta minutos de trabajo, mi algoritmo seguía siendo muy básico comparado con algunos de los diagramas disponibles *on-line*. Sin embargo, como con el calendario de los azulejos de la pared de enfrente, experimenté una clara sensación de satisfacción.

Para resolver el problema inmediato de nutrición, seleccioné aleatoriamente una receta vegetariana de una de las páginas web. Una carrera por el supermercado bastó para proporcionarme todos los ingredientes que necesitaba el flan de calabaza y tofu.

Me quedaba una tarde sin programar, una oportunidad ideal para seguir el consejo de Gene. Consideré sensato aplazar la ducha y el cambio de ropa hasta después de mi excursión, sobre todo porque la predicción meteorológica cifraba la posibilidad de lluvia en un treinta por ciento. Me puse un impermeable ligero encima de mi equipo de *jogging* y añadí una gorra de ciclista para protegerme la cabeza.

Había un pequeño parque infantil en la Décima Avenida, a tan sólo unas manzanas de distancia. El lugar perfecto. Pude sentarme en un banco, solo, y mirar a los niños con sus cuidadores. Unos prismáticos me hubieran sido útiles, pero conseguí observar habilidades motoras gruesas, y hasta oír alguna conversación, sobre todo porque en general se tenían a gritos. Nadie me importunó; de hecho, la única vez que se me acercó un niño, lo llamaron enseguida.

Anoté varias observaciones en mi cuaderno.

Los niños exploraban a corta distancia, pero no perdían de vista a los cuidadores y siempre volvían a su lado. Recordé un documental en el que esta conducta se hacía más evidente gracias a la cámara rápida, pero no conseguí recordar de qué animal se trataba. Como mi móvil tiene mucha memoria disponible, empecé a grabar un vídeo. Sin duda, Gene estaría interesado.

Mi grabación se vio interrumpida por cierta actividad grupal: los cuidadores y los niños se reunieron durante unos veinte segundos, y luego se trasladaron al otro extremo del parque, donde una isla de vegetación me impedía verlos. Los seguí hasta allí con la intención de continuar observándolos, pero no reanudaron el juego. Decidí esperar y aproveché el tiempo para cambiar la resolución del vídeo, por si se presentaba la oportunidad de grabar una secuencia más larga. Como estaba concentrado en manipular la cámara del móvil, no advertí que se acercaban dos policías uniformados.

En retrospectiva, me doy cuenta de que quizá no manejé bien la situación, pero se trataba de un protocolo social desconocido para mí, de unas circunstancias inesperadas y unas reglas que ignoraba. También tenía problemas con la aplicación de vídeo que había descargado debido a un algoritmo de compresión superior que complicaba su uso.

—Pero ¿qué demonios se cree que hace?

Eso lo dijo el policía (relativamente) más viejo. Calculé que los dos rondaban los treinta años y que estaban en buena forma física; IMC aproximado de 23.

—Creo que estoy configurando la resolución, pero es posible que esté haciendo otra cosa. Es poco probable que pueda ayudarme, a menos que esté familiarizado con esta aplicación.

—Bueno, pues supongo que tendremos que apartarnos y dejarle vía libre con los niños.

—Excelente. Buena suerte en la lucha contra el crimen.

—Levántate.

Ese cambio de actitud en el colega más joven me resultó inesperado. Quizá me encontrara ante una demostración del protocolo «Poli bueno, poli malo». Miré al Poli Bueno para ver si me daba instrucciones contrarias.

—¿Usted también exige que me levante?

El Poli Bueno me ayudó a levantarme. Enérgicamente. El malestar que siento cuando me tocan es visceral, y mi respuesta fue igual de automática. No inmovilicé ni empujé a mi agresor, pero usé un simple movimiento de aikido para soltarme y apartarme. El agente retrocedió, tambaleándose, y el Poli Malo desenfundó el arma. El Poli Bueno sacó las esposas.

En comisaría, los policías intentaron hacerme declarar que estaba en el parque observando a los niños y que me había resistido al arresto. Por fin me respondieron a la pregunta obvia: «¿Qué he hecho?». En Nueva York es ilegal entrar en un parque infantil sin ir acompañado de un niño menor de doce años. Al parecer, había un cartel en la valla que informaba de ello.

Increíble. Si de verdad yo hubiese sido, como sospechaba la policía y habían anticipado los legisladores, alguien que obtenía satisfacción sexual mediante la simple observación de niños, tendría que haber secuestrado a uno para poder acceder al parque infantil. Este argumento no interesó ni al Poli Bueno ni al Poli Malo, y finalmente ofrecí una explicación de los acontecimientos que pareció satisfacerlos.

Luego me dejaron solo en una habitación pequeña durante cincuenta y cuatro minutos. Me habían confiscado el teléfono.

Por fin, un hombre de más edad, también uniformado, entró con lo que supuse que era la versión impresa de mi declaración.

—¿Profesor Tillman?

—Cordiales saludos. Tengo que llamar a un abogado.

El tiempo que pasé a solas me sirvió para reflexionar. Recordaba un teléfono 1-800 de abogados criminalistas que había visto anunciado en el metro.

—¿No quiere llamar primero a su mujer?

—Mi prioridad es el asesoramiento profesional.

También era consciente de que la noticia de mi arresto estresaría a Rosie, sobre todo porque el problema seguía sin resolverse y ella poco podía hacer.

—Puede llamar a un abogado si quiere. Aunque a lo mejor no lo necesita. ¿Quiere beber algo?

Mi respuesta fue automática.

—Sí, por favor. Un tequila, sin hielo.

Mi interrogador me miró durante aproximadamente cinco segundos. No hizo ademán de traerme la bebida.

—¿No preferiría un Margarita? ¿O un Daiquiri de fresa?

—No, preparar un cóctel es demasiado complejo. Un tequila está bien.

Sospechaba que no tendrían zumo natural. Mejor un tequila sin hielo que un Margarita elaborado con sirope de limón o una mezcla agridulce.

—Usted es de Melbourne, Australia, ¿verdad?

—Correcto.

—¿Y ahora es profesor en Columbia?

—Profesor adjunto.

—¿Podemos llamar a alguien para verificarlo?

—Por supuesto. Pueden hablar con el decano de Medicina.

—Conque es usted un tipo listo, ¿no?

Era difícil responder a esa pregunta sin parecer arrogante. Me limité a asentir con la cabeza.

—Bien, profesor, respóndame a esto. Con toda su inteligencia, cuando le he ofrecido un Margarita, ¿de verdad ha creído que me iba a la salita a exprimir unas limas?

—Con limón ya vale. Pero sólo he pedido tequila. Exprimir cítricos para elaborar un cóctel parece una forma inapropiada de invertir el tiempo de un agente de la ley.

El agente se recostó en la silla.

—No está usted de broma, ¿verdad?

Estaba sometido a una presión extrema, pero era consciente de que quizá había cometido un error. Hice cuanto pude por aclararlo.

—Me han arrestado y corro peligro de que me encarcelen. Desconocía esa ley, pero no estoy bromeando de forma intencionada, por supuesto. —Reflexioné un momento y luego, en un intento de reducir el riesgo de prisión y las resultantes comidas de baja calidad, conversaciones aburridas e insinuaciones sexuales no deseadas, añadí—: Soy lo que llaman «un incompetente social».

—Ya me lo imaginaba. ¿Es cierto que le ha dicho «Buena suerte en la lucha contra el crimen» al agente Cooke?

Asentí.

Se echó a reír.

—Tengo un sobrino que se parece mucho a usted.

—¿Es profesor de Genética?

—No, pero, si quiere información sobre los *Spitfires* de la Segunda Guerra Mundial, él es su chico. Lo sabe todo de aviones, y nada de cómo no meterse en líos. Seguro que le fue bien en la escuela, ya que ha llegado a ser profesor.

—Sacaba notas excelentes. Pero no me gustaban los aspectos sociales de la confraternización.

—¿Problemas con la autoridad?

Mi respuesta instintiva fue «no»: obedezco las leyes y no pretendo causar problemas. Pero me vino a la cabeza el recuerdo del profesor de Religión, del director y de la decana de Ciencia de Melbourne, seguido del encargado al que le colgamos el mote de Wineman, el administrador del apartamento de Brooklyn y los dos polis.

—Correcto. Debido a la sinceridad, o a la falta de tacto, más que a la malicia.

—¿Lo habían arrestado antes?

—Esta es la primera vez.

—Y estaba en el parque infantil para... —Comprobó el documento—: «Observar la conducta de los niños como preparación para la paternidad».

—Correcto. Mi mujer está embarazada. Necesito familiarizarme con los niños.

—Vaya, vaya... —Volvió a mirar el papel, pero sus ojos no indicaban que estuviera leyendo—. Bien, no creo que sea usted un peligro para los niños, pero no puedo dejar que se marche sin más. Si la semana que viene le da por acribillar una escuela y yo no he hecho nada...

—Eso parece estadísticamente improbable...

—No diga nada. Si habla, se meterá en un lío. —Me pareció un buen consejo—. Voy a enviarlo a Bellevue. Brendan le echará un vistazo, y si no lo considera peligroso, se habrá librado de esta. Todos nos habremos librado de esta.

Me devolvió el móvil y meneó las esposas.

—Brendan es un buen tipo. Pero preséntese allí, o lo haremos a las malas.

Eran las 18.32 horas cuando salí de comisaría. Llamé de inmediato a Bellevue para concertar una cita. La recepcionista me pidió que llamase al día siguiente, a menos que fuese una urgencia. Llevaba aproximadamente cuatro minutos describiéndole la situación, cuando tomó la decisión, al parecer irreversible, de que no lo era.

En el metro, consideré si tenía que informar a Rosie del Incidente del Parque Infantil. Era embarazoso, e insinuaba una total falta de familiaridad con las reglas. Conocer las reglas es uno de mis puntos fuertes. A Rosie le disgustaría que me hubiese pasado algo desagradable y se enfadaría con la policía... En resumen, se estresaría. Mi primera decisión de aislarla hasta solucionar el problema seguía siendo válida. Ya había evitado lo peor en comisaría. La evaluación psiquiátrica en Bellevue era el único obstáculo que quedaba por salvar.

Me dije que no había ninguna razón para que me sintiera nervioso por la visita al psicólogo. Cuando tenía veinte años me habían evaluado numerosos psicólogos y psiquiatras. Asimismo, mi círculo de amigos incluía a: Claudia, una psicóloga clínica; Gene, director de un departamento de Psicología; Isaac Esler, psiquiatra, y también a Rosie, licenciada en Psicología y estudiante de doctorado. Estaba familiarizado con ellos y me sentía cómodo en presencia de estos profesionales. Tampoco había motivos para que un psicólogo me considerase peligroso. Por tanto, no había ninguna razón para que me sintiera nervioso por la evaluación. Y, como no había razones, el nerviosismo que me dominaba era del todo irracional.

Cuando llegué, Rosie ya estaba en casa, trabajando en su nuevo despacho. Me había pasado de parada y después había andado en la dirección equivocada. Me dije que se debía a nuestra reciente mudanza. Inicié los preparativos para la cena. Sería un tema de conversación menos peligroso que hablar de las actividades del día.

—¿Dónde has estado? —gritó Rosie desde su despacho—. Creía que almorzaríamos juntos.

—Tofu. Nutritivo, de fácil digestión y una fuente estupenda de hierro y calcio.

—¿Hola? —Rosie salió del despacho y se acercó mientras yo me concentraba en la comida—. ¿Me toca un beso?

—Por supuesto.

Por desgracia, el beso, pese a mis esfuerzos para darle peso específico, fue insuficiente para distraer a Rosie de su interrogatorio.

—¿Qué has hecho hoy? ¿Qué ha pasado con nuestro almuerzo?

—No entendí que el almuerzo estaba confirmado. Me he tomado el día libre. He ido a pasear, no me encontraba muy bien.

Todas esas afirmaciones eran ciertas.

—No me extraña. Te pasaste toda la noche bebiendo con Gene.

—Y buscando un sitio donde comprar caballa ahumada.

—Oh, mierda. Lo había olvidado. Lo siento, me tomé unos huevos en vinagre y me quedé dormida.

Señaló el tofu, en cuyo proceso de preparación me encontraba.

—Creí que salías con Dave.

—Esto es para ti.

—Vaya, qué detalle, pero prefiero una *pizza*.

—Esto es más sano. Rico en betacaroteno, esencial para fortalecer el sistema inmunitario.

—Puede, pero me apetece *pizza*.

¿Debía fiarme del instinto, que indicaba *pizza*, o de la página web que especificaba tofu? Como genetista confiaba en el instinto, pero, como científico, confiaba en los resultados de las investigaciones. Como marido, sin embargo, sabía que lo más fácil era no discutir. Metí el tofu en la nevera.

—Ah, y llévate a Gene.

La Noche de los Chicos estaba definida como Dave, yo y, a veces, alguno de los antiguos compañeros de trabajo de Dave. No obstante, también se definía como «tiempo de Rosie a solas». La única forma de mantener ambos componentes de la definición requería que Gene cenase solo, lo que habría roto otra regla de conducta ética. El cambio parecía imparable.

Gene y yo salíamos del ascensor rumbo a la calle, cuando George se bajó de una limusina cargado con una bolsa. Lo intercepté.

—Cordiales saludos. Creí que volvías a Inglaterra.

Una búsqueda en Internet me había revelado el nombre del crucero de George, que había zarpado hacía unas horas.

—Así te habrías quedado tranquilo, ¿eh? No, tenemos unos meses libres, cortesía de los Herman's Hermits. El agente nos está buscando bolos en Nueva York. ¿Cómo está la cerveza?

—La temperatura es la correcta y se mantiene estable. Hay un pequeño escape que produce olores ocasionales, pero nos estamos acostumbrando. ¿Vas a ensayar esta noche?

—Curioso que lo preguntes. No es que me apetezca mucho, pero Jimmy, el bajista, ha dicho que a lo mejor se pasa. Como lleva tres días en Nueva York y ya no sabe qué hacer, seguramente quedaremos, beberemos cerveza y tocaremos un poco.

—¿No prefieres ver un partido de béisbol? —La idea se me ocurrió como una solución al problema del ruido, que sin duda molestaría a Rosie. Por primera vez en la vida, le había pedido espontáneamente a un casi desconocido que me acompañase con propósitos sociales.

—¿Vas a salir?

—Correcto. A cenar, beber alcohol y ver un partido de béisbol. También charlamos.

Había seleccionado el Dorian Gray, un bar del East Village, como punto de encuentro habitual. Ofrecía la mejor combinación de pantallas de televisión, nivel de ruido (fundamental), calidad de la comida, cerveza, precio y tiempo de desplazamiento para Dave y para mí. Presenté a George como mi vecino vertical y expliqué que Gene vivía temporalmente conmigo. A George no pareció importarle tener un inquilino más que no le pagaba alquiler.

Dave se adapta a los cambios de planes, y se alegró de que George y Gene nos acompañaran. Pedimos hamburguesas con todos los ingredientes disponibles. El régimen de Dave se suspendía la Noche de los Chicos. Gene pidió una botella de vino, que era más caro que las cervezas que solíamos tomar. Supe que eso preocuparía a Dave.

—Y bien, ¿qué te ha pasado hoy? He tenido que enseñarle a tu ayudante cómo funciona todo —me dijo Gene.

—Por cómo lo dices, no parece que te haya importado mucho... —intervino George—. No será una joven dama, ¿verdad?

—Eso es precisamente lo que es —contestó Gene, al parecer imitando el acento británico de George—. Se llama Inge. Encantadora.

Siguiendo el propósito principal de la Noche de los Chicos, que era proporcionar ayuda mutua con los problemas personales, me pregunté si debía pedir consejo sobre el Incidente del Parque Infantil. Quería una segunda opinión respecto a si debía o no ocultar la información a Rosie, pero no me pareció muy sensato contarle a George, que a fin de cuentas era mi casero, que me habían arrestado.

—Tengo un pequeño problema —dije por fin—. He cometido un error social que podría acarrear consecuencias.

No añadí que el error era consecuencia directa de la observación de niños que me había aconsejado Gene.

—Bueno, hasta ahí lo entendemos. ¿Quieres entrar en detalles? —preguntó Gene.

—No. Sólo quiero saber si debo contárselo a Rosie. Y, en tal caso, cómo.

—Pues claro que sí. El matrimonio tiene que basarse en la confianza y la sinceridad. Nada de secretos. —Luego Gene se echó a reír, seguramente para indicar con ello que estaba bromeando. Eso cuadraba con su conducta, en la que el engaño y la mentira eran elementos habituales.

—¿Tú qué opinas? —le pregunté a Dave.

Dave miró su plato vacío.

—¿Quién soy yo para aconsejarte? Vamos a arruinarnos, y todavía no se lo he dicho a Sonia.

—¿Tu negocio de la refrigeración no marcha bien? —preguntó George.

—La parte de la refrigeración funciona. El problema es la parte del negocio.

—Papeleo, ya entiendo. Te diría que contrataras a alguien para que te lo lleve,

pero un día abres los ojos y descubres que tú has estado trabajando para ellos, y no al revés.

No entendía cómo George podía obtener semejante información en el momento de despertar, pero en general coincidía con su tesis: para mí, la administración era también uno de los principales inconvenientes. Por el contrario, Gene era un experto en utilizarla en beneficio propio.

La conversación se había dispersado. Retomé el tema fundamental: ¿debía decírselo a Rosie?

—Ahora en serio: ¿tiene que saberlo? ¿Va a afectarle? —preguntó Gene.

—De momento, no. Depende de las consecuencias.

—Entonces espera. La gente se pasa la vida preocupándose por cosas que no llegan a pasar.

Dave asintió.

—Supongo que no le hace falta estresarse más.

Otra vez esa palabra.

—Coincido plenamente —observó Gene. Luego preguntó a George—: ¿Tú qué opinas?

—Opino que este vino está riquísimo. Chianti, ¿verdad? —Hizo señas al camarero—. Otra botella de su mejor Chianti, caballero.

—Sólo tenemos un tipo de Chianti, y es el que están tomando.

—Entonces tráiganos su mejor vino tinto.

La expresión de Dave mostró signos de terror. Yo estaba menos preocupado. No creía que el mejor vino tinto del Dorian Gray fuese muy caro.

George esperó a que llegase el vino.

—¿Cuánto tiempo llevas casado? —me preguntó.

—Diez meses y quince días.

—¿Y ya haces cosas que no puedes contarle?

—Eso parece.

—Y aún no tienes críos, supongo.

—Una observación interesante.

Dependía de la definición de «crío». Si George era un fundamentalista religioso, quizá considerase que se había formado un crío en algún momento entre una hora y cinco días después de que me quitase la camisa aquel sábado que me cambió la vida, dependía de la velocidad de desplazamiento del espermatozoide que había salido victorioso.

Mientras pensaba en cómo responder a eso, Gene me tomó la delantera:

—Don y Rosie esperan su primer hijo... ¿para cuándo, Don?

El período medio de gestación humana es de cuarenta semanas; treinta y ocho a partir de la concepción. Si los cálculos de Rosie eran correctos, y la concepción había tenido lugar el mismo día, el bebé nacería el 21 de febrero.

—Bueno, en cualquier caso, eso responde a tu pregunta de si debes contarle el

problema. Mejor no decirle nada que la preocupe —comentó George.

—Buen razonamiento —afirmó Gene.

Incluso sin pruebas científicas que vinculasen el estrés con la futura salud mental de Bud, mis compañeros habían llegado, en esencia, a la misma conclusión que yo. Tenía que ocultar la información hasta que el problema estuviese resuelto, algo que esperaba que sucediese lo antes posible si no quería ser yo la víctima de una intoxicación por exceso de cortisol.

Gene probó el vino en representación del grupo y añadió:

—Es natural que la gente engañe a sus parejas. No querrás ir en contra de la naturaleza...

George se echó a reír.

—Me gustaría ver cómo defiendes eso.

Gene procedió a soltar su discurso habitual de que las mujeres buscan los mejores genes, incluso fuera de su relación primaria, mientras que los hombres buscan fecundar al mayor número de mujeres posible sin que los descubran. Fue una suerte que ya me hubiese soltado ese discurso en tantas otras ocasiones, pues detecté un nivel significativo de ebriedad. George se rio muchísimo.

Dave no se rio nada.

—Me parece una chorrada de teoría. Nunca me he planteado en serio engañar a Sonia.

—¿Cómo lo explico? Existe una jerarquía. Cuanto más arriba estás, más mujeres tienes al alcance. Un colega nuestro es el director del Instituto de Investigaciones Médicas de Melbourne, y acaban de pillarlo con los pantalones bajados... casi literalmente. No podría haberle pasado a un tipo más agradable.

Gene se refería a mi coinvestigador en Melbourne, Simon Lefebvre, y me gustó saber que ahora lo consideraba un «tipo agradable». Antes había entre ellos una competencia malsana.

Gene sirvió lo que quedaba del vino.

—Así que, sin ánimo de ofender a nadie, Don es profesor adjunto y yo soy director de departamento. Estoy casi al mismo nivel que Lefebvre, pero por encima de Don. Probablemente no se me presentarán tantas oportunidades como a Lefebvre, cuya dedicación a dicha labor es un ejemplo para todos nosotros, pero sin duda tengo más oportunidades que Don.

—Y yo soy ingeniero de refrigeración, por lo que estoy por debajo de vosotros.

—En términos de jerarquía social, seguramente es verdad. Pero eso no te hace menos valioso como persona. Si se me estropea la nevera, no llamaré a Lefebvre, pero en términos generales alguien de tu profesión tendrá menos oportunidades a la hora de mantener relaciones sexuales con mujeres que, inconsciente o conscientemente, dan importancia al estatus. Es muy probable que seas mejor hombre que yo en muchos aspectos, pero está claro que en este grupo yo soy el macho alfa.

—Gene se volvió hacia George—: Lo siento, caballero, quizá estoy siendo

impertinente: he dado por supuesto que no eres rector de Cambridge ni futbolista internacional.

—Demasiado tonto para lo primero —respondió George—. Lo segundo me hubiese gustado y lo intenté con el Norwich, pero no era lo bastante bueno.

El camarero trajo la cuenta. George la cogió de inmediato, dejó un montón de billetes encima de la nota y se levantó.

Gene, George y yo volvimos juntos en taxi. En cuanto las puertas del ascensor se cerraron detrás de mi casero, Gene dijo:

—Una cena gratis. Eso te demuestra lo que un tío es capaz de hacer para desafiar al macho alfa. ¿Tú sabes a qué se dedica para ganarse la vida?

—Es estrella de rock —respondí.

Rosie iba en camisón, pero seguía despierta cuando entré en nuestro dormitorio.

—¿Qué tal la noche? —preguntó, y experimenté un instante de pánico antes de comprender que no debía mentirle.

—Excelente. Hemos tomado vino y comido hamburguesas.

—Y habéis hablado de béisbol y mujeres.

—Incorrecto. Nunca hablamos de mujeres en general; sólo de ti y de Sonia. Esta noche hemos hablado de genética.

—Pues me alegro de haberme quedado en casa. Supongo que lo de hablar de genética quiere decir que Gene le ha soltado a Dave el rollo de «los hombres están programados para engañar». ¿A que sí?

—Correcto. Aunque considero muy improbable que Dave modifique su conducta al respecto.

—Espero que nadie modifique su conducta por algo que haya dicho Gene. —Rosie me miró de un modo extraño—. ¿Hay algo que no me cuentas?

—Por supuesto. Hay un inmenso número de cosas que no te cuento. Tendrías una sobrecarga de información. —Un argumento excelente, pero mejor cambiar de tema y darle protagonismo a ella. Había pensado una pregunta adecuada durante el trayecto en taxi a casa—. ¿Qué tal tu *pizza*?

—Al final me he preparado el tofu. No estaba mal.

Poco después de que me acostara junto a ella, George se puso a tocar la batería. Rosie propuso que fuera a decirle que parase.

—Si no vas tú, iré yo —añadió.

Tenía tres posibilidades: un enfrentamiento con mi casero, un enfrentamiento con mi mujer o un enfrentamiento entre mi casero y mi mujer.

A juzgar por su aspecto cuando me abrió la puerta, George estaba tocando en pijama. Tengo la teoría de que todo el mundo es raro cuando está a solas. Yo también

iba en pijama, claro.

—¿Demasiado ruido para ti y la dama? ¿Y Don Juan?

—Sólo para la dama. —Intentaba reducir la magnitud de la queja en un sesenta y siete por ciento. Misteriosamente, mi voz sonó como la de mi abuelo.

George sonrió.

—La mejor noche que recuerdo. He usado la cabeza y no he hablado de fútbol.

—Has tenido suerte. Normalmente hablamos de béisbol.

—Muy interesante esa charla sobre genética.

—Gene no siempre es técnicamente preciso.

—¡Seguro que no! —George se echó a reír—. No sé si tendrá algo que ver, pero es la primera vez que me apetece ensayar desde hace siglos. Supongo que tu colega me ha sacado el macho alfa que llevo dentro.

—¿Estás tocando para molestar a Gene?

—La gente paga por escucharme. A vosotros os sale gratis.

No se me ocurría ningún contraargumento, pero George volvió a sonreír.

—Toco una última canción para Gene, y me acuesto.

Engañar a Rosie la mañana siguiente no fue sencillo.

—¿Qué pasa, Don?

—Vuelvo a encontrarme mal.

—¿Tú también?

—Tendría que ir al médico.

—Se me ocurre algo mejor. ¿Por qué no te subes al carro de los que nos hemos pasado al zumo de naranja? Cuando llegaste anoche olías a destilería.

—Debió de ser el escape de cerveza.

—Don, creo que tenemos que hablar. No estoy segura de que lo estés llevando bien.

—Todo va perfectamente. Volveré al trabajo esta tarde. Todo volverá al horario previsto.

—Vale. Es que yo también estoy un poco estresada. Mi tesis es un desastre.

—Debes evitar el estrés, todavía te quedan ocho semanas. Recomendando que hables con Gene. En realidad, tendrías que hablar con él, es tu director de tesis.

—Ahora mismo lo que tendría que hacer es organizar la estadística, y ese no es exactamente el fuerte de Gene. Ya era bastante malo tener que informarle cada mes sin que viviera en mi casa ni estuviese al corriente de mi estado. Y sin que emborrachara a mi marido cada noche.

—Soy experto en estadística. ¿Qué usas?

—¿Quieres ayudarme a hacer trampas delante de mi director de tesis? Da lo mismo, debo hacerlo sola. Pero me cuesta concentrarme. Pienso algo, y de pronto mi cabeza está en otra parte y tengo que volver a empezar.

—¿Seguro que no sufres Alzheimer de inicio precoz o alguna otra forma de demencia?

—¡Estoy embarazada! Hay muchas cosas en las que debo pensar. Y encima hoy me he cruzado con la asesora y me ha dicho, como de pasada: «Ya me he enterado de la noticia; cuando quieras, charlamos». Mierda, casi no me aclaro con lo que hago ahora, y me habla de algo para lo que faltan meses.

—En teoría la asesora es una experta...

—No. Dejémoslo, al menos por ahora. ¿Te ha dicho Gene cuándo se muda? Hablaste con él anoche, ¿verdad?

—Desde luego. Y hoy volveré a hacerlo.

Ambas afirmaciones eran técnicamente correctas. Entrar en detalles habría aumentado el estrés de Rosie.

Mi segundo intento de pedir hora en Bellevue fue un auténtico desastre. Brendan, la persona a quien me había derivado el policía de mayor rango, estaba de baja por

estrés; seguramente, como Rosie, yo y gran parte de la población de Nueva York, necesitaba reducir su cortisol a unos niveles normales. No había horas disponibles hasta al cabo de ocho días. Decidí que sería más útil aparecer en persona y esperar una cancelación o que alguien no acudiese a su cita.

La clínica estaba aproximadamente en la misma latitud que nuestro piso, pero en la Primera Avenida del East Side de Manhattan. Aproveché el trayecto en bicicleta de parte a parte de la ciudad para planear mi estrategia, y cuando llegué a la Unidad de Evaluación Psiquiátrica ya tenía un discurso preparado. Encima de la ventana con barrotes de la recepcionista, un cartel rezaba: «VISITAS AMBULATORIAS».

—Cordiales saludos. Me llamo Don Tillman y soy un presunto pedófilo. Desearía apuntarme en la lista de espera para una evaluación psiquiátrica.

—No hay lista de espera. Tiene que pedir hora.

Me había preparado para esa respuesta.

—¿Puedo hablar con el encargado?

—Lo siento, la directora no puede atenderlo.

—¿Y cuándo podrá?

—Lo siento, señor... —Aguardó como si esperase a que le dijese algo más, luego continuó—. Tiene que pedir hora. Esas son las normas. Y tiene que sacar la bicicleta de aquí.

Reformulé la necesidad de una evaluación inmediata, esta vez con detalle. Me llevó cierto tiempo, y la recepcionista trató de interrumpirme innumerables veces. Finalmente lo consiguió.

—Señor, hay gente esperando.

Tenía razón. Había un público cada vez mayor que parecía impresionado por mis argumentos. Les dirigí mis conclusiones de la cuestión:

—Estadísticamente, en algún momento de esta mañana, un psicólogo que pagamos nosotros, los contribuyentes, se tomará un café y navegará por Internet porque un paciente ha faltado a su cita, mientras un pedófilo psicópata en potencia merodea con total libertad por las calles de Nueva York sin que nadie lo haya examinado adecuadamente...

—¿Es usted un pedófilo?

Me lo preguntaba una mujer de unos treinta años vestida con chándal, IMC aproximado de 40.

—Un supuesto pedófilo. Me arrestaron en un parque infantil.

La mujer se dirigió a la recepcionista:

—Alguien tiene que ver a este tipo.

Era evidente que la mujer contaba con el apoyo de las otras personas de la sala de espera.

La recepcionista revisó una lista y descolgó el teléfono. Aproximadamente un minuto después, dijo:

—La señora Aranda lo verá dentro de una hora si está usted dispuesto a esperar.

—Me dio un formulario para que lo rellenase.

Una victoria de la racionalidad.

—Al parecer, le urgía hablar con alguien.

La señora Aranda (edad estimada, cuarenta y cinco; IMC de 22) se presentó como Rani. Me escuchó durante los cuarenta y un minutos que necesité para explicar los acontecimientos del día anterior. Observé una mejora progresiva de su expresión facial; el ceño fruncido se transformó en sonrisa.

—Esta no es la primera vez que se ve envuelto en una situación complicada, ¿verdad? —me preguntó en cuanto terminé.

—Correcto.

—Pero nunca antes había tenido problemas con niños.

—Sólo cuando iba al colegio. Cuando los niños eran mis coetáneos.

Se echó a reír.

—Ha sobrevivido hasta ahora. Si no se hubiese comportado de un modo extraño con la policía, seguramente le habrían explicado las normas y lo hubiesen dejado ir. Ser raro no está penado por la ley.

—Por suerte, o ya me habrían condenado a la silla eléctrica.

Era una broma fácil, pero Rani volvió a reírse.

—Escribiré a la policía, y podrá retomar sus investigaciones sobre la conducta infantil, pero le sugiero que para ello recurra a sus parientes, que es algo conveniente en cualquier caso. Y le deseo buena suerte a su esposa con el parto.

Me quitó un gran peso de encima. Había resuelto el problema sin estresar a Rosie. Esa noche le contaría lo sucedido, y ella me diría: «Don, cuando acepté casarme contigo dije que esperaba una dosis constante de locura. Eres increíble».

Luego vi que alguien nos miraba desde el otro lado del cristal, pero sólo la reconocí cuando le hizo señas a Rani, que salió de la sala de entrevistas para reunirse con ella. Aunque habían transcurrido cincuenta y tres días desde nuestro encuentro, su elevada estatura, el bajo IMC y el déficit asociado de depósitos de grasa facial eran inconfundibles. Era Lydia, la asistente social del Incidente del Atún Rojo.

Rani habló unos minutos con ella y luego se marchó. Lydia entró en la sala.

—Cordiales saludos, Lydia.

—Me llamo Mercer. Lydia Mercer. Soy la directora de Asistencia Social y voy a llevar su caso.

—Creí que estaba todo resuelto. He supuesto que me habías reconocido y...

Me interrumpió.

—Señor Tillman, estoy dispuesta a reconocer que nuestros caminos se cruzaron en el pasado, pero sería útil para usted que se olvidara de eso. Ha sido arrestado por un delito, y una evaluación... conservadora por nuestra parte podría hacer que la policía tuviera que seguir con la investigación. ¿He sido bastante clara?

Asentí.

—¿Su mujer está embarazada?

—Correcto.

«No tengas hijos», me había dicho. Me había saltado sus instrucciones, aunque no deliberadamente. En mi defensa, decidí añadir:

—No ha sido algo planeado.

—¿Y cree estar preparado para la paternidad?

Recordé el consejo de Gene.

—Espero que el instinto asegure una conducta correcta.

—Como cuando agredió al agente de policía. ¿Cómo se las arregla su mujer?

—¿«Arreglárselas»? Todavía no hay ningún bebé.

—¿Trabaja?

—Estudia Medicina.

—¿No cree que necesita ayuda en este momento?

—¿Ayuda? Rosie es perfectamente autosuficiente.

Esa era una de las características que definían a Rosie. Si le hubiese sugerido que necesitaba ayuda, se habría sentido insultada.

—¿Han hablado del cuidado del niño?

—Mínimamente. Ahora Rosie está concentrada en su tesis doctoral.

—Creía que me había dicho que estudiaba Medicina.

—Y hace su tesis doctoral a la vez.

—Como usted.

—No, lo que ella hace es muy poco habitual.

—¿Quién se encarga de las tareas domésticas, de cocinar?

Podría haberle respondido que compartíamos las tareas domésticas y que la cocina era mi responsabilidad, pero eso habría debilitado mi afirmación de la autosuficiencia de Rosie. Encontré un modo de sortearlo.

—Depende. Anoche ella se preparó su cena y yo adquirí una hamburguesa de forma independiente, en un bar deportivo.

—Con sus colegas... es decir, con sus amigos, ¿verdad?

—Correcto. No hace falta que me traduzca el argot. Estoy familiarizado con los términos coloquiales del americano vernáculo.

Lydia volvió a mirar el expediente.

—¿Tiene ella familia aquí?

—No. Su madre falleció, la palmó, por lo que le es imposible estar aquí. Su padre tampoco puede porque es el dueño de un club deportivo, un *gim*, que requiere su presencia.

Lydia tomó notas.

—¿Cuántos años tenía su esposa cuando murió su madre?

—Diez.

—¿Y cuántos tiene ahora?

—Treinta y uno.

—Profesor Tillman. No sé si su intelecto procesará esto, pero lo que tenemos es a una madre primeriza, profesional independiente, de objetivos elevados, exigentes, que perdió a su madre antes de cumplir los once años, sin modelo materno, sin ayuda y con un marido que ignora todo eso. Como profesor, como intelectual, ¿entiende lo que le estoy diciendo?

—No.

—Su esposa es una candidata perfecta a la depresión posparto. Puede hundirse. Acabar en el hospital. O algo peor. Y usted no hace nada para evitarlo, y si sucede, ni lo verá venir, ni siquiera se dará cuenta.

Por mucho que me desagradase lo que Lydia decía, tuve que respetar su experiencia profesional.

—No es usted el único compañero insolidario con su pareja, ni de lejos. Pero al menos con usted puedo hacer algo al respecto. —Agitó el expediente—. Va a ponerse a trabajar. Ha agredido a un agente de policía. No sé cómo puede traducirse esa falta de control a una situación doméstica, pero lo derivo a un grupo. La asistencia es obligatoria hasta que el coordinador no lo juzgue peligroso. Y quiero verlo dentro de un mes para evaluarlo. Con su esposa, por supuesto.

—¿Y si no lo consigo?

—Soy trabajadora social. Lo han derivado aquí por conducta inapropiada e ilegal con niños. En última instancia, me escucharán a mí. Policía: sólo tengo que escribir un informe para poner esto de nuevo en sus manos. Inmigración: supongo que no tiene la nacionalidad, ¿me equivoco? Y hay protocolos para padres considerados peligrosos.

—¿Qué debo hacer para mejorar mi aptitud?

—Empiece por prestar atención a su esposa y a cómo se las arregla con su futura maternidad.

Lydia no tenía programado trabajar el 27 de julio, y me pregunté por un momento si eso solucionaría el problema de que Rosie me acompañara a la evaluación de «dentro de un mes». La recepcionista se mostró inflexible: aquello no era una razón válida para faltar a la cita, y me dio hora para el 1 de agosto, al cabo de cinco semanas. Si ya me había estresado la idea de tener que esperar ocho días para una visita, ahora me quedaban por delante treinta y cinco días de niveles de ansiedad elevados, y sin otra alternativa que involucrar a Rosie.

Sin embargo, había un asunto más importante. Lydia había mencionado el problema del estado mental de Rosie. Casualmente, estaba preparado para tomar acciones inmediatas. Tres años atrás, después de la muerte de mi hermana, me preocupó estar sufriendo, como consecuencia, una depresión clínica. Con cierto recelo, Claudia me había realizado el único cuestionario de depresión que tenía en

casa: la Escala Edimburgo de Depresión Posparto.

Había seguido usando la EEDP para evaluar periódicamente mi estado emocional, anteponiendo su fiabilidad al hecho de que yo no era una madre reciente. Ahora resultaba el instrumento perfecto: pese a su nombre, la guía que lo acompañaba especificaba que estaba diseñada para el uso tanto antenatal como posnatal. Si la encuesta indicaba que Rosie no presentaba riesgos de depresión, podía llevar los resultados a la siguiente visita, y Lydia tendría que retirar su diagnóstico intuitivo ante la evidencia científica. Con un poco de suerte, con los datos en la mano, tal vez ni siquiera sería necesaria la presencia de Rosie.

Conocía lo bastante bien a Rosie para predecir que no querría rellenar un cuestionario como aquel, y, aunque lo hiciera, era capaz de falsear las respuestas para que no me preocupara por su nivel de felicidad. Tendría que colar las preguntas en la conversación, sin que lo notara. La EEDP sólo consta de diez preguntas breves y sus correspondientes cuatro respuestas posibles, por lo que memorizarla sería sencillísimo.

Entretanto, debía pasar algunas horas en Columbia después de un día y medio de ausencia. Decidí que programaría un encuentro con Gene para mencionarle el tema de su mudanza y luego dedicaría un tiempo a mi nueva ayudante de investigación.

El orden adjudicado a las tareas resultó ser irrelevante. Inge estaba en el despacho de Gene, donde él le explicaba su investigación sobre atracción sexual humana. Aunque los métodos y los descubrimientos de Gene no son intrínsecamente cómicos, él suele combinarlos con anécdotas y observaciones graciosas, y por supuesto Inge reía. Calculé que tanto su edad como su IMC eran 23. Gene considera que toda mujer de menos de treinta años es atractiva, y la joven Inge corroboraba dicha teoría.

Me la llevé al laboratorio, sin Gene, y le presenté a los ratones alcohólicos, no individualmente, sino de forma colectiva. No es recomendable crear vínculos individuales con ratones. Dado el atractivo y la nacionalidad de Inge, consideré importante incluir una advertencia sutil en mis apreciaciones. Los ratones me dieron la excusa.

—Básicamente se emborrachan, tienen relaciones sexuales y mueren. La vida de Gene es similar, salvo por su trabajo como profesor. También puede que tenga una enfermedad de transmisión sexual incurable.

—¿Qué?

—Gene es peligrosísimo y no es adecuado socializar con él.

—A mí no me parece peligroso. Es muy simpático. —Inge sonreía.

—Por eso es peligroso. Si pareciera peligroso, sería menos peligroso.

—Creo que se encuentra muy solo aquí, en Nueva York. Me ha dicho que acaba de llegar. Nuestra situación es similar. No hay ninguna norma que me impida tomar una copa con él esta noche, ¿verdad?

Rosie llegó a casa antes que Gene, lo que me brindaba la oportunidad de aplicar sutilmente la Escala Edimburgo para valorar si tenía depresión. Me besó en la mejilla y se llevó su bolso al estudio. La seguí.

—¿Cómo te ha ido la semana? —pregunté.

—¿La semana? Si sólo estamos a jueves. El día me ha ido bien. Stefan me ha enviado un manual sobre el análisis de regresión múltiple.

Stefan había sido compañero de doctorado de Rosie en Melbourne. Tenía una actitud descuidada hacia el afeitado, y la había acompañado al baile de la facultad antes de que Rosie y yo nos convirtiéramos en pareja. A mí me parecía un tipo irritante. Pero el problema inmediato era acotar nuestra charla al marco temporal especificado por la EEDP.

—Un día no es indicativo de tu felicidad global. Los días varían. Una semana es un indicador más útil. Preguntar «¿Cómo ha ido el día?» es convencional; considero que «¿Cómo ha ido la semana?» es más útil. Deberíamos adoptar una nueva convención.

Rosie sonrió.

—Podrías preguntarme cómo me ha ido el día todos los días y luego sacar la media.

—Una idea excelente. Pero necesito un punto de partida, así que, sólo por esta vez, dime, ¿cómo te han ido las cosas desde el jueves pasado hasta hoy? ¿Has sentido que la situación te supera?

—Pues ya que lo preguntas, un poco. Por las mañanas me encuentro como una mierda; voy atrasada con la tesis; Gene vive aquí; la asesora me persigue por los pasillos, creo que por indicación de David Borenstein; tengo que pedir hora con el médico, y la otra noche sentí que me presionabas para que pensara en algo que está a meses de distancia. De modo que, sí, me supera un poco.

No tuve en cuenta la explicación que había seguido a la cuantificación básica y anoté mentalmente «un poco». No mucho.

—¿Dirías que no te las arreglas tan bien como antes?

—Estoy bien.

Cero puntos.

—¿Los problemas te impiden dormir adecuadamente, tienes insomnio?

—¿He vuelto a despertarte? Ya sabes que siempre he dormido fatal.

De «dormir fatal» a «dormir fatal» no había cambios.

Me pareció un buen momento para hacer una pregunta aleatoria, no relacionada con la EEDP, y disimular así mis intenciones.

—¿Confías en mi capacidad como padre?

—Claro, Don. ¿Tú no?

La improvisación me metía en problemas. Decidí no responder a la pregunta de Rosie y proseguí con la EEDP.

—¿Has llorado últimamente?

—Creí que no te darías cuenta. Sólo anoche, cuando me agobié con todo y tú habías salido con Dave. Pero no tiene nada que ver con que no vayas a ser un buen padre.

Nueva nota: sólo en una ocasión.

—¿Te sientes triste y abatida?

—No, estoy bien. Tal vez un poco agobiada.

No. Cero.

—¿Ansiosa y preocupada sin motivo?

—Puede que un poco. Creo que a veces pierdo la perspectiva. —Curiosamente sonrió, aunque esta era la primera respuesta que indicaba cierto riesgo de depresión. El método más simple de cuantificar «un poco» y «a veces» era reducir en un cincuenta por ciento la puntuación de la pregunta. Un punto.

—¿Asustada? ¿Nerviosa?

—Como te he dicho, un poco. Pero me encuentro bastante bien.

Un punto más.

—A lo mejor te culpas innecesariamente.

—Caray. Esta noche estás de lo más perspicaz.

Descodifiqué su respuesta. Estaba diciéndome que incluso yo lo había notado; por tanto, sí. Puntuación completa.

Rosie se levantó y me abrazó.

—Gracias. Has sido encantador. Cuando hablamos de que dejara temporalmente mis estudios sentí que no conectábamos...

¡Se echó a llorar! Una segunda ocasión. Sin embargo, había sucedido unos minutos después del período de una semana que contemplaba el cuestionario.

—¿Esperas la cena con ilusión?

Rosie se echó a reír, un cambio de humor extraordinario.

—Siempre y cuando no vuelvas a preparar tofu.

—¿Y el futuro en general?

—Mucho más que hace un rato.

Otro abrazo, pero aquello insinuaba que, a lo largo de la semana, considerada en conjunto, Rosie se había ilusionado menos de lo habitual con las cosas.

La última pregunta era peliaguda, pero ya había preparado el terreno para plantearla.

—¿Has pensado en lastimarte? —pregunté.

—¿Qué? —Se echó a reír—. No voy a suicidarme por la regresión múltiple o porque un capullo de la Administración académica siga anclado en los años cincuenta. Don, eres divertidísimo. Ve a hacer la cena.

Calculé eso como «capacidad de reír y ver el lado positivo de las cosas», pero,

considerando la semana globalmente, se había producido cierta disminución en tal capacidad.

Nueve puntos. Una puntuación de diez o más indicaba riesgo de depresión. Seguramente Lydia tenía sus motivos para estar preocupada, pero la aplicación de la ciencia había proporcionado una respuesta definitiva. Mientras me dirigía a la cocina, Rosie gritó:

—¡Eh, Don! Gracias. Me siento mucho mejor. A veces me sorprendes, de verdad.

La noche siguiente, Gene volvió a casa a las 19.38 horas.

—Llegas tarde —le dije.

Miró su reloj.

—Ocho minutos.

—Correcto.

Ese desfase no influiría en absoluto en la calidad de la cena, pero mi horario se había desbaratado. Era frustrante ser la única persona afectada de la casa: Rosie y Gene apenas lo notarían. Que Gene formase parte de nuestra familia incrementaba significativamente la probabilidad de tales interrupciones.

Rosie seguía en el estudio. Era un buen momento para plantear cierta cuestión a Gene.

—¿Has estado tomando unas copas con Inge?

—En efecto. Es encantadora.

—¿Planeas seducirla?

—Venga, Don. Somos dos adultos libres de disfrutar de la compañía del otro.

Eso era técnicamente cierto, pero yo tenía dos motivos para evitar que Gene añadiese otra nacionalidad a su lista.

El primero era una de las directrices que David Borenstein me había obligado a aceptar para conseguirle el período sabático a Gene. El decano había exigido que Gene dejase en paz a las estudiantes de doctorado, pero yo sospechaba que aquella exigencia se extendía también a una investigadora de veintitrés años, aunque ninguna ley prohibía que los profesores mantuvieran relaciones sexuales con jóvenes investigadoras, o incluso alumnas, siempre y cuando tuvieran la edad legal y el profesor no estuviese involucrado en su evaluación.

La segunda razón era que el celibato de Gen podría hacer que Claudia lo perdonase; además, el deseo sexual no satisfecho quizá facilitaría que él volviese con ella. Supuse que Gene se mostraría infeliz por la ruptura de su matrimonio, y que Rosie y yo tendríamos que consolarlo, pero hasta la fecha no había percibido la menor infelicidad por su parte. Sin duda me enfrentaba a otro problema humano que no resolvería a menos que actuase con decisión.

Durante la semana siguiente, intenté apartar el Problema Lydia Mercer de mi subconsciente para ponerme manos a la obra. El pensamiento creativo se beneficia de

un período de incubación. La noche del sábado, después de la habitual llamada VoIP a mi madre, inicié otra interacción:

«Cordiales saludos, Claudia».

Tecleé el mensaje en lugar de intentar la comunicación hablada. Era posible que Claudia estuviese con un paciente. Yo operaba con unos niveles máximos de empatía personal, facilitados por el aislamiento en mi despacho-baño, una reciente sesión de *jogging* y el Margarita de pomelo rosa que seguía consumiendo. Cumplía mi horario, y la noche anterior había dibujado el contorno de Bud en el azulejo de la Semana 7.

«Hola, Don. ¿Cómo estás?», escribió Claudia.

Yo había cambiado de opinión respecto a las fórmulas sociales. Ahora comprendía que suponían una ventaja para las personas con dificultades de interacción personal.

«Muy bien, gracias. ¿Y tú?».

«Bien. Eugenie no me da tregua, pero, por lo demás, bien».

«Tendríamos que usar la voz, es más eficaz».

«Así está bien», escribió Claudia.

«La comunicación por voz es superior. Puedo hablar más rápido de lo que tecleo».

«Sigamos con el texto».

«¿Qué tiempo hace en Melbourne?».

«Estoy en Sídney. Con un amigo. Un amigo nuevo».

«Ya tienes una cantidad de amigos inmensa, no necesitas más».

«Este es especial».

Las formalidades nos habían desviado del objetivo. Ya era hora de ir al grano.

«Tú y Gene deberíais volver».

«Te agradezco el interés, Don, pero ya es un poco tarde».

«Incorrecto. Lleváis muy poco tiempo separados. Habéis invertido mucho en vuestra relación. Eugenie y Carl... La infidelidad de Gene es irracional; corregirla es trivial si se compara con el coste del divorcio, la interrupción del matrimonio, la búsqueda de nuevas posibles parejas».

Y seguí en esa línea. Una de las ventajas del texto es que la otra persona no puede interrumpir, y mi argumentación llenó rápidamente varias ventanas. Entretanto, me llegó un mensaje de Claudia, gracias a las virtudes asincrónicas de Skype.

«Gracias, Don. Te agradezco el interés, de veras. Pero tengo que irme. ¿Cómo está Rosie?».

«Bien. ¿Quieres hablar con Gene? Creo que deberías hablar con él».

«Don, no quiero ser desagradable, pero soy psicóloga clínica y tú no eres precisamente un experto en relaciones interpersonales. Quizá sea mejor que dejes este asunto en mis manos».

«No eres desagradable. Mi matrimonio funciona y el tuyo ha fracasado; por tanto, de entrada mi método parece más eficaz».

Pasaron unos veinte segundos antes de que me llegara la respuesta de Claudia; evidentemente, la conexión era lenta.

«Es posible. Te lo agradezco, pero tengo que irme. Y no des por sentado el éxito de tu matrimonio».

El icono de Claudia se volvió naranja antes de que pudiese enviarle un mensaje estándar de despedida.

No daba mi matrimonio por sentado. Tras una semana incubando el Problema Lydia Mercer, decidí que podía planteárselo a Rosie como una oportunidad para recibir consejo sobre la paternidad. Intenté sacar el tema en la cena, que por supuesto incluía a Gene, pero fui incapaz de facilitar información sobre el Incidente del Parque Infantil porque se malinterpretaron mis intenciones. Rosie creyó que mi mención de las responsabilidades parentales era una indirecta para que abandonase durante un año la carrera de Medicina.

—Si yo fuese un alumno que va a ser padre, ni siquiera tendríamos esta discusión.

—La situación es biológicamente distinta —señalé—. El proceso del parto tiene un impacto mínimo en el hombre; él podría estar trabajando o viendo un partido de béisbol mientras se produce el alumbramiento.

—Por su bien, espero que no. Técnicamente sólo necesito tomarme unos días libres. Tú libras una semana cuando te resfrías.

—Para evitar la propagación de la enfermedad.

—Sí, sí, lo sé, pero eso no cambia el argumento. Sólo tengo que averiguar durante cuánto tiempo puedo interrumpir los estudios sin perder el curso.

Gene ofreció un análisis más convincente y turbador.

—Esté bien o mal, si un estudiante no interrumpiese los estudios, se daría por sentado que quien cuida del niño es su pareja. ¿Estás planteándote que sea Don el que pida la baja?

—No, claro que no espero que Don se quede en casa con el bebé...

Yo no había previsto el cuidado del lactante, en realidad no había previsto casi nada más allá del nacimiento de Bud. Al parecer, la opinión que tenía Rosie de mi capacidad como padre coincidía con la de Lydia.

Debió de ver mi expresión.

—Lo siento, Don. Sólo estoy siendo realista. Creo que ninguno de los dos se plantea que tú seas el principal cuidador... El bebé irá conmigo allí a donde vaya.

—Me parece improbable que te lo permitan. ¿Has hablado con la asesora?

—Todavía no.

Había comentado con el decano la idea de que Rosie se llevara a Bud al trabajo, y me contestó que eso era imposible. Una vez más, me recomendó que no mencionase la figura de autoridad de quien procedía el consejo.

Rosie se dirigió a Gene.

—Además, Don no puede dejar de trabajar. Necesitamos su sueldo. Y esa es precisamente la razón de que quiera acabar la carrera; así tendré trabajo y no dependeré de nadie.

—Don no es «nadie». Es tu pareja. Así es como funcionan los matrimonios.

—Como tú muy bien sabes. —Después de haber elogiado los conocimientos de Gene, inexplicablemente Rosie se disculpó—. Lo siento, no quería decir eso.

Era una buena ocasión para mencionar a Lydia.

—Quizá necesites la ayuda de un experto.

—Stefan ha estado ayudándome.

—¿Con la maternidad?

—No, con eso no. Mira, Don, ahora mismo tengo unos cincuenta problemas, y ninguno de ellos es cómo cuidar de un bebé al que le quedan ocho meses para nacer.

—Treinta y dos semanas. Lo que se acerca más a los siete meses. Tenemos que estar preparados. No estaría mal disponer de una evaluación de nuestra capacidad como padres. Una auditoría externa.

Rosie rio.

—Ahora ya es un poco tarde.

Gene también rio.

—Creo que Don está siendo metódico, en su línea. No podemos esperar que inicie un nuevo proyecto sin llevar a cabo una investigación detallada, ¿no es cierto, Don?

—Correcto. Posiblemente con una entrevista breve será suficiente. La programaré.

—No me opongo a que hables con alguien —respondió Rosie—. Me parece muy bien que se te haya ocurrido. Pero yo sé cuidarme sola.

Nuestro hogar de tres miembros se adaptaba a un horario regular. Después de cenar, Rosie se iba a su despacho, mientras Gene y yo consumíamos ingredientes para cócteles.

—¿Qué pasa? —me preguntó Gene—. ¿Has pedido hora para que te asesoren?

—¿Has deducido eso de la conversación?

—Sólo gracias a mi conocimiento profesional de las sutilezas del discurso humano. Me sorprende que Rosie no te interrogara más a fondo al respecto.

—Creo que tiene la cabeza en otros asuntos.

—Y yo creo que tienes razón. ¿Y bien?

Se me presentaba un dilema. Las preguntas de la EEDP habían absuelto a Rosie del riesgo de depresión posparto, pero sus respuestas habían revelado cierto grado de estrés. ¿Tenía que aumentarlo contándole toda la historia, o bien incumplir la exigencia de Lydia, lo que a su vez derivaría en un informe desfavorable para la policía, mi posible arresto y encarcelación y, por tanto, más estrés para Rosie?

Gene era mi única esperanza. Sus habilidades sociales y su capacidad de manipulación eran más sofisticadas de lo que nunca serían las mías. Quizá se le ocurriese una solución que no me obligara ni a contárselo a Rosie ni a ir a la cárcel.

Le hablé del Incidente del Parque Infantil, recordándole que esa secuencia de acontecimientos se había iniciado debido a su sugerencia. Pareció, en su conjunto, que aquello lo divertía. No me consoló: según mi experiencia, la diversión ajena suele correlacionarse con la vergüenza o el dolor de la persona que la causa.

Gene se sirvió lo que quedaba de Curaçao azul.

—Joder, Don. Lo siento si en cierto modo he contribuido a esto, pero te aseguro que presentarte con un cuestionario completado no va a funcionar. No veo ninguna solución que no implique contárselo a Rosie o ir a la cárcel. —Vi que lo entristecía haber llegado a esa conclusión: como científico, los problemas sin resolver se le antojaban un insulto personal. Apuré su vaso y me lo enseñó—. ¿Tienes algo más?

Mientras yo visitaba la cámara refrigerada, Gene siguió pensando en el problema.

—Bien. Creo que tenemos que tomarnos en serio a esa mujer... Lydia. ¿Cuál es la diferencia entre una asistente social y un rottweiler?

No entendí la relevancia de la pregunta, pero la respondió él mismo.

—El rottweiler te devuelve al bebé. —Se trataba de un chiste, probablemente de mal gusto, pero comprendí que éramos dos colegas bebiendo y que ese era el contexto en que se contaban chistes como aquel—: Joder, Don, ¿qué demonios es esto?

—Granadina. No contiene alcohol. Necesito que mantengas la cabeza despejada. Y estás distrayéndote. Sigue.

—En esencia, debes ir a ver a esa asistente social y debes ir con Rosie. Puedes

buscarte una excusa...

—Podría decir que se encuentra mal por el embarazo. Altamente creíble.

—Así sólo ganarías tiempo. Incluso podrías enojarla y provocar que enviase el informe, sin más. No querrás provocar a un rottweiler.

—Creí que habías dicho que las asistentes sociales y los rottweiler son distintos.

—La clave de la comparación es que sólo son «un poco» distintos.

«Un poco distintos...». El concepto me dio una idea.

—Podría contratar a una actriz. Que se hiciera pasar por Rosie.

—Sophia Loren.

—¿Sophia Loren? ¿No es algo mayor?

—Broma. Ahora en serio: el problema es que esa actriz no te conocería lo bastante bien. Imagino que la asistente social se centrará en eso: ¿puede lidiar esta mujer con Don Tillman? Porque tú no eres...

Acabé la frase por él.

—Muy estándar. Correcto. ¿Cuánto crees que tardaría alguien en conocerme bien?

—Yo diría que unos seis meses. Como mínimo. Lo siento, Don, pero creo que contárselo a Rosie es el menor de los males.

Delegué el problema a mi subconsciente una semana más: la Semana 9 de la gestación de Bud. La marca del azulejo que representaba su tamaño medía ahora dos centímetros y medio de largo, y mi dibujo de su contorno algo modificado había mejorado con la práctica.

La idea de la actriz era atractiva y me costaba abandonarla. Estaba bloqueado, incapaz de ver alternativas. Pero Gene tenía razón: no había tiempo para que una desconocida llegase a conocerme lo suficiente para responder a las preguntas complejas de una profesional. Al final, comprendí que sólo podía ayudarme una persona.

Le conté el Incidente del Parque Infantil y que me exigían una evaluación. Intenté dejarle claro que mi prioridad era evitar cualquier factor estresante en la vida de Rosie, y que el cuestionario de la EEDP había indicado que los temores de Lydia eran infundados. No obstante, quise subrayar los riesgos de que no cooperase antes de explicarle qué le pedía exactamente.

—Rosie y yo tenemos que presentarnos para que nos evalúen como padres y seguir sus consejos, o me procesarán, deportarán y prohibirán el contacto con Bud.

Puede que exagerase un poco, pero la imagen del rottweiler evocada por Gene se me había quedado grabada. En las clases de artes marciales no trabajamos el ataque canino.

—Menuda cabrona. Se está pasando mucho de la raya —constató mi interlocutora.

—Es una profesional que ha detectado factores de riesgo. Lo que exige parece razonable.

—Creo que estás siendo muy amable con ella. Lo que, por otro lado, es típico de ti. Bueno, haré cuanto pueda por ayudarte.

Era una respuesta increíblemente generosa. Había estado dudando de si proseguir con mi estrategia, pero el ofrecimiento era claro.

—Necesito que te hagas pasar por Rosie.

Interpreté la expresión de Sonia como de asombro y conmoción. No había discutido el plan con Gene, pero sabía que opinaba que los contables tenían un gran talento para el engaño. Confiaba en que fuese una opinión rigurosa.

—Dios mío, Don. —Sonia sonrió, pero detecté cierto grado de nerviosismo—. Me tomas el pelo. Aunque... sé que no. Oh, Dios. No creo que pueda ser Rosie.

—¿Moralmente o en términos de competencia?

—Ya me conoces. Totalmente inmoral. —No era esa mi impresión de Sonia, pero encajaba con la opinión que Gene tenía de su profesión—. Rosie y yo somos muy distintas.

—Correcto. Pero Lydia no conoce a Rosie. Ni siquiera sabe que es australiana. Lo único que sabe es que estudia Medicina y que no tiene amigos ni familia en Nueva York.

—¿Que no tiene amigos? ¿Y qué me dices de Dave y de mí?

—Sólo te ve por mí. Casi toda su interacción se centra en su grupo de estudios. A veces ve también a Judy Esler. Le interesa sobre todo la conversación intelectual.

—Entonces tendré que retomar mis lecturas. ¿Te apetece un café?

Estábamos en el piso de Sonia y Dave. Aunque era domingo, Rosie había ido a la universidad, contraviniendo la norma del «ocio en fin de semana», y Dave también trabajaba. Sonia afirmaba que su ascendencia italiana la obligaba a tomar café regularmente, y tenía una máquina que elaboraba expresos de mucha calidad. Lo del café me pareció una idea excelente, pero no era la prioridad principal.

—En cuanto resolvamos lo de la suplantación de identidad.

—En cuanto me tome el café.

Cuando volvió con mi expreso doble y su capuchino descafeinado apto para el embarazo, pareció tener un discurso preparado.

—Bien, Don. ¿Es sólo una sesión, nada más?

Asentí.

—¿Y no hay que rellenar formularios ni firmar nada?

—No creo.

No había nada seguro, pero, como Lydia me evaluaba oficialmente a mí como pedófilo, era improbable que informase acerca de Rosie o de nuestra paternidad. Seguramente Sonia tenía razón cuando decía que con aquella conducta Lydia se había «pasado de la raya».

—Bien; lo haré, y por dos motivos. El primero es que has sido maravilloso con

Dave. Sé que sería insolvente sin el dinero que recibe de George *el Batería*. Lo sé.

Dave no sabía que Sonia lo sabía. Se esforzaba mucho para que Sonia no se enterase de los problemas de su negocio. Un esfuerzo ridículo, al fin y al cabo, considerando la profesión de su mujer.

Sonia se terminó el café.

—Pero no quiero que se lo cuentes a Dave —añadió.

—¿Por qué no?

—Porque ya tiene bastantes preocupaciones. Ya conoces a Dave, se preocupa por todo.

Eso era verdad. El motivo del engaño era evitarle estrés a Rosie. Que la solución causara estrés a Dave sería un resultado terrible que podía derivar en un infarto o en un derrame cerebral, a los que ya era propenso debido a su sobrepeso. Pero los secretos se me acumulaban. Y soy pésimo con los engaños. Le prometí a Sonia que lo intentaría, pero que el intento estaría muy por debajo de la capacidad estándar humana para mentir. Estaba claro que necesitaba las aptitudes de Gene, pero sus aptitudes derivaban de su personalidad, que yo no necesitaba para nada.

—¿Cuál es el segundo motivo? —pregunté.

—Poner a esa cabrona en su sitio —dijo Sonia. Rio.

Cuando llegué a casa, Rosie arreglaba flores en nuestros dos jarrones y en el decantador de vino. Llevaba un pantalón corto y una camiseta sin mangas. Su figura no era visiblemente distinta a su perfección habitual.

—Necesitaba descansar de los estudios —me dijo—. Tenías razón, a veces perdemos la perspectiva.

—Excelente idea. Tienes que minimizar el estrés.

—¿Cómo está Sonia? —me preguntó.

—Sonia está muy bien. A Dave se lo ve un poco nervioso con lo de ser padre. Es normal, en los hombres.

Rosie se echó a reír.

—Oye, he estado pensando. Sobre lo que dijiste la semana pasada del asesoramiento. Creo que estuve un poco a la defensiva. Puede que sea una buena idea si crees que lo necesitas.

—No, no. Yo sólo pensaba en ti. Estoy muy confiado. Animado.

—Vale. Bueno, yo también me encuentro bien. Si cambias de opinión, dímelo.

Ocho días antes habría aceptado la oferta de Rosie sin dudarlo. Pero ahora la Solución Sonia parecía mejor. Suponía menos estrés para Rosie, menos riesgos de que se complicara el proceso si ella adoptaba una actitud desafiante, y menos peligro de exponerla a una evaluación negativa de mis aptitudes como padre.

Quedé con Sonia en su lugar de trabajo del Upper East Side. Esperaba combinar la reunión previa a la entrevista con información sobre los avances en tecnología reproductiva. Pero «lugar de trabajo» se tradujo en «cafetería de la esquina».

—No trabajo en los laboratorios. Conocí a Dave porque creía que su empresa nos había cobrado de más.

—¿Y fue así?

—No, Dave se había equivocado con el papeleo. Pero me pareció tan sincero que lo invité a un café. Aquí.

—Lo que llevó al sexo después de tan sólo dos citas.

—¿Dave te ha contado eso?

—¿Es incorrecto?

—Del todo falso. No nos acostamos hasta después de la boda.

—¿Dave me mintió?

Increíble. Dave parecía escrupulosamente sincero.

Sonia se echó a reír.

—No, yo acabo de hacerlo. ¿No lo has notado?

Negué con la cabeza.

—Soy extremadamente crédulo.

Engañar a Lydia, que sin duda estaba acostumbrada a tratar con pícaros que pedían subvenciones, padres que no pagaban la pensión alimenticia o los propios contables de su trabajo, sería más difícil.

—¿Seguro que no le dijiste que Rosie es australiana?

—Le dije que no tenía familia aquí. Ella... tú... puedes ser de cualquier sitio, menos de Nueva York.

—Vale. Pásame ese test para la depresión.

—Puede que Lydia nos aplique otro. He investigado varios. El factor común es que el riesgo de depresión se detecta cuando el encuestado se siente infeliz y ansioso.

—¿No es increíble la psicología? A veces me pregunto para qué les pagan.

—¿Crees que podremos engañarla?

—No te preocupes, Don. El truco consiste en mentir sólo en lo imprescindible. Tú serás tú, yo seré yo, salvo por el nombre. Soy feliz. Y completamente normal.

Estuve a punto de no reconocer a Sonia en el enorme vestíbulo del hospital Bellevue. Sólo la había visto con ropa de trabajo y, en ocasiones sociales, con vaqueros. Llevaba una falda larga estampada y una camisa blanca de volantes, lo que en conjunto le daba un aspecto de bailarina folclórica. Me saludó efusivamente.

—*Ciao*, Don. Un día precioso, ¿verdad?

—Suenas rara. Como una humorista que se hace pasar por italiana.

—¡Soy italiana! Sólo llevo un año en la ciudad. No tengo familia aquí, como le dijiste a la dama. Pero ¡soy muy feliz! ¡Por el *bambino*! —Dio una vuelta sobre sí misma, y la fuerza centrífuga hizo que la falda se desplegara. Rio.

Los abuelos paternos de Sonia eran italianos, pero ella no hablaba el idioma. Si Lydia traía un intérprete, tendríamos problemas. Le recomendé a Sonia que utilizara el acento. Pero era una idea brillante crear una Rosie extranjera sin imitar el acento australiano, que no hubiese resultado creíble comparado con el mío.

—Siento apartarte de los estudios —dijo Lydia, después de indicar que nos sentáramos—. Debes de estar muy ocupada.

—Siempre estoy ocupada —dijo Sonia. Miró su reloj.

Me impresionó su actuación.

—¿Cuánto tiempo llevas en Estados Unidos?

—Desde que empecé Medicina. Vine aquí a estudiar.

—Y antes, ¿qué hacías?

—Trabajaba en una clínica de reproducción asistida en Milán. Fue entonces cuando me interesé por la Medicina.

—¿Cómo os conocisteis Don y tú?

¡Desastre! Sonia me miró. Yo miré a Sonia. Si uno tenía que inventar una historia, mejor que fuese ella.

—En Columbia. Don es mi profesor. Todo pasó *prontissimo*.

—¿Para cuándo lo esperas?

—Diciembre. —Esa era la respuesta correcta para Sonia.

—¿Habías planeado lo de quedarte embarazada tan rápido?

—Cuando trabajas en la reproducción asistida, comprendes lo maravilloso que es tener hijos. Creo que soy muy afortunada.

Sonia se había olvidado del acento. Pero sonaba muy creíble.

—¿Piensas aplazar los estudios cuando nazca la criatura?

Era una pregunta peligrosa. Sonia —la auténtica Sonia— iba a dejar el trabajo durante un año; eso estresaba a Dave, por el impacto que supondría en sus ingresos. Si Sonia respondía como ella y no como Rosie, yo me vería obligado a actuar como Dave por una cuestión de coherencia, y sin duda no quedaría muy convincente. Era mejor que Sonia diese la respuesta que daría Rosie, y, como ella no la conocía, decidí responder yo.

—Rosie no piensa interrumpir sus estudios.

—¿Nada?

—Una semana como mínimo. Puede que más.

Lydia miró a Sonia.

—¿Una semana? ¿Sólo estarás una semana de baja por maternidad?

La evidente sorpresa y desaprobación de Lydia encajaba con el consejo de

Borenstein. La sorpresa de Sonia encajaba con el hecho de que ella no era Rosie y había planeado hacer toda la baja. Todos estábamos de acuerdo en ese aspecto... salvo Rosie, ausente en la sala. Intenté exponer su postura.

—El nacimiento de un bebé supone el mismo trastorno que una infección respiratoria leve.

—¿Crees que tener un hijo es como tener un resfriado?

—Sin el aspecto nocivo. —La analogía de Rosie había fallado en ese punto—. Se parece más a tomarse una semana libre para asistir a las finales de béisbol.

Sonia me dirigió una sonrisa extraña; sin duda, la referencia al béisbol se debía a que mi subconsciente pensaba en Dave.

Lydia cambió de tema.

—Si Rosie estudia a tiempo completo, Don es el único que mantiene a la familia.

Rosie odiaría que respondiese «sí». Esa respuesta había sido verdad hasta hacía poco.

—Incorrecto. Trabaja en un bar, por la noche.

—Supongo que lo dejará, en algún momento.

—Ni hablar. Le parece fundamental contribuir a la economía doméstica.

Como Sonia había señalado, era posible decir la verdad casi todo el tiempo.

—¿Y cuál consideras que es tu papel?

—¿Respecto a qué?

—Según veo, si Rosie estudia a tiempo completo y trabaja a tiempo parcial, quizá tendrás que ayudarla con el bebé.

—Lo hemos hablado. Rosie no necesita ninguna ayuda.

Lydia se dirigió a Sonia.

—¿Estás de acuerdo con eso? ¿Es lo que tú opinas?

Me había olvidado temporalmente de que Sonia era una Rosie virtual y había hablado de Rosie como de alguien ajeno a nuestra conversación. Esperaba que Lydia no lo hubiese notado. Pero la respuesta que debía dar Sonia era un simple «sí». Lydia tendría una historia coherente; coherente con la mía, coherente con lo que Rosie deseaba para ser feliz, coherente con la realidad.

—Bueno...

—Antes de responder, háblame un poco de tu familia. ¿A tu madre se le permitía opinar?

—La verdad es que no. Mi padre decidía lo que ella decía y hacía.

—¿Eran muy tradicionales, entonces?

—Si te refieres a que mi padre iba a trabajar, volvía a casa, nunca cocinaba y esperaba la comida en la mesa mientras mi madre, que tenía diabetes, cuidaba de cinco hijos, sí, eran muy tradicionales. La tradición era la excusa.

El acento italiano había desaparecido. A Sonia se la veía enfadada.

—Pues parece que estás a punto de seguir sus pasos.

—Lo parece, ¿verdad? Todo giraba en torno al trabajo de mi padre. Oh, qué

trabajo tan duro. Durísimo. Bueno, ¿pues sabes qué? No me he casado con mi padre. Espero algo más de Dave.

—¿Dave?

—Don.

Siguió un silencio. Probablemente Lydia estuviera replanteándose todo debido al error de Sonia, para llegar a la conclusión inevitable de que era una impostora. Necesitaba una explicación para el desliz del nombre. Pensé a toda velocidad. La solución que se me ocurrió era tan elegante que superó mi aversión natural a mentir.

—David es mi segundo nombre. Como mi padre también se llama Donald, a veces me llaman Dave. Para evitar confusiones.

La idea me había venido porque mi primo se llama Barry, igual que su padre, por lo que en la familia todos lo llamamos por su segundo nombre, Victor.

—Bueno, Don-Dave, ¿qué opinas de lo que Rosie acaba de decir?

—¿Rosie?

Ahora sí que estaba confundido. Sonia, Rosie, Don, Dave, Barry, Victor, que era también el nombre de mi abuelo. El padre de mi padre. Y yo también estaba a punto de ser padre. De una criatura con un nombre provisional.

—Sí, Donald-David. Rosie. Tu esposa.

Con algo de tiempo, podría haberlo solucionado. Pero, con Lydia mirándome, di la única respuesta factible.

—Tengo que procesar esta nueva información.

—Pues cuando la hayas procesado, pide otra hora de visita.

Lydia agitó el informe de la policía. Nos despidió. El problema no se había resuelto.

Como Sonia debía volver al trabajo, recapacitamos sobre lo sucedido en el metro.

—Tengo que contárselo a Rosie.

—¿Y qué le dirás a Lydia? ¿«Hola, esta es la auténtica Rosie. Soy un farsante, además de un pedófilo y un vago insensible»?

—No se ha mencionado la holgazanería ni la insensibilidad.

—Si fueras un poco más sensible, lo habrías captado.

Llegamos a la parada de Sonia, pero yo también me apeé. Evidentemente se trataba de una conversación crítica, en ambos sentidos del término.

—Lo siento, estoy enfadada conmigo. La he pifiado. No me gusta pifiarla.

—El uso accidental del nombre de Dave es totalmente comprensible. Yo he tenido que concentrarme mucho para no llamarte Sonia.

—No es sólo eso. Las cosas entre Dave y yo no van como esperaba. Lo hemos intentado tanto tiempo... Y ahora él... bueno, no muestra mucho interés, precisamente.

Yo sabía por qué. Dave estaba estresado por el trabajo y la posible quiebra de su

negocio, y eso obligaría a Sonia a trabajar pese a sus planes, a rechazar a Dave como pareja adecuada, a divorciarse, a distanciar a Dave de su hijo, y provocaría en él que toda su vida careciera de sentido. Habíamos revisado esa secuencia de posibles acontecimientos en múltiples ocasiones.

Por desgracia, no podía contárselo a Sonia, pues eso tal vez aceleraría el proceso más aún. Ahora ella identificaba otro camino que quizá llevaba a la misma conclusión.

—He estado leyendo de todo, intento hacer todo lo que toca, y Dave actúa como si mi embarazo no tuviese nada que ver con él. ¿Sabes qué hizo anoche?

—¿Cenó y se acostó? —Me parecía la alternativa más probable.

—No podrías haberlo expresado mejor. Preparé una receta con siete de los diez alimentos esenciales de la dieta prenatal. La tenía en la mesa cuando llegó, y ¿sabes qué había hecho? Se había comprado una hamburguesa. Una hamburguesa doble con queso, beicon y guacamole. Se supone que está a régimen.

—¿Tenía tomate y hojas verdes?

—¿Qué?

—Estoy enumerando los alimentos esenciales de la dieta prenatal.

—Se sentó y se la zampó delante de mí. Después se acostó. ¡Fue tan desconsiderado!

Pensé que era mejor no responder. Dave intentaba salvar su matrimonio, y eso lo llevaba a trabajar más, a padecer más estrés, a consumir hamburguesas y a estar agotado, y eso lo llevaba a sufrir problemas matrimoniales y de salud. Más material que procesar.

No hablamos durante el trayecto a pie desde el metro hasta el centro de reproducción asistida. Inexplicablemente, Sonia hizo ademán de abrazarme, pero se acordó a tiempo de mi aversión al contacto físico.

—No le digas nada a Dave. Lo superaremos.

—¿Puedo contarle esa parte, la de que lo superaréis? Tal vez él también esté preocupado por vuestro matrimonio.

—¿Te lo ha dicho?

—Correcto.

—Oh, Dios. Todo es tan difícil...

—Coincido. La conducta humana es sumamente desconcertante. Le contaré a Rosie lo de Lydia esta noche.

—No se lo cuentes. Ha sido todo culpa mía, y no quiero ser responsable de disgustar a Rosie. Parece como si ya llevara el peso del mundo a sus espaldas. La próxima vez nos saldrá bien.

—No estoy seguro de lo que tenemos que hacer.

—Lydia y yo pensamos lo mismo. Tienes que replantearte lo de ayudar a Rosie. Por muy independiente que sea, necesita tu ayuda.

—¿Por qué iba Rosie a mentir?

—No miente, al menos no deliberadamente. Pero se cree Superwoman. O quizá crea que no quieres ayudarla... O que no puedes.

—¿Así que debo demostrar que contribuyo al proceso del embarazo?

—Apoyo. Interés. Estar presente. Eso es todo lo que Lydia y yo buscamos. Y... ¿Don?

—¿Quieres preguntarme algo?

—¿Cuántos alimentos esenciales tenía la hamburguesa? Había lechuga y tomate en las dos.

—Ocho. Pero...

—Nada de peros.

Esta vez sí que me abrazó. Me quedé muy quieto, y el contacto duró poco.

Lydia tenía razón. Rosie había anunciado su embarazo hacía ya seis semanas, y, sin embargo, aunque mi programación en los azulejos contribuía en cierto modo al Proyecto Bebé, lo único que había hecho como padre para el desarrollo y el mantenimiento de Bud era adquirir los ingredientes de una comida compatible con el embarazo y el trabajo de campo que había acabado en el Incidente del Parque Infantil.

Gene, en cambio, se equivocaba. Los instintos que funcionaban en un entorno ancestral no bastaban en un mundo que regulaba las visitas a los parques infantiles y permitía elegir entre tofu y *pizza*. Sí acertaba, sin embargo, al recomendarme que afrontara el problema a mi manera, aprovechando mis puntos fuertes. Pero tenía que empezar de inmediato, sin esperar a que naciese el bebé.

Mi investigación sobre los textos más apropiados para informarme de los aspectos prácticos del embarazo dio como resultado una larga lista. Decidí empezar con un libro bien considerado como guía general, y luego pasar a artículos específicos para obtener información más detallada. En la librería de la facultad de Medicina me recomendaron, con la advertencia de que a algunos lectores les parecía demasiado técnico —«Perfecto», pensé—, la cuarta edición de *Qué se puede esperar cuando se está esperando*, de Murkoff y Mazel. Su grosor me resultó alentador.

Hice un examen rápido de *Qué se puede esperar* para identificar algunas características positivas y negativas del libro. La cantidad de temas abarcados me pareció impresionante, aunque muchos de ellos eran irrelevantes para nosotros dos: no teníamos un gato cuyas heces pudieran causar infecciones; no éramos consumidores habituales de cocaína, y Rosie no dudaba de su capacidad como madre. Las referencias bibliográficas escaseaban, algo atribuible, sin duda, a que iba dirigido a un público no académico. Yo buscaba evidencias científicas constantemente.

El primer capítulo que leí se titulaba «Nueve meses comiendo bien». Ofrecía el metaanálisis que buscaba, recopilaba las mejores investigaciones sobre dietas para el embarazo y se basaba en ellas para ofrecer recomendaciones prácticas. Al menos esa era su intención.

El título del capítulo me recordaba que Rosie y el feto en desarrollo, es decir, Bud, expuesto y vulnerable a las toxinas que atravesaban la pared placentaria, habían experimentado ya nueve semanas de NO comer bien, así como tres semanas de no beber bien, debido a la falta de planificación. Pero el alcohol ya asimilado no podía desasimilarse. Debía concentrarme en las cosas que podía modificar y aceptar las inmodificables.

La defensa de productos orgánicos y locales era predecible. Ya había investigado ese tema por razones sanitarias y económicas evidentes. Cualquier consejo sobre el embarazo basado en la premisa de que «lo natural es mejor» debería acompañarse de estadísticas sobre partos en entornos naturales carentes de diversidad nutricional,

antibióticos y quirófanos estériles. Y, por supuesto, de una rigurosa definición de «natural».

Las discrepancias entre mis conclusiones documentadas sobre lo orgánico y el resumen del libro fueron una útil advertencia de que no aceptase recomendaciones sin comprobar su origen. Entretanto, no tenía más remedio que confiar en *Qué se puede esperar* como la mejor fuente de información disponible. Hojeé el resto del libro, y descubrí algunos hechos interesantes antes de dedicar el resto de la tarde a desarrollar un Sistema Estandarizado de Comidas (Versión Embarazo) acorde con las recomendaciones. El rechazo de Rosie a la carne y al pescado no sostenible simplificó el trabajo, al reducir el número de opciones. Confiaba en que el menú resultante aportaría una base nutricional adecuada.

Como suele suceder con la ciencia, la puesta en práctica resultó más compleja que la planificación. La reacción negativa inicial de Rosie al tofu debería haberme servido de advertencia. Tuve que recordarme que mi adquisición de conocimientos nuevos no había cambiado por sí sola, ni cambiaría, las opiniones de Rosie. Lógico, pero no intuitivo. Por suerte, Rosie sacó el tema sin que yo lo mencionase.

—¿Dónde compraste la caballa ahumada? —me preguntó.

—Irrelevante. Estaba ahumada en frío.

—¿Y qué?

—El pescado ahumado en frío está prohibido.

—¿Por qué?

—Podría provocarte náuseas.

Yo era consciente de la vaguedad de mi respuesta. No tenía tiempo para investigar las pruebas que apoyaban una información sin referencias, pero en aquel momento debía aceptarla como la mejor recomendación disponible.

—Muchas cosas pueden darme náuseas. Tengo náuseas todas las mañanas y, sin embargo, me apetece volver a probar esa caballa ahumada. El cuerpo me envía señales de que necesito caballa ahumada. Caballa ahumada en frío.

—Recomiendo salmón en conserva y una minicomida de soja. Lo bueno es que puedes ingerirla ahora mismo, para calmar el antojo.

Fui a la nevera y saqué la Parte Uno de la cena de Rosie.

—¿«Minicomida»? ¿Qué es una «minicomida»?

Era una suerte que yo hubiese estudiado ya algunos aspectos relativos al embarazo. Evidentemente, Rosie había investigado lo mínimo.

—Una solución parcial al problema de las náuseas. Debes tomar seis minicomidas al día. He programado la segunda para las nueve.

—¿Y tú? ¿Cenarás a las nueve?

—Claro que no. Yo no estoy embarazado.

—¿Y las otras cuatro comidas?

—Ya están listas y preempaquetadas. El desayuno y las tres comidas diurnas de mañana aguardan en la nevera.

—Mierda. Quiero decir que... es muy considerado de tu parte, pero... no quiero que te tomes tantas molestias. Ya pillaré algo en la cafetería de la universidad. Tienen cosas que están bien.

Eso contradecía directamente sus quejas previas de la infame calidad del café.

—Debes alejar la tentación. Por el bien de la madre y de Bud, necesitamos planear, planear y planear —insistí, citando El Libro. En este caso, los consejos de *Qué se puede esperar* coincidían plenamente con mi opinión—. También tienes que controlar el consumo de café. Las proporciones de café son impredecibles, por lo que recomiendo que tomes un café estándar por la mañana en casa, y sólo descafeinado en la universidad.

—Has estado leyendo, ¿verdad?

—Correcto. Recomiendo *Qué se puede esperar cuando se está esperando*, pensado para embarazadas humanas.

La llegada de Gene, que tenía su propia llave, interrumpió la conversación. Parecía de buen humor.

—Buenas noches a todos, ¿qué hay para cenar?

Levantó una botella de vino tinto.

—De aperitivo, ostras de Nueva Inglaterra; de primero, fiambres; el plato principal son filetes de Nueva York poco hechos marinados con especias y ensalada de alfalfa, seguidos de una selección de quesos azules y crudos, y luego *affogato* con Strega.

Como parte del cambio en el sistema de comidas, había diseñado menús aptos para Gene y un servidor, teniendo en cuenta que no estábamos embarazados ni nos limitábamos al pescado sostenible.

Como Rosie parecía algo confundida, añadí:

—Rosie comerá *curry* de legumbres, sin especias.

El Libro advertía sobre las posibles conductas irracionales debidas a los cambios hormonales. Rosie se negó a tomar su minicomida, y picó de todos los componentes de la cena que había preparado para Gene y para mí, incluido un trocito de filete (lo que violaba incluso su compromiso de no comer más carne que la del pescado sostenible), y hasta se atrevió a ingerir un sorbo de vino.

La consecuencia previsible fueron náuseas la mañana siguiente. Rosie estaba sentada en la cama con las manos en la cabeza, cuando la avisé de la hora.

—Ve tú, me tomaré la mañana libre.

—Sentirse así durante el embarazo es normal. Diría que sin duda es una buena señal que tengas náuseas. La ausencia de náuseas matinales se correlaciona con un riesgo más elevado de aborto y anomalías fetales. Probablemente tu cuerpo está ensamblando un componente esencial, como un brazo, y minimiza la posibilidad de que las toxinas provenientes de la alimentación interfieran en el proceso.

—Menuda chorrada.

—Flaxman y Sherman, *Quarterly Review of Biology*, verano de 2000. «Un mecanismo desarrollado para reducir las malformaciones inducidas por toxinas».

—Don, te agradezco todo lo que haces, pero ya está bien. Quiero comida normal. No quiero «ingerir» minicomidas. Quiero comer lo que me apetece. Me siento fatal, y el salmón en conserva y los brotes de soja van a hacer que me sienta peor. Es mi cuerpo, y yo decido lo que hago con él.

—Incorrecto. Dos cuerpos, uno de los cuales tiene el cincuenta por ciento de mis genes.

—Entonces tengo un voto y medio y tú medio voto. Yo gano. Quiero comer caballa ahumada y ostras crudas.

Debió de notar mi expresión.

—Es broma, Don. Pero no hace falta que me digas qué debo comer. Eso puedo hacerlo yo sola. No voy a emborracharme ni a atiborrarme de salami.

—Anoche comiste *pastrami*.

—Muy poco. Y para demostrarte algo. En cualquier caso, no pienso volver a comer carne.

—¿Y marisco? —La estaba probando.

—¿Supongo que ni hablar?

—Supones mal. El marisco cocido es aceptable.

—En serio, ¿tan importante es todo esto? Es típico de ti obsesionarte con los pequeños detalles. Judy Esler dice que hace veinticinco años nunca se preocupó por lo que comía. Es más probable que me atropellen de camino a Columbia que me intoxique con ostras.

—Predigo que te equivocas.

—¿«Predices»? No estás del todo seguro, ¿verdad?

Rosie me conocía demasiado bien. El Libro se quedaba corto en hechos verificables. Se levantó y recogió su toalla del suelo.

—Hazme una lista de lo que no puedo comer. No más de diez cosas. Sin grandes categorías genéricas como «dulces» o «cosas saladas». Tú preparas la cena, y yo comeré lo que me apetezca durante el día. De todo, menos lo que aparezca en tu lista. Y nada de minicomidas.

Recordé un consejo extraordinariamente acientífico de El Libro, que fomentaba el defecto más grave de la profesión médica. Era en referencia a la cafeína: «Como cada clínico recomienda algo distinto, consulte con su médico de cabecera...». Increíble. Aquello situaba la opinión individual por encima del consenso obtenido mediante la investigación. Pero eso me brindó la oportunidad de hacer otra pregunta.

—¿Qué consejos dietéticos te ha dado el médico?

—Todavía no he pedido hora. He ido como loca con la tesis. Lo haré pronto.

Estaba perplejo. No necesitaba que El Libro me dijese que una mujer embarazada debe programar visitas regulares con el obstetra. Pese a mis reservas sobre la

competencia de algunos miembros de la profesión médica, era indudable que, estadísticamente, la implicación de un profesional daba mejores resultados. Mi hermana había muerto debido a un error de diagnóstico, pero también habría muerto si no hubiese ido al médico.

—Ya tendrías que haberte hecho la ecografía de las ocho semanas. Pediré a David Borenstein que me recomiende a alguien y concertaré una visita.

—Déjalo. Me ocuparé de ello el lunes. He quedado con Judy para almorzar.

—David sabe más del asunto.

—Judy conoce a todo el mundo. Por favor. Déjame a mí.

—¿Me garantizas que pedirás hora el lunes?

—O el martes. A lo mejor he quedado con Judy el martes. Ella cambió el día, pero puede que hayamos vuelto a cambiarlo. No me acuerdo.

—Eres demasiado desorganizada para tener un bebé.

—Y tú demasiado obsesivo. Por suerte, la que va a parirlo soy yo.

¿Qué había pasado con aquello de «estamos embarazados»?

—Os dejaré disfrutar de una cena romántica, a solas —dijo Gene el martes siguiente, cuando fui a su despacho después de completar mis tareas programadas—. Tengo una cita.

Esperaba que me acompañase a casa en metro para proporcionarme estímulo intelectual. Ahora tendría que descargarme un periódico. Pero había algo peor: Inge se había marchado pronto para arreglarse, porque iba a cenar a un restaurante caro. Detecté un patrón de coincidencias.

—¿Vas a cenar con Inge?

—Muy perspicaz. Es una compañía de lo más agradable.

—Había programado que cenabas en casa.

—Seguro que Rosie no me echará de menos.

—Inge es muy joven. Inapropiadamente joven, diría yo.

—Tiene más de veintiún años. Puede beber alcohol, votar y relacionarse con hombres libres y sin compromiso. No irás a discriminar por motivos de edad...

—Deberías pensar en Claudia. Solucionar el problema de tu promiscuidad.

—No soy promiscuo. Sólo salgo con una mujer. —Gene sonrió—. Preocúpate de tus problemas.

Gene estaba en lo cierto. A Rosie la alegró su ausencia. Cuando nos casamos, supuse que tendría que pasar incómodas cantidades de tiempo en presencia de otra persona. En realidad, estábamos gran parte del tiempo separados, debido al trabajo y los estudios, y el que antes compartíamos en soledad (excluyendo los períodos en la cama, cuando al menos uno de los dos, generalmente yo, dormía) ahora se veía ocupado por la presencia de Gene. Estaba claro que el contacto dedicado a Rosie se encontraba por debajo del nivel óptimo.

En El Libro había un tema positivo que había decidido no mencionar en presencia de Gene.

—¿Has notado un incremento de tu libido? —pregunté.

—¿Y tú?

—Puede darse un incremento del apetito sexual en el primer trimestre. Me preguntaba si te había afectado.

—Eres graciosísimo. Supongo que si no vomitase ni me sintiese como una mierda...

Comprendí que nuestra costumbre de mantener relaciones sexuales por la mañana en lugar de por la noche contribuía al problema.

Después de cenar, Rosie se retiró a su estudio a trabajar en la tesis. Dedicaba una media de noventa y cinco minutos a esta sesión antes de acostarse, aunque la media de las desviaciones cuadráticas era elevada. Una vez transcurridos ochenta minutos,

le preparé una infusión de frutas que acompañé de unos arándanos frescos.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—Mejor. Salvo por las estadísticas.

—«Hay muchas cosas feas en este mundo. Me gustaría poder evitar que las vieras, pero no siempre es posible».

Probablemente era mi frase más eficaz. Gregory Peck como Atticus Finch en modo apoyo. Las oportunidades de imitar a Peck se habían reducido considerablemente con la presencia de Gene.

Rosie se levantó.

—Lo has dicho en el momento justo. Creo que esta noche ya me he hartado de cosas feas.

Me abrazó y me besó en modo apasionado, en lugar de en modo saludo.

Nos interrumpió un sonido conocido proveniente de un lugar desconocido: alguien llamaba a Gene por Skype. No estaba al día de cuáles eran las reglas precisas para responder a las llamadas VoIP de otra persona, pero quizá fuese Claudia con una emergencia. O con una propuesta de reconciliación.

Entré en el dormitorio de Gene y vi la cara de Eugenie en la pantalla del ordenador. La hija de Gene y Claudia tiene nueve años. No había hablado con ella desde que me mudé a Nueva York. Pulsé «responder con vídeo».

—¿Papá? —La voz de Eugenie sonaba alta y clara.

—¡Cordiales saludos! Soy Don.

Eugenie rio.

—Ya lo veo, por tu cara. Pero lo hubiese sabido en cuanto has dicho «cordiales saludos».

—Tu padre no está.

—¿Qué haces en su casa?

—Es mi piso. Lo compartimos. Como estudiantes.

—Mola. ¿Eras amigo de mi padre en el colegio?

—No. —Gene es dieciséis años mayor y no hubiese pertenecido a mi grupo social si hubiésemos sido contemporáneos. Él habría salido con chicas, practicado deportes y se hubiera presentado a las elecciones de delegado del instituto.

—¿Don?

—¿Eugenie?

—¿Cuándo crees que papá volverá a casa?

—Se ha tomado un período sabático de seis meses. Por tanto, técnicamente el veinticuatro de diciembre, pero el semestre termina el veinte de diciembre.

—Es mucho tiempo.

—Cuatro meses y catorce días.

—Mueve la cabeza, Don.

Observé la pequeña imagen de mi cara en un rincón de la pantalla, y reparé en que Rosie había entrado y estaba detrás de mí. Me aparté y amplié la imagen. Llevaba

su prenda inapropiada para dormir. Era su equivalente al *muffin* de arándanos, aunque, en lugar de ser blanca con topos azules, era negra. Hizo una pequeña danza erótica, y Eugenie la saludó.

—¡Hola, Rosie!

—¿Puede verme?! —me preguntó Rosie.

—Sí —respondió Eugenie—. Llevas un...

—¡Te creo, te creo! —Se echó a reír, salió de la habitación y me hizo señas desde la puerta.

Eugenie reanudó nuestra conversación, pero ahora yo estaba distraído.

—¿Papá quiere volver a casa?

—¡Afirmativo! Os echa mucho de menos.

—¿También a mamá? ¿Ha dicho eso?

—Por supuesto. Debería irme a dormir. Aquí es tarde.

—Mamá dice que papá tiene que solucionar algunas cosas. ¿Lo está haciendo?

—Su progreso es excelente. Hemos organizado un grupo de apoyo masculino, como recomienda mi libro sobre el embarazo, formado por un ingeniero de refrigeración, tu padre, una estrella de rock y yo. Te enviaré un informe de los avances dentro de unos días.

—Eres tan gracioso... Seguro que no hay ninguna estrella de rock... Oye, ¿por qué lees un libro sobre el embarazo?

—Para ayudar a Rosie en el desarrollo de nuestro hijo.

—¿Vais a tener un hijo? Mamá no me lo ha dicho.

—Seguramente porque no lo sabe.

—¿Es un secreto?

—No, pero no vi la utilidad de transmitirle dicha información. No se requiere que tome parte activa en el proceso de gestación.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Don y Rosie van a tener un hijo!

Claudia apartó a Eugenie de un empujón, lo que me pareció algo brusco, y se hizo evidente que la conversación iba a continuar. Yo quería hablar con Claudia, pero no entonces ni delante de Eugenie.

—¡Don, es una noticia maravillosa! ¿Cómo te sientes?

—Animado, fin de la historia —respondí, combinando la respuesta recomendada de Gene con el exterminador de conversaciones que hacía poco había aprendido de Rosie.

Claudia hizo caso omiso de mi señal.

—Es maravilloso —repitió—. ¿Dónde está Rosie?

—En la cama. Posiblemente despierta, debido a mi ausencia. Aquí es muy tarde.

—Oh, lo siento. Bueno, felicítala de mi parte. ¿Para cuándo lo espera?

Después de someterme a un interrogatorio sobre temas relacionados con el embarazo, Claudia me preguntó:

—Gene ha salido, ¿verdad? Había prometido que hablaría con Eugenie. ¿Dónde

está?

—No lo sé.

Desconecté el vídeo.

—No te veo la cara, Don.

—Un problema técnico.

—Ya entiendo. O no. Bueno, en cualquier caso, seguro que Gene no podrá ayudar a Eugenie con su problema de ciencias.

—Yo soy experto en problemas de ciencias.

—Y también una persona decente. ¿Seguro que tienes tiempo?

—¿Para cuándo hay que resolverlo?

—Eugenie quería terminarlo esta noche. Pero si tienes cosas que hacer...

Tardaría menos en responder a una pregunta de ciencias de primaria que en negociar un plan alternativo con Claudia.

—Adelante.

Eugenie reapareció y conecté el vídeo. Eugenie volvió a desconectarlo.

—¿Cuál es el problema de ciencias? —pregunté.

—No hay ningún problema de ciencias. Es la excusa que le he dado a mi madre. Como si yo fuera a tener problemas de ciencias, anda ya.

—¿«Anda ya»?

—Es como decir que ni de coña. Soy la primera de la clase en ciencias. Y en mates.

—¿Puedes hacer cálculo integral y diferencial?

—Todavía no.

—Entonces probablemente no eres superdotada. Excelente.

—¿Por qué «excelente»? Creía que ser lista estaba bien.

—Recomiendo que seas lista, pero no superdotada. A menos que lo único que te importe sean los números. Los matemáticos profesionales suelen ser ineptos sociales de por vida.

—A lo mejor por eso todo el mundo dice cosas feas de mí en Facebook.

—¿Todo el mundo?

Se echó a reír.

—No, sólo un montón de niños.

—¿No puedes instalarte un filtro?

—Puedo bloquearlo, pero no quiero. Prefiero ver lo que dicen. Aún son mis amigos, en cierto modo. Parezco tonta, ¿verdad?

—No. Es normal querer información. Y también es normal querer gustar a los demás. ¿Existe alguna amenaza de violencia?

—No. Sólo dicen tonterías.

—Probablemente porque son tontos. Las personas muy inteligentes suelen sufrir acoso, porque son distintas. Lo que las distingue es su inteligencia.

Fui consciente de que yo no sonaba muy inteligente.

—¿Te acosaron en el cole, Don? Apostaría a que sí.

—Ganarías la apuesta. Al principio incluso de forma violenta, hasta que aprendí artes marciales. Luego de formas más sutiles. Afortunadamente, no soy una persona con facilidad para interpretar las sutilezas; cuando cesó la violencia, las cosas fueron mucho mejor.

Hablamos un total de cincuenta y ocho minutos, que incluían la conversación inicial con Claudia y el intercambio de información sobre experiencias con el acoso. No identifiqué ninguna solución clara a su problema, pero, si su angustia tenía un nivel similar al que yo había experimentado en mi infancia, mi deber era ayudarla con todos los conocimientos que pudiese transmitirle.

Al final dijo:

—Tengo que ir a montar a caballo. Eres la persona más lista que conozco.

En términos de cociente intelectual, quizá tuviese razón. En términos de conocimientos de psicología práctica, se equivocaba.

—Yo no confiaría mucho en mis consejos.

—No me has dado ninguno. Pero me ha gustado hablar contigo. ¿Podremos repetir?

—Por supuesto.

Yo también había disfrutado de la conversación. Salvo si pensaba en la actividad alternativa que me esperaba en la habitación de al lado.

Desconecté. Mientras salía de la habitación, apareció un mensaje de texto en el ordenador: «Buenas noches. Te <3, Don».

Rosie estaba adormecida cuando me acosté a su lado.

—Parece que habéis tenido una bonita conversación...

—«Para empezar, este caso nunca tendría que haberse llevado a juicio». —Seguí con mi papel, Atticus Finch defendiendo al inocente Tom Robinson, convertido en chivo expiatorio debido a una mínima diferencia genética.

Rosie sonrió.

—Lo siento, señor Peck, estoy molida. Buenas noches.

Aunque había descrito a los hombres con quienes recientemente había comido hamburguesas viendo béisbol como «un grupo de apoyo masculino», mi sugerencia de formalizarlo no fue bien recibida por George.

—Ya estoy en uno. Y me arruinó la vida.

—Evidentemente, deberías dejarlo. Únete a otro más adecuado.

—Ah, pero también me la solucionó. Se lo debo.

Comprendí que hablaba de los Dead Kings.

—¿No te apetece ver el partido con nosotros? ¿Y hablar de temas no relacionados con el béisbol en los descansos?

—Pues sí. Con tal de no tocar la batería... Ya lo hago bastante en el trabajo.

¿Vendrán Casanova y el grandullón?

Comparé una imagen mental de las dos descripciones con Gene y Dave, y asentí tras una breve pausa.

—Correcto.

—Pues me pongo los zapatos de salir a beber.

«Calculon quiere comunicarse contigo en Skype».

No conocía a nadie llamado Calculon. Una de las ventajas de tener un número reducido de amigos es que puedo filtrar contactos con facilidad. No respondí a la petición. Por la noche, recibí otro mensaje de Calculon:

«Soy yo, Eugenie».

Acepté la invitación, y al cabo de un segundo sonó mi ordenador.

—Cordiales saludos, Eugenie.

Apareció su imagen.

—Puaj, ¡qué asco!

Reconocí el problema gracias a una conversación previa mantenida con Simon Lefebvre, mi colega de investigación en Melbourne.

—Esto que ves es mi despacho. Tiene su propio inodoro. Pero ahora mismo sólo lo estoy utilizando para sentarme.

—Raro. Se lo contaré a mamá. Aunque se supone que no puedo hablar contigo.

—¿Por qué no?

—Hice lo que dijiste. Lo convertí en una broma.

—¿Qué convertiste en una broma?

—Esa niña decía que mi padre tenía como cien novias, y yo contesté que eso era porque él es *cool*. «Y como tu padre no es *cool*, sólo se puede tirar a tu madre, que es una trol», añadí.

—¿Un gnomo de la literatura escandinava?

Eugenie soltó una carcajada.

—No, es alguien que incordia en los foros sociales. Papá decía eso de ella. Pues bueno, todos dejaron de reírse de mí y empezaron a burlarse de esa niña, pero luego hubo otra que se chivó, y estamos castigadas una semana, y el cole le ha enviado una nota a mi madre. Así que ahora todos la criticamos a ella.

—¿A tu madre?

—No, a la que se chivó.

—Quizá deberíais elaborar una cuadrícula con una lista de turnos para ver a quién toca acosar. Así se evitarían injusticias.

—No creo.

—Pero ¿se ha solucionado el problema?

—Tenemos otro —dijo, muy seria—. Carl.

—¿También lo acosan?

—No. Dice que si papá vuelve, lo matará. Por lo de las novias. —La voz de Eugenie indicaba emoción. Detecté cierto riesgo de llanto—. Y yo quiero que papá vuelva.

Predicción acertada. Eugenie lloraba.

—No podrás resolver el problema mientras estés incapacitada por tus emociones.

—¿Puedes hablar con Carl? Es que no quiere ni ver a papá.

La madrastra de Carl es psicóloga clínica. Su padre, director del departamento de Psicología de una universidad importante. Y yo, un físico configurado para entender de lógica y de ideas muy alejadas de la dinámica interpersonal... había sido seleccionado para aconsejar a su hijo.

Necesitaba ayuda. Por suerte, podía conseguirla de Rosie.

—El hijo de Gene quiere matarlo —le solté en cuanto entré en su despacho.

—Tendrá que ponerse a la cola. Es increíble; Gene ha vuelto a salir con Inge, ¿verdad?

—Correcto. He intentado mostrarle que Gene no le conviene. ¿Qué le digo a Carl?

—Nada. No puedes hacerte responsable de la vida de los demás. Gene es la persona con quien Carl necesita hablar. Es su padre. Y tu compañero de piso, por cierto. Desde hace seis semanas. Tenemos que hablar de eso.

—Hay una extensa lista de asuntos de los que tenemos que hablar.

—Lo sé, pero no ahora, ¿vale? No quiero desconcentrarme.

Al cabo de dos horas, llamé a su puerta y entré. En el suelo había papeles arrugados en forma de bola. Eso impedía su reutilización y los hacía más voluminosos para el reciclaje. Realicé un rápido diagnóstico de frustración en Rosie.

—¿Necesitas ayuda?

—No, puedo sola. Menudo fastidio, joder. Cuando hablé con Stefan por Skype todo tenía sentido, pero ahora no. No sé cómo voy a tener lista la tesis dentro de tres semanas.

—¿Las consecuencias serían graves?

—Ya sabes que debe estar acabada cuando terminen las vacaciones. Algo que sería posible si el embarazo no hubiese afectado a mi memoria ni tuviera que preocuparme por los problemas de Gene. Además de por mis visitas al médico. Hablando de eso, ya he pedido hora. La ecografía es el martes que viene, a las dos. ¿Te va bien?

—Eso son casi dos semanas de retraso.

—Mi doctora dice que doce semanas está bien.

—Doce semanas y tres días. El Libro especifica de ocho a once semanas. El consenso conseguido a partir de un estudio completo es más fiable que la opinión de un solo facultativo.

—Me da igual. Ahora tengo una obstetra. La he visto hoy y es muy buena. Seguiremos las reglas en el resto de las cosas.

—¿Teniendo en cuenta lo que el consenso considera las mejores prácticas? La segunda prueba de ultrasonido tiene que realizarse a las dieciocho-veintidós semanas. Recomendando a las veintidós, ya que la primera se habrá hecho tarde.

—La programaré para la semana veintidós, cero días y cero horas. Por cierto, aquí lo llaman «ecografía». Pero ahora necesito acabar este análisis estadístico antes de

acostarme. Y quiero una copa de vino. Sólo una.

—El alcohol lo tienes prohibido. Todavía estás en el primer trimestre.

—Si no me sirves una copa de vino, me fumaré un cigarrillo.

Aparte de recurrir a la inmovilización física o la violencia, nada podía hacer para evitar que Rosie bebiera. Le llevé una copa de vino blanco al estudio y me senté en una de las sillas sobrantes.

—¿Tú no bebes?

—No.

Rosie tomó un sorbo.

—Don, ¿has agurado el vino?

—Es un vino bajo en alcohol.

—Ahora, seguro que lo es.

La observé mientras tomaba el segundo sorbo, e imaginé el alcohol atravesando la barrera placentaria, dañando células cerebrales, reduciendo a nuestro hijo no nato de futuro Einstein a físico que no conseguiría elevar la ciencia a un nuevo nivel. Un niño que nunca disfrutaría de la experiencia, descrita por Richard Feynman, de saber algo del universo que nadie había sabido antes. O, dado el historial médico familiar de Rosie, quizá él, o ella, hubiese podido descubrir una cura para el cáncer. Sin embargo, con unas pocas células cerebrales menos, destruidas por una madre empujada a la irracionalidad debido a los cambios hormonales del embarazo...

Rosie me miraba.

—Vale, te capto. Te recibo alto y claro. Prepárame un zumo de naranja antes de que cambie de opinión. Y luego me dices cómo hacer este puto análisis estadístico.

Gene estaba en mi despacho de la universidad cuando Inge trajo un paquetito de FedEx.

—Lo he cogido en recepción, es para Don. De Australia.

Mientras Gene e Inge hacían planes para el almuerzo, descifré los datos del remitente, escritos con letra descuidada: Phil Jarman, exjugador de fútbol australiano, actual propietario de un gimnasio y padre de Rosie. ¿Por qué había enviado un paquete a Columbia?

—Supongo que será para Rosie —le comenté a Gene en cuanto Inge salió del despacho.

—¿Pone que es para Rosie?

—No, va dirigido a mí.

—Entonces ábrelo.

Era una caja diminuta que contenía un anillo con un diamante. El diamante era muy pequeño, más incluso que el del anillo de compromiso de Rosie.

—¿Lo esperabas? —preguntó Gene.

—No.

—Entonces habrá una carta.

Correcto. Dentro del paquete había un papel doblado.

Querido Don:

Te envío un anillo. Era de la madre de Rosie, y a ella le habría gustado dárselo a su hija.

Es una tradición regalar un anillo de eternidad en el primer aniversario de bodas, y me honraría que lo aceptases como un regalo de su madre y mío.

Mi hija no es la persona más fácil del mundo, y siempre me ha preocupado que el hombre con quien se casara no estuviese a la altura. Por lo que me cuenta, de momento lo haces bien. Dile que la quiero y nunca dejes de valorar lo que tienes.

Phil (tu suegro)

P. D.: Ya me sé ese movimiento tuyo de aikido. Si la jodes, iré personalmente a Nueva York y te daré una paliza de la hostia.

Le di la carta a Gene. La leyó y luego volvió a doblarla.

—Dame un minuto.

Detecté cierto grado de emoción.

—Parece que no acabo de convencer a Phil.

Gene se levantó y empezó a andar por la habitación. Es una costumbre que compartimos cuando pensamos en problemas complejos. Mi padre citaría a Thoreau —«Henry David Thoreau, filósofo estadounidense, Don», diría mientras yo recorría la sala, pensando en un problema de matemáticas o de ajedrez—: «Nunca confíes en una idea que se te ha ocurrido sentado».

Gene cerró la puerta.

—Don, quiero que hagas un ejercicio. Quiero que imagines que tu hijo ya ha nacido y que es una niña. Crece y crece, hasta cumplir diez años. Un día Rosie tiene un accidente con vuestro coche, que conduce ella porque tú has bebido y estás en el asiento del copiloto. Ya sabes cómo sigue la historia, y lo sabes porque me la has contado: predomina el imperativo evolutivo, y salvas a tu hija en lugar de a Rosie. Os quedáis solos los dos.

Gene tuvo que detenerse debido a la emoción. Lo ayudé.

—Conozco bien la historia, por supuesto.

Era la de Phil, la madre de Rosie y la propia Rosie, con otros nombres.

—No, no la conoces tan bien. La has oído como algo que le ha sucedido a otra persona. Como si leyases en un periódico la historia de una familia de Kansas. Quiero que te metas en la historia, que seas Phil. Y que luego imagines que tu hija se casa con un tío que te ha partido la nariz y que no es lo que se dice muy normal. Además, se va a Nueva York y ella, tu hija, se queda embarazada. Y luego quiero que te

imagenes escribiendo esa carta.

—Demasiado que imaginar. Exceso de solapamiento. Rosie forma parte de las dos historias con papeles distintos.

Gene me miró con un gesto que nunca había visto en él. Seguramente porque nunca se había enfadado conmigo.

—¿«Demasiado que imaginar»? ¿Cuánto tardaste en ser cinturón negro? ¿Cuánto en aprender a deshuesar una puta perdiz? Te lo advierto, Don, vas a sentarte aquí y trabajar lo que haga falta hasta convertirte en el maldito Phil Jarman cuando rodeó el coche con la pelvis rota para sacar a su hija, y luego escribirás esa carta, y entonces intenta decirme de nuevo «Parece que no acabo de convencer a Phil».

Esperé un momento a que Gene se calmara.

—¿Por qué?

—Porque estás a punto de ser padre. Y todos los padres son Phil Jarman. —Gene se sentó—. Ve a buscar un par de cafés, y cuando vuelvas hablaremos del aniversario. Un aniversario para el que no has planeado nada, ¿verdad?

Los hábitos de Rosie en materia de ejercicio físico eran extremadamente aleatorios, lo que suponía una clara violación de los consejos y las advertencias de El Libro. Las clases de Medicina empezarán al cabo de dos semanas, y ahora era el momento ideal para afrontar el problema. Mi plan se basaba en insertar una sesión de ejercicio una hora antes de la prevista para salir a la universidad. Luego Rosie podría desplazarse directamente desde el lugar donde hubiera practicado deporte. Debido a nuestro reciente traslado y a lo cerca que estaba el nuevo piso de Columbia, el impacto neto en las horas de vigilia sería de únicamente cuarenta y seis minutos.

Parecía sencillo, pero las nuevas iniciativas tienen que ponerse en práctica.

Desperté a Rosie cuarenta y seis minutos antes de la hora habitual. Su reacción fue predecible.

—Pero... ¿qué hora es, Don? Está oscuro. ¿Qué pasa?

—Son las seis cuarenta y cuatro. La oscuridad se debe a que las cortinas están corridas. El sol ha salido hace aproximadamente cuarenta minutos, y antes ya se adivinaba la luz previa al amanecer. No pasa nada. Vamos a la piscina.

—¿Qué piscina?

—La piscina cubierta del Centro Deportivo Chelsea, en la calle Veinticinco Oeste. Necesitarás un bañador.

—No tengo bañador. Aborrezco nadar.

—Eres australiana. Todos los australianos nadan. Casi todos.

—Pues yo soy una de esas excepciones. Ve tú y tráeme un bollo cuando vuelvas. O el equivalente legal. Me siento un poco mejor. Considerando la hora que es.

Señalé que su experiencia con aquella hora en concreto era escasa, por lo que no podía sacar conclusiones. Y añadí que era ella quien necesitaba hacer deporte, y que la natación era el ejercicio recomendado para las gestantes.

—La natación es el ejercicio recomendado para todo.

—Correcto.

—¿Por qué no lo practicas, entonces? —me preguntó.

—No me gustan las aglomeraciones de la piscina. Me molesta que me entre agua en los ojos. Y sumergir la cabeza.

—¿Lo ves? Puedes empatizar. No te haré nadar si tú no me haces nadar a mí. Mira, quizá ahí tengamos una buena regla general.

Empecé el Ejercicio de Empatía Phil mientras iba a Columbia haciendo *jogging*. Me puse en su lugar, una práctica también recomendada por Atticus Finch en *Matar a un ruiseñor*. Era una situación terrible, pero no conseguí lo que Gene quería. Había llegado a la firme conclusión de que tardaría meses en realizar aquel ejercicio, y que quizá requeriría la intervención de un hipnotizador o un barman, cuando mi

subconsciente entró en acción.

Esa noche me despertó la Peor Pesadilla del Mundo. Yo dirigía una nave espacial y tecleaba instrucciones en el cuadro de mandos. Rosie estaba en una cápsula de reconocimiento que se alejaba de la nave nodriza, y no podía hacerla regresar. El teclado era sensible al tacto, y mis dedos se equivocaban una y otra vez. Mi frustración se convirtió en enfado: era incapaz de actuar.

Desperté jadeando y alargué un brazo enseguida. Rosie seguía allí. Me pregunté si Phil tenía sueños parecidos, y si se despertaba en plena noche para descubrir que el mundo era exactamente tal como lo había recreado en su pesadilla.

Nuestro primer aniversario de bodas era el 11 de agosto. Este año caía en domingo. Gene me había dado instrucciones: reservar en un restaurante de lujo, comprar flores y adquirir un regalo del material que marcara el año ordinal del aniversario.

—¿Sugieres que compre un objeto todos los años? ¿Durante todo lo que dure el matrimonio?

—Puede que ambos aspectos estén relacionados.

—¿Tú lo hacías con Claudia?

—Tienes la oportunidad de aprender de mis errores.

—Rosie coincide conmigo en que no necesitamos cantidades inmensas de trastos.

—Claudia decía lo mismo. Te sugiero que no le hagas caso y le compres algo de papel.

—¿Puede ser consumible? ¿Desechable?

—Siempre y cuando sea de papel, como marca el primer aniversario. Y que demuestre que te lo has pensado. Tal vez quieras consultármelo antes. Sí, antes de comprar nada, mejor consúltalo primero conmigo.

Empecé a hacer planes siguiendo las instrucciones de Gene, pero todo lo desbarató un sobre que encontré en el suelo de mi baño-despacho el sábado por la mañana, el día previo al aniversario. Yo tenía la puerta cerrada, pues trabajaba en el dibujo de Bud de la Semana 12; Gene o Rosie lo habrían deslizado por debajo de la puerta, probablemente para no arriesgarse a interrumpir una posible función corporal. Combinar el cuarto de baño y el despacho tenía claras ventajas.

Era una invitación, identificable por la palabra «invitación» que había escrita en la parte anterior del sobre. Dentro había un cuaderno pequeño y fino de tapas rojas. En la primera página, Rosie había escrito:

Don:

Quiero sorprenderte al máximo sin exceder los límites de tu tolerancia. Pasa todas las páginas que necesites para tranquilizarte. Cuantas menos, mejor.

Te quiero,

Estaba claro que la familia Jarman había decidido comunicarse conmigo epistolarmente. Pasé la página.

Nuestro aniversario de boda es mañana. Déjalo en mis manos.

Yo había reservado mesa en un restaurante, y ahora tendría que cancelarla. Ya estaba sorprendido y alterado por una iniciativa que, precisamente, pretendía protegerme de esos efectos.

Iba a pasar a la página siguiente cuando Gene llamó a la puerta.

—¿Estás bien, Don?

Abrí y le expliqué la situación.

—Como hombre íntegro que eres, no puedes leerlo todo y luego fingir que no lo has leído.

—Mi intención es minimizar el estrés y luego hablar con Rosie.

—Error. Acepta el desafío. Rosie no hará nada que te lastime. Sólo quiere sorprenderte. Y disfrutar de la sorpresa. Tú también disfrutarás... al menos si te sueltas un poco. —Gene me arrebató el cuaderno—. Ahora ya no te queda más remedio.

Cancelé la reserva en el restaurante y me preparé mentalmente para lo inesperado.

Lo inesperado empezó a las 15.32 horas del domingo. Sonó el timbre. Eran Isaac y Judy Esler, a los que no veía desde el Incidente del Atún Rojo. Iban al Metropolitan, a la exposición «En busca del Unicornio», y me preguntaron si quería acompañarlos.

—Ve tú —sugirió Rosie—. Yo quedo con Judy todas las semanas. Puedo aprovechar el tiempo para trabajar en mi tesis.

Fuimos en metro a la exposición, que era moderadamente interesante, pero se hizo evidente que el principal motivo de la visita era verificar que nuestra amistad seguía operativa después del Incidente del Atún Rojo. Fue Judy quien se encargó de sacar el tema.

—Lo de Lydia me parece increíble. No ha vuelto al club de lectura, y eso que ya nos hemos reunido tres veces. Lo siento muchísimo, Don.

—Las disculpas son innecesarias. No hiciste nada malo, y yo pequé de insensibilidad en mis preferencias culinarias. Rosie también protestaría si me oyese pedir atún rojo.

Creí prudente no revelar que había visto a Lydia en una evaluación profesional. Había otro asunto mucho más importante.

—¿Has informado a Rosie de la opinión que Lydia tiene de mí? —le pregunté.

—Le conté lo que había dicho Lydia. Y que Isaac la puso en su sitio.

—De hecho, fue Seymour —aclaró Isaac.

—Estoy segura de que fuiste tú —insistió Judy—. Pero no importa. Lydia también tiene lo suyo. Creí que ella y Seymour harían buena pareja. Él es infeliz si no está con alguien que lo necesita, y si se hubieran entendido, ella habría tenido un terapeuta particular. No os extrañará si os digo que buena falta le hace.

Judy no había respondido a mi pregunta, o al menos no me había dado la información que le solicitaba.

—¿Le mencionaste a Rosie lo que Lydia dijo de mis aptitudes como padre?

—No recuerdo que Lydia dijese nada de eso. ¿Qué dijo?

Me detuve justo a tiempo.

—Estos cuadros son muy interesantes.

Judy no notó el cambio de tema. Estaba claro que mis habilidades sociales estaban mejorando.

Volví a casa a las 18.43 horas, tras haber adquirido de camino una rosa roja de excelente clase (muestra de un año de matrimonio). Al abrir la puerta, pensé que quizá Rosie había organizado lo de los Esler para montar la «sorpresa». No me equivocaba, y se cumplieron mis peores temores: Rosie estaba en la cocina.

Cocinaba o, al menos, preparaba algo... o intentaba preparar algo, para ser exactos. En nuestra primera cita, Rosie me confesó: «Yo no cocino ni aunque me maten», y nada me había demostrado lo contrario. Las vieiras de la noche del Incidente del Zumo de Naranja, cuando yo no estaba disponible debido a mi crisis y después al sexo, eran su desastre culinario más reciente.

Mientras me dirigía a la cocina para aconsejarla y ayudarla, Gene salió de su habitación y me empujó de vuelta al rellano, cerrando la puerta tras nosotros.

—Estabas a punto de ayudar a Rosie en la cocina, ¿verdad?

—Correcto.

—¿Y habrías empezado diciendo: «¿Te ayudo en algo, cariño?»?

Reflexioné unos instantes. En realidad, habría evaluado la situación y decidido qué había que hacer. Como haría una persona cualificada que llega al lugar de un accidente.

Gene se adelantó, impidiéndome formular una respuesta.

—Antes de actuar, piensa qué es más importante: la calidad de una comida o la calidad de tu relación. Si la respuesta es la segunda, estás a punto de disfrutar de una de las mejores cenas de tu vida, y preparada sin tu ayuda.

Naturalmente, mi atención se había centrado en la comida. Pero comprendí la lógica de su argumento.

—Bien hecho, lo de la rosa —añadió Gene.

Entramos de nuevo.

—¿Estáis bien? —preguntó Rosie.

—Por supuesto —respondí, y le di la rosa sin más comentarios.

—Don llevaba mierda de perro en el zapato. He salvado la alfombra —dijo Gene.

Rosie me indicó que me vistiera de manera formal, lo que significaba ponerme mi camisa con cuello almidonado y la chaqueta de no ir de excursión. También los zapatos de piel.

—¡He supuesto que cenábamos en casa! —grité desde el dormitorio.

Gene volvió a entrar.

—Me voy. Vístete como si fueras a un sitio donde exigen etiqueta. Haz lo que se te diga. Expresa una alegría ilimitada por todo. Recogerás los frutos durante décadas.

Localicé mi ropa formal.

—¡Sal al balcón! —gritó Rosie.

Me había refugiado en el despacho, donde minimizaba las posibilidades de dañar nuestra relación. Tras analizarlo fríamente, deduje que lo peor que podía pasar era el envenenamiento y la resultante muerte lenta y dolorosa para ambos. Volví a empezar. Estadísticamente, el resultado más probable era una comida de sabor desagradable. Y de esas había probado un montón; muchas, lo admito, como consecuencia de mis errores. Incluso había servido esos errores a Rosie. Pero continuaba sintiendo una tensión irracional.

Eran las 19.50 horas. Rosie había sacado al balcón una mesita (parte del excedente de mobiliario que ocupaba su estudio) y la había dispuesto como en un restaurante, con servicio para dos. Calculé una temperatura de veintidós grados Celsius. Había mucha luz todavía. Me senté.

Entonces apareció Rosie. Me quedé asombrado. Llevaba el increíble vestido blanco que sólo se había puesto una vez, el día de nuestra boda. A diferencia del estereotípico vestido de novia, era, por usar un término técnico, elegante, tan elegante cual algoritmo informático que consigue un resultado impresionante con un código de apenas unas líneas. La eliminación del velo que había llevado doce meses antes realizaba la impresión de simplicidad.

—Dijiste que nunca volverías a ponértelo.

—En casa llevo lo que quiero —contestó, en directa contradicción con las instrucciones que me había dado respecto a mi ropa—. Me viene un poco estrecho.

Eso era cierto, sobre todo en la región... superior. El efecto era espectacular. Tardé un poco en ver que también llevaba dos copas en las manos. En realidad, no me di cuenta hasta que me ofreció una.

—Sí, la mía también tiene champán. Beberé sólo un poco, pero podría tomarme toda la copa y prácticamente no habría riesgo alguno para el bebé. Henderson, Gray y

Brocklehurst, 2007. —Sonrió y alzó su copa—. Feliz aniversario, Don. Así es como empezamos, ¿te acuerdas?

Tuve que esforzarme. Nuestra relación se había fraguado fundamentalmente en la primera visita que hicimos juntos a Nueva York, pero no habíamos cenado en ninguna terraza... ¡Por supuesto! Se refería a la Cena del Balcón en mi apartamento de Melbourne, nuestra primera cita. Reproducirla era una idea brillante. Aunque esperaba que no hubiese intentado preparar la ensalada de langosta. Era esencial freír los puerros en su punto o se amargaban. Me contuve. Levanté la copa y dije lo primero que se me ocurrió.

—Por la mujer más perfecta del mundo.

Fue una suerte que mi padre no estuviera presente. «Perfecta» es un absoluto inmodificable, como «única» o «embarazada». Mi amor por Rosie era tan potente que mi cerebro había cometido un error de coherencia semántica.

Bebimos champán y contemplamos la puesta de sol sobre el río Hudson. Rosie trajo rodajas de tomate con *mozzarella* de búfala, aceite de oliva y albahaca. Tenían el sabor exacto. Quizá mejor. Fui muy consciente de mi sonrisa.

—Es difícil cagarla cuando sólo tienes que amontonar rodajas de tomate y queso. No te preocupes, no he preparado nada complicado. Quiero sentarme aquí fuera contigo, mirar las luces y conversar.

—¿Algo en concreto de lo que quieras hablar?

—Algo hay, pero ya llegaremos a eso. Estaría bien sólo charlar. Voy a traer el siguiente plato. ¡Y prohibido poner objeciones!

Rosie volvió con un plato lleno de rodajas finas de algo con hierbas espolvoreadas. Lo miré con más detenimiento. ¡Atún! *Sashimi* de atún. ¡Atún crudo! El pescado crudo era una de las sustancias prohibidas de la lista. Sin embargo, no puse objeciones. Unos segundos de reflexión me hicieron entender que Rosie, en un acto desinteresado, me había preparado mi plato favorito aunque no pudiese compartirlo conmigo.

Iba a expresarle mi agradecimiento cuando vi que había traído dos pares de palillos. Noté cómo mi cerebro empezaba a imprimir una lista de objeciones.

—Ya te he dicho que nada de peros. ¿Sabes cuál es el problema del pescado crudo? Que puede sentarme mal, como dijiste. Pero eso podría haber pasado siempre, embarazada o no, y nunca ha sido el caso. De todos modos, no afectaría directamente al feto, como sucede con la toxoplasmosis o la listeria. El mercurio es un riesgo, pero no en estas cantidades ínfimas. Por otra parte, el atún es una buena fuente de ácidos grasos omega-3, que se correlacionan con un coeficiente intelectual más elevado. Hibbeln *et al*, «Consumo de pescado en embarazadas y neurodesarrollo en la infancia», *The Lancet*, 2007. Y es atún rojo. Además, unos pocos gramos una vez en la vida no dañarán excesivamente el planeta.

Sonrió, cogió una rodaja de atún con los palillos y la introdujo en la salsa de soja. Yo estaba en lo cierto. Me había casado con la mujer «más perfecta» del mundo.

La predicción de Rosie de que charlaríamos de forma agradable fue correcta. Hablamos de Gene, Claudia, Carl y Eugenie, de Inge, de Dave y Sonia, y de lo que haríamos cuando terminase nuestro pseudoalquiler. George había prometido avisarme con tres meses de antelación. No llegamos a ninguna conclusión, pero comprendí que Rosie y yo no habíamos programado tiempo suficiente para hablar desde nuestra llegada a Nueva York, y que estábamos muy ocupados con el trabajo. Ninguno de los dos mencionó el tema del embarazo, en mi caso porque había sido el detonante de un conflicto reciente. Las razones de Rosie quizá fuesen de la misma índole.

De vez en cuando, Rosie iba a la cocina y volvía con más comida, siempre elaborada de forma competente. Ingerimos pastel de cangrejo frito y luego el plato principal, que Rosie sacó del horno.

—Lubina estriada en papillote, que es como decir «en papel», ya que este es nuestro aniversario de papel.

—Increíble. Has resuelto el problema del regalo y el resultado es fungible.

—Sé que odias los trastos. Así que lo guardaremos sólo en el recuerdo.

Rosie esperó mientras lo probaba.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Delicioso. —Era cierto.

—Y esto me lleva a lo único de lo que quería hablar, que no es nada trascendental: puedo cocinar. No voy a hacerlo todas las noches, y está claro que tú cocinas mejor que yo, pero puedo seguir una receta si tengo que hacerlo. Y si alguna vez la fastidio, tampoco pasa nada. Me encanta todo lo que haces por mí, pero también quiero que sepas que no soy una inútil incompetente en cuestiones culinarias. Eso es muy importante para mí.

Rosie tomó un sorbo de mi vino y continuó con su discurso.

—Sé que yo también actúo igual. ¿Recuerdas la noche en que te dejé solo en la coctelería y me preocupaba cómo ibas a apañártelas sin mí? Y todo fue bien, ¿verdad?

Probablemente, disimulé con excesiva lentitud.

—¿Qué ocurrió?

No había motivos para que ahora, después de siete semanas, le ocultase la historia de la Mujer Escandalosa y la consecuente pérdida de nuestros empleos. Se lo conté, y nos reímos. Fue un alivio inmenso.

—Sabía que pasaba algo, que me ocultabas alguna historia. No quiero que te preocupe lo de contarme cosas.

Era un momento importante. ¿Debía confesarle el Incidente del Parque Infantil y el problema con Lydia? Esa noche Rosie estaba relajada y lo aceptaría bien, pero

quizá al día siguiente empezara a preocuparse y el estrés reemplazase el buen humor. La amenaza de acciones penales seguía presente.

Aproveché la oportunidad para indagar sobre la mentira de un tercero.

—Cuando Gene ha dicho que yo tenía heces caninas en el zapato, ¿te lo has creído?

—Claro que no. Te ha arrastrado fuera para decirte que no te metieses en la cocina. O para darte la flor que me has regalado, ¿verdad?

—Lo primero. Adquirí la flor de forma independiente.

Si yo hubiese estado en el lugar de Rosie, Gene me habría engañado, pero no me sorprendió que ella hubiese detectado la mentira.

—¿Crees que Gene sabe que no ha conseguido engañarte?

—Creo que sí. Os conozco de sobra a los dos.

—Entonces, ¿por qué se molesta en inventar una mentira que nadie creerá y que no influye en los sentimientos de nadie?

—Para ser amable. Y supongo que le agradezco el esfuerzo.

Protocolos sociales. Insondables protocolos sociales.

Ahora me tocaba a mí darle la sorpresa. Entré en el piso. Gene había vuelto y se servía el excedente de champán que quedaba en la nevera.

Volví al balcón y me saqué del bolsillo el anillo de la madre de Rosie. La tomé de la mano y se lo puse en el dedo, como había hecho con otro anillo ese mismo día, un año atrás. Siguiendo la tradición, lo ubiqué en el mismo anular: la teoría dice que el anillo de eternidad impide simbólicamente la extracción del anillo de casado. Lo que cuadraba con las intenciones de Phil.

Rosie tardó unos segundos en reconocer el anillo y rompió a llorar, y entonces apareció Gene y nos tiró confeti con una mano mientras nos hacía múltiples fotografías con la otra.

Habíamos programado una cena comunitaria para la noche del martes. Se lo recordé a Rosie por la mañana, pues sospechaba que su mala memoria para las citas se habría exacerbado con el embarazo.

—No olvides que hoy tengo hora para la ecografía —me dijo.

Los problemas se acumulaban. Había hecho una lista de ocho fundamentales:

1. El Problema de la Reubicación de Gene. Evidentemente, Gene tenía que participar en esa discusión.
2. La Lista de Sustancias Prohibidas. La había dejado en el escritorio de Rosie, pero ella no me había dado aún su aprobación formal.
3. El problema de Rosie y su abandono temporal de la carrera de Medicina. Necesitaba resolverse lo antes posible por una cuestión de planificación.
4. Una rutina de ejercicios para Rosie, pendiente desde el fracaso del programa de natación.
5. La tesis de Rosie, cuyo retraso amenazaba con interferir en otras actividades.
6. El Problema del Matrimonio de Gene y Claudia. Yo no había progresado, y necesitaba la ayuda de Rosie.
7. El Tema de Carl y Gene. Gene tenía que hablar con Carl.
8. Acción directa contra el estrés de Rosie. El yoga y la meditación están ampliamente reconocidos como técnicas de relajación.

El mero hecho de hacer la lista ya me proporcionó una sensación de progreso considerable. Imprimí dos copias para Gene y Rosie, y se las di cuando se sentaron a cenar: gambas sostenibles y pescado bajo en mercurio a la plancha, acompañados de una ensalada en la que destacaba la ausencia de brotes de alfalfa.

La reacción de Rosie no fue positiva.

—Joder, Don. Me quedan dos semanas para terminar la tesis. Esto ya es lo último que me faltaba.

Siguió un silencio que duró aproximadamente veinte segundos.

—Por lo que leo en la lista, parece que he contribuido al punto ocho —comentó Gene—. He estado tan ocupado con las dificultades del joven Carl que te he desatendido. No sabía que estabas tan presionada por la tesis.

—¿Qué crees que hacía todo este tiempo en mi estudio? ¿No te lo ha dicho Don?

Las palabras eran agresivas, pero también reconocí un tono conciliador.

—No, la verdad es que no. Parece que tú y Don tenéis mucho de qué hablar; la interrupción de los estudios, el ejercicio y las sustancias prohibidas... Me pillaré una hamburguesa y mañana buscaré otro sitio donde vivir.

Rosie había logrado su objetivo, pero inexplicablemente lo rechazó.

—No, no, lo siento. Cena con nosotros. Hablaremos de la comida y el ejercicio en otro momento.

—Tenemos que hablarlo ahora —apunté yo.

—Puede esperar. Háblanos de Carl, Gene.

—Me culpa de la separación.

—¿Y si pudieras volver atrás? —preguntó Rosie.

—No cambiaría el pasado por Claudia, pero si hubiese sabido cómo iba a afectar a Carl...

—Por desgracia, el pasado no se puede modificar —apunté de inmediato, con el objetivo de reconducir la conversación a las soluciones prácticas.

—Reconocer que lo lamentas quizá ayude —propuso Rosie.

—Creo que a Carl no le bastará con eso —dijo Gene.

Al menos habíamos tratado, si bien no resuelto, un problema de la lista. Lo taché ostensiblemente de ambas copias.

Pero no avanzamos con el temario. Rosie sacó un gran sobre del bolso y se lo tendió a Gene.

—Mira qué he hecho esta tarde.

Gene sacó un papel del sobre y me lo dio de inmediato. Era una ecografía, probablemente de Bud. Para el ojo profano, resultaba indistinguible de las ilustraciones de El Libro, con las que tan familiarizado estaba. Era menos nítida que mi boceto, que ya había añadido a la Semana 12, cinco días antes. Se la devolví a Rosie.

—Supongo que ya la habías visto —me dijo Gene.

—No. No la había visto —respondió Rosie. Luego me preguntó—: ¿Dónde estabas hoy a las dos de la tarde?

—En mi despacho, revisando un protocolo de investigación para Simon Lefebvre. ¿Ocurre algo?

—¿Te has olvidado de la ecografía?

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué no has venido?

—¿Yo también tenía que asistir?

Habría sido interesante, pero no comprendía qué función habría desempeñado allí. Nunca había acompañado a Rosie al médico, ni ella a mí. De hecho, se había visitado por primera vez con su doctora la semana anterior, y supongo que fue entonces cuando la informaron del desarrollo del embarazo. De tener que asistir yo a alguna visita, sin duda aquella era la más relevante, pues así nos asegurábamos de recibir la misma información. Sin embargo, no se me había invitado. La ecografía es un procedimiento en el que participan técnicos y tecnología, y era consciente, por experiencia, de que a los profesionales les gusta trabajar sin la presencia de espectadores que los distraigan con preguntas.

Rosie asintió despacio.

—Te llamé, pero tu móvil estaba apagado. Creí que habías tenido un accidente o algo así, pero luego recordé que sólo te había mencionado la hora y el sitio dos veces, y que no añadí «Utiliza esta información para llegar hasta la consulta».

Fue generoso por parte de Rosie responsabilizarse del malentendido.

—¿Han visto alguna malformación? —pregunté.

A las casi trece semanas, la ecografía podía captar defectos del tubo neural. Había dado por supuesto que, siguiendo los protocolos normales, de haberse detectado algún problema, Rosie me habría informado, como me informaría si perdía el móvil en el metro. El Libro insinuaba que las anomalías eran estadísticamente poco probables. En cualquier caso, nada podía hacer yo hasta que se identificara un problema.

—No, no hay malformaciones. ¿Y si las hubiese?

—Dependería de la naturaleza de la malformación, evidentemente.

—Evidentemente.

—Buenas noticias, entonces —intervino Gene—. Algunos nos anticipamos a todo lo que puede pasar, y otros sólo se preocupan cuando hay motivo.

—Otra cosa. Se me había olvidado decírtelo. Tengo grupo de estudio mañana por la noche. Aquí.

—El semestre no ha empezado —objeté—. Necesitas centrarte en la tesis.

—La tesis va mal. Dentro de diez días no estará terminada.

—No pasa nada. Solicitaré una prórroga —dijo Gene.

Rosie negó con la cabeza.

—Estamos en Columbia. Tienen reglas.

—Para mortales ordinarios. Relájate.

Rosie no parecía relajada.

—He hablado con alguien de Administración. No ha sido lo que se dice amable.

Gene sonrió.

—Y yo lo comenté con Borenstein. Mientras esté lista en tercero, cuando empieces las prácticas, no hay problema.

La reunión del grupo de estudio supondría una grave alteración de mi programa, pero Rosie estaba sobrecargada. Tenía que apoyarla en ese momento tan complejo para ambos, como recomendaba El Libro.

—Aumentaré las proporciones de la cena. ¿Cuántos comensales?

—No te preocupes. Pediremos unas *pizzas*. Por una noche no pasa nada.

—No me preocupo. Puedo preparar sin la menor dificultad una cena inmensamente superior.

—A lo mejor podríais celebrar mañana vuestra Noche de los Chicos.

—Esa alteración del programa es más grave que multiplicar la cena.

—Es que... tú eres profesor, y es la primera vez que vienen aquí. No te conocen.

—Evidentemente, tiene que haber una primera vez. Así podré conocerlos a todos

al mismo tiempo.

—Son desconocidos. A ti no te gusta conocer a desconocidos.

—Son estudiantes de Medicina. Casi científicos. Seudocientíficos. Puedo mantener discusiones fascinantes con ellos.

—Que es por lo que prefiero que no estés. Por favor.

—¿Crees que mi presencia les resultaría molesta?

—Supongo que quiero mi propio espacio.

—No pasa nada, yo me encargo de Don —dijo Gene.

Rosie sonrió.

—Siento la precipitación. Gracias por comprenderlo. —Se dirigía a Gene.

La noche siguiente, George llamó cuando Gene y yo nos disponíamos a salir.

—Don, ¿queréis subir? Podemos pedir unas *pizzas*. Quiero decirle unas cuantas cosas a Gene *el Genio*.

Llamé a Dave. Si George pagaba y podíamos ver el partido de béisbol, la ubicación era irrelevante.

En la séptima entrada, George se volvió hacia Gene.

—He estado pensando en lo que dijiste de la genética. De hecho, he pensado bastante en ello. Sigue sin explicar por qué uno de mis hijos es drogadicto y los otros dos, no.

—Dos palabras: «genes distintos». No es posible asegurarlo, pero probablemente recibió una sobredosis de genes que le dicen a su cuerpo que siga haciendo lo que le hace sentir bien. Algo aceptable en un entorno sin productos farmacéuticos.

George se recostó, y Gene continuó:

—Todos nosotros estamos programados, genéticamente programados, para repetir lo que nos funciona y evitar aquello que no nos funciona.

—Ayahuasca —aclaró George—. La probé una vez, y nunca más.

—La mayor parte del tiempo, lo que hacemos nos funciona. De lo que se deriva un principio con el que coincidirán casi todos los psicólogos, pero que proviene de la genética: «La gente se repite».

Planteé la pregunta obvia:

—¿Y cómo saben qué hacer la primera vez?

—Copian a sus padres. En el entorno ancestral, por definición, triunfaron. Consiguieron reproducirse. Si quieres comprender la conducta individual humana, las palabras mágicas son «repetir patrones de conducta».

—Y que lo digas —afirmó George—. Soy batería. Repito patrones. Mismas canciones, mismo barco, mismo trayecto...

—¿Por qué sigues? —pregunté.

—Buena pregunta —dijo George—. Cuando compré este piso, pensé que si me mudaba aquí encontraría algún garito donde actuar en solitario un día a la semana.

También toco un poco la guitarra. Volvería a escribir mis temas. Cada año me prometo que lo haré, y cada año vuelvo al maldito barco. —Dejó su vaso de cerveza—. ¿Quieren pasar al vino, caballeros? He comprado una caja de Chianti.

George cogió una botella de Sassicaia 2000, que técnicamente no es un Chianti, pero sí de la misma región.

—Joder —dijo Gene—. Demasiado bueno para la *pizza*.

—La mejor *pizza* del mundo —aclaré, y todos rieron. No fue muy importante, pero fue un buen momento y lamenté que Rosie no estuviera allí para disfrutarlo también.

George buscó un sacacorchos, sin éxito. La solución era simple.

—Esperad. Traeré el mío.

Mi extractor de corcho, seleccionado tras un considerable proyecto de investigación, sería igual o superior a cualquiera de los que pudiese tener George.

Bajé y abrí la puerta del piso, esperando encontrarlo lleno de estudiantes de Medicina. La sala estaba vacía. Rosie dormía en nuestra habitación. Tenía la luz encendida y una novela abierta en la cama. En el suelo había sólo una caja de *pizza* individual. El recibo estaba pegado a la tapa: «ESPECIAL DE CARNE: 14,50 \$».

—¿Te ocurre algo? —le pregunté a Rosie la mañana siguiente.

—Iba a preguntarte lo mismo. Te has pasado una hora en el baño.

Copiar la ecografía de Bud en el Azulejo 13 había sido más difícil que reproducir un diagrama de Internet. Pero usar la imagen real era lo más lógico. Rosie tenía razón: habría sido interesante ver el escáner en movimiento.

—Oh, no es nada. Mantenimiento de azulejos.

También había estado analizando el Incidente de la *Pizza* de Carne. Veía cinco posibilidades:

1. El grupo de estudio de Rosie se había comido la *pizza*. Aunque eso no explicaba qué hacía la caja en el dormitorio.
2. Rosie tenía una aventura con un carnívoro. Eso explicaba la ubicación de la caja, pero lo lógico es que hubiesen ocultado las pruebas.
3. La etiqueta de la caja estaba equivocada, y en realidad contenía una *pizza* vegetariana.
4. Habían entregado la *pizza* por error. Rosie había apartado la carne y se había comido el resto. La teoría era creíble, pero no había encontrado restos de carne en la basura.
5. Rosie había incumplido su práctica de no ingerir carne. Parecía muy improbable, pero había un precedente: había ingerido una pequeña cantidad de mi filete y del de Gene.

¡Increíble! La opción más improbable era la correcta. El grupo de estudio no tenía concertada reunión alguna. Rosie había necesitado su «propio espacio». Me había mentido, en lugar de decírmelo directamente. Y además había pedido una *pizza* de carne.

No podía culparla por mentir. Yo le ocultaba algo mucho más grave, el asunto de Lydia, y por razones muy similares: para evitarle preocupaciones y protegerla, como también a Bud, de los efectos nocivos del exceso de cortisol. Para evitar ofenderme, Rosie no había dicho que prefería librarse de mi presencia en la casa. Yo podría haberle presentado numerosas alternativas, y lo habría hecho. Quizá Rosie había preferido mentir en lugar de escucharlas.

Al parecer, Gene estaba en lo cierto. La falsedad era parte del precio de ser un animal social, y del matrimonio en particular. Me pregunté si Rosie me ocultaba más información.

La infracción vegetariana era mucho más interesante.

—Me apetecía comer carne. Pero les dije que no pusieran salami.

—Sospecho que padeces un déficit de proteínas o hierro.

—No fue un antojo. Lo decidí sin más. Estoy harta de me digan lo que tengo que hacer. ¿Sabes por qué no como carne?

El pescetarianismo sostenible había sido una de las condiciones iniciales del Paquete Rosie, de la que yo estaba al corriente desde el día en que nos conocimos. Había aceptado el paquete al completo, en contradicción directa con los preceptos del Proyecto Esposa, que se centraban en la suma de componentes individuales.

—Supongo que por motivos de salud.

—Si me preocupase mi salud, no habría fumado. Iría a la piscina. Y la sostenibilidad sería lo de menos.

—¿No comes carne por razones éticas?

—Intento hacer lo que me parece correcto para el planeta. No impongo mis opiniones a los demás. Os veo a Gene y a ti zampándoos media vaca, y no digo nada. Al menos ahora tengo la excusa de que como por dos.

—Perfectamente razonable. La proteína...

—Que le den a la proteína. Que les den a los que me dicen qué comer y cuándo hacer ejercicio y cómo estudiar y que vaya a yoga, algo que además ya hago con Judy. Y no, no es Bikram yoga; es un tipo de yoga adecuado para el embarazo. Eso ya lo he averiguado yo solita.

Sospeché que «les» era un uso incorrecto del plural. Pero lo consideré preferible a «Que te den», que era, evidentemente, lo que Rosie quería decir.

Le ofrecí una explicación.

—Intento ayudarte en el proceso de desarrollo del bebé. Parecía que te faltaba tiempo para emprender las investigaciones necesarias, debido a tu tesis y a la naturaleza no planeada del embarazo.

Podría haber añadido que tanto Lydia como Sonia, una profesional y una embarazada, me habían dicho que actuase así —algo que, por otro lado, ni se me habría ocurrido sin sus indicaciones—, pero eso implicaba revelar mi engaño más relevante. Mentir me había metido en un lío. No me sorprendía en absoluto.

También podría haber añadido que no le hacía recomendaciones importantes sobre alimentación, ejercicio o estudios desde la Cena de Aniversario, un punto culminante de nuestra relación. ¿Por qué estaba Rosie tan disgustada?

—Ya he captado que intentas ayudar. De veras. Pero dejémoslo claro: mi cuerpo, mi trabajo, mis problemas. No voy a emborracharme, no comeré salami y haré las cosas a mi manera.

Se dirigió a su estudio y me indicó que la siguiera. Extrajo El Libro de su bolso.

—¿Es este el libro que has estado leyendo? —me preguntó.

—Evidentemente. —No me había percatado de su ausencia.

—Pues podrías haberte ahorrado unos dólares y leer mi ejemplar. Es un poco básico para mí. Estoy en ello, Don.

—¿Requieres cero asistencia?

—Tú sigue haciendo tu vida. Ve a trabajar, come vaca, emborráchate con Gene.

Deja de preocuparte. Nosotros estamos bien.

Aquel desenlace tendría que haberme resultado satisfactorio. Se me había eximido de una responsabilidad en un momento en que tenía muchas otras preocupaciones. Pero me había esforzado inmensamente para empatizar con Rosie, y ahora tenía la vaga sensación de que, pese a sus palabras, no era feliz conmigo.

Su solución al tema de la dieta —de hecho, a todos los temas relacionados con el embarazo que yo había considerado proyectos en común— era actuar sola. Al menos tenía una directriz clara de cara a la visita de seguimiento con Lydia.

—Estás esforzándote demasiado —opinó Gene—. ¿Sabes qué dice mi médico de ese libro que has estado leyendo? «Dáselo a alguien a quien odies». Para qué obsesionarse, cuando la diferencia en el resultado final es insignificante, comparada con lo importante.

Era nuestra segunda Noche de los Chicos en los últimos cinco días, fomentada por la proximidad de las instalaciones de George, aptas para ver el béisbol y beber. Rosie no se había opuesto.

—¿Y qué es lo importante? —preguntó George.

—Ya lo he dicho. Los genes son el destino. Chicos, hicisteis vuestra principal contribución cuando proporcionasteis un poco de ADN.

Era evidente que Dave no estaba de acuerdo:

—Todos los libros dicen que los genes son sólo el principio; el cuidado de los progenitores es lo que cuenta.

Gene sonrió.

—Claro que dicen eso. De lo contrario, nadie compraría libros sobre cómo ser padres.

—También lo has dicho tú. Los hijos imitan las conductas de sus padres.

—Sólo con lo que queda, después de que los genes hayan hecho su trabajo —matizó Gene—. Te pondré un ejemplo de un campo en el que soy experto. ¿Tu mujer es de origen italiano?

—Los abuelos. Ella nació aquí.

—Perfecto. Genes italianos, criada en Estados Unidos. Voy a predecir que tiene una personalidad histriónica. Un poco llamativa, extravagante, con algo de actriz. La asusta la presión, se pone histérica con las emergencias.

Dave no dijo nada.

—Pregunta a un psicólogo por los estereotipos culturales, y te dirá que todo es una cuestión de crianza. Cultura —añadió Gene.

—Correcto —confirmé—. La evolución de los rasgos conductuales es mucho más lenta que la formación de grupos geográficos.

—Salvo por la reproducción selectiva. Cierta rasgo se vuelve sexualmente atractivo por razones genéticas o culturales, no importa cuál, y las personas con ese

rasgo se reproducen más. A los hombres italianos les gustan las mujeres histriónicas. Por tanto, el gen histriónico domina. La personalidad de tu mujer estaba programada antes de que ella naciese.

Dave negó con la cabeza.

—Estás muy equivocado. Sonia es contable. Está totalmente equilibrada.

—No creo que pueda hacerlo. No tiene sentido, es todo lo contrario de lo que le dije la primera vez.

La agitación de Sonia iba en aumento a medida que se acercaba la entrevista con Lydia. Al parecer, le resultaba difícil librarse de su propia personalidad.

—Es simple. Tienes que decir que te equivocaste; que no quieres ayuda.

—¿Y se lo creerá?

—Es la verdad. Suponiendo que tú eres Rosie.

—¡No sabes cuánto me gustaría que Dave mostrara algún interés! Después de cinco años intentándolo, ahora es como si él no lo quisiera.

—Posiblemente está muy ocupado trabajando. Consiguiendo apoyo financiero.

—¿Sabes?, en el lecho de muerte nadie desea haber pasado tanto tiempo en la oficina.

Era difícil ver en qué contribuía la afirmación de Sonia al debate. Dave no agonizaba ni trabajaba en una oficina. Recuperé el objeto de la conversación.

—Como causaste el problema la última vez, y ahora estoy más familiarizado con la actitud de Rosie, propongo ser yo quien proporcione a Lydia la información pertinente, y que tú te limites a confirmar su exactitud.

—No quiero ser demasiado pasiva, o ella creerá que me oprimes. Se le ha metido en la cabeza que soy una especie de joven campesina italiana.

Resultaba una conclusión razonable por parte de Lydia, a la vista del primer atuendo y el acento. Hoy Sonia llevaba un traje convencional, pues venía del trabajo. Me pareció poco característico de una estudiante de Medicina.

—Excelente argumento. Seguramente deberías mostrarte como lo haría Rosie, y enfadarte porque intento controlarte.

—¿Rosie se ha enfadado?

Nada más pronunciar la frase, supe que era verdad. No hacía falta ser un experto en lenguaje corporal para comprender que «Que les den a los que me dicen qué comer» era una afirmación agresiva.

—Correcto.

—¿Y ahora estáis bien?

—Por supuesto.

La respuesta era precisa, asumiendo que usaba la palabra «bien» como lo haría para describir una comida o una actuación: «La obra estuvo bien, nada del otro mundo». Estimé que el nivel de satisfacción actual de Rosie conmigo era

exactamente ese: «nada del otro mundo».

—Pondré todo de mi parte, Don. Pero, si hablas con Dave, ¿le harás entender que yo no soy como Rosie? A lo mejor puedes prestarle tu libro si ya no lo necesitas. Me encantaría que llegara a casa temprano y me preparase un *curry* de verduras.

La sesión con Lydia no salió según lo previsto. Iba por el quinto punto de mi detallada lista de ejemplos de Rosie rechazando mi ayuda, cuando Lydia me interrumpió.

—¿Por qué no quieres que Don te aconseje? —le preguntó a Sonia.

—Ningún hombre me dirá qué tengo que hacer con mi propio cuerpo. —Sonia habló con calma, pero luego retorció la cara en lo que supuse que era una expresión de furia y golpeó la mesa con el puño—. *Bastardi!*

Lydia parecía sorprendida. Esperé que la sorpresa se debiese a la actitud de Sonia, y no a su abrupta recuperación del italiano.

—Al parecer, has tenido malas experiencias.

—En mi aldea el patriarcado oprime mucho.

—¿Vienes de una aldea de Italia?

—Sí. *Piccola*.

Sonia quiso dar a entender el tamaño de la aldea manteniendo una separación de unos dos centímetros entre los dedos índice y pulgar.

—¿Tu trabajo en un centro de reproducción asistida y los estudios en Columbia no han modificado tu opinión de los hombres?

—No quiero que Don me diga qué debo comer, ni cuánto ejercicio tengo que hacer, ni cuándo debo acostarme.

—¿Y eso es lo que crees que hace?

—*Certamente*. Y no es lo que quiero.

—Lo entiendo muy bien. —Se volvió hacia mí—: ¿Tú lo entiendes, Don?

—Por supuesto. Rosie no necesita mi ayuda.

No señalé que esa había sido mi postura inicial, hasta que Lydia me había exigido que interfiriese.

—Rosie, la última vez que nos vimos parecías muy decidida sobre lo de querer que Don te prestara cierto apoyo.

—*Vero, ma...* después de experimentarlo, he decidido que no es tan buena idea.

—Te comprendo. Don, apoyar no consiste en decirle a Rosie qué debe hacer. Para ser te sincera, creo que el problema lo tienes tú. En lugar de decirle cómo ser madre, quizá podrías prepararte para ser un buen padre.

¡Por supuesto! El bebé iba a tener dos progenitores, y, sin embargo, yo me había limitado a centrar todas mis energías en optimizar el rendimiento de sólo uno de ellos. Me asombró no haber sido capaz de identificar antes el problema, pero como científico reconocía que los cambios de paradigma sólo resultan obvios en

retrospectiva. Asimismo, me había concentrado en hacer todo lo necesario para evitar que Lydia redactase un informe negativo, partiendo de la premisa de que yo no presentaba problema alguno como futuro padre. En cambio, las críticas recientes de Rosie demostraban que el juicio inicial de Lydia era acertado. Mi respeto por ella se vio incrementado de forma exponencial... es decir, espectacularmente.

Me levanté de un salto.

—¡Brillante! Problema resuelto. Necesito adquirir aptitudes para la paternidad.

Lydia se mostró muy profesional y mantuvo la calma. Se dirigió a Sonia.

—¿Qué te parece? ¿Crees que Don comprende lo que se le pide?

Sonia asintió.

—Soy muy feliz. Soy muy feliz por todo lo que Don me ha enseñado sobre el embarazo porque paso demasiado tiempo estudiando, pero ahora estoy segura de que sólo piensa en ser un *buono* papá.

Lydia cogió el expediente policial que tenía en la mesa y sonrió.

—Bueno, se acabó el tiempo. Ayudaros con la paternidad nunca fue el propósito oficial de estas sesiones, y ese aspecto seguirás trabajándolo en el Curso para Buenos Padres. Ellos me remitirán un informe.

Era el grupo de hombres al que me había derivado en nuestra primera visita para que evaluaran mi propensión a la violencia. El cursillo al que me había apuntado no empezaba hasta al cabo de siete semanas.

Lydia agitó el expediente.

—Pero en lo que respecta a ser padres, si los dos recordáis lo que habéis dicho hoy...

—Excelente —afirmé—. Una sesión sumamente productiva, reservaré la próxima hora disponible.

—Iba a darte el alta... —comentó Sonia.

—Lo he sospechado. Pero lo que ha dicho me ha parecido tan útil...

—Todavía tiene el expediente de la policía. ¿No podríamos... podrías... buscar otra terapeuta?

—Hay un elevado porcentaje de profesionales incompetentes. Y ahora ella ya nos conoce.

—«Nos». A ti y a Rosie, la campesina italiana.

—Eso es indiferente. Su perspicacia ha sido increíble. Ha solucionado el problema.

Pensándolo en retrospectiva, iba bien encaminado cuando empecé a observar a los niños en el parque. Si no me hubiesen interrumpido —y apartado— por un tecnicismo legal, habría adquirido la formación parental requerida, que, según comprendía ahora, era en lo que debía centrarme.

La experiencia reciente me indicaba que no podía pasar por alto el estadio prenatal. Sonia era un ejemplo de mujer insatisfecha con el nivel de compromiso de su pareja en la fase del embarazo. Tras cierta reflexión, concluí que había un mínimo de cuatro áreas de acción y desarrollo de aptitudes que no interferirían en la autonomía de Rosie:

1. Adquisición de experiencia en el trato con niños de corta edad. El Libro afirmaba que los hombres debían desarrollar algunas aptitudes en la gestión del lactante para proporcionar descanso a la pareja. Aunque Rosie había desestimado mi papel como cuidador, El Libro, y Sonia, y también Lydia, mostraban una opinión totalmente opuesta.
2. Adquisición de material y preparación del entorno. Había que proteger al bebé de objetos afilados, sustancias tóxicas, vapores alcohólicos y ensayos de rock.
3. Adquisición de experiencia en observaciones y procedimientos obstétricos. El Libro subrayaba la importancia de las visitas médicas regulares. Rosie era desorganizada en ese campo y confiaba excesivamente en sus conocimientos médicos. También había que considerar una posible emergencia.
4. Tratamiento no invasivo del problema de la nutrición. No confiaba en que Rosie mantuviera una dieta acorde con las directrices. Que hubiese pedido la *pizza* especial de carne sugería que en sus elecciones influían factores ajenos al análisis racional.

El último punto era el más sencillo. Rosie había accedido implícitamente a respetar la Lista de Sustancias Prohibidas. Partiría del supuesto conservador de que los alimentos que Rosie adquiriría fuera de casa carecían de valor nutricional, y diseñaría comidas que incluyeran todos los nutrientes prescritos en las proporciones adecuadas.

Modificaría los detalles del Sistema Estandarizado de Comidas (Versión Embarazo) escogiendo diferentes variedades de pescado y verduras, ocultándole así la estructura subyacente a Rosie. Sería más sencillo, ahora que era carnívora. Además, ya había iniciado el segundo trimestre, y por tanto el riesgo de dañar la integridad de Bud mediante la posible ingesta de toxinas provenientes de comidas no

supervisadas era menor. Habíamos cumplido la parte difícil, con cierto coste para nuestra relación, pero no podía relajarme en lo más mínimo.

Las cosas tenían ahora un aspecto mucho más positivo.

Rosie volvió a la universidad para el semestre de otoño. El sábado por la mañana tenía un seminario y dijo que, ya que iba a Columbia, pasaría el resto del día allí.

Inicié mi jornada en solitario dibujando un Bud del tamaño de una manzana a escala 1:1 en el Azulejo 15. El Libro señalaba que las orejas de Bud se habían desplazado ya del cuello a la cabeza, así como los ojos, que ya se habían ubicado en el centro del rostro. Habría sido fascinante comentarlo con Rosie, pero no estaba presente. Tampoco había olvidado su advertencia sobre lo de facilitar un exceso de comentarios técnicos.

El punto de partida evidente para el proyecto de adquisición de material era el cochecito: todos los bebés lo necesitan, y me consideraba más preparado que Rosie para la selección de artículos mecánicos. Mi bicicleta era el resultado de un proceso de evaluación de tres meses, que había culminado en la selección del modelo básico apropiado más una lista de modificaciones. Esperaba que la experiencia fuese, en su mayor parte, conmutable.

Al final de un día productivo, interrumpido únicamente por la adquisición de alimentos, el almuerzo y las funciones corporales básicas, la investigación por Internet me había brindado un conjunto de requisitos para el cochecito ideal y una preselección de modelos disponibles, ninguno perfecto, pero todos potencialmente viables tras ciertas modificaciones. Tenía la satisfactoria sensación de estar haciendo progresos importantes, pero decidí no contárselo a Rosie. Podría ser otra sorpresa.

Había un segundo artículo del equipamiento más esencial si cabe, al menos en términos de tiempo requerido para su concepción y puesta en práctica. Rosie había identificado el problema del ruido en el piso superior. Sin embargo, yo no la había informado de la naturaleza concreta de mi acuerdo con George, que le permitía el ensayo musical ilimitado, a todas horas.

Recibí la llamada por Skype según el horario previsto, las 19.00 horas del huso horario del este de Estados Unidos y las 09.00 horas del huso horario de Australia oriental.

—¿Qué tiempo hace por allí, Donald? —preguntó mi madre.

—Cambios mínimos desde la última semana. Seguimos en verano. El tiempo es el habitual de finales de agosto.

—¿Qué veo al fondo? ¿Estás en el baño? Puedes llamarme cuando hayas terminado.

—Es mi despacho. Es muy privado.

Rosie estaba en casa, y no quería que me oyese mientras yo preparaba la segunda sorpresa.

—Ya me lo imagino... ¿Cómo te ha ido la semana?

—Bien.

—¿Y tú cómo estás?

—Bien.

—¿Y Rosie?

—Bien.

Si nos hubiésemos comunicado mediante mensajes de texto, podría haberme sustituido por una simple aplicación informática. La Aplicación Bien. Posiblemente sería mucho más eficaz que yo a la hora de intercalar variantes ocasionales como «tirando» y «muy bien». Pero esta noche/mañana se imponía un nuevo elemento en nuestro intercambio periódico de información.

—Tengo que hablar con papá.

—¿Quieres hablar con tu padre? —La calidad de la comunicación era excelente («bien»), pero sin duda mi madre quería confirmar la inusitada petición—. ¿Ocurre algo?

—En absoluto. Sólo tengo un problema técnico.

—Voy a buscarlo. —En lugar de «ir a buscarlo», mi madre gritó—: ¡Jim! ¡Es Donald! Tiene un problema.

Mi padre no pierde el tiempo con formalidades.

—¿Qué problema tienes, Don?

—Necesito una cuna insonorizada.

Aunque los tapones para los oídos eran una solución simple, consideraba que aislar de forma directa la función auditiva de un lactante podía afectar negativamente a su desarrollo.

—Interesante. Supongo que el problema es la respiración.

—Correcto. La comunicación puede resolverse electrónicamente...

—No hace falta que me cuentes cosas que los dos sabemos. Pero no es fácil encontrar un material que aisle el sonido y permita el paso del aire.

—He investigado un poco. En Corea hay un proyecto...

—Corea del Sur, querrás decir.

—Correcto. Han desarrollado un material impermeable al sonido, pero permeable al aire.

—Supongo que estará en Internet. Envíale el enlace a tu madre. Ya me has dado bastante que hacer, por el momento. Voy a buscarla. ¡Adele!

La cara de mi madre apareció delante de la de mi padre.

—¿Qué ocurre?

—Don quiere que lo ayude a diseñar una cuna.

—¿Una cuna? ¿Una cuna para un bebé?

«Cuna para un bebé» sonaba a tautología. Mi padre se lo señaló a mi madre.

—Me da lo mismo —contestó ella—. ¿Es para un amigo, Donald?

—No, no, es para el bebé de Rosie. Nuestro hijo. Requiere protección acústica,

pero necesita respirar.

Mi madre se puso histérica de inmediato: que tendría que habérselo dicho antes; que claro que era relevante; hablamos todos los domingos, por el amor de Dios; que para cuándo lo espera; que tu tía se emocionará; ¿Rosie está bien?; ojalá sea niña... No, no quería decir eso, se me ha escapado, pensaba en Rosie, las niñas son más fáciles; ¿ya sabéis si es niña o niño?; ¿no es increíble lo que pueden hacer hoy en día...? Un sinnúmero de preguntas y observaciones que acabaron ocupando ocho minutos adicionales al tiempo que había programado para hablar con mi padre. Yo tenía ya muy claro que las lágrimas no siempre se correlacionan con la tristeza, y, pese a la decepción de mi madre porque estábamos en Nueva York y no en Melbourne o Shepparton, pareció complacida con la situación.

Me pasé casi dos semanas leyendo *Ginecología y Obstetricia de Dewhurst* (octava edición) y estudiando algunos vídeos disponibles en Internet, antes de decidir que esos materiales necesitaban complementarse con práctica. Era como leer un libro de kárate: útil hasta cierto punto, pero insuficiente para la completa preparación en combate. Por suerte, como miembro de la facultad de Medicina, tenía acceso a hospitales y clínicas.

Pedí hora de visita con David Borenstein.

—Me gustaría atender un parto.

La expresión del decano resultaba difícil de interpretar, pero estaba claro que «entusiasta» no era una de las opciones.

—Don, cuando te contraté esperaba algunas peticiones extrañas. Así que, en lugar de comunicarte todos los motivos prácticos y legales que lo hacen imposible, ¿por qué no me cuentas por qué quieres atender un parto?

Empecé a explicarle que debía prepararme para una emergencia, pero el decano me interrumpió, riendo.

—A ver. Las probabilidades de que tengas que atender personalmente el parto de tu hijo, en Manhattan y sin ayuda, son algo más bajas que las de criarlo de forma competente una vez que haya nacido. Que son del cien por cien. ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto. Aparte, tengo un subproyecto que...

—No me cabe duda. Y ahora que lo dices, eso me recuerda algo. ¿Cómo le va a Inge? ¿Cuánto hace que colabora contigo?

—Once semanas y dos días.

Inge había empezado el día del Incidente del Parque Infantil, que derivó en mi encuentro con Lydia, la contratación de Sonia como actriz y mi obligación de asistir a las reuniones de un grupo de hombres violentos. Fue el día en que empezaron los secretos entre Rosie y yo.

—¿Qué tal lo hace?

—Es sumamente competente. Ha fomentado cambios significativos en la opinión

estándar que yo tenía de los ayudantes de investigación.

—Entonces quizá ha llegado el momento de ofrecerte algo distinto.

—¿Tienes otro proyecto de genética?

—No exactamente. No te traje aquí porque fueras un experto en hígado de ratón, ni siquiera por ser un experto en genética. Te traje porque sé que eres un científico que se preocupa sólo por la ciencia.

—Por supuesto.

—Nada de «por supuesto». El noventa por ciento de los científicos tiene otros objetivos, como demostrar algo en lo que ya creen, conseguir subvenciones o un ascenso, o que su nombre aparezca en un artículo. Las personas que quiero presentarte no son una excepción.

—¿Qué personas?

—El equipo con quien quiero que trabajes. Investigan las hormonas relacionadas con el vínculo afectivo y los diferentes modos de sincronía con madres y padres.

—Tengo cero conocimientos al respecto. Ni siquiera entiendo el título.

Reconocía el término «vínculo» y por supuesto recordé el consejo de Gene de que «echara a correr» en cuanto lo oyera, pero dejé que David continuara.

—Da lo mismo. La pregunta subyacente es: ¿se beneficia un bebé de tener un progenitor de cada género en comparación con tener únicamente uno, o dos mujeres, o dos hombres? ¿Qué opinas sobre eso, Don?

—Sigo teniendo cero conocimientos al respecto. ¿Cómo voy a opinar algo?

—Por ese motivo quiero que representes a la facultad de Medicina en el proyecto. Para asegurar que el diseño de la investigación, y lo que salga de ella, estará tan libre de prejuicios como lo estás tú. —Sonrió—. Y también tendrás la oportunidad de jugar con algunos bebés.

El decano ni siquiera concertó una cita. Nos desplazamos de inmediato al Instituto de Vinculación Afectiva y Desarrollo Infantil de Nueva York, situado a cuatro edificios de su despacho, donde nos recibieron tres mujeres.

—Briony, Brigitte y Belinda: os presento al profesor Don Tillman.

—El Equipo B. —Hice una pequeña broma, aunque ninguno de los cuatro rio.

Fue un indicio alentador de que no tendían al reconocimiento excesivo de patrones, pero las registré mentalmente como B1, B2 y B3. Me habían asignado el proyecto para proporcionarle objetividad, y era importante no fomentar las relaciones personales con el resto del equipo investigador.

—Don es uno de los míos —continuó el decano—. Ferviente católico y apasionado seguidor del Tea Party.

—Espero que sea una broma —respondió B1—. Este proyecto ya ha tenido bastantes...

—Es una broma —confirmó David—. Pero no debería importarte, he dicho que Don es uno de los míos. Su filosofía personal no afectará a su juicio.

—Ambas cosas son inseparables. Pero no lo discutiremos ahora. Si eso es lo que

quieres, podrías habernos enviado un ordenador —intervino de nuevo B1. Al parecer, era la líder del grupo.

—Don no es tan fácil de desconectar como un ordenador. Como creo que descubrirás muy pronto.

—¿Sabes que este es un proyecto formado íntegramente por mujeres? ¿Y que cuenta con una cuantiosa financiación de la Fundación Mujeres que Trabajan para Mujeres?

—«Era» un proyecto sólo de mujeres —matizó el decano—. Don, como podéis ver, cambia el panorama. Creo que la financiación depende de que el Colegio de Médicos y Cirujanos apruebe el diseño y el método de análisis del estudio. Me resulta inimaginable que haya restricciones de género en lo que respecta a nuestro candidato; estoy seguro de que eso se consideraría de lo más inapropiado. Quiero que Don haga todo lo que crea necesario para asegurarse de que el estudio está científicamente blindado. Lo que nos beneficia a todos.

—¿Tiene el certificado para trabajar con niños? —preguntó B1.

—¿No están las madres siempre con ellos?

—Supongo que la respuesta es «no». Necesitará una autorización. Lo que imagino que tardará un poco.

B1 me miró durante aproximadamente siete segundos.

—¿Qué opinas de que dos mujeres críen a un niño?

En un entorno científico como aquel, consideré que aquella pregunta equivalía a preguntar: «¿Qué opinas del potasio?».

—No tengo ningún conocimiento relevante. Es un ámbito ajeno a mi especialidad.

B1 se volvió hacia el decano.

—¿No has considerado que cierto conocimiento de los modelos familiares es relevante?

—Creía que vuestro equipo ya tenía cubierto ese aspecto. He elegido a Don porque puede aportar algo que quizá necesitéis.

—¿Qué? —La pregunta me la dirigió a mí.

—Rigor científico —dije.

—Oooh, claro que lo necesitamos, dado que sólo somos psicólogas... —Volvió a examinarme. Otros siete segundos—. ¿Tienes amigos gais?

Iba a decirle que no, y que ello se debía a que sólo tenía siete amigos, George incluido, más que a los prejuicios hacia una determinada orientación sexual; pero el decano nos interrumpió:

—Os dejo con vuestro trabajo. Organizaré lo del certificado de antecedentes penales de Don. Supongo que no habrá ningún problema.

El Proyecto de las Madres Lesbianas era inmensamente más interesante que la

influencia de los factores genéticos en la predisposición a la cirrosis hepática en ratones, el objeto de mi investigación durante los últimos seis años.

El punto de partida había sido un estudio israelí en el que se observaron diferentes respuestas a progenitores masculinos y femeninos. Los niveles de oxitocina de los lactantes se elevaban con las caricias de la madre, pero no con las del padre, y también lo hacían durante el juego activo con el padre, pero no cuando jugaban con la madre. Muy interesante. Sin embargo, el motivo del proyecto había surgido, al parecer, de un artículo de prensa titulado «La investigación demuestra que los niños necesitan una madre y un padre». En el margen del artículo, alguien había escrito la frase «y una mierda» en rojo. Era un inicio excelente. Los científicos tenían que adoptar una actitud de desconfianza hacia los resultados de cualquier investigación.

La lectura del estudio original, sin embargo, no me indicó que la investigación fuese una mierda. El artículo de prensa ofrecía una interpretación inexacta, como era de esperar, pero su argumento general de que los padres y las madres influyen de forma distinta en el lactante se apoyaba en los resultados publicados.

El estudio original sólo había incluido parejas heterosexuales. El Equipo B estudiaba parejas de lesbianas. Su hipótesis de partida era que la cuidadora secundaria que jugase con el niño provocaría la misma respuesta en los niveles de oxitocina que el padre.

Todo parecía estar clarísimo, y me pregunté por qué el decano se habría molestado en involucrarme. No obstante, observar la investigación en curso me proporcionaría una formación excelente para la paternidad, al menos si me consideraba un equivalente a la segunda cuidadora lesbiana. La misma investigación aclararía si tal identificación era válida.

El único problema era el certificado de antecedentes penales que estaba gestionando el decano. Al riesgo de juicio y deportación podía añadir ahora una tercera consecuencia, el oprobio profesional, sobre todo si el informe de Lydia era adverso.

Supuse que a Rosie no sólo le interesaría el Proyecto de las Madres Lesbianas, sino que además le impresionaría mi adquisición de conocimientos sobre lactantes y paternidad. Tras una semana de intensa familiarización, sumada a las lecturas obstétricas concomitantes, me sentí preparado para hablar al respecto con cierta autoridad.

Pensaba mencionar el tema durante la cena. Rosie dedicaba tanto tiempo a sus estudios de Medicina y a la tesis que las comidas y los trayectos matinales en metro se habían convertido en nuestros únicos momentos juntos, además de la cama, por supuesto.

Gene y yo ya nos habíamos bebido media botella de vino cuando Rosie se sentó con nosotros a la mesa. Llevaba una copa en la mano.

—Lo siento, chicos; tenía que acabar lo que estaba haciendo o habría perdido el hilo. —Se sirvió media copa de vino—. Necesito una hora de humanidad.

—Acabo de iniciar un nuevo proyecto de investigación. Se basa en un artículo de...

—¿Podemos no hablar de genética ahora mismo, Don? Necesito relajarme un poco.

—No es genética. Es psicología.

—¿De qué hablas?

—Ahora formo parte de un equipo de investigación compuesto exclusivamente por psicólogas para proporcionar rigor científico.

—¿Porque las psicólogas no están a la altura? —preguntó Rosie.

Gene hizo una mueca y realizó movimientos negativos, pequeños pero muy rápidos, con la cabeza.

—Correcto —dije yo.

—Estupendo. Creo que debo proporcionarle más rigor a mi trabajo en lugar de perder el tiempo bebiendo vino con mi marido y mi director de tesis.

Se llevó la copa a su estudio.

—Estás invadiendo su territorio, Don. Y sospecho que no es la primera vez —dijo Gene en cuanto Rosie cerró la puerta.

—¿Cómo vamos a tener charlas interesantes si no identificamos ámbitos comunes?

—No lo sé, Don. Pero a Rosie no le gusta que los genetistas les digan a los psicólogos lo que deben hacer. Primer ejemplo, yo. Segundo ejemplo, tú.

Le expliqué que el Proyecto de las Madres Lesbianas me proporcionaría valiosos conocimientos sobre la paternidad y la maternidad.

—Fabuloso. Ahora también podrás decirle cómo ser madre, además de psicóloga. —Levantó las manos en una doble señal de pausa—. Estoy siendo sarcástico. Ya sé que no pretendes decirle cómo ser madre. Si aprendes algo en ese proyecto, estupendo, pero sorpréndela con tus aptitudes en lugar de agobiarla con tus conocimientos.

Gene me recomendó que no volviese a mencionar el tema del Proyecto de las Madres Lesbianas.

El Curso para Buenos Padres tendría lugar el miércoles 9 de octubre en el Upper West Side. Al igual que con la Evaluación de Pedofilia, me sorprendió cuánto se tardaba en dar apoyo a una persona potencialmente peligrosa.

Le dije a Rosie que había organizado una Noche de los Chicos, y, con el objetivo de minimizar el engaño, llamé a Dave y lo invité a participar (Gene estaba cenando con Inge, una vez más).

—Voy muy atrasado con el trabajo —me respondió Dave—. Tengo una montaña de papeles así de alta.

Obviamente me era imposible ver el gesto con que Dave indicaba la altura de la montaña, pero contaba con un argumento convincente para contrarrestarlo.

—Recomiendo que tomes la iniciativa y hagas algo relacionado con la paternidad. Sonia está decepcionada por tu falta de interés. Lo considera el resultado de tu obsesión por el trabajo, que ahora mismo me estás demostrando.

—¿Te ha dicho eso? ¿Cuándo?

—No me acuerdo.

—Don. Tú haces muchas cosas, pero olvidar no es una de ellas.

—Tomamos café.

—No me lo ha dicho.

—Posiblemente porque no le preguntaste. O porque estabas demasiado ocupado trabajando. Nos vemos a las dieciocho y cuarenta y siete en el andén de la estación de la calle Cuarenta y dos, línea A dirección norte, y asistimos juntos. He calculado un trayecto de trece minutos hasta el punto de reunión.

—Muy propio de ti.

La clase se realizaba en una sala adyacente a una iglesia. Además de Dave y un servidor, había otros catorce hombres, el profesor incluido: edad aproximada cincuenta y cinco, IMC de 28, aspecto destacable por la combinación de calvicie frontal con cabello muy largo, además de barba. La noche era cálida, y el profesor vestía una camiseta que dejaba al descubierto una considerable inversión en tatuajes.

Se presentó a la clase como Jack y explicó que había sido miembro de un club de motoristas; también había estado una temporada en la cárcel, y en cierta ocasión había mostrado mala actitud hacia las mujeres. Fue un discurso muy largo, pero estaba claro que omitía información importante. Supuse que pecaba de modestia. Cuando preguntó si había preguntas, levanté la mano.

—¿Cuál es su formación académica?

Se echó a reír.

—La universidad de la vida. La escuela de los palos.

Me habría gustado recibir más información acerca de aquellas disciplinas, pero no quería acaparar el tiempo reservado a las preguntas. Sin embargo, resultó que nadie más preguntó nada, y llegó el turno de las presentaciones. Todos facilitaron únicamente sus nombres. Debido a que los asistentes apenas farfullaban, Jack tuvo que pedirles que repitieran su nombre antes de conseguir localizarlo en la lista. Cuando le tocó a Dave, Jack negó con la cabeza.

—No te han apuntado. Pero no te preocupes, la joden con la lista todo el tiempo. Deletrea tu nombre, despacio.

Dave le facilitó la información.

—Bechler. ¿Yugoslavo?

—Serbocroata, creo. Parientes muy lejanos.

—Tenemos bastantes serbios. Será algo genético. No es que quiera fomentar los estereotipos, pero... ¿Hay más serbios por aquí?

Nadie levantó la mano.

—¿Tu mujer está embarazada?

—Sí.

—¿Quién te ha dicho que vinieras?

Dave me señaló. Jack me miró un momento.

—¿Tú eres su colega?

—Correcto.

—¿Lo has traído porque crees que le conviene?

—Correcto.

—Buena jugada, Don. Si todos cuidásemos de nuestros colegas como Don, habría menos madres en Urgencias y menos bebés muertos a manos de hombres que nunca podrán volver a mirarse al espejo.

Dave pareció más aterrorizado que el hipotético bebé.

—Bien, todos estáis aquí por alguna razón, incluido Dave. Todos le habéis hecho algo a alguien de lo que os arrepentís. Quiero que lo contéis, y quiero saber qué sentís al respecto. ¿Quién será el primero?

Silencio. Jack se volvió hacia Dave:

—Dave, parece que...

Lo interrumpí. Debía evitar que desenmascarasen a Dave como impostor no violento.

—Deseo empezar.

—Bien, Don. Cuéntanos qué has hecho.

—¿Por qué incidente empiezo?

—Parece que en tu caso ha habido unos cuantos...

«Unos cuantos» era una expresión apropiada. Había experimentado tres en mi vida adulta, pero recientemente su frecuencia se había incrementado.

—Correcto. Dos el mes pasado. Provocados por el embarazo.

—Mejor no, Don. Tal vez son demasiado recientes para tratarlos ahora. Retrocede

un poco. Cuéntanos algo del incidente sobre el que has tenido más tiempo para reflexionar. ¿Comprendes lo que te digo?

—Por supuesto. Sugieres que el análisis de acontecimientos recientes puede adolecer de la ausencia de un contexto más amplio y verse enturbiado por las emociones.

—Sí. Exacto. Mejor retrocede más.

—Yo estaba en un restaurante. Criticaron mi atuendo. Se produjo un altercado que fue subiendo de tono, y dos miembros del personal de seguridad intentaron inmovilizarme. Respondí con la fuerza necesaria mínima para neutralizarlos.

Uno de los hombres me interrumpió.

—¿Cascaste a dos gorilas?

—Eres australiano, ¿no? —Eso lo dijo otro alumno—. ¿Cascaste a dos gorilas australianos?

—Correcto y correcto. Los neutralicé en defensa propia.

—Dos tipos se meten con tus trapos y ¡pam! ¡Pam, pam, pam!

El estudiante acompañó los «pam» con la ejecución de varios puñetazos.

—Los «pam» fueron innecesarios. Usé un derribo de bajo impacto seguido de una inmovilización simple.

—¿Judo?

—Aikido. También soy experto en kárate, pero el aikido es más seguro en estas situaciones. También utilicé aikido para defenderme del vecino que me estropeó la ropa...

—¡No os metáis con los trapos de este tipo! —El estudiante rio.

—... y con el agente de policía que intentó esposarme.

—¿Curraste a la pasma? ¿Aquí? ¿En Nueva York? ¿Y dónde estaba el otro poli?

Jack nos interrumpió.

—Supongo que eso tuvo consecuencias para Don. Ganase quien ganase, a ti te arrestaron, ¿verdad?

—Correcto.

—¿Y después?

—Desastre total. Amenaza de acciones penales, deportación, prohibición de ver a mi hijo, restricciones para trabajar con niños, asistencia terapéutica obligatoria... Y la necesidad de engañar a mi esposa, que está estresadísima, lo que tiene consecuencias impredecibles.

—Te daba vergüenza contarle a tu mujer lo que habías hecho, ¿verdad? Y te metiste en más líos.

Asentí. Aunque mi justificación para no contárselo a Rosie era protegerla del estrés, había algo de verdad en la observación de Jack.

Jack se dirigió al grupo.

—Ahora no parece tan listo, ¿no creéis? Nos cabreamos y la jodemos. ¿Por qué? ¿Qué es lo que nos cabrea?

Una vez más, nadie levantó la mano. Sentí empatía hacia Jack. Era la primera clase del semestre con nuevos alumnos. Como profesor que también era, consideré que debía ayudarlo.

—Para entender la ira —empecé—, en primer lugar, es necesario entender la agresividad y su valor evolutivo. —Continué aproximadamente durante un minuto. No había llegado siquiera a explicar la evolución posterior y la interiorización de la ira como emoción, cuando Jack me detuvo.

—Es suficiente por ahora, profesor. —El uso del título formal me pareció alentador. Sin duda, yo era el alumno más destacado y no veía competencia—. Vamos a tomarnos un descanso, y después pediré la participación de los demás. Don, ya te has ganado la medalla y puedes cerrar el pico, joder.

Todos rieron. Yo volvía a ser el payaso de la clase.

La mayoría de los alumnos salieron del aula, y la necesidad de la pausa se hizo evidente: varios de ellos, incluido Jack, eran adictos a la nicotina. Me quedé en el patio, tomándome un café soluble con Dave.

Uno de los alumnos, un hombre de unos veintitrés años e IMC aproximado de 27, más debido al músculo que a la grasa, se nos acercó, tiró el cigarrillo y lo pisoteó con la bota.

—¿Me enseñas unos movimientos? —preguntó.

—Volveremos a entrar en breve —respondí—. El ejercicio nos acalorará, y las consecuencias serán incómodas y desagradables para los demás.

El joven ejecutó algunos movimientos de boxeo.

—Vamos, quiero ver qué puedes hacer. Además de hablar.

No era la primera vez que alguien me desafiaba a que demostrase mi destreza en el campo de las artes marciales. Tampoco necesitaba el consejo de Jack para saber que era imprudente usar como *sparring* a un oponente desconocido, en un entorno mal iluminado y sin protección. Afortunadamente, contaba con una solución estándar. Retrocedí unos pasos para ganar algo de espacio, me quité los zapatos y la camiseta para minimizar el problema de la transpiración, y ejecuté un *kata* que había preparado para el examen de tercer dan de kárate. Dura cuatro minutos y diecinueve segundos. Mis compañeros de curso formaron un círculo a mi alrededor, aplaudieron y emitieron distintos sonidos de apreciación.

Jack se me acercó y se dirigió al grupo.

—Esto es muy bonito, pero nadie es invencible.

Me inmovilizó sin previo aviso con una llave de estrangulamiento. La ejecución mostraba competencia, y sospeché que la había utilizado a menudo con éxito. Supuse que era la primera vez que la aplicaba a un cuarto dan de aikido.

La defensa más segura es la prevención, y me desplacé automáticamente para neutralizar la llave. Sin embargo, cuando ya había iniciado la maniobra, que habría terminado con Jack inmovilizado en el suelo, decidí dejarlo completar su actuación. Él intentaba demostrar algo, y mi maniobra estropearía su lección y lo pondría en

evidencia. Imaginaba que Jack seguiría inmovilizándome unos segundos para demostrar la eficacia de la técnica y que luego me soltaría.

Antes de que pudiera seguir, una voz extraña dijo:

—Basta. Suéltalo. Ya.

La voz era extraña porque se trataba de Dave haciendo su combinación de Marlon Brando-Woody Allen. Jack me soltó, miró a Dave y asintió.

Dave temblaba.

Volvimos a la clase y seguí las instrucciones de Jack acerca de cerrar el pico. Los otros apenas hablaron. El consejo del profesor para controlarse consistía en dos principios, que repitió muchas veces:

1. No emborracharse (ni consumir metanfetaminas).
2. Alejarse.

Aquellos principios no tenían la menor relevancia respecto a mi interacción con la policía, pero sí estaban en clara conexión con el problema de mis crisis, aunque la última vez que había sufrido un episodio, más que alejarme, había huido. ¿Y si alejarse era inviable? ¿Y si estaba en un bote salvavidas después de un naufragio? ¿O en una estación espacial? Necesitaba el consejo de Jack, pero me había dado instrucciones de que guardara silencio. Así que le susurré a Dave:

—Pregunta qué hay que hacer si no puedes alejarte.

—No.

—Es un ejercicio para mejorar tu confianza.

Dave levantó la mano.

—¿Qué hacemos si no podemos alejarnos?

—¿Y por qué no ibas a poder? —preguntó Jack.

Dave se quedó callado. Estaba a punto de ofrecerle mi ayuda cuando dijo:

—A lo mejor tengo un ataque de ira mientras cuido del bebé. No puedo alejarme porque debo atenderlo.

—Dave, si puedes alejarte, aléjate. Es mejor que te apartes del bebé un rato. Pero debes calmarte deprisa. Así que respira, intenta visualizar una escena relajante, habla contigo mismo, repite una palabra o una frase tranquilizadora una y otra vez.

Jack hizo que todos eligiéramos una frase tranquilizadora y que practicásemos lo de repetirla numerosas veces. Dave empezó a susurrar «tranquilo, tranquilo». Me sorprendió que la palabra pudiese tener un efecto paradójico: fue como si alguien intentara bloquearme. El hombre que tenía al otro lado se puso a canturrear algo en un idioma que no logré identificar, pero una de las palabras me despertó una asociación debido a su parecido con «Ramanujan», el nombre del eminente matemático indio. El número Hardy-Ramanujan es el número natural más bajo que puede expresarse como la suma de dos cubos positivos de dos formas distintas. Matemáticas. El inexpugnable mundo de la racionalidad. Cuando Jack pasó a nuestro

lado, yo canturreaba el nombre del número en el mismo tono de mi vecino. La técnica tuvo el efecto requerido; me sentí claramente relajado. La archivé mentalmente para su futuro uso.

Al final de la clase, Jack me pidió que me quedara.

—Quiero saber algo. ¿Podrías haberte librado de la llave?

—Sí.

—Enséñamelo.

Me aplicó la llave, y yo le demostré, sin impacto, tres técnicas para anularla. También le enseñé cómo evitar la aplicación de tales técnicas, y un detalle que la hacía más segura.

—Gracias. Es bueno saberlo. No tendría que haber hecho eso, ya sabes... ahí fuera. Mal ejemplo. Resolver un problema con violencia.

—¿Qué problema?

—Olvidalo. Ningún problema. ¿Alguna vez has pegado a una mujer o un crío?

—No.

—Lo suponía. Dejaste a un poli en ridículo, y te han metido un puro. Ya me han hecho perder el tiempo otra vez, joder. ¿Alguna vez has dado el primer puñetazo en una pelea?

—Sólo en el colegio. He experimentado tres confrontaciones externas, ninguna de las cuales requirió el uso de golpes; salvo en la que me enfrenté a mi suegro, que tuvo lugar en un gimnasio con el material apropiado.

—¡Tu suegro! Joder. ¿Quién ganó?

—No había juez ni árbitro, pero él acabó con la nariz rota.

—Mírame a los ojos y dime que nunca pegarás a una mujer ni a un niño. Nunca. Dave estaba escuchando.

—Será mejor que no te mire a los ojos —sugirió.

—Vamos —insistió Jack.

Miré a Jack directamente a los ojos mientras repetía la promesa.

—Joder, ya sé por qué lo decías, Dave —comentó, pero estaba riendo—. Si apruebo a alguien a la primera y reincide, me meteré en un marrón, pero creo que contigo no corro peligro. Será lo mejor tanto para ti como para mí.

—¿No es necesario que vuelva?

—Te prohíbo que vuelvas. Le diré a la asistente social que estás aprobado.

Se dirigió a Dave:

—A ti no puedo obligarte a que vuelvas, pero creo que deberías planteártelo. Ciertas ideas peligrosas te rondan la cabeza.

Dave y yo nos desviamos a un bar antes de volver a nuestros respectivos hogares, pues regresar de una Noche de los Chicos sin oler a alcohol hubiese despertado sospechas. Dave tampoco le había dicho nada a Sonia del Curso para Buenos Padres.

—No hay ningún motivo para que se lo ocultes.

—Mejor que no lo sepa. Son cosas de hombres.

Sonia sabía lo del Curso para Buenos Padres, pero no podía decírselo a Dave sin revelar su usurpación de la identidad de Rosie.

Cuando llegué a casa, Rosie estaba acostada, pero no dormía.

—¿Qué tal la noche? —me preguntó.

Había solucionado parte del problema derivado del Incidente del Parque Infantil y había adquirido nuevos conocimientos. Dave había mejorado su nivel de confianza al enfrentarse a un conflicto, aunque había necesitado dos hamburguesas para recuperarse del trauma.

Me habría gustado contárselo a Rosie, pero todo remitía a Lydia y al Incidente del Parque Infantil. El potencial estresante de la revelación había disminuido, ciertamente, pero ahora me preocupaba que una explicación completa delatase lo que Lydia opinaba de mi competencia como padre y que eso aumentara las dudas de Rosie.

—Excelente —dije yo—. Sin novedades.

—Lo suponía —dijo Rosie.

La exhibición de artes marciales me había recordado a Carl y sus ataques sorpresa. Una rutina obligada en mis visitas a casa de Gene y Claudia, que inevitablemente terminaba siempre con Carl inmovilizado y daños menores en los objetos decorativos. Ahora existía el riesgo de que la habilidad pugilística de Carl tuviese como objetivo a su padre.

—¿Has hablado ya con Carl? —pregunté a Gene la noche siguiente.

Gene había adquirido oporto, lo que tenía tres ventajas respecto a los ingredientes para cócteles.

1. Había existencias. Ya no quedaban reservas alcohólicas, con excepción de la cerveza de George.
2. Mejora del sabor. Algunos ingredientes para cócteles tienen, sin combinarse, un sabor desagradable.
3. Menor graduación alcohólica que los licores. Había identificado el alcohol como causa probable de mis jaquecas matutinas recurrentes.

—Carl no quiere hablar conmigo. Lo he intentado, créeme. No me perdona que le fuera infiel a su madre.

—Siempre hay un modo.

—Quizá con el tiempo. Pero es mi problema, no el tuyo.

—Incorrecto. Rosie quiere que te vayas, por tanto, tengo que pedirte que te vayas. La mejor solución sería que volvieses con Claudia, pero no puedes hasta que

resueles el problema de Carl.

—Discúlpame ante Rosie. Estoy buscando un lugar donde vivir. Daría cualquier cosa por solucionar la situación con Carl, pero no puedo cambiar el pasado.

—Somos científicos —le recordé—. No deberíamos dejarnos vencer por los problemas. Creo que, si nos lo planteamos seriamente, llegará la solución.

Los protocolos del Proyecto de las Madres Lesbianas eran claros. Y la limitación evidente, la ausencia de un grupo de control de parejas heterosexuales o adultos sin vínculos de parentesco.

—Pero tampoco había parejas del mismo sexo en el estudio original —adujo B2.

B1 me había indicado que me comunicase con el equipo a través de B2, que acababa de terminar el doctorado.

—Ese fue un estudio preliminar —dije.

—Este también lo es. Nos merecemos la misma consideración.

Mi autorización había llegado sin problemas, posiblemente porque el Poli Margarita seguía reteniendo mi expediente a la espera de la evaluación de Lydia, y ahora se me permitía observar los experimentos.

El Equipo B había creado una pequeña sala con sofá y butacas. El protocolo era trivialmente simple: B3, la enfermera, tomaba una muestra de oxitocina del lactante; a continuación, una de las madres lo acariciaba. Luego B3 tomaba otra muestra. Después la madre regresaba y repetía el ejercicio, salvo que esta vez jugaba con el bebé en lugar de acariciarlo. Luego se repetía el experimento con la segunda madre.

—¿Cuáles son los resultados por el momento? —pregunté a B1.

—Tú, antes que nadie, deberías saber que es inapropiado extraer conclusiones a partir de datos preliminares sin procesar. ¿No tienes un ratón que diseccionar? Esta tarde nos visita un grupo de mujeres, y sería conveniente que no te viesen rondando por aquí.

B3 había estado observando.

—¿Te invito a un café? —me dijo.

—Son las tres y trece. La cafeína tiene una vida media...

Se dio media vuelta, pero volvió a interceptarme fuera, delante de la puerta.

—¿Quieres saber qué dicen los datos preliminares? Nos vemos en la cafetería.

Secretos, secretos, secretos. Rosie no sabía por qué había aceptado trabajar en el proyecto. No sabía lo del Incidente del Parque Infantil, ni lo de Lydia, ni lo del Curso para Buenos Padres. Gene había engañado a Claudia durante años. Ahora B3 quería transmitirme datos que B1 no quería facilitarme. Hubo un tiempo en que en mi vida no había secretos. Y mis relaciones, pese a ser escasas, no corrían peligro. Sospechaba que existía una correlación entre lo uno y lo otro.

—Yo tomo las muestras e introduzco en el ordenador todos los resultados —empezó a decir B3—. Hago lo primero porque soy enfermera. Y lo segundo, por lo mismo. Y también voy por los cafés por la misma circunstancia. Pero no hace falta tener un doctorado para ver qué pasa. La oxitocina sube con las caricias, no se mueve con el juego. Con cualquiera de las dos madres. Parece que lo del juego sólo funciona con los padres. Están cambiando el modo de jugar para que se parezca más a las caricias. No cuando tú estás presente, claro. Encontrarán cualquier excusa para

librarse de los primeros resultados.

Volví andando con B3.

—Quizá sea mejor que vuelvas mañana; hoy Briony está un poco tensa.

Briony era B1. En un contexto social, habría captado la sutil indirecta de que mi presencia no era bienvenida. Pero aquello era ciencia. A veces conviene ser inmune a las sutilezas.

Cuando regresé, el equipo recibía a un grupo de trece mujeres. B1 y B2 no me hicieron el menor caso, pero una de las mujeres (edad aproximada sesenta y cinco, IMC de 26) se me acercó directamente.

—¿Eres el hombre que han metido en el estudio para salvar las apariencias? —Se echó a reír.

Usé las palabras de David Borenstein.

—El decano me ha asignado el proyecto para asegurarse de que la investigación no está sesgada por una ideología lesbiana.

Ella volvió a reír. Detecté simpatía.

—¿Y qué has hecho para ganarte el puesto? ¿Acostarte con la hija del decano?

B1 la interrumpió y señaló a una mujer acompañada de un lactante en un cochecito de calidad media.

—Cuando el bebé despierte, esta mujer jugará con él y le mediremos la oxitocina. Es la madre que no tuvo el embarazo, y pretendemos averiguar si la oxitocina del bebé aumenta cuando juega con ella. Como sucedió con los padres del estudio israelí.

Añadí:

—En el estudio israelí no había un grupo de control de hombres ni mujeres sin vínculos de parentesco, por lo que no existen pruebas de que, para aumentar los niveles de oxitocina, los hombres o mujeres deban ser los progenitores o los cuidadores.

B1 me miró como Rosie miraría a alguien si quisiera decir: «Cállate de una puta vez». Sospeché que el significado era el mismo. Pero la situación no. La ciencia es una cuestión de sinceridad y transparencia.

La Mujer Simpática preguntó:

—¿Qué le sucedería a la oxitocina del bebé si una mujer o un hombre sin vínculos de parentesco jugase con él?

—¡Exacto! —insistí.

B1 me interrumpió.

—Eso no forma parte del estudio. Y no podemos permitir que hombres desconocidos entren aquí y toquen a los bebés.

El bebé del cochecito empezó a llorar. Tenía que actuar rápidamente, antes de que se iniciara un proceso de caricias o juegos. Corrí al cochecito.

—¿Le parece bien que juegue con su bebé? —pregunté a la madre—. Soy miembro del equipo de investigación, y he recibido el certificado de la policía para el trato y manejo de lactantes.

—Supongo que sí. Creía que iba a hacerlo yo, pero claro, adelante. Procure no disgustarlo.

No tenía ni idea de cómo reaccionaría un bebé ante un hombre adulto de tamaño grande. Nunca había cogido un lactante en brazos, salvo quizá a mi hermano. Recordaba vagamente que mi madre me había ofrecido a Trevor para que lo sostuviera, y que se lo había devuelto lo antes posible.

Comprendía, sin embargo, que era fundamental que el lactante no se cayera ni se asustara. Resolví ambos problemas recostándome en el suelo antes de que la madre me lo diese. Lo sujeté con ambas manos y permití que gateara por encima de mi cuerpo. Mi reflejo de repulsión al contacto físico humano no se activó. Fue muy divertido, y el bebé emitía unos sonidos hilarantes. El grupo de mujeres que nos visitaba tomó fotografías. Seguimos durante unos dos minutos, y luego busqué a B3 con la mirada. Le hice señas, y ella dejó la cámara de vídeo.

—Análisis, por favor —dije.

Sospechaba que mis niveles de oxitocina también habían aumentado, pero sólo eran relevantes los del bebé.

—No —dijo B1—. No forma parte del protocolo.

—Incorrecto —respondí—. El protocolo está modificado para no excluir datos fortuitos, pues se trata de un estudio preliminar. De lo contrario, la facultad de Medicina no aprobará dicho protocolo.

La Mujer Simpática sonrió y asintió.

B3 abrió la boca del lactante y tomó la muestra. La madre me dejó jugar con el bebé un minuto más.

El cochecito que había encargado llegó en mi ausencia. Rosie lo había desembalado y ahora insistía en que lo devolviésemos.

—Don, ya sabes que no me van las cursiladas para bebés, pero es que esto es una especie de... de tanque industrial-militar. El Hummer de los cochecitos.

—Es el cochecito más seguro del mundo.

Lo decía literalmente. El modelo base era el más seguro del mercado, y lo había perfeccionado con numerosas mejoras. Sin duda, Bud no se lastimaría si volcaba, y también sobreviviría a un encontronazo de baja velocidad con un automóvil, sobre todo si llevaba el casco que había adquirido como accesorio. Los únicos puntos negativos eran el incremento de volumen y ciertas dificultades de acceso al bebé. Y, por supuesto, el coste.

—¿El aspecto es más importante que la seguridad? —pregunté.

Rosie hizo caso omiso de la pregunta.

—Don, te agradezco el intento, te lo agradezco muchísimo, pero esto no es lo tuyo, ¿vale? Los bebés no son lo tuyo. Los cochecitos, los cochecitos gigantescos de metal con parachoques de goma, son más lo tuyo.

—No lo sé. Mi experiencia con ambos es limitada.

Mis probabilidades de obtener experiencia con el Proyecto de las Madres Lesbianas parecían más bien escasas. El cambio de protocolo que había sugerido, y que implicaba que todos los bebés experimentasen «una gateada con Don», dependía de la aprobación de las madres. Tras mi éxito inicial, sin embargo, todas se habían negado. Di mi teléfono a B2 y B3 por si alguna cambiaba de opinión.

—No te quedes despierto esperando a que llamen —dijo B2.

Pero B3 me envió un mensaje de texto:

«Oxitocina por los aires con tu intervención. El resultado más alto en la actividad lúdica. ¡Y el bebé ni siquiera te conocía!».

Aquellos resultados implicaban que mi género había afectado al resultado, pero un único caso sólo servía para fomentar nuevas investigaciones.

B1 escribió a David Borenstein y no me puso en copia.

—Léetelo por encima —sugirió el decano, señalando la pantalla del ordenador.

No estoy acostumbrado a leer por encima. El «por encima» implica que te saltas algunas palabras. ¿Y si pasaba por alto un «no»? Era un correo largo, pero reparé en las palabras «poco profesional», «molesto» e «insensible».

—En resumen: te quiere fuera del estudio y dice que no incluirán el resultado excepcional porque incumple el protocolo y no fue fortuito, sino el resultado de una intervención directa, bla, bla, bla.

—¿Y dice cuál fue el resultado?

—Insinúa que ni lo han analizado. No lo creo. Si los niveles hubiesen sido bajos, se habría desvivido por incluirlo en el estudio.

—Mala ciencia.

—Coincido. Hice bien al darte este trabajo, ¿verdad?

—Es posible que alguien preocupado por una conducta social adecuada la hubiese antepuesto al objeto de la investigación.

El decano se echó a reír.

—Debo decirle, profesor Tillman, que es usted un científico excelente, aunque a veces me pregunto cómo lo lleva Rosie.

Rosie no lo llevaba bien.

Una de las curiosidades de los animales, humanos incluidos, es que nos pasamos durmiendo aproximadamente un tercio de nuestras vidas. No hay un motivo práctico que explique semejante falta de eficiencia. Cuando tenía poco más de veinte años, llevé a cabo una serie de ensayos para determinar mi necesidad mínima de sueño, que establecí en siete horas y dieciocho minutos por noche, excluyendo la luz en el dormitorio y también el uso de anfetaminas.

Con la edad, nuestro sueño se hace más superficial: una explicación evolutiva es que, en el entorno ancestral, los jóvenes cazadores y guerreros necesitaban dormir sin interrupciones, mientras que los miembros más viejos de la tribu actuaban como perros guardianes y se despertaban con el menor ruido.

En términos de sueño, Rosie ya era un perro guardián. Se despertaba a menudo, y exacerbaba el problema yendo al baño y preparándose tazas de chocolate caliente, algo que, evidentemente, iniciaba un círculo vicioso. Antes del embarazo, a veces se acostaba temprano, agotada o ebria; otras veces estudiaba hasta pasada la una de la madrugada y se acostaba animada, incluso dispuesta a iniciar una conversación. ¡A la una de la madrugada! En ocasiones también mostraba interés por el sexo, en cuyo caso yo optaba por incorporar el cambio a mi rutina y programaba un tiempo de sueño adicional para la noche siguiente.

Me había acostumbrado a que me despertara y, por lo general, conseguía volver a dormir a los pocos minutos. Pero el efecto acumulativo no podía obviarse, y eso me había obligado a reprogramar la hora de acostarme trece minutos antes.

El embarazo había agravado el problema. Como predecía El Libro, el bebé, en expansión, y el consecuente sistema de apoyo habían reducido la capacidad vesical de Rosie. Además, había empezado a roncar, no muy fuerte, pero sí lo bastante para que fuera un tanto molesto. Tuve que volver a reprogramar la hora de acostarme.

Mantuvimos una discusión sobre el asunto a las 03.14 horas.

—No tendrías que haberte tomado el chocolate caliente. Incidirá en el problema del baño. Y luego te tomarás otro chocolate...

—El chocolate caliente me ayuda a dormir.

—Ridículo. El chocolate contiene cafeína. La cafeína es un estimulante con una vida media de cuatro horas. No es recomendable tomar café o comer chocolate a partir de las tres de la tarde. Yo nunca...

—Tú nunca. Ya sé que «tú nunca». Pero yo sí. Es mi cuerpo, ¿recuerdas?

—La cafeína es una sustancia restringida.

—Se me permiten dos cafés. Como no tomo café, esto lo compensa.

—¿Has calculado la cafeína que contiene el chocolate?

—No, ni pienso hacerlo. ¿Qué te parece si resuelvo tu problema? Y el mío también.

Rosie cogió la colcha y se marchó.

Entonces fue mi cuerpo el que se rebeló y se negó a dormir. Aproveché el tiempo para reflexionar sobre el hecho de que Rosie hubiera abandonado nuestra cama. ¿Era por una noche o algo permanente? Racionalmente parecía una buena solución al problema, que, al menos en parte, era provisional. Una vez concluido el embarazo, Rosie volvería a dormir con normalidad. Por ahora, debíamos adquirir otra cama. Entonces reparé en que Rosie no tenía donde dormir. No había más camas en la casa. «A no ser que duerma con Gene».

Me levanté de un salto y me dirigí de puntillas a la habitación de Gene. El estudio

de Rosie tenía la puerta abierta, y la vi acurrucada en un sillón, tapada con la colcha. No se movía. Volví al dormitorio, saqué el colchón de la cama y lo arrastré al estudio de Rosie, que era mucho más grande que nuestro dormitorio. Ella se despertó.

—¿Don? ¿Qué haces?

—Crear una cama provisional.

—Yo creía...

No especificó lo que «creía»; simplemente se tambaleó de la butaca al colchón y se acostó. La tapé con la colcha y regresé al dormitorio. No tardé en dormirme: por suerte, nuestra cama tenía una base acolchada. Fue perfectamente satisfactorio, y sin duda mi profesor de kárate lo habría considerado una buena disciplina nocturna. De hecho, aquella cama la habíamos elegido de mutuo acuerdo, por el deseo de Rosie de dormir en una superficie blanda y por la firmeza óptima que recomendaban los estudios científicos. Ahora había creado una disposición satisfactoria para ambos.

Lógicamente, Rosie accedió: continuó durmiendo en su estudio todas las noches, y yo reinstauré mis horas de sueño originales.

Volví a tener la pesadilla de la nave espacial. Era, por lo que recordaba, exactamente igual, con el mismo resultado espantoso. Salvo que esta vez, cuando me desperté, Rosie no estaba allí.

A Gene también lo preocupaba el cambio en la organización nocturna, que advirtió dos días después. Según su análisis, que Rosie durmiese en otra habitación equivalía a que me rechazaba.

—Sé práctico, Don. ¿Por qué dos personas duermen juntas?

—Sexo. —Siempre parecía ser la respuesta más plausible a una pregunta de Gene sobre motivación—. Un aspecto que la evolución no requiere ahora, ya que está embarazada.

—Demasiado simplista, amigo mío. Los humanos ocultan su fertilidad para incentivar la intimidad. Por muchas y variadas razones. Quizá no seamos monógamos, pero nos gusta emparejarnos, y Rosie está enviándote un mensaje muy importante.

—¿Qué he hecho mal?

—Permite que te señale, Don, que no eres el primer hombre que se pregunta eso. Por lo general, cuando llega a casa y ve que la tele ha desaparecido.

—No tenemos tele.

—Ya me he dado cuenta. ¿De quién fue la idea?

—No hay necesidad de un televisor. Las noticias de calidad están disponibles en otros medios, y sin publicidad; las películas pueden verse en las pantallas, más grandes, de los cines, y para otras necesidades contamos con pantallas individuales de ordenador.

—No he preguntado eso. ¿De quién fue la idea?

—La decisión era obvia.

—¿Mencionó Rosie alguna vez lo de comprar un televisor?

—Es posible. Pero sus argumentos carecían de fundamento. ¿Sugieres que nuestro matrimonio tiene problemas debido a la ausencia de un televisor? Porque en tal caso podría...

—Me temo que es algo más profundo, Don. Pero si quieres una respuesta específica a la pregunta «¿Qué he hecho mal?», te diré que, sin duda, una de las cosas que has hecho mal es lo de la ecografía. Tendrías que haber ido. Fue entonces cuando Rosie empezó a preguntarse si querías ser padre. No si eras capaz, que es otra cuestión, sino si al menos estabas interesado.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Soy el director de un departamento de Psicología, ya me has confiado tus propias dudas, que seguro que Rosie habrá notado, y soy muy consciente de que el pasado de Rosie incluye circunstancias paternas problemáticas.

—Ese problema se ha solucionado.

—Don, los problemas que se originan en la infancia nunca se «solucionan». Los psicoterapeutas viven de eso.

—¿Y si te equivocas y no hay ningún problema? Quizá acabe desencadenando un problema de verdad al responder a uno imaginario. Como cuando te caes porque crees que hay un escalón y no es así.

Gene se levantó, fue a la puerta de su despacho, se asomó y luego volvió.

—Los catadores de vinos tienen un dicho: «Un vistazo a la etiqueta vale como veinte años de experiencia».

—Me resultas poco claro.

—Rosie me lo ha dicho. Me ha dicho que estáis pasando por un momento complicado y que no está segura de que quieras ser padre.

—¿Rosie te ofreció voluntariamente esa información sobre el estado de nuestro matrimonio? ¿De forma espontánea?

—Le pregunté. En realidad, fue Stefan quien me lo insinuó.

¡Stefan! Ahora Rosie le facilitaba datos fundamentales a Stefan, en lugar de a la persona que podía aprovecharlos mejor.

Aunque el método de transmisión había sido frustrante e indirecto, la identificación del Error de la Ecografía era un dato excelente para mejorar mi competencia como futuro padre y demostrarle mi interés a Rosie.

Entendí que Gene opinaba que debería haber asistido a la prueba conociendo el procedimiento y sus posibles resultados. Afortunadamente, se me presentaba una segunda oportunidad. Rosie había accedido a fijar una fecha exacta para la siguiente ecografía: Semana 22, cero días y cero horas desde el inicio simbólico de la gestación, que en la primera visita médica se había establecido como lunes, 20 de mayo. Calculé la fecha (21 de octubre) y reservé todo el día en mi agenda. Esta vez estaría preparado.

Estudí El Libro por si había otros acontecimientos con similar potencial para el error por mi parte o que pudiesen empujarme a actuaciones compensatorias. Había un ejemplo obvio: el parto. Los paralelismos con la primera ecografía eran sorprendentes:

1. Asistencia a una instalación especializada.
2. Se trata de un momento fundamental para la identificación de problemas.
3. Baja probabilidad de complicaciones, pero elevada ansiedad.
4. Se espera la presencia de la pareja, aunque no desempeñe ninguna función en el procedimiento.

A partir de El Libro y otras investigaciones, la mejor descripción que pude formular de mi función fue «reducir la ansiedad de la pareja». Eso podía lograrlo

familiarizándome con el proceso del parto, para así informar en todo momento a Rosie de lo que sucedía mientras ella se concentraba en la ejecución del procedimiento. Adquirir conocimientos se me da bien. Como estudiante de Medicina, Rosie tendría sin duda unas nociones básicas, pero yo decidí convertirme en un experto en partos, incluida su amplia gama de complicaciones y desenlaces. Reanudé la lectura de *Ginecología y Obstetricia de Dewhurst*, y me esforcé de nuevo para complementar la teoría con la práctica.

Tras repetidas peticiones para asistir o simplemente observar un parto real, David Borenstein me facilitó por fin las señas de la doctora Lauren McTighe, que trabajaba en Connecticut.

Me llamó un sábado por la noche, mientras el grupo de los chicos terminaba las pizzas que habíamos encargado en el domicilio de George. Aproveché para explicar la situación a mis compañeros y, para mi sorpresa, no sólo Dave, sino también George y Gene decidieron unirse a nosotros.

—No necesitáis esos conocimientos —les dije yo.

—Camaradería masculina —repuso George—. ¿No se supone que eso es lo que somos?

Llamé a Lauren para asegurarme de que la presencia de los demás no sería una molestia.

—Como quieras. Pero será mejor que los avises de las posibles complicaciones. Puede que el parto no tenga un final feliz.

Paramos un taxi, y di al taxista la dirección de Dave para ir a recoger su vehículo.

—A la mierda. ¿Acaso no es una urgencia? —preguntó George.

—Un parto de nalgas —expliqué—. Al parecer, hay problemas adicionales. Espero aprender mucho.

—Vamos directamente a Lakeville, Connecticut —le dijo George al taxista—. Quiero que nos esperes y nos traigas de vuelta.

—No pienso conducir este taxi más allá de...

George, que iba en el asiento delantero, le dio al taxista un fajo de dinero atado con una goma. El taxista guardó silencio mientras lo contaba. No presentó más objeciones.

Era difícil creer que George hubiese adquirido semejante riqueza durante el breve período en que los Dead Kings fueron populares, casi cincuenta años atrás. Supuse que, al ser un músico de rock, habría derrochado la mayor parte del dinero en drogas ilegales. El pago al taxista me brindaba una buena ocasión para preguntar.

—¿De dónde sacas todo ese dinero?

—Eso es lo que me gusta de ti, Don. Directo al grano.

Que vaya directo al grano es lo que a la gente no suele gustarle de mí.

—Pregunta directa, respuesta directa —siguió George—. Una pensión conyugal.

Gene se echó a reír.

—A ver si acierto. Trabajaste tanto para mantener a todas tus exesposas que por casualidad acabaste ganando algo para ti. O una de ellas murió, y el porcentaje que recuperaste te basta para vivir como un rey.

—Casi —contestó George—. Mi primera mujer falleció hace tres años. Cáncer. La abandoné cuando la banda empezaba a ser conocida. Creí que podía montármelo mejor. Ya que era una estrella de rock y demás. No fue así. Podría decir que todas eran la misma, pero el verdadero problema era que yo era el mismo. Cuando tienes el mismo problema con cuatro mujeres, empiezas a pensar que quizá tenga algo que ver contigo.

—No comprendo en qué te ayudó eso económicamente —dijo Gene—. No me digas que te dejó todo su dinero...

—Eso es lo que digo. No todo, pero el suficiente. Tuve que darle dos tercios de mis ingresos, y cuando empalmamos unos cuantos éxitos, eso resultó ser una buena cantidad. Mientras yo derrochaba mi parte, ella invirtió la suya en inmuebles. Cuando murió, me dejó la mitad.

—Muy generosa.

—Era a mí o a nuestro hijo. Él ya se ha fundido su herencia. Mi exmujer lo vio venir; si me dejaba algo de dinero, yo podría echarle un cable al chico. Ella no era precisamente Jerry Hall, pero nunca me lo monté mejor. Toma nota, joven Donald.

Había tomado nota. El consejo de George, en términos generales y también en referencia a mi situación, parecía claro: si no lo conseguía con Rosie, no lo conseguiría con nadie. Si mi matrimonio fracasaba, no volvería a intentarlo. La alternativa era Rosie o quedarme el resto de mi vida sin pareja. Y sin hijos.

El trayecto fue de dos horas y dieciséis minutos, ocho más de los previstos por mi navegador.

—Llegáis justo a tiempo —dijo Lauren (edad aproximada, cuarenta y cinco; IMC de 23)—. Os he estado esperando, pero la madre está sufriendo y no podíamos dejarla más tiempo así. Os presento a Ben.

Nos señaló a un hombre vestido con camisa a cuadros (edad aproximada, cuarenta; IMC de 30) a unos metros de distancia. Se acercó y nos dimos la mano en modo saludo convencional. La suya estaba muy sudada; diagnosticué ansiedad. Se me presentaba una gran oportunidad para practicar mis técnicas tranquilizadoras.

—Las probabilidades de supervivencia de la parturienta rondan el cien por cien, aunque un parto difícil puede resultar en una reducción temporal de la fertilidad. La probabilidad de supervivencia del bebé es de aproximadamente el ochenta y cinco por ciento.

Ben pareció aliviado:

—No son malas cifras. Crucemos los dedos.

George miró a la madre.

—Pobre vaca —dijo.

¡Lauren estuvo increíble! Siempre es fascinante observar el trabajo de una profesional competente. Nos explicó con exactitud todo lo que iba haciendo y nos facilitó comentarios adicionales sobre las posibilidades y los procedimientos alternativos. George sostuvo una luz halógena conectada a la batería del coche de Lauren, mientras yo la ayudaba a alterar la posición del ternero. La vaca estaba en un establo, por lo que no podía alejarse demasiado.

Fue una tarea estéticamente desagradable, pero me había mentalizado debido al hábito de diseccionar ratones; además, el estímulo intelectual superó con creces los aspectos menos atractivos. ¡Fue verdaderamente interesante!

Gene hablaba con Ben. Dave, que no se encontraba bien, había vuelto al taxi para sentarse.

—Necesitaremos el tractor —afirmó Lauren.

Introdujo una mano en la vaca y explicó entonces que ataba una cadena a las patas del ternero. George le tendió la luz a Gene y empezó a hablar con la madre, que emitía unos sonidos que indicaban cierto malestar.

Ben ató el otro extremo de la cadena al tractor, y empezaron a tirar. En un nacimiento humano, los fórceps habrían sustituido al tractor o, más probablemente, habrían practicado una cesárea. No obstante, se apreciaban numerosas similitudes anatómicas, y la experiencia tridimensional era inestimable.

—Bien, Don. Vas a ayudarme a atraparlo.

Afortunadamente, «atraparlo» en este caso no requería la coordinación de atrapar una pelota; Lauren y yo sólo teníamos que sostener el peso del ternero a medida que emergía. Y eso es exactamente lo que hizo: emerger. Apareció junto con tales cantidades de fluido que nos dejó empapados. El ternero era muy resbaladizo, pero conseguimos que no se nos escapara. Aunque tenía una pata en un ángulo extraño, empezó a respirar. La madre seguía de pie.

—Tiene la pata rota —observó Lauren—. ¿Qué quieres hacer?

—¿Tú qué opinas? —preguntó Ben.

—Mucho me temo que lo mejor es sacrificarlo, a menos que quieras alimentarlo a mano.

Dave salió tambaleándose del taxi.

—No le disparéis. Me lo llevaré a casa si es preciso.

Mi primer pensamiento fue que se trataba de una idea brillante. Al cohabitar con un animal de granja, el bebé de Sonia y David reforzaría su sistema inmunitario. Pero unos instantes de reflexión revelaron los múltiples problemas de criar un ternero en un piso en Nueva York.

Ben sonrió.

—Os lo agradezco, tíos. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Dave.

—Pues bien, Dave, te presento al ternero *Dave*. Te debe la vida. Y a Lauren... y a vosotros. Mi mujer se encargará de darle de comer. ¡Os maldecirá todos los días!

Tras llamar a información, George indicó al taxista que se desviase a un bar de White Plains. Eran las 22.35 horas, y apenas habíamos cenado. Yo vestía la ropa que me había prestado Ben *el Granjero* para reemplazar la empapada en el parto del ternero Dave.

—Esta noche, cerveza —declaró George. Pidió cuatro. Nos las bebimos rápidamente y enseguida pidió más—. Os contaré un secreto. Al cuidar de esa pobre vaca hemos acumulado buen karma. Ha compensado un poco que no estuviese presente en el parto de mi primer hijo.

—¿El de la madre ahorradora? —preguntó Gene.

—Exacto. Me encontraba de gira. —Hizo una pausa—. Llamaron al hotel, y yo estaba con una fan. Así eran las cosas entonces.

Me quedé perplejo.

—¿Mantuviste relaciones sexuales con otra mujer mientras tu esposa daba a luz a tu hijo?

—¿Cómo sabes que era un chico?

—Lo has mencionado antes. Y está en Internet.

—No tengo secretos, joder. Sólo el que os acabo de contar.

—Entonces todos confesaremos uno —propuso Gene—. Uno por barba. Cuéntanos el tuyo, Don.

—¿Un secreto?

En las dieciséis semanas transcurridas desde el Incidente del Parque Infantil había acumulado múltiples secretos, pero no me parecía sensato revelar ninguno tras la ingesta de cerveza. Sin embargo, la decisión de George de contar un ejemplo de conducta moralmente repugnante parecía ser un gesto de amistad que nos permitía a cada uno revelar algo inmoral o ilegal y recibir consejo de los demás, a sabiendas de que probablemente nuestra conducta no sería tan vergonzosa como la de George. Era una sutil maniobra social... pero llegar a esa conclusión me había llevado cierto tiempo.

—Está bien, primero yo, entonces —dijo Gene—. Pero esto no sale de aquí, ¿de acuerdo?

George nos hizo realizar un ridículo apretón de manos cuádruple.

—Adivinad con cuántas mujeres me he acostado.

—Menos que yo —apuntó George—. Si puedes contarlas, menos que yo.

—Más que yo —dije.

Gene rio:

—Adelante.

Recordé el mapa de Gene, con un alfiler para cada nacionalidad. Añadí un cincuenta por ciento para incluir a múltiples mujeres de un mismo origen y las conquistas más recientes.

—Treinta y seis.

—Te has pasado. —Gene bebió un poco más de cerveza y luego levantó una mano abierta—. Cinco.

Me quedé estupefacto. ¿Gene mentía? Era una hipótesis razonable, dado que, si no mentía ahora, tenía que haber mentido repetidamente en el pasado. Quizá, al ser incapaz de competir con George por el total más elevado, pretendía quedar como el menos promiscuo.

Dave también estaba estupefacto. Al parecer, la estupefacción parecía la reacción más apropiada.

—¿Cinco? Pero eso es...

—Menos que tú, ¿verdad? —Gene sonreía.

—No engaño a mi mujer, pero... —dijo Dave.

¡Sólo eran cuatro más que yo!

—¿Y eso del matrimonio abierto? ¿Y lo del mapa?

—El matrimonio abierto nunca despegó. La primera mujer con quien tuve una aventura presentaba ciertos problemas. Tipo *Atracción fatal* en la escena de los conejos. Ya me harté de eso con mi primera mujer.

—Para qué enredar la madeja —observó George.

—A esta edad ya no vale la pena —añadió Gene.

—¿Y el mapa? —pregunté de nuevo. Había veinticuatro alfileres en el mapa de Gene antes de que se hubiese reformado temporalmente y lo hubiese desmontado—. ¿Y la islandesa?

—La invité a cenar. Si alguien acepta cenar a solas con otra persona, supongo que se le puede llamar una cita. No sales a cenar con un hombre casado a menos que tengas cierto interés. El resto hubiera ocurrido de haberlo querido yo.

Era increíble. Las consecuencias de mentir para que su conducta pareciese peor de lo que era habían sido nefastas. Señalé lo evidente.

—Pero... Claudia te echó de casa porque admitiste haber mantenido relaciones sexuales con aquella mujer islandesa. Y sin embargo, sólo... sólo adquiriste la cena, ¿correcto?

—La verdad es que tuve que quitármela de encima. No era... ¿Cómo has dicho antes, George?

—¿Jerry Hall?

Gene rio.

Devolví la conversación a su cauce.

—Entonces dile a Claudia la verdad, y ella te aceptará de nuevo. Todos los problemas resueltos.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué?

Todos miramos a Gene. Nadie habló. Actuábamos como terapeutas. Deseé poder arreglar el problema de Rosie tan sólo diciendo la verdad.

—Dudo que Claudia hubiera mostrado interés por mí si yo no fuese quien cree que soy. En parte la atraigo por eso.

—¿Se siente atraída porque la engañas con otras mujeres? —dije yo—. Todas las teorías... tus teorías...

—A las mujeres les gustan los hombres capaces de atraer a otras mujeres. Necesitan que de vez en cuando se les recuerde que poseen a alguien deseado por otras. Mira a George. Esa pinta no le impidió encontrar a tres esposas más.

—De no tener esta pinta, quizá me las hubiese apañado con una. Pero Don tiene razón: si dices la verdad, no tienes nada que perder.

—Tal vez sea algo más complicado. Hemos permitido esta situación durante demasiado tiempo, y ahora ya no tiene solución. Fue después de que naciera Eugenie; entonces empecé con el juego, aunque no lo llevé hasta el final. No puedes descuidar tu matrimonio durante nueve años y luego esperar que te dejen volver. De todos modos, he encontrado a otra persona.

—¿Quién? —pregunté.

—Ya sabes quién. Bueno, yo ya he contado mi secreto. —Se volvió hacia Dave—. ¿Qué me dices de ti?

Dave lo miró fijamente.

—Tú entenderás lo que voy a decir. El bebé no es mío.

De nuevo los terapeutas nos quedamos estupefactos, y esperamos a que Dave se explicase.

—Lo intentamos con la inseminación artificial, y resulta que tengo algunos problemas. En parte, por mi peso; en parte, no. De modo que al final fue su óvulo y el gusanito de otro tipo.

Supuse que «gusanito» era sinónimo de «espermatozoide» y no de «pene».

—Ahora me pregunto si eso de no aparecer por casa y trabajar hasta tarde, todo de lo que se queja Sonia, será porque no quiero estar con un crío que no tiene mis genes. Subconscientemente, al menos. —Miró a Gene—. Como sugeriste con lo de la herencia genética.

—Joder, trabajar mucho para ganarse unos dólares no tiene nada de malo —dijo Gene.

—Es curioso, hasta que explicaste cómo funciona eso de los genes, temía que Sonia me dejase. Ahora he comprendido que ese bebé tiene tanto de mí como el ternero Dave. Y si ella también lo ve, entonces, ¿para qué va a quererme allí?

Gene se echó a reír.

—Lo siento, no me río de ti. Me río de la complejidad de todo el asunto. Créeme, Sonia no te dejará debido a eso. Lo bueno de ser *Homo sapiens* es que nuestro cerebro se antepone a nuestros instintos. Si queremos.

Las revelaciones de George, Gene y Dave, revelaciones ciertamente sorprendentes, me habían parecido tan interesantes que no había tenido tiempo de pensar en la mía. George me salvó.

—Don ya nos contó parte de lo suyo la otra noche, cuando dijo que su matrimonio pasaba por dificultades. ¿Quieres ponernos al día?

—Estoy adquiriendo conocimientos sobre el proceso del parto, ganando experiencia de nivel profesional sobre el tema de la vinculación afectiva del lactante con parejas de sexos distintos y del mismo sexo, así como su consecuente impacto en los niveles de oxitocina. Y estoy viendo a una terapeuta para hacer un seguimiento del progreso.

—¿Cómo va la relación? —preguntó George.

—¿Con Rosie?

—Esa misma.

—Sin cambios. Todavía no he tenido oportunidad de aplicar los conocimientos adquiridos.

En el taxi, de vuelta a casa, todos guardamos silencio. Dos ideas ocupaban mis pensamientos: las mentiras de Gene le habían costado el matrimonio, y decir la verdad ya no podía salvarlo.

Cuando el ascensor se detuvo en mi planta, George me preguntó si tenía un momento, porque quería consultarme algo arriba.

—Es una hora sumamente intempestiva —respondí, aunque sospechaba que en cualquier caso tendría problemas para dormir.

No había bebido suficiente alcohol para contrarrestar los efectos de la adrenalina liberada por las emociones relacionadas con el ternero *Dave* y, pese a haber restituido mi horario original de sueño, dormir en una especie de tatami no me permitía descansar como era debido.

—Será sólo un momento —aseguró.

—El alcohol me afectará el juicio. Mejor consúltame por la mañana.

—Vale —dijo George—. Entonces practicaré un poco con la batería para relajarme.

Gene mantenía la puerta del ascensor abierta.

—George quiere hablar a solas contigo. Ningún problema por mi parte. Tómate una copa a mi salud.

No me quedó más remedio que seguir a George a su piso. Sirvió dos vasos grandes de *whisky* Balvenie de veintiún años.

—A tu salud —brindó—. Te dije que no quería formar parte de un grupo de hombres, pero tú lo has mantenido vivo. Los demás no lo habríamos conseguido si tú no hubieses llamado para «programarlo» semanalmente.

—¿Sugieres que abandonemos el grupo? ¿Que yo soy el único que se beneficia?

—Todo lo contrario. Sólo digo que estas cosas necesitan un líder, o sus miembros acaban distanciándose. Si no hubiese sido por Míster Jimmy, los Dead Kings habrían acabado treinta años atrás. Y todos estaríamos peor.

Apuré mi *whisky*. Supuse que George ya me había transmitido su mensaje, pero volvió a rellenar los vasos. Sospeché que este segundo resolvería mi problema de insomnio, y probablemente el de tenerme en pie.

—¿Recuerdas que he dicho que yo no tenía secretos? —preguntó.

Asentí.

—Pues mentí. Mi hijo, el del parto al que no asistí, es drogadicto. Eso no es ningún secreto. El secreto es que fue culpa mía. Yo lo incité. Él ni siquiera bebía, no fumaba. Era batería de *jazz*. Un batería buenísimo.

—¿Consideras que algún error en tu cuidado parental provocó que tomase sustancias adictivas?

—No estaba en sus genes, eso te lo aseguro. —George tardó un buen rato en apurar el vaso de *whisky*. Seguí la regla terapéutica de guardar silencio. George volvió a llenarse el vaso—. Yo lo metí. Lo incité a que lo probase. Le dije que le asustaba probar cosas, que le asustaba vivir la vida. Gene te dirá por qué lo hice.

—Creí que era un secreto. ¿Quieres que se lo cuente a Gene?

—No, pero, si lo hicieras, Gene te diría que quería bajarlo a mi nivel. Inconscientemente, supongo. Pero no hasta tal punto.

Ahora George estaba claramente abrumado por la tristeza. Esperé que no me pidiese que lo abrazara con uno, o ambos, brazos.

—Ya ves, sólo lo sabes tú, aparte de mi hijo y yo. Él nunca ha dicho una palabra en mi contra.

—¿Requieres ayuda para solucionar el problema?

—En tal caso, serías el primero a quien acudiría. Pero es demasiado tarde. Sólo quería contárselo a alguien que se lo tomase sin más, por lo que es. Si van a juzgarme, quiero que lo haga alguien a quien respeto.

Alzó el brazo, como si brindara, y luego apuró el contenido. Seguí su ejemplo.

—Gracias. Te debo una. Si encuentras una cura para la drogadicción, házmelo saber de camino a recoger el Nobel. Si tuviese que darle mi dinero a alguien para que lo investigara, ese serías tú.

Cuando volví del piso de George, mi casa ya estaba a oscuras. Saqué la ropa mojada de la bolsa de basura, me lavé los dientes y comprobé el horario del día siguiente. Entonces se me ocurrió una idea. Tenía que ponerla en práctica de inmediato.

Gene estaba dormido, y no se alegró de que lo despertara.

—Tenemos que llamar a Carl —dije.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Le ha ocurrido algo a Carl?

—No, pero podría. Podría empezar a consumir drogas ilegales debido a su estado mental.

Gene había brindado un argumento, por poco convincente que fuera, para no contarle la verdad a Claudia. Pero era evidente que aquella mentira hacía que Carl

odiase a Gene, y el odio causa una angustia que puede acabar derivando en problemas físicos y mentales. Los adolescentes son sumamente vulnerables. Era demasiado tarde para salvar al hijo de George, pero aún podíamos salvar a Carl.

—Su estado mental se basa en una suposición incorrecta sobre tu conducta. Debes corregirla.

—Déjalo para la mañana.

—Son las dos y catorce de la madrugada. Las cinco y catorce de la tarde en Melbourne. Una hora perfecta para llamar a casa.

—No estoy vestido.

Era verdad. Gene dormía en ropa interior, una elección poco saludable. Empecé a explicarle los riesgos de la *tinea cruris*, pero me interrumpió.

—Bueno, adelante. Pero no enciendas el vídeo.

Calculon estaba en línea. Me conecté y fue a buscar a Carl. Permanecí en modo texto.

«Cordiales saludos, Carl. Gene (tu padre) quiere hablar contigo».

«No, gracias. Lo siento, Don, sé que sólo quieres ayudar».

«Tiene que confesarte algo».

«No quiero oír nada más de lo que ha hecho. Buenas noches».

«Espera. No mantuvo relaciones sexuales con múltiples mujeres. Era mentira».

«¿Qué?».

Consideré que era el momento perfecto para encender el vídeo. La cara de Carl llenó la pantalla. Había descuidado su afeitado, al estilo de Stefan, y parecía muy capaz de cometer un parricidio.

—¿Qué has dicho?

Di a Gene un puñetazo en el hombro, un gesto típico para animarlo a hablar.

—Joder, Don. Eso duele.

—Transmite la información a Carl.

—Hum... Carl, tienes que saber que no me he acostado con todas esas mujeres. Sólo lo fingía para fardar. No se lo digas a Claudia.

Siguió un silencio. Después Carl dijo: «Eres un pringado» y se desconectó.

Entonces Gene quiso levantarse del borde de la bañera, pero, sin duda debido a su evidente estado de embriaguez, volvió a desplomarse y cayó encima de mi ropa empapada de líquido amniótico bovino. No emitía precisamente un olor agradable. Gene no parecía herido y, debido a mi posición en el retrete, me pareció más sencillo dejarlo salir por sí solo de la bañera.

Por desgracia, el grito de Gene al precipitarse dentro de la bañera debió de despertar a Rosie, que abrió la puerta del baño y nos miró de un modo extraño, probablemente debido a los intentos de Gene para incorporarse y a mi indumentaria: los pantalones de Ben *el Granjero* me venían grandes, y había tenido que sujetarlos con una cuerda. Gene, por supuesto, iba en calzoncillos.

Rosie apartó rápidamente la vista de Gene y me preguntó:

—¿Qué tal la noche?

—Excelente —respondí.

El parto de un gran mamífero sin duda era todo un hito en la mejora de nuestra relación.

Rosie no parecía interesada en seguir hablando. Gene volvió a caerse en la bañera.

—Lo siento —le dije a Gene—. No tendría que haber clasificado la noche de «excelente». Me parece que no hemos convencido a Carl.

—Creo que te equivocas —repuso Gene—. Sólo necesita algo de tiempo para reflexionar.

Me levanté, pero Gene no había terminado.

—Don, dentro de poco tendrás un hijo. Comprenderás lo lejos que hay que llegar a veces para proteger tu relación con él.

—Por supuesto. Te he animado a que te esforzaras al máximo para solucionar el problema de Carl.

—En tal caso, si algún día descubres lo que he hecho, espero que al menos me comprendas. Incluso aunque no me perdones.

—¿Qué quieres decir?

—Carl nunca se habría creído esa historia si no se la hubieras contado tú.

—¿Por qué no has ido a trabajar? —me preguntó Rosie el lunes por la mañana.

Eran las 09.12 horas, y se preparaba un desayuno que parecía saludable, algo inevitable, pues la nevera sólo contenía alimentos compatibles con el embarazo. Como era de esperar, su silueta estaba cambiando de una forma acorde con los diagramas de El Libro para el quinto mes. Contemplaba las variaciones de la mujer más guapa del mundo. Era como escuchar una nueva versión de mi canción favorita, *Satisfaction*, interpretada por Cat Power.

—No he programado nada en todo el día con la intención de asistir a la segunda ecografía —expliqué.

No se lo había mencionado previamente, para así maximizar el impacto de la mejora en mi nivel de participación. Una sorpresa.

—Yo no te he dicho nada de ninguna ecografía.

—¿No vas a hacértela?

—Ya fui la semana pasada.

—Antes de lo programado.

—Veintidós semanas. Como tú insististe hará ya un par de meses.

—Correcto. La semana pasada se cumplió la semana vigésimo primera y un número indeterminado de días.

Habíamos acordado Semana 22, cero días, cero horas.

—Joder. Te pido que vayas y no apareces, y ahora que no te lo pido, te tomas el

día libre. —Rosie se volvió para poner agua a hervir—. No querías acompañarme, ¿verdad, Don? No viniste a la última.

—Eso fue un error que quería rectificar.

—¿Por qué?

—Es una práctica establecida que los hombres asistan a las ecografías. No era consciente de esa convención. Siento el error.

—No quiero que vengas porque es una práctica establecida.

—¿No quieres que asista?

Rosie vertió el agua caliente en una infusión de «hierbas» (en realidad no era de hierbas, sino frutal y sin cafeína).

—Don, esto parece un diálogo de sordos. Ya sé que no es culpa tuya, pero no estás interesado, ¿verdad?

—Incorrecto. La reproducción humana es increíblemente interesante. El embarazo me ha incitado a adquirir conocimientos...

—Da patadas, ¿sabes? Se mueve. Lo he visto en la pantalla. Lo noto cuando estoy acostada.

—Excelente. Los movimientos suelen experimentarse a partir de las dieciocho semanas, aproximadamente.

—Lo sé. Lo estoy viviendo.

Anoté mentalmente que debía registrar esa información en el azulejo de la Semana 18. La caída de Gene en la bañera había acabado dañando algunos de mis diagramas más antiguos, pero los recientes se habían salvado. Rosie me miraba como si esperase algo más.

—Es una buena señal que las cosas se desarrollen con normalidad. Lo que la ecografía habrá confirmado... —Estaba haciendo una suposición—. ¿Todo se desarrolla con normalidad?

—Gracias por preguntar. Todos los componentes están en orden, según lo programado. —Rosie tomó un sorbo de su infusión—. Ahora ya puede saberse si es niño o niña.

—No siempre. Depende de la posición.

—Bueno, pues estaba en la posición adecuada.

Se me ocurrió una idea.

—¿Quieres ir al Museo de Historia Natural? Entre semana no habrá tanta gente.

—No, gracias. Estudiaré un poco. ¿Quieres saber si es niño o niña?

No comprendía la utilidad de tal información en este momento, salvo para orientar a los padres en la compra de productos específicos del género en cuestión, algo que, sin duda, Rosie consideraría sexista. Mi madre ya me había preguntado de qué color tenía que comprar los patucos.

—No —respondí. Debido a la práctica, soy más competente a la hora de interpretar las expresiones de Rosie que las de otras personas. Enseguida detecté tristeza o decepción; claramente una respuesta negativa—. He cambiado de opinión.

Sí. ¿Qué es?

—No lo sé. Podían decírmelo, pero no quise saberlo.

Rosie había ideado una sorpresa para ella misma. Solucionaba el problema de los calcetines.

Fui a buscar mi mochila al baño-despacho. Cuando salía, Rosie me detuvo, me cogió la mano y me la puso en su barriga, que ahora estaba ostensiblemente distendida.

—Fíjate, da patadas.

Lo percibí y confirmé el hecho. Hacía tiempo que no tocaba a Rosie, y mi cerebro registró de inmediato la idea de comprar un café cargado y un *muffin* de arándanos. Pero ambos estaban en la Lista de Sustancias Prohibidas.

Rosie había terminado su tesis doctoral. Siguiendo la práctica convencional de celebrar tales acontecimientos, reservé mesa para dos en un prestigioso restaurante y confirmé que podían elaborar un menú compatible con el embarazo. Cuando se lo comenté a Rosie, me pidió que retrasase la celebración para permitir que se concentrara en un examen de dermatología que realizó esa misma tarde.

No se habían producido cambios significativos en nuestra relación desde el Malentendido de la Segunda Ecografía. El sábado anterior, yo había completado el Azulejo 26; en realidad, tuve que utilizar dos azulejos adyacentes, pues Bud ya no cabía en uno.

Ya no viajaba con Rosie en el metro. Con la llegada del frío, establecí la rutina de cruzar el parque del río Hudson haciendo *jogging* para ir y volver de Columbia. No manteníamos relaciones sexuales. Cuando tenía poco más de veinte años, había compartido piso con otros estudiantes y nuestra situación actual era algo parecida.

Rosie ya estaba en casa, en su estudio-dormitorio, cuando llegamos Gene y yo.

—Hola, chicos; ¿qué tal el día? —saludó desde el estudio.

—¡Interesante! —grité desde la sala, mientras retiraba el panel de acceso al almacén de cerveza para comprobar el sistema y extraer dos muestras para catarlas—. Inge ha descubierto una anomalía estadísticamente significativa en el grupo 17B. —Tras la reacción inicial de Rosie al Proyecto de las Madres Lesbianas y el consejo de Gene de que no me metiese en el «territorio» de Rosie, consideré preferible limitar mis informes a un terreno más seguro, el de la investigación del hígado de ratones—. Ha utilizado la prueba de Wilcoxon. —Interrupción temporal—. Estoy comprobando la cerveza.

Gene aprovechó el momento para apropiarse de la conversación.

—¿Cómo te ha ido el examen?

—Mi memoria es un puto colador. No consigo acordarme de cosas que sé que he estudiado.

Volví con dos pintas de cerveza y le ofrecí una a Gene. El sistema de refrigeración funcionaba perfectamente, y me pregunté cuándo se daría cuenta George de que podía prescindir de mis servicios.

Volvía a encontrarme a una distancia adecuada para reanudar la conversación.

—El análisis indica un inesperado...

—Estábamos hablando del examen de Rosie —insistió Gene. En lugar de señalar que estábamos hablando de los resultados de los ratones y que no había acabado mi exposición, hice un rápido ajuste mental y me uní a la conversación del examen.

—El deterioro de la función cognitiva es un efecto secundario habitual del embarazo. Deberías solicitar un trato especial.

—¿Por estar embarazada?

—Correcto. La ciencia es muy clara al respecto.

—No.

—Eso me parece una respuesta irracional. Que es también un efecto secundario comprobado del embarazo.

—Sólo he tenido un mal día, ¿vale? Seguramente habré aprobado. Olvídalo.

La gente no puede olvidar cosas porque se lo pidan. Que te ordenen olvidar es como que te pidan no pensar en un elefante rosa o no comprar ciertos alimentos.

¿El descenso de la capacidad cognitiva durante el embarazo tenía un valor evolutivo, o reflejaba el desvío de ciertos recursos hacia el proceso de reproducción? Lo último parecía más probable. Reflexioné al respecto, mientras Gene ofrecía las afirmaciones rutinarias de consuelo con que los directores de tesis se escaquean de los alumnos en el período comprendido entre la valoración académica y la lectura final previa a recibir la nota, y luego presenté un resumen de mi conclusión.

—Es muy probable que tu posible suspenso resulte en un bebé de calidad superior.

—¿Qué? Don, ve a vestirme para cenar.

Rosie volvió a su estudio-dormitorio, probablemente para también vestirse para cenar. Gene seguía en modo interrupción. Sospeché que se debía a una sobredosis de café o a cierta sobreexcitación relacionada con Inge. Gritó a Rosie:

—¡Lo importante es la tesis! El examen sólo es algo puntual. La tesis es un trabajo de seis años. Si te sirve para la celebración de esta noche, te diré que apruebas seguro, en el peor de los casos con pequeñas modificaciones. Comparta o no tu filosofía, es una contribución de verdad y debes sentirte orgullosa por ello. Sé que no te lo he puesto fácil, pero es porque quería que mantuvieses tu línea de investigación. Así que sal esta noche y pásatelo bien.

—¿No vienes con nosotros? —preguntó Rosie.

—Iré a buscar una *pizza*.

—Suponía que cenarías con Inge —intervine.

—No todas las noches. Aún no.

—Creí que nos acompañarías. Tú eres una parte muy importante de esto —dijo Rosie.

—No. Os lo dejo a vosotros.

—Quiero que vengas, en serio. Quiero que nos acompañes esta noche. Por favor.

Rosie estaba creando un problema, un problema del todo inesperado para mí. Se había quejado constantemente de Gene como director de tesis, como intruso doméstico y en general como ser humano, por lo que yo suponía que no quería que nos acompañase cuando celebrásemos lo que ella había definido a menudo como «librarse por fin de ese capullo». Había reservado mesa para dos, y el restaurante era sumamente popular. Expliqué la situación, omitiendo las declaraciones negativas sobre Gene, pero Rosie insistió.

—Tonterías. Podrán poner una silla más en la mesa. ¡No creo que les dé por echarnos!

Por las conversaciones mantenidas con el personal del restaurante ese mismo día, sospechaba que la segunda afirmación de Rosie era probablemente acertada.

El restaurante del Upper East Side no estaba lejos y se podía ir andando, aunque Gene y Rosie mostraron cierta dificultad para recorrer las últimas veinte manzanas. Estaba claro que los dos tenían que mejorar su forma física. Se lo mencioné a Rosie como una posible manera de aprovechar el tiempo que ahora le quedaba libre una vez finalizada la tesis y el examen.

Una persona recibía a los clientes en el vestíbulo, junto a un atril. Me dirigí a ella del modo convencional.

—Buenas noches. Tengo una reserva a nombre de Tillman.

Fue como si hubiera dicho: «Hemos detectado peste bubónica en el restaurante». La mujer se alejó a todo correr.

—¿Qué mosca le ha picado? Hoy llevas chaqueta.

Eso era cierto, aunque el restaurante no exigía vestir con formalidad. Comprendí que Rosie se refería a la primera noche que cenamos juntos. La serie de acontecimientos iniciados cuando me prohibieron la entrada a un restaurante, debido a cierta confusión sobre el término «chaqueta», acabaron derivando en nuestra relación. Muchas cosas habían cambiado desde entonces.

La Mujer Peste Bubónica volvió con una persona vestida de etiqueta que supuse que era el maître.

—Profesor Tillman. Bienvenido. Estábamos esperándolo.

—Evidente. Tenía una reserva. Para esta hora, exactamente.

—Sí. Eran dos personas, ¿verdad?

—Correcto. «Éramos». Ahora somos tres.

—Bueno, el local está muy lleno. Y el chef se ha tomado muchas molestias, por lo que sé, para cumplir los requisitos que nos ha especificado.

«Muy lleno» era un absoluto modificado. Me alegré de que mi padre no nos acompañase. Pero obviamente excluir a Gene era una grosería inaceptable, después de todo el trayecto que había recorrido para llegar al restaurante. Di media vuelta para irme.

—Iremos a otro sitio —dije al maître.

—No, por favor. Encontraremos una solución. Esperen un momento.

Entonces llegó una pareja, y el maître los atendió.

—Reserva para dos a las ocho —dijo el hombre.

Eran las 20.34 horas.

No se identificaron, pero el maître pareció reconocerlos, pues anotó una marca en su lista. Los miré. ¡Era la Mujer Escandalosa, de la noche que me despidieron de la coctelería!

Estaba claramente embarazada. Por lo que alcanzaba a ver, no estaba borracha. Al

menos, el sacrificio de mi esfuerzo para proteger a su bebé del síndrome de alcoholismo fetal no se había basado en una estimación equivocada por mi parte.

Su acompañante le comentó:

—Cuando pruebes el *brie* trufado vas a morirte.

«Morir». Su elección de la palabra podía ser precisa en potencia. No tuve más remedio que intervenir.

—Los quesos no pasteurizados pueden contener *Listeria monocytogenes*, y por tanto no son recomendables durante el embarazo. Pondrías en peligro al feto. Una vez más.

Ella me miró.

—¡Tú! ¡El nazi de los cócteles! ¿Qué coño haces aquí?

La respuesta era evidente y no fue necesario que la facilitase, pues el *maître* nos interrumpió.

—La verdad es que esta noche tenemos un menú de degustación muy especial. Un cliente nos presentó una serie de solicitudes muy inusuales, y finalmente el chef ha decidido preparar el mismo menú para todo el restaurante. —Me miró de un modo extraño y añadió, despacio—: Para conservar la cordura.

—Entonces, ¿no hay *brie* trufado? ¿Ni *sashimi* de langosta? —preguntó la Mujer Escandalosa.

—Esta noche hemos reemplazado el *brie* por un queso artesanal de oveja de producción local, y la langosta Maine se sirve en un caldo de...

—Olvídalo.

—*Madame*, si me permite el atrevimiento, la carta de esta noche le parecerá particularmente apropiada para su... estado —añadió el *maître*.

—¿Mi estado? ¡Joder! —La Mujer Escandalosa empujó a su acompañante hasta la puerta—. Iremos al Daniel.

En dos ocasiones había salvado al bebé de esa mujer, o al menos le había dado otra oportunidad. Casi merecía ser su padrino. Esperaba que en el Daniel conociesen los riesgos de la intoxicación alimentaria durante el embarazo.

Rosie reía. Gene negaba con la cabeza. Pero se había solucionado el problema.

—Bueno, parece que ahora tiene dos asientos disponibles —le dije al *maître*—. Y el problema de las aglomeraciones se ha visto reducido en parte.

Nos condujeron a una mesa junto a la ventana.

—Nos han garantizado que todos los alimentos serán compatibles con un bebé en proceso de desarrollo según las directrices más estrictas, que la dieta en conjunto estará perfectamente equilibrada y que será increíblemente delicioso.

—¿Y cómo lo conseguirán? —preguntó Rosie—. Los chefs no saben de esas cosas. No con tu nivel de... detalle.

—Este sí. Al menos ahora.

Me había pasado dos horas y ocho minutos al teléfono explicándoselo, a lo que añadí varias llamadas de seguimiento. A Gene y Rosie les pareció graciosísimo.

Luego Gene levantó la copa de champán para brindar por el triunfo de Rosie y, siguiendo la convención, ella y yo levantamos el vaso de agua mineral y la copa de champán, respectivamente.

—Por la futura doctora Jarman —brindó Gene.

—Doctora Doctora Jarman —señalé—. Cuando hayas terminado Medicina, serás doctora por partida doble.

—Bueno, esa es una de las cosas que quería decirte. Voy a tomarme un descanso.

¡Por fin! Rosie había escuchado la voz de la razón.

—Decisión correcta —afirmé.

Llegó la comida.

—Vitamina A —informé—. Envuelta en hígado de ternera.

—Te has tomado mi renuncia a no comer carne literalmente, ¿verdad?

—Si quieres minimizar el impacto medioambiental, te comes el animal entero —repuse—. Y es delicioso.

Rosie probó un bocado.

—No está mal. Vale, está rico. Riquísimo. Pase lo que pase, nunca diré que eras insensible con la comida.

Cuando llegaron los pastelillos de algarroba bajos en azúcar y el café descafeinado, pedí la cuenta: «La nota, por favor». Gene reanudó la conversación sobre los planes de Rosie.

—¿Estar con el bebé a jornada completa? ¿No te volverás loca?

—Me buscaré un trabajo de media jornada para que seamos autosuficientes. Estoy planteándome diferentes alternativas. Puede que vuelva una temporada a casa. A Australia.

Había una contradicción en la frase. «Para que “seamos” autosuficientes». «Puede que “vuelva” a casa». Mis esperanzas de que Rosie hubiera cometido un simple error gramatical acabaron cuando comprendí que con «seamos» se refería a ella y Bud. Si con ese plural se refiriese a Rosie y a mí, o a Rosie, a mí y a Bud, nuestra autosuficiencia global no requeriría que ella trabajase. Tampoco me había consultado nada sobre lo de volver a Australia. Estaba perplejo. El camarero trajo la cuenta, y automáticamente dejé encima la tarjeta de crédito.

Rosie tomó aire y miró primero a Gene, después a los dos.

—Supongo que eso me lleva al otro asunto del que quería hablar. Bueno, no creo que sea ningún secreto... No hay muchos secretos cuando se vive en la misma casa...

Se detuvo porque Gene se levantó y le hizo señas al camarero, que volvió a nuestra mesa con mi tarjeta en una bandeja de plata. Calculé la propina y la anoté en la cuenta, pero Gene me arrebató la bandeja antes de que yo pudiera firmar.

—¿Qué clase de propina es esta?

—Dieciocho por ciento. La cantidad recomendada.

—Exacta, a juzgar por esos céntimos.

—Correcto.

Gene tachó la cantidad que yo había anotado y escribió otra.

Rosie empezó a hablar.

—Me gustaría decirlos...

Gene la interrumpió.

—Creo que, esta noche, les debemos algo más. Nos han ofrecido una velada muy especial y algo alocada.

Levantó la taza de café. Nunca había visto que se usara una taza de café para brindar, pero copié la acción. Rosie no levantó su taza.

—Por Don, que tanto ha trabajado para organizar esta cena y que da un toque de locura a nuestras vidas.

Se produjo una pausa. Rosie levantó lentamente su taza y brindó con la de Gene y la mía. Ninguno de los tres habló.

Cuando salíamos del restaurante, nos asaltaron los *flashes*. ¡Un grupo —una jauría— de fotógrafos fotografiaba a Rosie!

Entonces alguien gritó:

—¡No es ella! ¡Lo siento, chicos!

Volvimos en taxi a casa y nos dirigimos a nuestros respectivos dormitorios.

Gene confirmó mi análisis la noche siguiente. Rosie había planeado poner punto final a nuestro matrimonio.

—Sólo se detuvo porque anoche en el restaurante le recordé por qué estáis juntos, y que ese no era el problema.

—Coincido. El problema no es mi idoneidad como pareja, sino mi idoneidad como padre.

—Me temo que tienes razón. Claudia diría que son inseparables, pero Rosie parece haberlos separado.

Rosie se había acostado. Rosie, que me había animado a mirar más allá de mis limitaciones, que era la razón de que mi vida fuese mucho mejor de lo que nunca habría imaginado...

Estaba sentado con mi mejor amigo en un balcón de Manhattan, con vistas al Hudson y a las luces de Nueva Jersey, mientras la mujer más guapa del mundo y mi hijo potencial dormían dentro. Y casi los había perdido. Todavía podía perderlos.

—El problema —añadió Gene— es que aquello por lo que Rosie te quiere es exactamente lo mismo que la hace pensar que eres demasiado... diferente... para ser padre. Puede que no le importe correr riesgos con sus relaciones personales, pero ninguna mujer se expone a correr riesgos con sus hijos. Al final, todo se reduce a convencerla de que eres... lo suficientemente normal para ser padre.

Parecía un análisis sensato. Sin embargo, la solución seguía siendo la misma. Trabajar más en mis aptitudes como padre.

Aunque había hecho enormes progresos gracias a mis estudios obstétricos, el parto del ternero *Dave* y mi contribución al Proyecto de las Madres Lesbianas, Rosie no se había percatado de mis nuevas aptitudes debido a la ausencia de un bebé al que aplicarlas. Otras iniciativas, como la del cochecito, habían tenido un impacto inesperadamente negativo.

Preveía que las cosas mejorarían después del parto, pero ahora me enfrentaba al desafío de sobrevivir las últimas catorce semanas de embarazo sin que Rosie me rechazara. Un error inadvertido podía decidirlo todo: dada mi propensión a cometer semejantes errores, era esencial que consiguiera crear una zona neutral o de amortiguación.

Necesitaba consejo experto para idear un plan de supervivencia óptimo.

Dave estaba estupefacto.

—¿Rosie y tú? Me tomas el pelo. Sabía que teníais algunos problemas, pero no que eran peores que los nuestros.

—Ella ha dado prioridad al bebé, y no a nuestra relación. Lo que conduce al fracaso matrimonial.

George se echó a reír.

—Perdona, no me río de ti. Pero bienvenido al mundo real. Yo no diría que vuestro matrimonio está acabado sólo porque ella se comporta como todas las mujeres. Lo lleva en los genes, ¿verdad, Gene *el Genio*?

—No me darán el Nobel si te digo que las mujeres están programadas para centrarse en el bebé. Pero sí creo que Don tiene un problema. —Gene me miró—. Empezó cuando no fue a la ecografía.

—¡Joder! —exclamó Dave—. Incluso yo me tomé tiempo libre para ir, y eso que nunca me tomo tiempo libre para nada. Te perdiste algo importante, Don.

—Vi la copia que le dieron a Rosie. —Estaba a la defensiva. La había pifiado.

—Es distinto. Nosotros vimos cómo se movía el bebé y bueno... después de tanto esfuerzo, ahí estaba. —Dave mostraba indicios de emoción.

George sacó una botella de debajo de la mesa y le apliqué mi sacacorchos. La temporada de béisbol había terminado hacía tiempo, y estábamos en Arturo's Pizza, en Greenwich Village. Las generosas propinas de George nos permitían violar las reglas y traer sus vinos toscanos ridículamente caros, que, según afirmaba ahora, prefería a la cerveza negra inglesa. La interrupción nos dio algo de tiempo para pensar.

Gene probó el vino.

—¿Qué opinas? —preguntó George.

—¿Del vino? Sólo es una de las diez mejores botellas que he probado en mi vida. Y eso que estoy con tres tipos en una pizzería. No tendría que haber pedido la Diavolo. Pero respecto a Don y Rosie... —Gene agitó suavemente la copa, que era demasiado pequeña para una apreciación adecuada de su contenido—. Con Don no son necesarios los eufemismos. Rosie no cree que Don apruebe como padre. Pensad en los patrones de repetición. A Rosie la crio sólo un progenitor, y quizá crea que ese es también el destino de su bebé.

Aquella reflexión de Gene no tenía ninguna utilidad práctica para mí. No podía cambiar el pasado.

Dave había guardado silencio mientras terminaba la primera *pizza* compartida.

—Intento que mi empresa de refrigeración funcione. Es como jugar al béisbol. Lo único que puedo hacer es jugar lo mejor posible y esperar el resultado. Y que, entretanto, Sonia no me abandone. Lo único que Don puede hacer es actuar lo mejor posible y esperar que Rosie se tranquilice.

Dave tenía razón. Necesitaba hacer todo lo posible para ser el mejor padre que podía llegar a ser. Ya había empezado. Aunque Rosie no lo supiera, había interactuado eficazmente con un bebé y había conseguido incluso aumentar sus niveles de oxitocina. Pero eso no bastaba.

Un 42,8 por ciento de mis amigos, entre los que incluía a mi nuevo amigo George,

me habían aconsejado sobre mi crisis matrimonial. De sus mensajes había extraído las siguientes conclusiones: «Tienes un problema» y «No abandones».

Decidí no llamar a los Esler. No quería que además de Rosie, Gene, George, Dave, Sonia y Stefan —¡Stefan!—, ellos también supieran que tenía un problema.

Eso me dejaba a Claudia. La mejor psicóloga del mundo.

Esta vez decidió hablar en lugar de escribir cuando la llamé por Skype. Seguía sin tener claro qué determinaba sus preferencias, pero la velocidad de la comunicación oral me permitió explicarle el problema en menos de una hora.

Claudia me facilitó su análisis en cuanto terminé.

—Rosie busca el amor perfecto. Ha idealizado algo que perdió antes de poder entender que el amor nunca es perfecto.

—Demasiado abstracto.

—Su madre murió cuando ella tenía diez años. Aunque su madre, el amor de su madre, sin duda no era perfecto, Rosie no tuvo la oportunidad de averiguarlo. De modo que se puso a buscar al padre perfecto, que tampoco existe, desde luego, y entonces encontró un marido perfecto.

—Pero yo no soy perfecto.

—A tu manera, sí. Crees en el amor más que ninguno de nosotros. Contigo no existen los términos medios.

—¿Sugieres que soy incapaz de tratar con conceptos continuos? ¿Que mi cerebro es booleano?

—Nunca engañarías a Rosie con otra, ¿verdad?

—Claro que no.

—¿Por qué?

—No está bien. —Entendí lo que me decía—. A menos que tuviésemos un matrimonio abierto, por supuesto.

—No entremos ahí, Don. Esto va de Rosie y de ti. Y parece que, en algún momento de este primer año, Rosie ha descubierto que eres humano. Olvidas un aniversario, no le lees el pensamiento.

—Es muy improbable que yo olvide una fecha, pero leer el pensamiento no es uno de mis puntos fuertes.

—De modo que ahora se ha embarcado en una nueva búsqueda del amor perfecto.

—Repetición de patrones —aventuré.

—¿De dónde has sacado eso? No, no te molestes en responder. Pero en este caso es válido. Y, por lo que dices, no te ve como parte de ese amor perfecto. Ser como eres funciona a la perfección cuando sólo sois dos, pero no tan bien con el bebé. O eso es lo que cree ahora.

—Porque no soy un padre estándar.

—Es posible. Pero quizá con ser estándar no baste. Su imagen del padre es problemática. Tenía muchos problemas con el suyo, ¿verdad?

—Los problemas con Phil se han resuelto. Son amigos.

Mientras lo decía, recordé la observación de Gene sobre los problemas de la infancia.

—Eso no cambia el pasado. No cambia su subconsciente.

—Entonces, ¿qué hago?

—Esa es siempre la parte difícil. —Yo estaba llegando ya a la conclusión de que los investigadores en psicología tendrían que prestar más atención a la resolución de problemas—. Seguir trabajando en tu paternidad. Quizá intentar hablar del asunto con Rosie. Pero no en los términos que he usado, por supuesto.

—¿Cómo voy a hablar con Rosie sin usar los términos que tú has usado para explicarlo? —Sería como intentar explicar la genética sin mencionar el ADN.

—Ahí está la cuestión. Tal vez tengas que seguir esforzándote y hacerle saber que tu compromiso es firme.

«Tienes un problema». «No abandones».

—Y... ¿Don?

Esperé a que Claudia acabara la frase.

—Preferiría que no le contases nada a Gene, pero estoy viendo a alguien. Mantengo una relación con un nuevo hombre. Creo que ya es hora de que deje de preocuparte que Gene y yo nos reconciliemos.

La conversación parecía haber concluido, por lo que desconecté. Obviamente, Claudia no había terminado.

«Buena suerte, Don. Ya nos has sorprendido mucho a todos».

Luego:

«Creo que conoces al nuevo hombre de mi vida. Simon Lefebvre, el director del Instituto de Investigaciones Médicas».

La fase de recogida de datos del Proyecto de las Madres Lesbianas se había completado, y yo había examinado el borrador inicial. B3, la enfermera amable, me había enviado los datos sin analizar que le había solicitado para elaborar mi propio análisis. Los resultados eran fascinantes, y sin duda una contribución sumamente útil al tema de estudio. El artículo podía mejorarse de incontables maneras, y envié mis notas a B2. No respondió, pero B1 exigió una reunión con el decano, quien me invitó a su vez.

—Don pide que incluyamos datos recogidos antes de que se establecieran adecuadamente los protocolos. Eso desvirtúa los resultados.

—Son los datos más interesantes —expliqué—. Establecen que ninguna de las madres eleva los niveles de oxitocina del bebé mediante rituales lúdicos.

—Eso se debe a que los rituales lúdicos originales estaban sesgados por una perspectiva masculina. Las cuidadoras no se sentían cómodas y los bebés lo notaban. Tuvimos que hacerlos más apropiados para las mujeres.

—Eso los clasificaría como «caricias» —objeté.

—No lo has visto. No estabas presente.

La segunda parte era verdad. Los correos electrónicos en que se comunicaban los horarios programados no me habían llegado, y los técnicos con los que contacté no habían localizado el problema, pese a múltiples y cada vez más numerosos seguimientos. Afortunadamente, B3 había encontrado una solución más eficaz.

—Sí los he visto. Me han facilitado los vídeos —repuse.

—¿Quién...?

—¿Eso importa? —preguntó David—. Es evidente que Don tenía y tiene derecho a ver los vídeos.

—Él no está capacitado para determinar la diferencia entre juego y caricias.

—Coincido —dije yo—. Por eso envié los vídeos a expertos para que los analizaran.

—¿A quién? ¿A quién has enviado los vídeos?

—A los investigadores originales de Israel, como es lógico. Han confirmado que el segundo protocolo debería clasificarse como «caricias». Por consiguiente, vuestra investigación determina que la cuidadora secundaria, si es mujer, estimula la producción de oxitocina en el bebé mediante caricias, no mediante el juego. Lo que difiere claramente de los resultados en que el cuidador secundario es un hombre. Es sumamente interesante.

Parecía que B1 no había entendido lo que le decía, porque se quedó quieta con una expresión que diagnosticué provisionalmente como de furia. Decidí hacer algunas aclaraciones.

—Y, por tanto, sumamente publicable. El investigador con quien hablé por Skype estaba interesadísimo.

—Lo que Don ha hecho no es ético —afirmó B1—. Ha mostrado nuestros resultados a otros investigadores.

—Inocente, tal vez. Pero totalmente ético. Esta es la facultad de Medicina de Columbia, abierta a cooperar con investigadores de todo el mundo. Don tiene nuestro apoyo.

Cuando B1 se marchó, el decano me felicitó por mi persistencia.

—Han intentado excluirte, Don. Creo que la mayoría de los investigadores se hubiesen dado por vencidos. Rechazar un «no» por respuesta nos ha dado resultados excelentes.

Las temperaturas habían bajado, como era habitual a finales de diciembre. El diagrama de Bud ya abarcaba cuatro azulejos. A las veintinueve semanas, con los servicios médicos disponibles en la ciudad de Nueva York, Bud probablemente ya podría sobrevivir en el mundo exterior.

Nuestro matrimonio, en cambio, sobrevivía en modo piso compartido.

Rosie había invitado a casa a su grupo de estudio para celebrar el fin de las clases

antes de los exámenes, así como el aplazamiento temporal de sus estudios.

—Seguramente será la última vez que los vea. No tenemos mucho en común; además, casi todos son más jóvenes que yo.

—Sólo unos años. Son adultos.

—Por poco. Y no están para bebés y cosas así. Pero bueno, si tú y Gene queréis salir con Dave...

—Anoche ya hicimos una salida de chicos. Dave recibe críticas por prestar poca atención a Sonia, y además tiene papeleo pendiente. Gene tiene una cita con Inge.

—Una cita.

—Correcto.

Era inútil usar un término menos preciso. Gene había confesado que estaba enamorado de Inge. George había dicho que la diferencia de edad era irrelevante, y Dave no había opinado. El visado de Gene le permitía quedarse en Estados Unidos un mes de vacaciones tras acabar el período sabático, y pensaba invertir ese tiempo en buscar un empleo permanente en Nueva York.

—¿Y qué me dices de George?

Rosie seguía sin conocerlo.

La persistente sugerencia de alternativas me llevó a una conclusión inevitable. Al parecer, había aprendido algo del Proyecto de las Madres Lesbianas:

—¿No quieres que me quede aquí?

—Es mi grupo de estudio.

—Y también es mi casa. En esta ocasión, el grupo de estudio se reúne con fines sociales. Soy tu pareja. ¿Otras personas vendrán acompañadas de sus parejas?

—Puede.

—Excelente. Respondo afirmativamente a tu amable invitación.

El decano se hubiese quedado impresionado.

Gene me facilitó algunas directrices sobre cómo celebrar una fiesta.

—Música alta, luz baja, comida salada, montones de privas. Camisa nueva y tejanos. El calzado deportivo que llevaste a lo del ternero *Dave* si está limpio. No te metas la camisa por dentro del pantalón, y si vas sin afeitar, mejor. Estrecha manos, sirve comida, sirve bebida, y no hagas nada que avergüence a Rosie.

—¿Qué te hace pensar que la avergüenzo?

—Experiencia. Y me lo ha dicho. No directamente, pero intentó que anulara mi cita con Inge para que yo la librara de ti. Pero ni hablar. Esta es la gran noche.

—¿«La gran noche»? ¿Planeas mantener relaciones sexuales con Inge?

—Lo creas o no, hasta ahora ha sido una relación de lo más casta. Pero mi instinto profesional me dice que esta noche es la noche.

Organicé los preparativos de la fiesta. Cuando llegué a casa, Rosie confirmó que todo discurriría según lo planeado.

—¿Por qué tanta bebida? He tenido que firmar la entrega de cinco cajas de alcohol. No podemos permitirnos ese gasto.

—La entrega era gratuita. Y había descuento por la cantidad. Basándome en tu conducta anterior, beberás alcohol en exceso en cuanto Bud haya nacido.

—He pedido a la gente que trajera bebida. Sólo somos estudiantes.

—Yo no —repuse.

—Y, Don, me estoy planteando volver a Australia, ¿recuerdas? Antes de que nazca el bebé. No estaré por aquí para beber lo que sobre.

Había adelantado treinta minutos la charla semanal con mi madre para evitar que coincidiera con la fiesta; asimismo, había decidido mentir para no infligir ningún daño emocional.

—¿Ya ha llegado? —preguntó mi madre.

Le dije la verdad.

—Llegó el jueves.

—Tendrías que haber llamado. Tu padre está como loco con el tema. Costó una fortuna enviarlo. Y Dios sabe lo que se había gastado ya. Se pasó media noche hablando con gente de Corea, ¡nada menos!, y luego llegaron las cajas, tuvo que firmar un montón de documentos sobre patentes y secretos, y, claro, tuvo que leerse todas y cada una de las palabras, letra pequeña incluida... Ya sabes cómo es tu padre, ha trabajado en el proyecto día y noche, Trevor se ha pasado semanas en la tienda sin ayuda... Creo que deberías hablar con él. —Se volvió y gritó—: ¡Jim, es Donald!

La cara de mi padre reemplazó la de mi madre.

—¿Eso es lo que querías? —preguntó.

—Excelente. Perfecto. Increíble. Lo he probado. Cumple todos los requisitos.

Eso también era verdad.

—¿Qué opina Rosie? —preguntó mi madre desde atrás.

—Totalmente satisfecha. Cree que papá es el mejor inventor del mundo.

Eso era mentira: todavía no le había enseñado la cuna a Rosie. Estaba en el armario de Gene. Después del problema del cochecito, consideraba que las probabilidades de que rechazara el proyecto más asombroso de mi padre eran demasiado elevadas.

Los primeros en llegar a la fiesta de estudiantes formaban pareja, lo que reivindicó mi decisión de estar presente. Rosie nos presentó.

—Josh, Rebecca, Don.

Extendí la mano, que ellos estrecharon por turnos.

—Soy la pareja de Rosie —subrayé—. ¿Qué os apetece beber?

—Hemos traído cerveza —dijo Josh.

—Hay cerveza fría en la nevera. Podemos consumirla mientras la vuestra recupera su temperatura óptima.

—Gracias, pero es que hemos traído cerveza inglesa. Trabajé seis meses en un *pub* de Londres. Y le he cogido el gusto.

—Tenemos seis barriles de auténtica *ale*.

—Me tomas el pelo —contestó Josh, riendo.

Le enseñé la cámara refrigerada y tiré una pinta de Crouch Vale Brewers Gold. Pregunté a Rebecca si quería cerveza o prefería un cóctel. Estaba familiarizado con los protocolos sociales, y me sentí muy cómodo mientras le preparaba un Ward 8 y efectuaba algunos trucos con la coctelera.

Llegaron otros invitados. Preparé cócteles según sus especificaciones, y distribuí los pimientos de Padrón y los platos de *edamame*. Rosie interrumpió la música que yo había seleccionado, y la reemplazó por otra más actual. El nivel de ruido se mantuvo elevado, las luces bajas y el consumo de alcohol estable. Los invitados parecían divertirse. La fórmula de Gene funcionaba. Por el momento nada indicaba que yo hubiese avergonzado a nadie.

A las 23.07 horas alguien llamó a la puerta. Era George. En una mano llevaba una botella de vino tinto, y en la otra una guitarra con su funda.

—Venganza, ¿eh? Mira que no dejar dormir a un pobre anciano... ¿Os importa si me apunto?

George era nuestro casero de facto. No parecía sensato negarle la entrada. Lo presenté, cogí el vino y le ofrecí un cóctel. Para cuando volvía con su Martini, todos los invitados estaban sentados y George había empezado a tocar y cantar. ¡Desastre! Era música de los años sesenta, similar a la que Rosie había rechazado al inicio de la velada. Supuse que, en consecuencia, la actuación de George sería inaceptable para los jóvenes.

Me equivocaba. Antes de que se me ocurriera cómo silenciar a George, los invitados estaban dando palmas y cantando con él. Me dediqué a rellenar las copas.

Mientras George tocaba, llegó Gene. Teníamos la casa llena de jóvenes, de los cuales un porcentaje elevado eran mujeres no acompañadas y desinhibidas por el alcohol. Me preocupó que se comportara de forma inapropiada, pero se dirigió directamente a su habitación. Supuse que su libido estaba extenuada.

La fiesta terminó a las 02.35 horas. Uno de los últimos en irse fue una joven que se había presentado como Mai, edad aproximada veinticuatro, IMC aproximado de 20. Hablamos en la cámara de la cerveza, mientras yo seleccionaba un licor para su último cóctel.

—No eres como esperábamos. Para serte sincera, todos creíamos que serías una especie de friqui.

Era un hito notable. Esa noche, al menos en aquel ámbito limitado de interacción social, había logrado convencer a una joven *cool* y a sus colegas estudiantes —pese a sus prejuicios iniciales— de que me encontraba dentro de los límites normales de competencia social. Pero me preocupaba el origen de esa preconcepción.

—¿Cómo llegasteis a la conclusión de que yo era un friqui?

—Pensábamos... bueno, eres la pareja de Rosie, la única persona del planeta que estudia Medicina y hace un doctorado a la vez. Y la forma en que dice lo que piensa, y cómo tenemos que arrastrarla para que venga a cualquier acto social... y luego eso de «Vale, voy a tener un hijo, pero deja que primero acabe esta estadística». Creímos que estaría con alguien parecido, y, en cambio, fíjate, aquí estás tú con este piso, los cócteles, el colega músico y la camisa retro.

Tomó un sorbo de cóctel.

—Está alucinante —dijo—. Perdona que lo pregunte, pero ¿alguien ayuda a Rosie con el tema de las prácticas?

—¿Qué prácticas?

—Lo siento. Me estoy metiendo donde no me llaman. Pero lo hemos comentado con el grupo porque queremos ayudar. Es tan evidente que Rosie utiliza el embarazo para escapar...

—Escapar... ¿de qué?

—Del año de prácticas. Ella quiere especializarse en Psiquiatría, y no tendrá que volver a tocar a un paciente después del año que viene, al menos si consigue que la ayuden a superarlo. Supongo que tuvo algún trauma en la infancia, un accidente de coche o algo así, que hace que la asuste la medicina de Urgencias.

Rosie estaba en el coche el día en que su madre murió y Phil acabó malherido. Parecía razonable que enfrentarse a las heridas de otros estimulase recuerdos traumáticos. Pero ella nunca me había comentado nada.

Inge pidió verme con carácter de urgencia la misma mañana del lunes posterior a la fiesta, y luego me dijo que me invitaba a un café.

—Es que se trata de un asunto personal.

No le veo ninguna lógica a que los temas personales y sociales deban hablarse en la cafetería acompañados de una bebida, y que en cambio los relacionados con la investigación puedan discutirse en ambos entornos, tanto en el laboral como en la cafetería. Pero cambiamos de lugar y adquirimos café para facilitar el inicio de la conversación.

—Tenías razón con Gene. Debería haberte escuchado.

—¿Ha intentado seducirte?

—Peor. Dice que está enamorado de mí.

—¿Y esa emoción no es recíproca?

—Claro que no. Es más viejo que mi padre. Yo lo veía como un mentor, y él me trataba como una igual. Aunque yo nunca hice nada que insinuase... me parece increíble que él lo haya malinterpretado. Y me parece increíble que yo lo haya malinterpretado a él.

Por la noche, llamé a la habitación de Rosie y entré. Esperaba verla trabajando en el ordenador, pero estaba echada en el colchón. No había ningún libro a la vista. La ausencia de distracciones me brindó una oportunidad ideal para mencionar un tema importante.

—Mai me dijo que tenías ciertos problemas con las actividades hospitalarias. Una fobia al contacto con los pacientes. ¿Es eso correcto?

—Joder, ya te lo he dicho, dejo el curso. Las razones no importan.

—Dijiste que lo aplazabas. David Borenstein...

—Que le den a David Borenstein. Lo aplazo. Quién sabe, puede que vuelva, puede que no. Ahora mismo estoy algo ocupada con los exámenes y con tener un hijo.

—Evidentemente, si hay un obstáculo que te impide alcanzar un objetivo, deberías investigar métodos para superarlo.

Comprendía la situación de Rosie y podía ayudarla. Me había enfrentado a una situación similar cuando dejé la informática para empezar a estudiar genética. Descubrí que la repulsión que sentía al tocar animales se incrementaba proporcionalmente con el tamaño del animal. Era irracional, pero lo sentía como instintivo, por lo que me resultaba difícil de superar.

Me sometí a hipnoterapia, aunque atribuí la cura al Incidente del Rescate Felino, en que tuve que salvar al gatito de un compañero de piso, que se había caído al inodoro... Una tarea desagradable por partida doble. Aprendí a crear una separación intelectual de la sensación física en caso de emergencia. Una vez conocida la

configuración cerebral, fui capaz de reproducirla lo suficiente para empezar a diseccionar ratones, incluso para asistir en el parto de un ternero. Estaba seguro de que gracias a eso también podría ayudar en un caso de urgencia médica y que podría instruir a Rosie para que lo aplicase.

Empecé a explicárselo, pero me interrumpió.

—Olvídalo, por favor. Si realmente quisiera hacerlo, lo superaría. Pero no estoy lo bastante interesada.

—¿Quieres ir al teatro? ¿Esta noche?

—¿Qué obra?

—Es una sorpresa.

—Así que no has comprado entradas. ¿No tienes nada... programado?

—Sí, había programado una obra. Para los dos. Como pareja.

—Lo siento, Don.

Luego vi a Gene. También estaba en su habitación, echado en la cama. Nuestro entorno doméstico estaba colectivamente deprimido.

—No digas nada —me soltó—. Inge te lo ha contado, ¿verdad?

Gene me había pedido que no hablase, pero luego me había formulado una pregunta que exigía que respondiese. Decidí que la última petición anulaba la primera.

—Correcto.

—Dios, ¿cómo podré mirarla a la cara? He sido un completo idiota.

—Correcto. Afortunadamente, Inge tampoco ha percibido que tus interacciones con ella tenían como objetivo la seducción. Recomendando...

—Vale, Don, no necesito consejos de urbanidad.

—Incorrecto. Tengo una inmensa experiencia en manejar la vergüenza resultante de ser insensible con las emociones de los demás. Soy un experto. Recomendando una disculpa y la admisión de que eres torpe. A ella le he recomendado que se disculpe por no dejar clara su postura. Está avergonzada en grado similar. Nadie más lo sabe salvo yo.

—Gracias. Te lo agradezco.

—¿Quieres ir al teatro? Tengo entradas.

—No, creo que me quedaré en casa.

—Mala decisión. Deberías acompañarme al teatro. De lo contrario, reflexionarás una y otra vez sobre tu error, pero el progreso será nulo.

—De acuerdo. ¿A qué hora?

Don Tillman. Asesor.

Antes de marcharme, le preparé la cena a Rosie y dejé dos platos en la nevera para cuando volviésemos Gene y yo. Tuve un leve percance con el plástico de envolver, debido al mal diseño del dispensador. Rosie se levantó de la mesa y sacó una nueva

lámina.

—Me parece increíble que ni siquiera puedas usar el papel film. ¿Cómo vas a poner un pañal? ¿No puedes ser normal en algo? —Se volvió. Gene había llegado de su dormitorio—. Lo siento, no quería decir eso. Olvida lo que he dicho. Es que a veces me frustro porque lo haces todo de forma distinta.

—No es cierto —repuso Gene—. Don no es el único hombre que tiene problemas con el plástico de envolver. O con encontrar cosas en la nevera. Recuerdo que, en Melbourne, tu amigo Stefan se puso histérico porque alguien robaba el azúcar del armario de los cafés. La pataleta le duró cinco minutos, y cuando terminó, la mitad del departamento estaba allí, delante del azucarero, mirándolo.

—¿Y qué tiene que ver Stefan con esto? —dijo Rosie.

«¿Queréis Rosie o tú hacer un turno?».

Era Jamie-Paul, la noche siguiente; me había enviado un mensaje desde el bar de vinos que antes había sido una coctelería.

«¿Wineman me ha perdonado?».

«¿Quién es Wineman? Héctor se ha ido».

Rosie se ofreció a acompañarme, pero Jamie-Paul había dicho «Rosie o tú», lo que interpreté, según el uso común de la lengua, como una disyunción exclusiva.

Ya no era lo mismo, en parte debido a la ausencia de Rosie, pero Jamie-Paul me dijo que empezaban a volver los antiguos clientes y que pedían cócteles. A Wineman lo habían despedido después de un incidente en el que nadie fue capaz de prepararle un *whisky sour* satisfactorio al hermano del dueño. Faltaban sólo quince días para Navidad, y el bar estaba concurrido; de ahí que necesitaran mis servicios. Dejé la cena lista para Rosie y Gene.

Preparar cócteles me proporcionó una sensación muy agradable; increíblemente agradable. Me sentí competente, y los clientes apreciaron mi competencia. A nadie le importaban mis opiniones sobre la oxitocina o las parejas homosexuales que criaban bebés, ni mi capacidad para intuir lo que sentían, ni mi pericia para manipular el plástico de envolver. Me quedé cuando terminé el turno, y seguí trabajando sin cobrar hasta que cerró el bar y pude volver, andando en la nieve, a un piso vacío en sentido virtual, debido a que sus ocupantes dormían.

La cosa no fue exactamente según lo planeado. Mientras escribía una nota para advertir a Rosie y a Gene que no me despertasen antes de las 09.17 horas, Rosie abrió la puerta de su habitación. Su silueta estaba claramente modificada. Sentí algo que fui incapaz de nombrar: una combinación de amor y angustia.

—Llegas muy tarde. Te hemos echado de menos, pero Gene ha estado muy amable. Son momentos difíciles para todos.

Me besó en la mejilla, para completar el conjunto de mensajes contradictorios.

Se me presentaba la oportunidad de compensar la falta de asistencia a las dos ecografías.

Impartían la clase de preparación al parto en el mismo hospital donde Rosie daría a luz. Estaba decidido a acompañarla y a comportarme de forma satisfactoria. Debía tomar como ejemplo el Curso de los Buenos Padres, del que me había graduado tras asistir a sólo una sesión.

Dave ya había ido a una clase de preparación.

—Es más que nada para los padres: qué esperar, cómo apoyar a tu pareja, esas cosas. Las mujeres ya están al corriente de todo. Los tíos hacen el ridículo y avergüenzan a sus mujeres con lo poco que saben.

Yo no avergonzaría a Rosie.

—Sólo lo hago porque es parte del paquete —afirmó Rosie mientras nos desplazábamos en metro al hospital—. He estado a punto de no presentarme, a ver qué pasa. ¿Qué van a hacer si no? ¿No dejarme parir? Además, ni siquiera estoy segura de que vaya a tenerlo aquí.

—No es sensato correr riesgos en un asunto tan fundamental.

—Ya, bueno. Pero, como te he dicho, no hacía falta que me acompañaras. Sería discriminatorio para las madres solteras que la asistencia de los padres fuese obligatoria.

—Se espera la presencia de la pareja —dije—. Proporcionan a los padres conocimientos acerca de qué esperar en un entorno positivo, ameno y no intimidatorio.

—Gracias; lo de «no intimidatorio» está muy bien. No me gustaría ver una exhibición de kárate.

La afirmación de Rosie estaba totalmente injustificada, pues ella desconocía las dos ocasiones en que había usado las artes marciales como autodefensa razonable en Nueva York. Probablemente se refería al Incidente Chaqueta de nuestra primera cita, y confirmaba su reciente memoria selectiva para sucesos que me dejaban mal, ya que aquel incidente la había divertido y luego me había acompañado a casa.

En el vestíbulo había una tetera, una selección de bebidas instantáneas de baja calidad —entre ellas, varias con cafeína—, y galletas que, sin duda, no estaban en la lista de alimentos saludables para el embarazo. Llegamos con tres minutos de adelanto, pero ya había unas dieciocho personas en la sala. Todas las mujeres se encontraban en diferentes fases del embarazo. No vi como segundo cuidador a ninguna pareja lesbiana.

Un grupo formado por tres personas se presentó: eran dos mujeres embarazadas y

un hombre. Las mujeres se llamaban Madison (edad aproximada, treinta y ocho; IMC no estimable debido al embarazo, pero probablemente bajo en condiciones normales) y Delancey (edad aproximada, veintitrés; IMC probablemente por encima de 28 en condiciones normales). Señalé que tanto Madison como Delancey eran nombres de calles de Nueva York. Mi cerebro trabajaba a su máxima eficiencia, por lo que reparaba en la repetición de patrones interesantes. El hombre, que era el marido de Madison y tendría unos cincuenta años, IMC también de 28, se llamaba Bill.

—También hay una calle llamada William —apunté.

—Eso ya lo sabía —dijo Bill, razonablemente—. ¿Ya habéis decidido el nombre para vuestro niño o niña?

—Todavía no —se anticipó Rosie—. Ni siquiera hemos hablado de eso.

—Pues qué suerte; nosotros no hablamos de otra cosa —comentó Bill.

—¿Y tú? —le preguntó Rosie a Delancey.

—Madison y yo hablamos bastante del asunto, pero sé que es una niña y quiero que se llame Rosa, como mi madre. Que también fue madre soltera.

Repetición de patrones.

Rosa era un nombre parecido a Rosie. En caso de apellidarse Jarmine, sería un anagrama de «Rosie Jarman»; si se apellidaba Mentilli, sería un anagrama de «Rosie Tillman», algo que sólo tendría interés si Rosie hubiese adoptado mi apellido al casarnos.

—Recomiendo evitar un nombre asociado a tu etnia. Para reducir prejuicios —comenté.

—Creo que a lo mejor eres tú el que lleva sus prejuicios auestas —dijo Madison—. Esto es Nueva York, no Alabama.

—El estudio sobre la discriminación en las solicitudes de empleo de Bertrand y Mullainathan se basaba en datos de Boston y Chicago. Me parece poco sensato arriesgarse.

Se me ocurrió otra idea.

—Podrías llamar a tu hija Wilma. Una combinación de William y Madison.

—Es un nombre que siempre vuelve a ponerse de moda... desde tiempos prehistóricos. ¿Qué opinas, Mad? —preguntó Bill. Reía. Yo estaba actuando bien, ¡hiperbién!, socialmente hablando.

—¿Y de qué os conocéis Madison y tú? —preguntó Rosie a Delancey.

Madison respondió por ella:

—Delancey es mi mejor amiga. Y nuestra asistenta.

Parecía una relación de lo más eficiente. Consideré interesante que las dos primeras letras de «Madison», sumadas a las dos primeras de «Delancey», formaran la palabra *made*, que se pronunciaba igual que *maid*, «criada» en inglés. Que a su vez era un anagrama de *Dame*, título aristocrático que guardaba relación con el papel de Madison en la relación. Y también de «edam», que es un tipo de queso, o de *mead*, que significa «hidromiel» en inglés. Sería interesante crear una comida en que todos

los alimentos se acompañasen de bebidas que fuesen sus anagramas.

La llegada tardía de la convocante interrumpió mi aceleración mental. Antes de que pudieran distraerla sus tareas docentes, la informé, con cierto detalle, del problema del *catering*.

Rosie me interrumpió.

—Creo que ya ha captado el mensaje, Don.

—Me alegro de que haya un papá que conozca cuál es la nutrición adecuada durante el embarazo. La mayoría no tiene ni idea.

Se llamaba Heidi (edad aproximada, cincuenta, IMC de 26) y parecía muy simpática.

La parte didáctica empezó con presentaciones, a las que siguió un vídeo de partos reales. Me trasladé a la primera fila cuando un alumno abandonó su asiento y se marchó apresuradamente. Ya había visto en Internet numerosos vídeos sobre las situaciones y complicaciones más habituales, pero la pantalla grande sin duda tenía sus ventajas.

Al terminar, mientras se acercaba a la pizarra blanca del rincón, Heidi dijo:

—¿Alguna pregunta?

Recordé la recomendación de Jack y de entrada cerré el pico para dar una oportunidad a los demás.

La primera pregunta la formuló una mujer, que se identificó como Maya.

—Si el bebé se presenta de nalgas, ¿normalmente no harían una cesárea?

—En efecto, pero en este caso supongo que el parto ya estaba muy avanzado y era demasiado tarde. Por suerte, como hemos visto, al final todo salió bien.

—Me han dicho que me harán una cesárea si el bebé no cambia de posición. Y yo quería un parto natural.

—Verás, cuando el bebé viene de nalgas, el parto natural presenta ciertos factores de riesgo.

—¿De cuánto riesgo?

—No puedo darte todas las cifras y los datos...

Afortunadamente, yo sí. Me dirigí a la pizarra y, usando los rotuladores negros y rojos, le mostré que en un parto de nalgas el cordón umbilical podía aplastarse, a lo que añadí un desglose de los factores que contribuían a la decisión de realizar una cesárea. Heidi permaneció a mi lado con la boca abierta.

Maya esperaba su tercer hijo, por lo que el riesgo se reducía.

—Tu pelvis y tu vagina ya están bien cedidas.

—Gracias por compartir esa información, tío —dijo el marido de Maya.

Cuando terminé, todos aplaudieron.

—Supongo que eres ginecólogo —comentó Heidi.

—No, sólo un padre que reconoce el papel valioso y satisfactorio que puede desempeñar en el embarazo.

Se echó a reír.

—Eres un ejemplo para todos nosotros.

Esperaba que Rosie, sentada al fondo, lo hubiese oído.

Tratamos varios temas que, en su mayor parte, pude ampliar. Era consciente del consejo de Jack, pero yo parecía ser el único entendido en la sala, aparte de Heidi. Tenía la impresión de que todo iba muy bien. A continuación hablamos de la lactancia materna, sobre la que yo había extendido mi investigación a otras fuentes, además de El Libro.

—No siempre será fácil, y vosotros, los padres, tendréis que apoyar la elección de vuestras parejas de dar el pecho —dijo Heidi.

—O no —añadí, pues la palabra «elección» implica una alternativa.

—Estoy segura de que reconoces, Don, que la lactancia materna es siempre la primera opción.

—No siempre. Hay numerosos factores que pueden influir en esa decisión. Recomendando la utilización de una hoja de cálculo.

—La inmunidad que la lactancia materna proporciona al lactante es un factor importantísimo. Se necesita una razón de mucho peso para negar a nuestro hijo el mejor sistema inmunitario posible.

—Coincido —observé.

—Pues sigamos —dijo Heidi.

Pero ¡se había olvidado un factor fundamental!

—La máxima inmunidad se consigue cuando las madres comparten sus lactantes. En el entorno ancestral, las madres se intercambiaban los hijos para amamantarlos. — Señalé a las Mujeres Calle—. Madison y Delancey, por ejemplo, son muy buenas amigas, viven en la misma casa y sus hijos nacerán casi a la vez. Evidentemente, deberían coamamantar al bebé de la otra. Con el fin de crear los mejores sistemas inmunitarios posibles.

Seguí la discusión con Rosie en el tren, de vuelta a casa. Pensándolo en retrospectiva, probablemente más que una discusión fue lo que Rosie llamaría un «sermón», pues fui yo quien hizo todas las aportaciones.

—Se sabe que los pezones agrietados causan un dolor espantoso, pero se espera que las madres sigan amamantando a sus hijos para mejorar su sistema inmunitario. Sin embargo, una mera convención social, una convención social elaborada artificialmente sin apenas lógica que la justifique, es suficiente para evitar una simple extensión que...

—Por favor, Don, cállate —dijo Rosie.

Se disculpó poco después, mientras caminábamos hacia casa desde el metro.

—Siento haberte dicho que te callases. Sé que eres así y que no puedes evitarlo. Pero me has hecho pasar tanta vergüenza...

—Dave ya pronosticó vergüenza. Es normal.

Pero era consciente de que posiblemente ninguno de los padres de la clase de Dave había sido el catalizador de la ruptura pública de dos mejores amigas y de su

relación laboral, así como de una discusión desestructurada que incluyó a la mayoría de los participantes, donde se incumplió la promesa de que las clases no serían «intimidatorias».

—Sigue jugando —me había dicho Dave.

Para continuar con su analogía del béisbol, corría peligro de que me sacaran de la alineación de inmediato. Necesitaba la ayuda del entrenador: mi terapeuta.

—No soy tu terapeuta, Don.

Intercepté a Lydia cuando salía de la clínica tras terminar su jornada. No había logrado que me diesen hora de visita, y detecté obstrucción. Rechazó mi oferta de café e insistió en volver arriba, a su despacho. Yo había ido solo.

Se lo conté todo, excluyendo la sustitución Rosie-Sonia. O, para expresarme con más precisión: planeaba contárselo todo, pero la descripción de la Bronca de la Preparación al Parto, que inicié en respuesta a su pregunta «¿Qué te ha traído aquí?», duró treinta y nueve minutos, y no había terminado cuando me interrumpió. ¡Se reía! Era imposible imaginar a Lydia riendo, pero ahora lo hacía, y de forma inapropiada, de una situación que había llevado a mi matrimonio al borde del desastre.

—Oh, Dios, esos fanáticos de la lactancia materna. Mujeres cuyas criadas son sus mejores amigas... ¿Sabes qué diría David Sedaris, el cómico? «Ninguna de esas mujeres tiene como mejor amiga a la criada de otra».

Era una observación interesante, pero sin duda de ninguna utilidad para resolver mi problema.

—Veamos —siguió Lydia—, no empezamos lo que se dice muy bien, nosotros dos, en parte por culpa mía. Sí que hacen falta personas como tú. Tienes que saber que di el visto bueno a la policía después de la primera sesión. El único niño para el que representas un peligro es el tuyo.

Me quedé perplejo.

—¿Soy un peligro para mi propio hijo?

—Creí que existía ese riesgo. Por eso utilicé el expediente policial para volver a verte. Denúnciame si quieres, pero lo hice por una buena razón, y ahora has vuelto aquí voluntariamente. —Miró el reloj—. ¿Te apetece un café?

Ante tan inesperada propuesta, a punto estuve de rechazarla, pasando por alto la convención social. Lydia quería continuar la conversación.

—Sí, gracias.

Salió y volvió con dos cafés.

—Oficialmente, ya he terminado por hoy. Desde hace una hora. Pero quiero contarte algo que quizá te ayude a explicar ciertas cosas.

Lydia tomó un sorbo de café y yo hice lo mismo. Era de una calidad similar a la que esperaba de una cafetería universitaria. Me lo bebí igualmente, y Lydia siguió con su explicación.

—Hace un año perdí a una paciente. Sufría psicosis posparto. ¿Sabes qué es?

—Por supuesto. Un parto de cada seiscientos. Frecuentemente sin historial previo. Más habitual en las *primagravidae*. «Primerizas» —especifiqué.

—Gracias por la aclaración, doctor. La perdí a ella y al bebé. Mató al pequeño y se suicidó.

—¿No diagnosticaste la psicosis?

—No la vi. El marido no informó de nada extraño. Era... insensible, tan insensible que no se dio cuenta de que su mujer estaba psicótica.

—¿Y tú me considerabas capaz de semejante insensibilidad?

—Sé que intentas hacer lo que toca. Pero creí que Rosie podría sufrir depresión, y que tal vez tú ni te darías cuenta.

—La depresión posparto se da entre el diez y el catorce por ciento de las madres. Pero soy experto en aplicar la Escala Edimburgo de Depresión Posparto.

—¿Completó el cuestionario?

—Le hice las preguntas.

—Créeme, Don, no eres un experto. Pero he conocido a Rosie. Es muy fuerte, posiblemente como resultado de su infancia y su juventud italianas. Y te conoce muy bien. Es evidente que te quiere, los estudios de Medicina le proporcionan una meta y estructura, ha superado los problemas familiares, tiene una buena red de amistades...

Tardé un momento en recordar que se refería a Sonia.

—¿Y si no estudiase? ¿Y si no tuviese amigos? ¿Y si no me quisiera? Aun así, el apoyo de un marido insensible sería mejor que nada.

Lydia se terminó el café y se levantó.

—Por suerte, tú no te encuentras en esa situación. Pero, paradójicamente, un marido así es peor que no tener apoyo; puede impedir que la mujer se decida a tomar medidas por su cuenta. En mi opinión, y hay estudios que lo corroboran, estaría mejor sin él.

Pasé el día siguiente solo, intentando solucionar el problema generado por las observaciones de Lydia. Empecé una investigación complementaria sobre los atributos aconsejables en un padre.

«No violencia» ocupaba el primer puesto de la lista. Mis acciones me habían llevado a un arresto y a que me derivaran a un curso antiviolencia. Mis crisis eran prácticamente indistinguibles de los estallidos de cólera de los que había hablado Jack *el Motero*. No me consideraba una amenaza para los demás, pero suponía que muchas personas violentas harían la misma autoevaluación.

«Consumo de drogas, ausencia de»: mi consumo de alcohol, ya situado en los niveles diarios permitidos más elevados que había logrado encontrar, había aumentado de forma significativa durante el embarazo. Era, sin duda, una respuesta al estrés. Jack *el Motero* tenía razón: probablemente ese aspecto me hacía más vulnerable a las crisis.

«Estabilidad emocional»: una palabra, «crisis».

«Sensibilidad a las necesidades del niño»: una palabra, «empatía». Mi punto más débil como ser humano.

«Sensibilidad a las necesidades emocionales de la pareja»: véase punto anterior.

«Capacidad reflexiva»: como científico probablemente era buena, pero el hecho de no haber conseguido encontrar una solución al problema de mi relación sugería que tenía dificultades para aplicarla al entorno doméstico.

«Apoyo social»: era el único punto favorable de la, por lo demás, desastrosa lista de deficiencias. Mi familia estaba en Australia, pero tenía la suerte de contar con el increíble apoyo de Gene, Dave, George, Sonia, Claudia y el decano. Y, por supuesto, contaba con la ayuda profesional de Lydia.

La «sinceridad» no estaba incluida en la lista, aunque obviamente era un atributo aconsejable. Una vez resuelto, esperaba poder contarle a Rosie el Incidente del Parque Infantil. Aun así, era un ejemplo de conducta extravagante, y la conducta extravagante ya no era aceptable.

Confeccioné una hoja de cálculo. Evidenció de inmediato que los puntos negativos superaban los positivos. Como padre potencial era claramente inadecuado, y cada vez se hacía más incuestionable mi papel superfluo en mi función de pareja.

Investigaciones posteriores me confirmaron que no era infrecuente que las parejas rompiesen durante el embarazo o poco después del parto. La atención de la mujer se volvía de forma natural hacia el bebé, a expensas de la pareja. O bien el hombre quería evitar la responsabilidad de la paternidad. Era evidente que, en nuestro caso, había sucedido lo primero. Y aunque yo deseaba asumir las responsabilidades de la paternidad, tanto una terapeuta profesional como mi esposa, y ahora mi propia autoevaluación, me habían calificado de «incapaz».

La investigación me proporcionó también algunas directrices sobre la separación:

los mejores resultados se conseguían más con una acción rápida y terminante que con una discusión prolongada. Eso encajaba con el fin de la relación sentimental en las dos películas que había visto durante el Proyecto Esposa: *Casablanca* y *Los puentes de Madison*. Preparé, siguiendo el modelo de tales largometrajes, un breve discurso de nueve páginas en el que ilustraba la situación y su inevitable conclusión. Fue una tarea emocionalmente dolorosa, pero el proceso de redactar el argumento me ayudó a aclarar las ideas.

Regresé a casa haciendo *jogging* y, con el discurso ya preparado, me permití sumirme en divagaciones. Había estado casado con Rosie dieciséis meses y tres días. Enamorarme de ella había sido el mejor acontecimiento y el único de mi vida. Me había esforzado todo lo posible para que la situación perdurara, pero —como Dave con Sonia— siempre sospeché que se había producido alguna especie de error cósmico que acabaría por descubrirse y me devolvería a la soledad. Justo lo que había ocurrido.

El culpable, desde luego, no era el cosmos, sino mis propias limitaciones. Simplemente había malinterpretado demasiadas cosas, y los daños se habían ido acumulando.

Había salido temprano del trabajo para llegar a casa antes que Gene. Una vez más, Rosie estaba en el colchón, leyendo una novela romántica predecible, como las que leía mi tía. La había hecho tan infeliz que buscaba consuelo en la fantasía.

Empecé mi discurso.

—Rosie, es evidente que las cosas entre nosotros no funcionan. Hay ciertos errores...

Me interrumpió.

—No digas nada más. No me hables de errores. Fui yo la que se quedó embarazada sin hablarlo contigo. Creo que sé lo que vas a decir. He estado pensando lo mismo. Soy consciente de cuánto te has esforzado, pero esta relación siempre ha sido la de dos personas independientes que se divertían juntas, no la de una familia convencional.

—Entonces, ¿por qué te quedaste embarazada?

—Supongo que tener un hijo es muy importante para mí y fantaseé con la idea de que podíamos ser padres, juntos. No reflexioné.

Rosie habló más, pero mi capacidad para procesar un discurso, sobre todo uno sobre emociones, se vio mermada por mis propios sentimientos. Comprendí que había esperado que Rosie discrepara, incluso quizá que se burlara de algún error en mi razonamiento, y que las cosas volviesen a la normalidad.

Finalmente, ella me preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

—Dijiste que regresarías a Australia —señalé—. Evidentemente, proporcionaré apoyo económico a Bud según lo estipulado.

—Me refiero a ahora. ¿Puedo quedarme aquí?

—Por supuesto.

No iba a convertir a Rosie en una sin techo. Su única amiga íntima en Nueva York era Judy Esler, y no quería que los Esler se enterasen aún de la separación. Todavía albergaba la esperanza irracional de que el problema podía solucionarse.

—Me quedaré con Dave y Sonia. Provisionalmente —añadí.

—No será por mucho tiempo. Reservaré un billete de vuelta, antes de que no me dejen volar.

Rosie insistió en que era demasiado tarde para ir a casa de Dave, por lo que me quedé a dormir en el piso. Me despertó, bien entrada la noche, su ritual nocturno del chocolate caliente y la visita al baño. La puerta estaba abierta y, a la luz de la sala, nunca oscura del todo, Rosie tenía un aspecto interesante, de una forma sumamente positiva. Su silueta había cambiado más aún, y me decepcionó no haber podido hacer un seguimiento pormenorizado de esos cambios con un contacto más próximo.

Rosie regresaba a casa. Yo me alojaría unos días con Dave y Sonia; luego volvería a este piso, solo. Quizá, en algún momento, también yo regresaría a Australia. No cambiaría gran cosa. No me interesa particularmente mi entorno físico. Me gustaba el trabajo en Columbia, con David Borenstein, Inge, el Equipo B y, al menos provisionalmente, Gene.

En algún lugar del mundo tendría un hijo, pero mi función no diferiría demasiado de la de un donante de espermatozoides. Enviaría dinero para ayudar a Rosie con los gastos, y quizá retomase mi trabajo a media jornada en la coctelería para aumentar mis ingresos y el contacto social. Incluso en una ciudad como Nueva York, era capaz de vivir eficazmente. Mi vida retrocedería a como había sido antes de Rosie. Tal vez sería algo mejor por los cambios que ella había estimulado en mí y por las nuevas formas que tenía de percibir la realidad. Sin duda, sería peor porque sabría que antes había sido mejor.

Rosie se acostó a mi lado en la cama, sin hablar. Se movía de forma distinta; debido al peso adicional de Bud y a su sistema de apoyo, se inclinaba hacia atrás para aprovechar la tercera vértebra con forma de cuña que las humanas tienen para dicho propósito. Me pareció que debía pedirme permiso, pues a mí no se me habría ocurrido acostarme en su cama desde que la reubicamos en el estudio. Pero no pensaba poner objeciones.

Me abrazó, y deseé haber congelado una reserva de *muffins* de arándanos. Para mi sorpresa, los acostumbrados rituales preliminares no fueron necesarios.

Por la mañana, dormí hasta bien pasada mi hora automática de despertar. Rosie seguía allí. Llegaría tarde a su seminario del sábado por la mañana.

—No tienes que irte —me dijo.

Analiqué la frase. Me daba una alternativa. Pero no sugería un cambio en sus planes de volver a Australia. Ni tampoco decía: «Quiero que te quedes».

Hice la maleta y, tras elaborar durante una hora un fiel dibujo de Bud en el Azulejo 31, cogí el metro para ir a casa de Dave.

Cuando Sonia regresó después de visitar a sus padres, quiso que Dave me llevase de vuelta a mi piso. Inmediatamente. Dave ya me había ayudado a instalarme en su despacho, que también era el dormitorio de su bebé en construcción, cuya llegada estaba prevista para al cabo de diez días.

—Está embarazada. Todos tenemos altibajos, ¿verdad, Dave? —insistió Sonia. Se volvió hacia mí—. No puedes abandonarla sin más sólo porque os hayáis peleado. Que la relación funcione es tu responsabilidad.

Comprobé la expresión de Dave. Parecía sorprendido. Cualquier psicólogo, Rosie incluida, habría coincidido en que conseguir que una relación funcionase era una responsabilidad conjunta.

—No nos hemos peleado. He visto a una terapeuta. Es evidente que ejerzo una influencia negativa en Rosie. Ella vuelve a Australia. Allí tendrá el apoyo adecuado.

—¡Tú eres el apoyo adecuado!

—Soy inadecuado para la paternidad.

—Dave. Saca el coche y acompaña a Don a casa. Ayúdalo a solucionar esto.

Eran las 19.08 horas cuando volví al piso. Gene ya estaba allí, pues su vida social con Inge había terminado.

—¿Dónde te habías metido? No respondías al teléfono —dijo Gene.

—Está en mi bolsa. En casa de Dave. Ahora vivo con Dave.

—¿Dónde está Rosie?

—Suponía que estaba aquí. Los sábados suele volver a casa antes de las trece horas.

Le expliqué la situación. Gene coincidió con Sonia en que debía poner en práctica alguna forma de reconciliación.

—He intentado que la relación funcione —contesté—. Creo que Rosie también. El problema es intrínseco a mi personalidad.

—Lleva a tu hijo a bordo, Don. No puedes huir de eso.

—Según tu teoría, las mujeres buscan los mejores genes del padre biológico, pero la decisión de si quieren que este cuide del niño la toman aparte.

—Para el carro, Don. Como le dije a Dave, eso es sólo teoría. La prioridad ahora es encontrar a Rosie. Estará en algún bar, ahogando sus penas.

—¿Crees que estará bebiendo alcohol?

—¿Tú no lo harías?

—Yo no estoy embarazado.

Si Gene estaba en lo cierto, aquello era una emergencia. Quizá Rosie había dejado alguna pista en su estudio.

Entré. El ordenador estaba encendido y había un mensaje de Skype en la pantalla.

De una persona cuyo nombre en Skype era 34, zona horaria Melbourne, Australia.

«Te he dicho que podías contar conmigo. Sé fuerte. Te quiero».

¡«Te quiero»! Abrí la aplicación y miré la conversación previa.

«Todo se ha ido a la mierda. Don y yo hemos terminado».

«¿Estás segura?».

«¿Seguro que puedo ir a tu casa? ¿Con un bebé y demás?».

Rosie entró. No parecía borracha.

—Hola, Dave. ¿Qué haces en mi habitación, Don?

Lo que estaba haciendo era evidente.

—¿Hay otro hombre? —pregunté.

—Ya que lo preguntas, sí. —Nos dio la espalda a Dave y a mí y se puso a mirar por la ventana—. Dice que me quiere. Y creo que siento lo mismo por él. Perdona, pero me lo has preguntado.

Repetición de patrones. La madre de Rosie se había acostado con un hombre, pero se había casado con otro que siguió siéndole fiel, pese a que ambos creían que Rosie era hija del primero. Rosie me había engañado como yo había engañado a Rosie. Y por la misma razón, sin duda: para no causar estrés en el otro.

Dave me llevó de vuelta a su piso. Había oído la conversación. A ninguno de los dos se nos ocurría qué decir. Aunque lo que acababa de oír era totalmente plausible (y posiblemente inevitable), estaba estupefacto. Sabía sin lugar a dudas quién era el otro hombre: Stefan, el compañero de estudios de Rosie convencionalmente atractivo que la había cortejado en Melbourne antes de que nos emparejásemos. Tenía treinta y dos años cuando lo conocí, por tanto ahora tendría treinta y cuatro. Rosie lo había preferido a mí para que la ayudase con la estadística. Ahora lo prefería para criar a Bud. Yo lo consideraba lo bastante estúpido como para usar una secuencia inestable de caracteres como identificador de Skype.

El despacho de Dave, que ahora hacía las veces de dormitorio, era un desastre. Tenía la mesa llena de documentos, había montones de papeles desparramados en siete bandejas, y las cajas de cartón con clasificadores que usaba a modo de archivador corrían peligro de estallar debido a la presión interna. Las razones del mal funcionamiento de su negocio eran evidentes.

Las clases ya habían terminado para lo que quedaba de año. Inge analizaba competentemente los datos de los ratones, y en el Proyecto de las Madres Lesbianas ya no me necesitaban. Habría sido una oportunidad perfecta para llevar a cabo actividades conjuntas con Rosie. Sin embargo, dadas las circunstancias, tenía una inmensa cantidad de tiempo sin programar. Me presenté voluntario como archivero.

Dave estaba desesperado hasta el punto de confiar su negocio a un genetista con fobia a las tareas administrativas. Y yo buscaba algo, lo que fuese, que distrajera a mi cerebro de la elaboración de imágenes mentales de Rosie y 34.

—Las copias de las facturas van a esta carpeta —señaló Dave.

—Pero ya las tienes en el ordenador. No hace falta que las imprimas.

—¿Y si el ordenador explota?

—Recurres a la copia de seguridad, evidentemente.

—¿Copia de seguridad?

Arreglar el sistema me llevó sólo dos días de trabajo concentrado, excluyendo las comidas.

—¿Dónde están las carpetas? —preguntó Dave.

—En el ordenador.

—¿Y los documentos en papel?

—Destruídos.

Dave pareció sorprendido; más bien, perplejo. Corrección: desolado.

—Parte de esa documentación era de los clientes: pedidos, autorizaciones, bocetos. Todo en papel.

Señalé la función escáner del aparato que había adquirido por 89,99 dólares e identifiqué el problema que quedaba por solucionar.

—Haces las facturas de forma individual. ¿No tienes una aplicación para eso?

—Es demasiado complicada.

No suelo tener dificultades para utilizar programas informáticos, pero ciertas reglas de contabilidad sí me resultan problemáticas, debido a que no soy contable. Mientras Dave trabajaba fuera de casa, recabé la ayuda profesional de Sonia, que había dejado su empleo en anticipación al parto. No conocía el *software*, pero pudo responder a mis preguntas sobre contabilidad.

—No comprendo por qué Dave no me ha pedido ayuda. Siempre dice que lo tiene todo controlado, pero evidentemente no es así.

—Sospecho que, después de mentirte la primera vez para no generarte estrés

durante el embarazo, le fue cada vez más difícil admitir el engaño a lo largo de un período tan prolongado.

—Las parejas casadas no deberían tener secretos. Se lo tengo dicho —declaró la mujer que se había hecho pasar por una estudiante italiana de Medicina y me había dicho que no se lo contara a Dave, porque se preocupaba por todo.

—¿Puedes imprimirme el libro mayor de deudores? —me preguntó Sonia cuando el sistema estuvo configurado y hube introducido todos los datos—. Quiero saber cuánto nos deben.

El informe estaba disponible en el menú.

—Cuatrocientos dieciocho dólares con doce centavos, en curso.

—¿Y las vencidas?

—Nueve mil doscientos cuarenta y cinco dólares, de cuatro facturas. Todas emitidas hace más de ciento veinte días.

—Oh, Dios... Oh, Dios mío. No me extraña que Dave no quisiera comprar el cochecito. Si han pasado cuatro meses, será porque hay algún problema con el trabajo que hizo. ¿Puedes enseñarme esas facturas? ¿Las atrasadas?

—Por supuesto.

Sonia observó unos instantes la pantalla y luego señaló el teléfono de la impresora multifunción recién adquirida.

—¿Funciona?

—Por supuesto.

Sonia se pasó cincuenta y ocho minutos al teléfono, durante los cuales utilizó una amplia gama de tácticas concebidas para inspirar culpabilidad, lástima, miedo y, en un caso, simplemente concienciación. Estuvo increíble. Cuando terminó, se lo dije.

—Me paso la mitad de la vida haciéndoselo a personas normales que han gastado de más para tener un hijo, algo con lo que puedo identificarme. En comparación, esto es pan comido.

—¿Pagarán?

—Tendré que llamar a los dueños de la vinatería de la calle Diecinueve Oeste. Ha habido un cambio de dirección desde que Dave acabó el trabajo, y parece que el último tipo lo dejó todo hecho un desastre. Pero los otros tres, sí. Sólo necesitaban un empujoncito.

Sonia sacó sutilmente el tema a la hora de cenar.

—Necesito algo de dinero para cubrir la tarjeta de crédito. ¿Cómo lo tienes?

—Ahora mismo, mal —contestó Dave—. Estoy esperando a que me entre dinero; todos son un poco lentos a la hora de pagar, pero el trabajo va bien.

—¿Cuánto has dicho que nos debían?

—Mucho. No te preocupes.

—Estoy preocupada. Si necesitamos dinero, puedo volver a trabajar después de que haya nacido el bebé. Media jornada.

—No hace falta. Sólo tengo que cobrar ese dinero.

—Dime cuánto nos deben y lo decidiré.

—Ya me conoces, no sé la cantidad exacta. Veinte, treinta mil. Estamos cubiertos.

A la mañana siguiente, Sonia estaba enfadada con Dave, pero no pudo expresárselo directamente porque se había ido a trabajar temprano. Dirigió su enfado hacia mí.

—Se pasa fuera todo el día y la mitad de las noches, sin ganar dinero. ¿Está trabajando? A lo mejor se va a la biblioteca, como esos tipos que pierden su empleo y no se lo cuentan a la mujer. ¿Es eso lo que pasa, Don?

Muy improbable. Dave hablaba de su trabajo conmigo, al detalle. Y no le faltaba, pero quizá no cobraba bastante o mentía sobre el nivel de satisfacción de los clientes. No sería la primera vez que me equivocaba con mis amigos. Seguía sin saber si el componente esencial de la identidad de Gene era una ficción prefabricada o no. Claudia mantenía una relación con Simon Lefebvre. Y Rosie estaba enamorada de otro hombre.

—Si tengo que volver a trabajar, él puede quedarse en casa y cuidar del bebé. Quizá eso lo obligue a interesarse en su hijo.

Me retiré al despacho de Dave para reflexionar sobre el problema. Una posibilidad era que Dave no hubiese introducido todas las facturas en el ordenador. Y ese era el caso, pero yo lo había rectificado. Había pasado al ordenador dos pequeñas facturas. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, más extraño me parecía que Dave estuviese al día en el registro de su contabilidad.

Entonces se me encendió una bombilla metafórica. La explicación obvia no era que Dave hubiese sido inusualmente escrupuloso en un aspecto de su administración. ¡No! ¡Dave había sido sistemáticamente descuidado! ¡Ni siquiera había hecho esas facturas!

Abrí el archivo de las hojas de cálculo escaneadas y empecé a cuadrarlas con las facturas. Así era, efectivamente. No había introducido la mayor parte de sus trabajos en el ordenador, y por tanto no había enviado las facturas a los clientes. Mis posibilidades de rectificar la situación tenían un límite. Generar facturas requería unos conocimientos contables de los que yo carezco. Si me equivocaba, Dave podría quedar como un incompetente o un estafador.

Afortunadamente, tenía acceso a una contable titulada. Sonia y yo trabajamos hasta las 15.18 horas para crear las facturas: los impuestos variaban según el Estado; los cargos por mano de obra y materiales se habían archivado por separado, y Dave había ofrecido una serie de descuentos y recargos incongruentes.

Sonia aportó comentarios entre comprensivos y críticos:

«Dios, esto es muy complejo. No me extraña que lo dejase para luego».

«Ocho mil dólares, ¡de hace tres meses!».

«Hemos vivido del dinero de George... ¡Dave es idiota!».

Cuando terminamos, teníamos una montaña de sobres listos para enviar y

habíamos mandado por correo electrónico muchas otras facturas.

—Primero muéstrame el total de acreedores. Quiero saber lo que debemos antes de entusiasmarme.

Lo comprobé: 0,00 dólares.

—Dave es así. No tenemos qué comer, pero ningún fabricante de neveras pasará problemas de liquidez por culpa de Dave Bechler. Ahora muéstrame el total que nos deben. Estaba demasiado asustada para llevar la cuenta.

—Son cincuenta y tres mil doscientos dieciséis dólares con sesenta y cinco centavos. La estimación de Dave de veinte a treinta mil era incorrecta. Y se ha reducido porque han llegado *on-line* dos pagos atrasados de los clientes que llamaste por teléfono.

Sonia se echó a llorar.

—¿Esperabas más dinero? —pregunté.

Ahora Sonia lloraba y reía simultáneamente. ¿Cómo pueden llegar a comprenderse semejantes manifestaciones emocionales?

—Voy a preparar un café para celebrarlo —dijo—. Un café de verdad.

—Estás embarazada.

—Lo has notado.

Era imposible no notarlo. Sonia estaba inmensa. El recordatorio de que moderase la cafeína no podía ser más obvio.

—¿Cuántos has tomado hoy?

—Soy italiana. Tomo café *per tutta la giornata*. —Se echó a reír.

—Tomaré una bebida alcohólica con Dave cuando vuelva a casa.

Estaba siendo empático con Dave, a distancia.

—Dave es el responsable de esto. —El llanto había cesado—. Me has salvado la vida, Don.

—Incorrecto. Yo...

—Lo sé, lo sé. Don, cuando contaste que una terapeuta te había dicho que no eras adecuado para Rosie, no podía preguntar delante de Dave, pero no hablarías de Lydia, ¿no?

Tanta negativa en una misma frase me confundió hasta el extremo de impedirme dar una respuesta que no fuese ambigua. Sin embargo, afortunadamente Sonia captó mi expresión de perplejidad, por lo que la respuesta verbal fue innecesaria.

—Lydia ni siquiera conoce a Rosie. Me conoce a mí.

—Ese es el problema. Fui aprobado para ser padre contigo, pero no con alguien como Rosie. Lydia describió a Rosie a la perfección.

—Ay, Dios. Don, estás muy equivocado.

—Estoy siguiendo el mejor consejo posible. Objetivo, basado en investigaciones, profesional.

Sonia no aceptaba la clara evidencia de que Rosie no me quería, evidencia que se sumaba a la evaluación de Lydia de que yo no era conveniente como padre.

—¿Quieres que tu matrimonio funcione o no?

—Mi hoja de cálculo ha identificado...

Interpreté la expresión de Sonia como «No quiero saber nada de tu puta hoja de cálculo. ¿Quieres, emocionalmente, como persona adulta y madura, pasar el resto de tu vida con Rosie y el Bebé Único en Desarrollo, o vas a permitir que un ordenador tome esa decisión por ti, friqui patético?».

—He trabajado en ello, pero pienso que no...

—Piensas demasiado. Invítala a cenar y habla con ella.

Gene, Inge y yo teníamos un total de siete conexiones con la página web de Momofuku Ko: un portátil y un móvil por cabeza, además del ordenador de mi despacho en Columbia. Dicté instrucciones calculadas para maximizar las posibilidades de asegurarnos una mesa cuando se abriesen las reservas.

Gene había apoyado la idea de invitar a Rosie a cenar.

—Independientemente de que podáis arreglar lo vuestro, vais a ser padres de una criatura. No parece que ella tenga muchos amigos, aparte de su mamá judía, que ha pasado por aquí a diario.

Supuse que se refería a Judy Esler.

La primera vez que estuvimos juntos en Nueva York, un año y ocho meses atrás, Rosie había organizado una cena en el Momofuku Ko, que había sido la mejor comida de mi vida. Ella también se había quedado impresionada.

A las 10.00 horas exactas, pulsamos el botón de las reservas. Se abrieron las casillas del nuevo día, y seleccionamos diferentes franjas horarias, según lo planeado.

—Nada —dijo Gene. Alguien se le había adelantado en su casilla—. Intento la segunda opción.

—Las mías también han volado —dijo Inge.

—Se me ha escapado la segunda. —Gene fracasaba de nuevo.

El programa tampoco aceptó mis mensajes. Habíamos fallado, simples humanos intentando completar una tarea que el *software* manejaba infinitamente mejor.

Actualicé la pantalla. Era posible que alguien, aplicando una estrategia similar, se hubiese asegurado varias reservas y ahora liberase alguna. Volví a actualizar. Nada.

—¿Y qué pasa con esa? —Por encima de mi hombro, Inge señaló la pantalla.

Estaba tan enfrascado en las reservas recién abiertas para los diez días siguientes que no había reparado en un hueco sin reservar a las 20.00 horas con fecha de ese mismo día. Seguramente llevaba todo el tiempo ahí. Acepté, y el programa de reservas respondió solicitándome los datos de la tarjeta de crédito. ¡Tenía una reserva para dos esa noche!

—Rosie no tendrá ningún plan, créeme. Quedaré con ella para cenar y así nos aseguramos. Puedes dejarte caer por allí y darle una sorpresa —dijo Gene.

—¿Qué le ha pasado a tu camisa? —preguntó Sonia.

—Un accidente con la colada.

—Parece como si te la hubieras teñido en plan *hippy*. No puedes salir con esa pinta.

—Es sumamente improbable que el restaurante me niegue la entrada. Si mi camisa fuese poco higiénica o no la hubiese lavado o...

—No lo digo por el restaurante. Lo digo por Rosie.

—Rosie me conoce.

—Entonces ha llegado la hora de que seas menos predecible. En la dirección correcta.

—Le pediré prestada...

—No le pedirás una camisa a Dave. ¿Te has fijado en él últimamente?

El proyecto de reducción de peso de Dave iba tan mal como mi matrimonio.

Me desvié hasta Bloomingdale's de camino al piso. Había otros establecimientos de ropa masculina más próximos a mi ruta, pero consideré ineficiente desplazarme en un trazado urbanístico desconocido. Una experta técnica de ventas dio como resultado unos vaqueros nuevos que se adaptaban al cambio en la medida de mi cintura. Calculaba mi IMC actual en 24, un incremento de dos puntos totalmente inesperado. Mi regreso al Sistema Estandarizado de Comidas implicaba que mi ingesta de carbohidratos volvía a estar bien gestionada. El ejercicio físico —correr, bicicleta y las sesiones programadas de artes marciales— se había mantenido estable, y con el frío ambiental tendría que haber quemado kilojulios adicionales. Unos pocos segundos de reflexión bastaron para identificar el factor variable: alcohol. Ahora tenía otro motivo para reducir su ingesta.

Cuando llegaba al edificio, un hombre de aproximadamente mi edad se acercó desde la dirección opuesta. Llevaba un café en cada mano. Sonrió y esperó a que pulsara el código de seguridad del portal. Los laboratorios universitarios y las salas de informática tienen unos dispositivos similares, y en nuestra formación obligatoria habíamos tratado exactamente aquella situación.

—Permite que te sujete un café. Así podrás introducir el código, y no me convertiré en cómplice de una violación de las normas de seguridad.

—No te molestes. Para qué enredar la madeja.

Empezó a alejarse.

Al parecer, acababa de frustrar un posible allanamiento de morada. A menos que alertase a la policía, aquel hombre volvería para aprovecharse de un inquilino menos concienzudo que yo. Podía ser un asesino, un violador o una persona capaz de infringir una de las numerosas normas comunitarias con absoluta impunidad. ¡Y Rosie estaba en el edificio!

Mientras me desenganchaba el móvil del cinturón para llamar al 911, se me ocurrió otra posibilidad. El acento de aquel hombre me resultaba familiar, así como la curiosa metáfora relacionada con la industria textil. «Para qué enredar la madeja...». Lo llamé.

—¿Era tu intención visitar a George?

El hombre se acercó de nuevo.

—Esa era la idea.

—Puedes pulsar el interfono. Vive en el último piso.

—Lo sé. Quería llamar directamente a la puerta.

—Es preferible utilizar el interfono. Así, si no quiere verte, no tendrá que abrir.

—Lo has captado.

Yo había tomado la decisión correcta. Era fácil olvidar que George era una estrella de rock o, al menos, una antigua estrella de rock y, por consiguiente, probable víctima de la persecución de cazadores de autógrafos y otros acosadores.

—¿Eres un fan de los Dead Kings?

—La verdad es que no. Ya los oí bastante de niño. George es mi padre.

Mis aptitudes para el reconocimiento facial son escasas, y los humanos incurren en reconocimientos de patrones de repetición de forma un tanto excesiva. Sin embargo, había un claro parecido en la cara delgada y la nariz larga y un poco curvada.

—¿Tú eres el drogadicto?

—Creo que el término que se usa en mi caso es «adicto en rehabilitación». Me llamo George.

—¿También George?

—George IV, para ser más exactos. Empezó con mi bisabuelo George. Mi viejo es George III. ¿Lo conoces?

—Correcto.

—Encaja, ¿verdad? La locura de Jorge III; y yo soy Jorge IV, el príncipe regente. Así solían llamarme en mi familia: el Príncipe.

Era posible que el Príncipe fuese un impostor, un cazador de autógrafos con mucha imaginación, pero estaba seguro de que podría proteger a George de él, de ser necesario. Suponiendo que no llevase un arma oculta.

—Te cachearé por si llevas armas y luego te acompañaré arriba —dije. La fórmula me era familiar, aunque posiblemente la había sacado del mundo del espectáculo visual y no de la experiencia personal.

El Príncipe rio.

—Te estás quedando conmigo.

—Esto es América —señalé con lo que esperaba que fuese una voz autoritaria.

Procedí a cachearlo. Estaba limpio.

O bien George no se encontraba en casa, o bien no respondía. Eran las 19.26 horas, y necesitaba treinta y cinco minutos para cubrir el trayecto al restaurante.

No podía dejar al Príncipe en el edificio, sin supervisión.

—Propongo telefonear a tu padre.

—No te molestes. Pasado mañana ya no estaré aquí. He venido por si lo veía de casualidad.

—Si te dice que no, el resultado será el mismo que si te vas: no lo verás.

—No será lo mismo. Ni de lejos. Pero adelante.

George no respondió al teléfono.

—Me voy, entonces —dijo el Príncipe.

—¿Quieres que le transmita algún mensaje a George?

—Dile que no fue culpa suya. Cada uno es responsable de su vida.

No quería que el Príncipe se fuera. George se había mostrado muy angustiado por el daño que le había causado a su hijo, y le convendría oír directamente del chico que no lo consideraba el culpable. Pero no veía el modo de mantener al Príncipe en el edificio sin quedarme yo mismo allí o infringir las normas de seguridad.

—Recomiendo que vuelvas más tarde.

—Gracias. Puede que lo haga.

Supe con absoluta certeza que el Príncipe mentía y que no regresaría. Se me hacía muy extraño sentirme tan seguro de algo sobre lo que era incapaz de citar pruebas concretas. Sin duda, había procesado subcientemente cierta información. Seguía pensando en ello cuando llamé a la puerta de mi piso.

Rosie abrió. Estaba guapísima. Se había maquillado un poco, acababa de perfumarse y llevaba un vestido que se adhería a sus nuevas curvas. Gene estaba detrás.

Rosie sonrió.

—Hola, Don. ¿Qué haces aquí? Creí que Gene me invitaba a cenar. —Sonrió de nuevo.

—Y eso hará. Yo sólo he venido a comprobar la cerveza. Pero veo que no hay indicios de inundación. Inspección completada.

Corrí de vuelta al ascensor e introduje el pie antes de que la puerta se cerrase. Gene me siguió.

—Pero ¿qué demonios te pasa, Don? ¿Adónde vas?

—Emergencia. No estoy disponible. Rosie esperaba salir contigo. El cambio es imperceptible para ella.

—No pienso llevar a Rosie al Momofuku Ko.

No había tiempo para discutir.

Llegué a la planta baja, miré a ambos lados de la calle y vi al Príncipe llamando un taxi. Eché a correr cuando uno se detuvo y llegué justo a tiempo de apartarlo a rastras de la puerta ya abierta. El taxista no se alegró mucho de mi intervención, y acabé abrazado al Príncipe mientras el taxi se alejaba.

—Pero ¿qué demonios te pasa? —preguntó, expresando su sorpresa exactamente con las mismas palabras que Gene.

—Te invito a cenar —le propuse—. En el Momofuku Ko. El Mejor Restaurante del Mundo. Mientras esperamos a tu padre.

Había establecido la asociación en cuanto Rosie abrió la puerta y me vi deslumbrado por su belleza. Noté un dolor inmenso, la comprensión de que iba a perderla y la sensación resultante de que vivir no valía la pena. Fue una emoción extrema y una conclusión irracional, y ambas habrían pasado, como pasaron en mi época de veinteañero, cuando hubiese mirado al abismo de la depresión y conseguido retroceder. Eso era lo que había reconocido finalmente en el Príncipe. Se hallaba al

borde del abismo. Había dicho que pasado mañana ya no estaría aquí.

Curiosamente, me había decidido a ir en busca de aquel joven confiando en mis aptitudes menos fiables. Y además, quizá perdería la última oportunidad de salvar mi matrimonio. Estaba seguro de que Rosie y Gene me habrían dicho que lo había entendido mal. Pero el riesgo asociado al error era demasiado grande.

Solté al Príncipe.

—Tendrás que explicarte antes de llevarme a ningún lado. Para empezar, ¿quiénes?

—Está bien. Te lo explicaré mientras andamos. Nuestra prioridad principal es coger el metro. Las reservas se pierden pasados quince minutos del tiempo de llegada programado.

Buscaba el modo de averiguar si mi hipótesis de la depresión era correcta sin preguntar directamente. Se me ocurrió recordar mi estado mental de las malas épocas, para así formular el tipo de pregunta que suscitase una respuesta sincera. No fue agradable.

—¿Estás bien? —preguntó el Príncipe.

—Me ha venido un mal recuerdo a la cabeza —contesté—. Una vez estuve tan deprimido que hasta me planteé suicidarme.

—A mí me lo vas a contar.

Envié un mensaje de texto a Gene diciéndole que usaría la reserva, por si acaso había cambiado de opinión acerca de ir con Rosie. El Príncipe y yo llegamos doce minutos tarde, tres minutos dentro del límite de tolerancia. Hubiera preferido cenar con Rosie, sin duda alguna, pero habría surgido el problema de qué decir. Pese a los ánimos de Sonia, seguía sin encontrar la solución al Problema Matrimonio.

Pero la cena con el Príncipe fue fascinante.

—George me dijo que te convenció para que tomaras drogas, lo que finalmente hizo que te convirtieras en adicto.

—¿Te dijo eso?

—Correcto.

—Muy noble de su parte. Supongo que entonces puedo contarte toda la historia.

Vino el camarero para tomar nota de las bebidas. El Príncipe pidió una cerveza. Al parecer, su programa de rehabilitación le permitía consumir alcohol, por lo que recomendé sake como licor más compatible con la comida. Yo pedí agua con gas.

—Para resumir, papá era el que iba del rollo rock'n'roll y yo era todo lo contrario. Salvo por la batería. Nada de estimulantes artificiales para mí. —El Príncipe usó una entonación no estándar en la última frase, como si imitase a un superhéroe de dibujos—. Y lo decía en serio. Entonces él me contestó: «No puedes ir por la vida sin haberte colocado ni siquiera un poco. Sin saber lo que es». Como yo era un tipo muy friqui, ya sabes a qué me refiero, decidí tener una sola experiencia y que fuese la

mejor posible.

—¿Investigaste diferentes drogas?

—Lo sé, es de locos.

Me parecía de lo más razonable. Me pregunté por qué yo me había decantado por el alcohol y la cafeína sin investigar adecuadamente las alternativas, o ni siquiera el impacto de esas dos sustancias. Eran legales, pero también lo era el tabaco. Sin duda, la legalidad era menos importante que el riesgo mortal. La excepción habían sido las anfetaminas, que consideré que tenían un propósito preciso y circunscrito. Le expliqué mi propio experimento, y el desastre de examen resultante.

—El profesor me enseñó el examen porque le había exigido una revisión, y resultó que mi texto era incomprensible. ¡Un galimatías!

El Príncipe rio.

—Pues bueno, yo decidí que el ácido era lo mejor, por la calidad de la experiencia y la seguridad; por todo.

—¿Elegiste la dietilamida de ácido lisérgico? ¿Como droga óptima?

—Me tomé una dosis de LSD. ¿Y sabes que todos dicen que una dosis no puede convertirte en adicto? Pues yo soy el tipo al que deberían sacar en los vídeos didácticos. Porque fue la mejor y más fantástica experiencia de mi vida. Y no quise hacer nada más que repetirla. Y... ya sabes...

—No.

—No lo conseguí. No tuve la misma experiencia, al menos. Tuve malos viajes, viajes mediocres, tomé toda clase de mierda, y luego empecé a probar otras cosas. Lo probé todo. Durante mucho tiempo. Nunca volví a conseguir lo que quería. Así que empecé a retroceder. Y aquí es donde estoy ahora. Sólo esto.

Movió el vaso de sake. Como resultado de mi reciente decisión, yo no bebía alcohol. Fue interesante ver cómo el estado del Príncipe cambiaba a medida que la bebida surtía efecto. Comprendí que probablemente Rosie había experimentado lo mismo al vernos a Gene y a mí caer en la ebriedad, ahora que ella era una abstemia provisional.

—Así que has resuelto el problema —confirmé.

—Pero he perdido los mejores años de mi vida. No tengo pareja, ni hijos, ni trabajo.

—¿No tienes trabajo? —Desastre—. Necesitas trabajo. Lo otro es opcional, pero necesitas un trabajo.

—Soy batería. Un buen batería. ¿Sabes cuántos buenos baterías hay en el mundo? Creí que aquí me saldría algo, pero no ha funcionado.

Mi teléfono vibró. Era Gene.

«Con Rosie en Café Wha? ¿Dónde coño estás?».

Escribí la respuesta, y Gene me invitó a que los acompañáramos. Corrección: me ordenó que los acompañáramos.

—¿Te apetece escuchar algo de música? —pregunté al Príncipe.

Él seguía siendo mi principal prioridad, y aunque su estado emocional parecía haber mejorado mucho, sabía por experiencia que el problema no estaba solucionado.

—¿Por qué no? A lo mejor el grupo no se presenta y puedo pasarme un par de horas tocando solos de batería.

Entonces le pedí que no hablase. Yo necesitaba pensar. Caminar es bueno para pensar, como también lo son otras actividades repetitivas. Lamentablemente, el paseo hasta Greenwich Village no fue lo bastante largo para generar una solución óptima al Problema del Príncipe.

El grupo actuaba abajo. Cuando abrimos la puerta, comprendí por qué Gene había decidido pasar la velada escuchando música en vivo, algo nada habitual en él. En el bombo de la batería se leían las palabras «Dead Kings». Detrás de la batería estaba George.

Miré al Príncipe.

—¿Sabías que tocaba aquí? —preguntó.

—No. Esto es el simple resultado de la interrelación humana.

Aunque había oído ensayar a George múltiples veces, nunca lo había visto ejercer su actividad repetitiva más característica. Entramos y nos quedamos escuchando un rato. El Príncipe miraba a su padre, y yo buscaba a Rosie y a Gene. Debido al numeroso público, no conseguí localizarlos.

Pregunté al Príncipe qué opinaba de la competencia de su padre.

—Es mejor de lo que era.

—¿Mejor que tú?

—Es bueno para los Dead Kings. No todo va de virtuosismo técnico. La gente criticaba a Ringo, pero era un batería excelente para los Beatles.

Escuchamos tres temas más junto a la entrada. Fue entonces cuando conseguí completar el proceso de resolución de problemas. Anoté mentalmente que debía ser menos crítico con mis alumnos por usar auriculares en horas de estudio.

El cantante anunció una pausa, y seguí a George con la mirada. Se dirigió a una mesa delante del escenario; el pelo rojo de Rosie era inconfundible. Indiqué al Príncipe que esperase y me acerqué. George y Gene se alegraron de verme; Rosie, posiblemente, no tanto.

—Qué considerado por tu parte aparecer por aquí. Ya habrás cenado, supongo —dijo Rosie.

—Correcto. Necesito hablar con Gene.

—Cómo no.

Aparté a Gene y le expliqué cuál era mi objetivo. Tenía una solución teórica, pero la ejecución de los protocolos sociales me resultaba demasiado compleja. Gene, por supuesto, se mostró confiado y seguro.

—Yo hablaré con George. Tú te encargas de... como se llame.

—El Príncipe.

—El Príncipe. Vale. Lo haré con dos condiciones, Don. La Número Uno es que

hagas un esfuerzo, de verdad, para arreglar las cosas con Rosie.

—He hecho todos los esfuerzos posibles.

—Esta noche no lo ha parecido. La condición Número Dos es que debes infringir una norma.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Gene pedía un precio muy elevado. Me señaló un cartel: «TERMINANTEMENTE PROHIBIDO EL USO DE CÁMARAS FOTOGRÁFICAS O DE VÍDEO».

—Saca el móvil. Este será un momento para la eternidad.

Gene volvió a su mesa. Vi que hablaba con George, que respondió mirando frenéticamente a su alrededor. Pero el instante elegido era perfecto. El grupo volvía al escenario, y llamaron al batería.

Tocaron un tema, y después George, que tenía micrófono propio, anunció lo siguiente:

—Mi hijo está aquí esta noche. Llevaba mucho tiempo sin verlo. También se llama George, y la última vez que lo oí tocar era, de lejos, mucho mejor que yo.

Se oyeron aplausos, y el Príncipe saludó. George le hizo una señal para que subiera al escenario, y él se negó, pero lo empujé y le informé de que persistiría, de ser necesario.

El Príncipe subió al escenario, y George le indicó que ocupara su lugar en la batería. La banda empezó a tocar mientras George y yo nos sentábamos con Rosie y Gene. George estaba totalmente absorto mirando al escenario. El Príncipe parecía de lo más competente. Cuando terminó el tema, George se levantó. Apagué el teléfono —había estado grabando con la aplicación de vídeo que provocó mi arresto en el parque infantil— y me levanté con él.

—El cambio de papeles es permanente —le dije—. El Príncipe necesita un empleo, y tú necesitas escapar del patrón repetitivo de los cruceros atlánticos. —Detecté cierto grado de resistencia—. Así también compensas el error que cometiste y que destruyó temporalmente la vida de tu hijo.

George volvió a sentarse y se sirvió una copa de vino tinto.

—Y puesto que es un batería excelente, los clientes del crucero disfrutarán de un espectáculo mejor —añadí.

—Rosie. Tengo que hablar contigo.

Había ido al piso para comprobar el estado de la cerveza. El sistema funcionaba bien. Antes de mudarme sólo lo comprobaba una vez a la semana, pero el clima era inusualmente cálido para diciembre, y parecía razonable aumentar la frecuencia de visitas. También había aprovechado la oportunidad para dibujar en los azulejos el diagrama de Bud en la Semana 32. Su desarrollo era interesante, pese a que su relación con mi propia vida se había reducido considerablemente. Fuera como fuese, ya había llegado tan lejos que era razonable completar las cuarenta semanas.

—He cerrado la puerta por un motivo, Don. No me lo pones fácil, apareciendo dos veces al día.

Gene me había indicado que, en la actualidad, Rosie no se mostraba muy receptiva con las cenas sorpresa —ni siquiera con una cena programada—, y, al parecer, con nada que tuviera que ver con hablar de nuestra relación.

«Me temo que tendrás que darle un poco de tiempo», me había dicho Gene.

Pero yo no pretendía hablar de nuestra relación.

—Es una pregunta sobre investigación. Puesto que estás planteándote volver a la psicología, quizá te parezca interesante.

—Me reservo la opinión.

Le expliqué el Proyecto de las Madres Lesbianas. Todas las justificaciones para no mencionarlo se habían vuelto irrelevantes. Había llegado el momento de revelar toda la información que había ocultado. Este era el primer paso, y también el menos arriesgado: mi participación en el proyecto no había sido ni ilegal, ni poco ética, ni extravagante.

—Es el proyecto del que empezaste a hablarme una noche, lo recuerdo —dijo Rosie—. No volviste a mencionarlo.

—No quería invadir tu territorio.

—Te refieres a que no querías decirme que estabas invadiendo mi territorio.

—Correcto. El problema es que no quieren publicar los resultados.

—¿Y por qué será? —preguntó Rosie.

—Si supiera la respuesta, no te habría despertado para preguntártelo.

—¿Qué opinas de la gente que saca de contexto las conclusiones científicas para apoyar sus propios intereses?

—¿Te refieres a Gene?

—A él también. Esas mujeres intentan demostrar que dos mujeres pueden criar un hijo tan bien como una pareja heterosexual. —Se sentó en la cama—. No quieren publicar nada que sugiera lo contrario.

—Eso sí es apoyar sus propios intereses.

—Pero no tanto como el dinosaurio que va a utilizarlos para decir que a los niños sin padre se les priva de algo. Que es un tema que ahora me toca la fibra. De modo

que no esperes que sea racional al respecto.

—Pero los resultados no indican que el padre sea necesario. Las dos cuidadoras pueden aumentar los niveles de oxitocina del bebé. Es sólo que un progenitor no convencional utiliza un método no convencional. Pronostico cero problemas para el bebé.

—No esperes que *The Wall Street Journal* lo vea así.

Había dado media vuelta para irme, cuando Rosie volvió a hablar.

—Y... Don. Tengo billete para volar a casa mañana. Judy me acompañará al aeropuerto. He comprado la tarifa más barata, no acepta cancelaciones.

Estaba a punto de salir para volver a comprobar la cerveza antes de cenar, cuando Sonia me detuvo.

—Espera una hora e iré contigo.

—¿Por qué?

—Vamos a ver a Lydia.

—Indicó que no estaba disponible para futuras consultas. Y es domingo. Domingo por la noche.

—Lo sé. La he llamado. Le he contado que tú y Rosie... tú y yo... habíamos roto como consecuencia de lo que te había dicho. Se ha quedado bastante alucinada: creía haberte tranquilizado y convencido de que siguieras conmigo... con Rosie, claro.

—Simplemente me proporcionó un consejo objetivo.

—Bueno, pues ahora se siente responsable. Se pasó de la raya y lo sabe. Vamos a vernos en tu piso. No podía quedar aquí, por Dave. A él le he dicho que te acompañe a ver a Rosie antes de que vuelva a Australia. No he mencionado a Lydia, evidentemente.

—Pero ¿y Rosie?

—Gene se la llevará por ahí.

—¿Gene está involucrado en esto?

—Todos estamos involucrados, Don. Creemos que os equivocáis, y, como sólo escuchas a Lydia, espero que ella te lo diga. Voy a canalizar a Rosie, seré Rosie, y Lydia nos dirá que sigamos juntos. Y, cuando lo haga, tú resolverás el Problema del Desastre Matrimonial. ¿He hablado en tu idioma?

Sonia y yo llegamos al piso dos minutos antes de la hora acordada con Lydia. Reparé en que Sonia nunca nos había visitado; no se me había ocurrido invitarlos a cenar. Eso era, probablemente, un error social.

—Dios mío, ¿qué es ese olor? —dijo Sonia—. Creo que voy a vomitar. Llevo todo el día sintiéndome fatal.

—Cerveza. Hay un pequeño escape totalmente inaccesible. Dave culpa al obrero

que cambió el techo.

Sonia sonrió.

—Eso es típico de Dave. ¿Cómo lo aguanta Rosie?

—Los humanos se adaptan a los olores con suma rapidez. La higiene regular sólo es un hábito convencional desde tiempos recientes. Antes los humanos no se lavaban durante meses, y no había ningún problema. Salvo por las enfermedades, desde luego.

Lydia llegó puntual.

—Dios mío, ¿qué es ese olor?

—Cerveza —explicó Sonia—. Los humanos se adaptan a los olores con suma rapidez. La higiene regular sólo es un hábito convencional desde tiempos recientes.

—Supongo que los parámetros higiénicos en una pequeña aldea italiana no son los mismos que en Nueva York.

—En efecto. Menos mal que Don es un fanático de la limpieza, o el bebé...

Miré a Sonia para recordarle que supuestamente ella era Rosie, que nunca defendería mis extravagancias ni se había criado en una pequeña aldea italiana de higiene cuestionable. Aunque tampoco era el caso de Sonia, desde luego. Sospeché que las cosas iban a complicarse.

Entonces uno de los George se puso a tocar la batería.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Lydia.

Era una pregunta razonable, pues los compases iniciales podían haberse confundido con los disparos de un arma. Pero el sonido se volvió más rítmico, y se unieron a él un bajo y dos guitarras eléctricas. Ahora la respuesta era evidente para Lydia, toda una suerte porque de ningún modo habría podido oír la mía.

Intentamos comunicarnos con un rudimentario lenguaje de signos durante tres minutos, aproximadamente. Deduje que Lydia preguntaba «¿Cómo dormirá el bebé?» y que Sonia respondía: «Cráneo, adiós, pájaro, canguro, no, no, no, comer espagueti».

Cesó la música. Sonia-Rosie dijo:

—Estoy planteándome volver a Italia.

—¿Y si te quedas? ¿Y si Don y tú conseguís arreglar este malentendido?

Las conduje a la habitación de Gene, donde había guardado el regalo de mi padre.

—¡Oh, Dios, es como un ataúd! —exclamó Lydia—. Un ataúd transparente.

—No seas ridícula —respondió Sonia—. Me siento como si intentaras buscar motivos para criticar a Don.

—¿Qué es, entonces? ¿Una nave espacial?

En realidad, la cuna insonorizada era incompatible con los viajes espaciales, ya que era permeable al oxígeno. Puse la alarma en mi teléfono, y en cuanto empezó a sonar lo metí en la cuna y cerré la tapa. El ruido desapareció.

—Si el teléfono necesitara respirar, podría —señalé.

—¿Y si llora? —preguntó Lydia.

—¿El teléfono? —Advertí mi error y señalé el micrófono y el transmisor de la

cuna—. Rosie dormirá con auriculares. Yo me pondré tapones en los oídos, para que no me moleste el bebé.

—Muy bonito por tu parte. —Lydia miró a su alrededor—. ¿Alguien más duerme aquí?

—Mi amigo. Su mujer lo echó de casa por conducta inmoral y ahora vive con Rosie.

—En la habitación del bebé.

—Correcto.

—Rosie —dijo Lydia, y Sonia miró hacia la puerta antes de comprender que se dirigía a ella—. ¿Estás cómoda con esta situación?

La respuesta de Sonia sugirió una incomodidad extrema. Corrió a la sala y miró frenéticamente a su alrededor. Diagnosticó pánico.

—Tengo que ir al baño. ¿Dónde está el baño? —preguntó en lo que supuestamente era su propia casa.

Estábamos justo delante de mi baño-despacho. Abrí la puerta.

—Me ha parecido ver un escritorio en el baño —dijo Lydia, mientras Sonia entraba y cerraba la puerta.

Yo ya lo sabía. No me lo había llevado a casa de Dave y Sonia porque habría sido muy poco práctico cargarlo en el metro.

Sonia nos interrumpió desde el baño-despacho.

—Tengo un problema.

—¿Con las cañerías? —pregunté.

A veces el inodoro se atascaba en modo tirar de la cadena.

—Con «mis» cañerías. Algo va mal.

Socialmente es de lo más inapropiado entrar en un cuarto de baño ocupado por un individuo del sexo opuesto con quien no nos unen vínculos de parentesco. Era muy consciente de ello, pero la probabilidad de que el problema estuviese relacionado con el avanzado embarazo de Sonia justificaba mi conducta. Supuse que se había iniciado el parto.

Entré en la zona prohibida, y Sonia me explicó el problema. Su descripción de los síntomas era inequívoca.

—¿Qué hacéis? ¿Va todo bien? —preguntó Lydia.

—Llamo por teléfono —respondí—. No.

—¿Qué pasa?

—Prolapso del cordón umbilical. He llamado a una ambulancia. El problema no debería requerir una intervención inmediata si el parto no se ha iniciado.

—Ay, Dios —dijo Sonia—. Creo que sí ha empezado.

Siguiendo mis instrucciones, Lydia ayudó a Sonia a desplazarse hasta el estudio de Rosie, y una vez más arrastré hasta allí el colchón del dormitorio principal, que Rosie había vuelto a ocupar tras mi traslado. Necesitaba espacio para maniobrar. Sonia se acostó en el colchón. Ya había especificado máxima urgencia cuando llamé

al 911, por lo que no tenía sentido llamar de nuevo y sobrecargar el sistema, lo que podía retrasar la asistencia a otras emergencias.

Sonia estaba muy nerviosa, rozando la fase histérica.

—Oh, Dios, he leído sobre esto. La cabeza del bebé aplasta el cordón y corta el oxígeno, mierda, mierda...

—Sólo potencialmente —especifiqué. Intenté adoptar esa actitud de tacto hacia el paciente que al final me había disuadido de plantearme estudiar Medicina—. Las probabilidades de muerte materna son prácticamente cero. Sin intervención, es muy probable que el bebé muera. Pero la intervención está en camino.

—¿Y si no llega? ¿Y si no llega?

—Me considero capaz de llevar a cabo la intervención necesaria. Tengo bastante experiencia.

Juzgué innecesario mencionar que en el parto del ternero *Dave* no se había producido ningún prolapso del cordón umbilical.

—¿Experiencia? ¿Qué experiencia? —Al parecer, la histeria hacía que Sonia lo repitiese todo dos veces.

La tranquilicé.

—El procedimiento es sencillo. Tendré que llevar a cabo un reconocimiento.

No es que lo desease. La idea de establecer contacto íntimo con una humana amiga me repugnaba, pero en aquella situación era el único que podía hacerse responsable de asegurar la supervivencia del bebé. Sería sumamente decepcionante que el proyecto de cinco años de Dave y Sonia fracasara en la fase final. Hice cuanto pude por imaginarme a Sonia como la madre del ternero *Dave*. Probablemente tendría que enfrentarme después a algún tipo de estrés postraumático.

Lydia andaba sin rumbo por la habitación. Diagnostiqué ansiedad.

—¿Sabes lo que haces, Don?

Una actitud de escaso tacto hacia la paciente.

—Por supuesto, por supuesto.

Estaba mucho menos seguro, pero me ceñía al principio de inspirar calma: mostrar una seguridad total, a expensas de la sinceridad. Me disponía a iniciar el reconocimiento, cuando oí que se abría la puerta del piso.

—¿Hola? ¿Eres tú, Don? —Era la voz de Rosie. Gene estaba con ella. Se quedaron en la puerta del estudio—. ¿Qué pasa?

Expliqué el problema.

—Tengo que hacer un reconocimiento.

—¿Que tú tienes que hacer un reconocimiento? ¿Que tú vas a examinarla? No lo creo, profesor. Todos fuera. Y tú también —ordenó Rosie, señalándome.

—Menos mal que han llegado a tiempo —dijo Lydia a Gene y Rosie.

Rosie nos echó y cerró la puerta. No había pasado ni un minuto cuando volvió a abrirla, salió y la cerró.

—Tenías razón —murmuró—. ¿Dios mío, qué vamos a hacer? No he estudiado

obstetricia.

Intenté igualar el volumen de su susurro.

—Has estudiado anatomía.

—¿Y de qué coño sirve? Necesitamos a alguien que sepa qué hacer, ahora mismo.

—Yo sé qué hacer.

—Yo soy la estudiante de Medicina, yo debería saber qué hay que hacer.

El tono de Rosie indicaba un descenso a la irracionalidad.

—¿Ahora envían estudiantes de Medicina? —preguntó Lydia a Gene. También parecía aterrorizada.

Sonia gritaba incoherencias. Gene había acertado con lo de las mujeres italianas.

—Yo sé qué hacer —repetí.

—Y una mierda, no tienes experiencia.

—La teoría bastará. Tendrás que ejecutar mis instrucciones.

—Don, eres genetista. No sabes nada de obstetricia.

No quería recordarle el incidente que había sido fundamental en el fin de nuestra relación, pero era más importante que en ese momento confiara en mis conocimientos obstétricos que en mis habilidades sociales.

—Heidi, la profesora del curso de preparación al parto, estaba convencida de que yo era ginecólogo y obstetra.

Me aliviaba haberme librado de la parte relacionada con el contacto humano. Luego recordé el problema de Rosie con la medicina física.

—¿Te supone un problema tocar a Sonia?

—No tanto como a ti, profesor. Sólo dime qué tengo que hacer.

Lydia se volvió hacia Gene.

—¿No puede usted hacer nada? Al menos usted sí estará titulado, ¿verdad?

—Catedrático. Recién llegado a la ciudad. Mi mujer y yo nos hemos separado, y Columbia me hizo una oferta que no podía rechazar. —Le tendió la mano—. Gene Barrow.

Dejé a Gene hablando con Lydia mientras daba instrucciones a Rosie sobre cómo proceder. El objetivo era, en esencia, evitar que la cabeza del bebé ejerciera presión sobre el cordón umbilical, incluso empujándola de ser necesario. Al parecer, se trataba de una maniobra difícil. Rosie no paraba de decir «Joder», lo que ponía a Sonia más histérica aún, lo que a su vez hacía que Rosie dijese «Joder» de nuevo. Entretanto, yo repetía la información de que éramos totalmente competentes, lo que parecía tener en Sonia un breve efecto positivo. Habría sido más fácil si todos hubiésemos podido decir, por turnos: «Oh, Dios, morirá»; «Joder, haz que se esté quieta» y «Tranquila, lo tenemos todo controlado», con la instrucción de repetirlo según necesidad.

Pero los humanos no somos ordenadores, por desgracia. La intensidad de nuestra

conversación se incrementó, Sonia siguió chillando sin estarse quieta, Rosie gritó «¡Oh, joder!», y yo intenté aportar calma bajando el tono y aumentando el volumen de mi voz. Nuestros esfuerzos verbales acabaron siendo totalmente irrelevantes, porque, en el piso superior, la banda empezó a tocar de nuevo.

No habían pasado ni noventa segundos cuando cesó la música. Aproximadamente treinta segundos después, se abrió la puerta del estudio. Entró Gene, seguido de George III, el Príncipe y los otros Dead Kings que había conocido en Greenwich Village la Noche del Traspaso de Testigos. También había una mujer de unos veinte años (IMC dentro de los límites normales, imposible cálculo más preciso debido a la confusión reinante), y un hombre de unos cuarenta y cinco con una cámara al cuello. Poco después, tres auxiliares sanitarios uniformados que llevaban una camilla se abrieron paso entre la «multitud».

—¿Es usted médico? —preguntó a Rosie uno de ellos (mujer, edad aproximada, cuarenta, IMC dentro de los límites normales).

—¿Y usted? —preguntó Rosie a su vez.

Yo estaba impresionado. Durante la interpretación musical, el estado emocional de Rosie había pasado del pánico a la profesionalidad.

—La situación médica está controlada —declaré. Pasé a ofrecer un breve resumen.

—Un trabajo impresionante —dijo la auxiliar—. Ahora ya nos hacemos cargo nosotros.

La vi ocupar el lugar de Rosie. En consonancia con el protocolo de tacto hacia el paciente, comuniqué a Sonia la situación.

—Los técnicos parecen competentes. Las probabilidades de supervivencia del bebé han aumentado significativamente.

Sonia quería que Rosie y yo la acompañásemos en la ambulancia, pero uno de los auxiliares (hombre, edad aproximada, cuarenta y cinco, IMC aproximado de 33) la tranquilizó de un modo sumamente profesional, y Sonia permitió que se la llevaran. El fotógrafo hizo algunas fotos. El auxiliar sanitario con sobrepeso me dio una tarjeta con la ubicación del hospital.

Lydia se acercó, abriéndose paso entre la multitud.

—¿No la acompañas?

—No veo la razón. Los auxiliares sanitarios parecen sumamente competentes. Mi contribución se ha completado. Ahora pienso tomarme una cerveza.

—Dios, ¡no tienes sentimientos!

De pronto, me enfadé. Quise zarandear no sólo a Lydia, sino a todas las personas del mundo que no entendían la diferencia entre el control de las emociones y su ausencia, y que asociaban de forma totalmente ilógica la incapacidad de interpretar las emociones ajenas a la de experimentar las propias. Era ridículo pensar que el piloto que consiguió aterrizar en el río Hudson quisiera a su esposa menos que al pasajero que sufrió un ataque de pánico. Controlé rápidamente mi enfado, pero mi

confianza en la capacidad de Lydia para aconsejarme se vio reducida.

Rosie interrumpió mis pensamientos.

—Voy a ducharme. ¿Puedes desalojar a todo el mundo?

Comprendí que no había llevado a cabo el ritual social básico de las presentaciones, en parte debido a que no conocía a algunos de los presentes. Empecé a llenar todos los huecos que podía.

—Lydia, este es George III y el Príncipe, Eddie, Billy, Míster Jimmy. Chicos, Lydia es mi asistente social.

George presentó a la periodista (Sally) y al fotógrafo (Enzo), que habían entrevistado a los Dead Kings sobre el cambio en la formación.

—¿Quién era la dama? —preguntó George.

—La mujer de Dave.

—Estás en estado de *shock*. Estás disociando —me dijo Lydia—. Intenta respirar hondo.

—¿Alguien ha avisado a Dave? —preguntó George.

Me había olvidado de él. Indudablemente, estaría interesado en las novedades.

Esperé a que los Dead Kings y los periodistas se marcharan, y luego llamé a Dave. Lydia se dirigió a la cocina y puso agua a hervir. Diagnostiqué confusión.

Dave entró en modo pánico.

—¿Sonia está bien? —preguntó.

—Los riesgos, para Sonia, eran mínimos. El peligro...

—Te pregunto si Sonia está bien.

Tuve que responderle varias veces. Parecía que se le había contagiado el problema de la repetición de frases. Por supuesto, no modifiqué mi respuesta, de manera que nuestro diálogo se transformó en un bucle infinito. Finalmente, conseguí forzar una interrupción y transmitirle las señas del hospital. Como no preguntó, no le informé del riesgo que corría el bebé. Me serví un vaso de cerveza de la habitación de la cerveza. Lydia me siguió.

—¿Quieres una cerveza? Tenemos cerveza ilimitada.

—Ya nada me sorprende. Y, sí, tomaré una.

Cuando Rosie volvió de la ducha vestida con una muda limpia, Lydia y yo estábamos en el sofá.

—¿Quién eres? —preguntó Rosie a Lydia. Detecté un nivel leve de agresividad.

—Soy asistente social. Lydia Mercer. He venido a ver a Don y Rosie, y entonces ha ocurrido todo esto...

—Don no me había comentado nada. ¿Qué pasa?

—No creo que sea de recibo hablarlo con... ¿Acabas de darte una ducha? Creía que habías venido con los de la ambulancia. El primer equipo. Con el catedrático alto.

Aquella era una forma extraña de describir a Gene, que es cinco centímetros más bajo que yo y, por tanto, aproximadamente tan alto como Lydia. Mi terapeuta parecía confundida. ¿Por qué iban a incluir a un catedrático en un equipo de urgencias sanitarias?

—Gene se ha ido con el grupo de música, pero volverá. Vive aquí —aclaré.

—Me llamo Rosie —dijo Rosie—. Yo también vivo aquí. Por lo que espero que no te moleste que use la ducha.

—¿Te llamas Rosie?

—¿Eso supone un problema? Acabas de decir que has venido...

—No... Es sólo una coincidencia... La mujer de Don... Don-Dave... también se llama Rosie.

—No hay ninguna Rosie II —expliqué—. Sólo los George están numerados.

—Soy la esposa de Don. ¿Te parece bien?

—¿Tú eres su esposa? —Lydia se volvió hacia mí—. Tengo que hablar contigo en privado, Don-Dave.

Supuse que Lydia había llegado a la conclusión de que yo tenía dos esposas, ambas llamadas Rosie, ambas embarazadas y ambas alojadas en la misma casa, apodadas Rosie I y Rosie II para evitar confusiones. Eso era improbable, pero también lo era que la verdadera situación se diese por azar. ¡Claro que no! Tardé unos instantes en darme cuenta de la causa de su confusión. Yo, Don Tillman, había tejido una red de engaños. Increíble. Afortunadamente, ya no tenía sentido seguir mintiendo. Y ahora Lydia podía asesorarme basándose en su evaluación de la auténtica Rosie.

—La privacidad no será necesaria —indiqué.

Empecé a contar la historia a las dos. En detalle. Rellené el vaso de Lydia, luego el mío y también le serví uno a Rosie, lo que justifiqué basándome en tres hechos:

1. Estaba en el tercer trimestre de embarazo, y el riesgo de que pequeñas cantidades de alcohol dañaran al feto era mínimo, como demostraban las investigaciones a las que Rosie había aludido en el pasado reciente.

2. El contenido de alcohol de la *ale* inglesa es menor que el de la *lager* estadounidense o australiana.
3. Rosie había dicho «Necesito beber algo» con una expresión que indicaba que le sucedería algo malo si no satisfacía dicha necesidad.

Gene volvió cuando yo llevaba aproximadamente veinte minutos de historia, en la que Rosie intercalaba sus peticiones habituales de «resumen» y «ve al grano» con expresiones blasfemas de asombro.

—Puedes unirme a la conversación —dijo Lydia—. ¿De qué eres catedrático?

—Soy director del departamento de Psicología de la universidad más prestigiosa de Australia y actualmente ejerzo de investigador en Columbia.

La declaración de Gene era correcta, pero no respondía a la pregunta, cuya respuesta concreta y precisa habría sido «de genética». ¡Y era a mí a quien se acusaba de dar detalles innecesarios!

—Bueno, está bien contar con algo de apoyo profesional. Permite que resuma lo que Don ha dicho hasta ahora. No es ninguna novedad para mí, pero, al parecer, sí lo es para Rosie.

—No es necesario —informé—. Gene está al corriente del Incidente del Parque Infantil y de la necesidad de una evaluación psicológica.

Rosie miró a Gene. No parecía feliz.

—Juré guardar el secreto —se excusó él—. Don no quería preocuparte.

Seguí con la historia.

—Entonces le pedí a Sonia que se hiciera pasar por Rosie.

Esta parte no se la había contado a Gene. Él creía que se habían desestimado las acusaciones después de mi primera sesión con Lydia. Otro componente de la red de engaños.

Las reacciones de Rosie, Gene y Lydia variaron en intensidad y detalle, pero todas fueron una variante de «¿Que hiciste qué?».

—Espera, espera, espera —interrumpió Lydia, e inmediatamente señaló a Rosie—. ¿Estás diciendo que ella es tu esposa? ¿Rosie es Rosie?

Esta pregunta podía responderse con cero contexto. Era la más simple de las tautologías, y que lo preguntara era un indicador de la confusión de Lydia. Rosie también había afirmado explícitamente que era mi esposa.

Gene aprovechó para hacerse el ingenioso.

—Una Rosie es una Rosie es una Rosie —soltó.

Intenté ayudar.

—Sólo hay una Rosie relevante para esta historia. Es pelirroja. Es mi esposa. Tengo exactamente una esposa. Es esta.

—¿Quién es Sonia, entonces? —preguntó Lydia.

Eso era fácil.

—Has conocido a Sonia. En estos momentos está de parto.

—No, ¿quién es de verdad? ¿Contrataste a una aldeana italiana...?

—Es la esposa de Dave.

—¿Dave?

—Oh, Dios. Tenemos que llamar a Dave. Estaba tan concentrada en no pifiarla que me he olvidado de Dave —dijo Rosie.

—Pero ¿Dave? —preguntó Lydia—. ¿Hay otro Dave? ¿Tu padre? Yo creía que también se llamaba Don.

—Ya lo he llamado —informé.

—Esto se pone surrealista —dijo Gene—. Ahora nos fiamos de Don para que se encargue de los asuntos personales.

Nos estábamos desviando del tema. Había distracciones por todas partes. Mensajes de texto, Lydia, que miraba el reloj, Gene, que preguntaba a Lydia por qué miraba el reloj.

—¿Tienes que ir a alguna parte?

—La verdad es que no, pero necesito comer algo. Intuyo que esto va para largo.

—Pediré unas *pizzas* —contestó Gene.

Mientras él hablaba por teléfono, llamaron a la puerta. Eran la joven periodista y el fotógrafo que habían entrevistado a los Dead Kings: Sally y Enzo.

—Sentimos interrumpir —dijo Sally—. Queríamos saber cómo está la señora que se han llevado al hospital. Y... parece que hay una buena historia si os apetece contarla.

—No, si eso implica que Don tenga que volver a empezar —dijo Gene, ya de vuelta. Guardó silencio un instante y luego añadió—: Pero como de todos modos voy a pasar aquí la noche... pediré también *pizza* para vosotros.

—No nos quedaremos mucho tiempo —dijo Sally.

—Eso es lo que creéis —respondió Gene—. ¿*Pizzas* Margarita y Pepperoni para compartir, tamaño familiar?

Aunque Sally la periodista estaba obsesionada con los detalles de la Emergencia Sonia, yo recordé la inquietud de Rosie y B1 por la tergiversación del Proyecto de las Madres Lesbianas. Me parecía mucho más importante que informase a sus lectores de una investigación importante que de un ejemplo aislado de complicaciones obstétricas. Sin embargo, a pesar de que hice cuanto pude por narrar ambas historias con precisión, adaptándome a las frecuentes peticiones de Sally de que omitiese los detalles, sospeché que la periodista no acababa de entender el alcance de los acontecimientos. Rosie se pasó la mayor parte del tiempo al teléfono.

En cuanto Sally y Enzo se fueron, reanudé la conversación con Lydia, Rosie y Gene. La había clasificado de muy importante, pero no de una urgencia tal que me obligara a rechazar la entrevista de prensa. Tendría que realizar un ajuste horario a tiempo real para mantener la cordura.

—He intentado ponerme en contacto con Dave —explicó Rosie.

—¿Por qué?

—Para saber qué les ha pasado a Sonia y al bebé, por eso.

—Cesárea de emergencia, tal como se había pronosticado. Ningún daño permanente para ninguna de las partes implicadas.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Mensaje de texto de Dave, hace ciento treinta y ocho minutos.

—¿Y por qué no lo has dicho?

Le recordé el tema de las prioridades. Ahora podía reanudar mi narración del Engaño Psicoterapéutico.

—¿Niño o niña? —preguntó Rosie.

—Sexo masculino, creo. —Comprobé el mensaje—. No, femenino.

Era un detalle que podía haber esperado hasta más tarde. La diferencia no importaría hasta pasados varios años.

—Un momento, ¿por qué Sonia hizo todo esto por ti? Podría haberse metido en un buen lío. Y aún puede —dijo Lydia.

Evidentemente, la última afirmación era una amenaza, pero incluso yo veía que a Lydia le faltaba convicción.

—Para compensar la ayuda que yo había prestado a Dave, su marido. Lo que hice fue necesario para evitar la quiebra de su negocio. Fue necesario, pero no suficiente. Los sistemas administrativos e informáticos de Dave también se demostraron inadecuados. Su procedimiento para la generación de facturas...

Rosie me interrumpió.

—¿Dave tiene problemas con el negocio?

—Tenía. He conseguido solucionar todos los problemas. Salvo la falta de tiempo; Dave no tiene tiempo para ocuparse de los temas administrativos. He adquirido una Hewlett Packard multifunción y he reconfigurado...

Ahora le tocaba interrumpir a Gene.

—El sistema administrativo de Dave es muy interesante, pero deberíamos centrarnos en la prioridad Número Uno: a Don se le ha metido en la cabeza que no conseguirá ser un buen padre. Y que Rosie está mejor sin él. Y Rosie ha tomado nota y cree que Don no quiere ser padre. Eso es una chorrada. Don puede hacer cualquier cosa que se proponga. ¿Verdad, Lydia?

—Técnicamente, sin duda —contestó Lydia—. Lo que me preocupaba era que entendiese las necesidades ajenas y que fuera capaz de dar apoyo.

—¿Como entender que el negocio de su amigo estaba a punto de quebrar y que en tal caso todo se desmoronaría, matrimonio incluido? ¿Y luego solucionarlo?

—Estoy hablando en el plano emocional...

—Sólo facilito consejo práctico —intervine—. Evito los temas emocionales.

—Yo evito dar consejo alguno —dijo Lydia—. Eso es algo que tendréis que solucionar vosotros.

—No tan rápido, Lydia —objetó Gene—. Don dejó a Rosie porque tú le dijiste que no era bueno para ella. Tomó una decisión que le ha cambiado la vida basándose en tu consejo.

—En respuesta a una situación ficticia. Una contable que se hacía pasar por aldeana italiana, que a su vez se hacía pasar por una estudiante australiana de Medicina.

Corregí la simplificación de esa situación ficticia.

—Me diagnosticaste como inadecuado antes de conocer a Sonia.

Lydia se dirigió a Gene.

—Estaba preocupada. Lo conocía de antes. De una comida.

Rosie se levantó. Identifiqué enfado.

—¿Comiste con Don? ¿Y luego lo trataste como paciente? ¿Cuándo comiste con él?

—Con mi amiga Judy Esler.

—«Mi» amiga Judy Esler, querrás decir. ¿En el restaurante japonés de fusión, en Tribeca? ¿Así que tú eres la cabrona que diagnostica autismo a la mínima? ¡Joder!

—¿Judy me ha llamado eso?

Lydia se levantó, y entonces Gene se levantó y puso una mano en el hombro de Rosie y la otra en el de Lydia.

—Escuchemos a Lydia primero. Está visto que no es la única que se ha pasado de la raya.

Lydia se sentó.

—Veréis, sé que mi conducta en el restaurante estuvo fuera de lugar. Don me irritó. Me involucré porque lamentaba que Rosie... Sonia... lamentaba que cualquier mujer tuviese un hijo con un hombre que no se implicaba.

Rosie también se sentó.

—Después de todo esto —siguió Lydia— no me preocupa que Rosie sufra psicosis o depresión y que nadie se entere. Si me hubieses dicho que había un eminente catedrático de Psicología, un observador formado, viviendo en la casa —sonrió a Gene, y este le devolvió la sonrisa—, no me habría involucrado.

Parecía que el problema estaba resuelto. Pero Lydia no había acabado.

—Yo no soy la terapeuta de Don. Pero vosotros, los dos, vais a enfrentaros a algunos retos. Por supuesto, no creo que Don sea peligroso y no pongo en duda que haya hecho muchas cosas buenas por sus amigos, pero es...

Le ahorré a Lydia el problema de encontrar palabras diplomáticas.

—No exactamente estándar.

Lydia rio.

—Espero que tengáis suerte si lo intentáis. Sois inteligentes, pero criar un hijo no es fácil para nadie. Y olvídate de toda esa mierda de psicología evolutiva que te ha soltado ese idiota amigo tuyo.

La mierda de psicología evolutiva probablemente era la información sobre

compatibilidad sexual que les había proporcionado el día del Incidente del Atún Rojo.

—¿Cómo vas a casa? —preguntó la persona a quien Lydia acababa de llamar mi «amigo idiota».

—En metro.

—Te acompaño. Parece que tenemos un problema común con estos genetistas que creen saberlo todo de la conducta humana.

Rosie y yo nos quedamos solos en el piso. Había sobrado algo de *pizza*. Saqué el plástico de envolver, y Rosie hizo ademán de cogerlo. No se lo di, y con un movimiento estudiado —estudiado muy a fondo— arranqué de un solo trazo una lámina del tamaño perfecto y envolví la *pizza*.

Rosie miraba. No había dicho ni una palabra desde que había identificado a Lydia como el objeto de las críticas de Judy Esler.

—No hace falta que vuelvas a casa de Dave esta noche; pero sabes que tengo un billete para volar mañana a Australia, ¿verdad?

—¿La evaluación de Lydia no te ha hecho cambiar de opinión?

—¿Y a ti?

—Mi razón para irme fue que me consideraba un negativo neto en tu vida. Lo que se basaba principalmente en que Lydia me había evaluado como padre inadecuado.

—Don, está visto que Lydia se equivocó. Es todo lo contrario. Seguramente eres el mejor padre del mundo... para la compañera adecuada. Lo sabes todo. De dieta y de ejercicio, qué cochecito comprar. Sabes cosas del prolapso del cordón umbilical que yo, estudiante de Medicina, ni conocía siquiera. Discutiríamos constantemente, y tú tendrías razón constantemente. Como siempre.

—Incorrecto. Yo...

—No me des tu contraejemplo. Estoy segura de que alguna vez te habrás equivocado. Hablo en general. Quiero estudiar, y querer y criar a mi hijo sin que tú me digas qué debo hacer. No quiero ser sólo un par de manos, como esta noche. — Rosie se levantó y se puso a andar por la habitación—. Ni tampoco una parte más de tu Proyecto Bebé. Quiero tener una relación con mi hijo que sea mía, propia.

—¿Crees que mi aportación se opondría a la tuya?

Claudia estaba en lo cierto. Rosie quería una nueva relación perfecta, sin interferencias.

Fue a la cocina y puso agua a hervir. Se iniciaba el ciclo nocturno del chocolate caliente. Aproveché esos instantes para intentar elaborar un argumento que convenciese a Rosie de quedarse en Nueva York. Pasaron aproximadamente seis minutos antes de que volviera a la zona de la sala.

—A lo mejor no discreparíamos en nada, pero eso también sería un problema. Ahora no tengo más función que la de ser madre. Y tú no pararías de intervenir y hacerlo mejor. Incluso a media jornada. Intentar no cagarla como madre ya es

bastante difícil sin tener una pareja que te recuerda constantemente que te equivocas.

—Quizá pueda transferirte mis conocimientos, en lugar de aplicarlos directamente.

—¡No! A lo mejor estoy siendo demasiado amable y te estoy haciendo quedar como un Superpapá, pero la paternidad es más que teoría. Los bebés necesitan algo más que un pañal bien colocado.

—¿Te vas a Australia definitivamente? ¿Sin mí?

—Don, no quería volver a mencionarlo, pero ya te lo dije: hay alguien más. Es la decisión más difícil que he tomado en la vida. Hasta he creado una hoja de cálculo.

Volvimos a dormir en la misma cama. Supuse que aquella sería la última vez. El sexo no parecía apropiado, sobre todo considerando la existencia de «alguien más», y porque ambos estábamos extenuados. Yo debía procesar una ingente cantidad de información confusa, pero sabía que era inútil empezar sin tener la cabeza despejada. Ya no había urgencia alguna. Iniciaría una revisión posproyecto a su debido tiempo.

Por la mañana, Rosie parecía agobiada:

—Soy incapaz de ver a Dave y Sonia. Me quedaré aquí. Judy me recogerá a las diez.

Era el segundo adiós de Rosie, después de mi partida a casa de Dave. Los estudios que había leído indicaban que las separaciones complicadas generaban más dolor. Mi experiencia corroboraba esa conclusión.

Rosie estaba recogiendo su estudio cuando volví de mi *jogging* programado. Estaba guapísima, como siempre, pero su nueva silueta le añadía una dimensión más.

—¿Sigue moviéndose?

—Me preocuparía que no lo hiciese.

—Me refiero a ahora mismo.

—Ahora mismo no. Hace unos minutos.

Tenía un conflicto. Sabía, por haberlo hablado con Dave, que alguien estándar habría deseado intensamente comprobar las patadas del Bebé Único en Desarrollo. Yo no. Había tres posibles razones:

1. Si resultaba ser una experiencia emocional potente, se incrementaría el dolor por la partida de Rosie. Si Dave u otra persona estándar estuviese en las mismas circunstancias, posiblemente llegaría a la misma conclusión.
2. Seguía encontrándome en un estado de negación respecto a la existencia del bebé, lo que probablemente se debía a la ausencia de programación. Notar sus movimientos impugnaría esa cómoda negación.
3. Mi aversión natural al contacto corporal con desconocidos. Rosie había dormido conmigo la noche anterior, pero se había producido un cambio definitivo en nuestra relación.

Supe que si actuaba de otro modo podría influir en la decisión de Rosie, pero la conducta sería engañosa. De manera que actué con integridad; siendo yo mismo.

—¿Puedes facilitarme una copia de tu hoja de cálculo? —pregunté.

Mi mejor baza era que Rosie se hubiese equivocado.

Gene y yo fuimos a ver a Sonia al hospital. Él había conocido a Sonia la noche

anterior, pero sus motivos tenían mucha lógica.

—Vamos a apoyar a Dave. Los hombres reparten puros porque necesitan algo en que ocuparse. No podrá hacer mucho más los primeros seis meses. Y no me hables de lo de crear vínculos. Si Dave cree que el bebé se le echará a los brazos y dirá «papá», ya puede esperar sentado.

El consejo de Gene coincidía con mis lecturas. Recomendaban que los padres ayudasen en las labores domésticas, un trabajo que, sin embargo, podía subcontratarse fácilmente, sobre todo en un país con un salario mínimo bajo. La obsesión de Dave por trabajar en su profesión e ingresar el máximo por hora era totalmente racional.

—¿Dónde está Rosie? —preguntó Sonia en cuanto llegamos.

El bebé dormía en la cuna de una sala común, pero Sonia tenía una habitación privada. Dave llegaría en cuanto terminase un trabajo, pero ya había visto al bebé. Este no presentaba defectos aparentes, y su aspecto a lo largo del día no cambiaría de forma sustancial.

—Por desgracia, no se han producido variaciones en la situación. De hecho, la separación ha sido confirmada. Rosie pronto tomará un vuelo con destino a Australia.

—¡No! ¿Por qué? Lo que hicisteis por mí... Sois un gran equipo.

La lógica de Sonia era defectuosa. Según su teoría, los profesionales que trabajaban en un proyecto común acababan formando relaciones permanentes. Era evidente que eso sucedía en ocasiones, pero había sido insuficiente en nuestro caso.

La llegada de una enfermera interrumpió la charla. Llevaba un bebé que, supuse, era el de Sonia y Dave. Era muy consciente, desde la Bronca de la Preparación al Parto, que la convención social se anteponía a maximizar la inmunidad compartiendo la leche materna entre lactantes.

Sonia inició el proceso de nutrición y mejora de la inmunidad.

—Entonces... ¿qué ha pasado entre tú y Rosie? —preguntó en cuanto tuvo al bebé acoplado—. Si es por Lydia, voy a denunciarla. En serio.

Sonia era contable. Entendería el protocolo de la toma de decisiones. Me saqué del bolsillo la hoja de cálculo de Rosie y se la di. Sonia la sostuvo con una mano mientras con la otra sujetaba al bebé. Me impresionó su competencia tras un período tan corto de adaptación.

—Por Dios, chicos, estáis locos los dos. Y precisamente por eso debéis seguir juntos. —Observó el papel unos segundos más—. ¿Qué es eso del «billete de avión ya adquirido»?

—El billete de avión de Rosie no admite cambios ni cancelaciones. Se siente obligada a no desperdiciar la inversión. Obviamente, es un factor más en su decisión de volver a casa.

—¿Os separáis por el precio de un billete de avión? En cualquier caso, se

equivoca. Es el falso argumento del fondo perdido. En las decisiones de inversión, no se tienen en cuenta los gastos no restituibles. Lo gastado, gastado está.

Gene cogió la hoja de cálculo.

—Tacha el billete de avión. Buen trabajo, Sonia. A estos tipos a veces hay que hablarles en su mismo idioma.

—Rosie te ha mentado —observó Gene, mirando la hoja.

—¿Cómo deduces eso?

—¿Dónde está el otro hombre, su número treinta y cuatro? Que, por cierto, si quieres saber mi opinión, no es Stefan. Conozco a Stefan. Saldría corriendo ante una mujer con un bebé. Aunque se tratara de Rosie. Si ese otro hombre fuese un factor, sería el más importante, y Rosie no necesitaría una hoja de cálculo.

Era cierto que en la hoja no aparecían los factores emocionales. Se centraba en los aspectos prácticos, como el cuidado de la criatura (padre y familia extensa en Australia), las oportunidades laborales (aproximadamente las mismas) y en si continuar o no la carrera de Medicina (múltiples factores, ningún resultado claro).

—Quizá hizo la hoja de cálculo para que yo me sintiera mejor —señalé.

—¿Sabes?, semejante afirmación sólo es posible en vuestra relación. Necesitáis estar juntos para que el resto de nosotros estemos a salvo. Don, no hay ningún número treinta y cuatro. Es una excusa.

—Pero... había un mensaje de Skype.

—Yo no sé nada de ese mensaje de Skype. Lo que sí sé es que Rosie no es fácil. Y la teoría me dice que los hombres no suelen prestarse voluntarios para hacerse cargo de un bebé que no tiene sus genes.

Sonia le dirigió una mirada ininteligible.

—Si trabajaras en un centro de inseminación artificial...

Pero mi cabeza iba en otra dirección. Y rápidamente. Siempre se me habían dado mejor los números que los nombres. Ahora recordaba dónde había visto el 34.

Aún estaba procesando la información cuando Sonia me preguntó:

—¿Quieres sostener a Rosie en brazos?

Se me antojó una pregunta inapropiadamente personal, hasta que comprendí a qué se refería. Los nombres de pila no son identificadores únicos.

—¿El bebé se llama Rosie?

—Rosina. Pero la llamaremos Rosie. Si la ecografía se hubiese equivocado y fuera niño, se habría llamado Donato. Ella está aquí gracias a ti. Gracias a ti y a Rosie.

—Será de lo más confuso.

—Eso espero. O sea, espero que Rosie vuelva a tu vida. Que es algo que tienes que conseguir. Toma. —Me ofreció al bebé.

Lo sostuve unos momentos, pero mi cabeza seguía analizando las consecuencias de mi revelación del número 34. Devolví a Rosie II a Sonia.

—¿Cuál es el total? —pregunté a Gene—. Si borras el gasto a fondo perdido.

—Resta nueve puntos. Por tanto, menos dos.

—¿Estás seguro?

Recordaba que el billete sólo contaba cuatro puntos. Iba a coger la hoja de cálculo para comprobarlo, pero Gene se la dio a Sonia.

—¿Quieres comprobar mi aritmética? —me preguntó Gene.

—Menos dos —confirmó Sonia.

Yo estaba perplejo.

—¿Se ha equivocado? ¿La hoja de cálculo recomienda que sigamos juntos?

—En el mundo en que vives, sí. No sé qué pensará Rosie. Puede que quiera sumar tres puntos por el dolor de cambiar de decisión. ¿Cómo voy a saberlo?

Dave entró cuando yo me planteaba la respuesta.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Cero cambios en la situación del lactante —le contesté—. ¿Has venido en tu vehículo?

—Sí, está...

—Aeropuerto JFK. De inmediato.

Dave agitaba las llaves, pero Sonia no quería dejarme ir sin darme más consejos.

—No intentes discutir con ella hasta la saciedad. Y no te olvides de decirle que la quieres.

—Ya lo sabe.

—¿Cuándo fue la última vez que se lo dijiste?

—¿Sugieres que tengo que decírselo múltiples veces?

El amor era un estado continuo. No se habían producido cambios significativos desde que nos casamos; quizá una disminución del grado de apasionamiento, pero no veía la utilidad de proporcionar a Rosie informes periódicos en ese sentido.

—Sí. Todos los días.

—¿Todos los días?

—Dave me lo dice todos los días, ¿verdad, Dave?

—Hum-hum. —Dave agitó las llaves de nuevo.

Reservé un billete *on-line* de camino al piso. Sólo quedaban billetes a precio estándar, pero tenían la ventaja de admitir cancelaciones. Rosie era sumamente desorganizada, pero en asuntos importantes como un vuelo internacional lo compensaba llegando temprano. Esperaba acceder al aeropuerto antes de que ella hubiese pasado el control de seguridad. Rosie no tenía el estatus «especial» que me había concedido la aerolínea como resultado de mis anteriores contribuciones, por lo que no podría entrar en la sala reservada. Le enviaría un mensaje de texto si, una vez allí, necesitaba localizarla, pero no pensaba avisarla de antemano.

Nos detuvimos en mi piso para recoger el pasaporte.

—No lo necesitas —aseguró Gene—. Es un vuelo nacional hasta Los Ángeles. Puedes usar el carnet de conducir.

—No tengo. Ha caducado.

—¿No te llevas nada más? Yo me cogería una bolsa, por si acaso.

—Sólo voy al aeropuerto.

—Mete cuatro cosas en una bolsa.

—No puedo hacer el equipaje sin una lista previa.

—Te digo yo lo que tienes que meter.

—No.

Estaba alcanzando mi límite de estrés, y Gene debió de intuirlo.

Saqué el pasaporte del armario de mi baño-despacho. Usaría el trayecto entre el piso y el aeropuerto para recabar consejos de Dave y Gene. Era esencial optimizar mi argumento antes de interceptar a Rosie. Comprendí que era posible mejorar la comisión de asesores. Al salir, pasé por casa de George, y accedió a acompañarnos.

Me senté delante con Dave. Gene y George ocuparon los asientos traseros.

—¿Qué vas a decirle? —preguntó Dave.

—Que ha cometido un error con la hoja de cálculo.

—Si no te conociera tan bien, pensaría que bromeas. Vale, yo haré de Rosie. ¿Listo?

Supuse que, si Sonia podía interpretar a Rosie, no había ninguna razón que se lo impidiese a Dave. Miré por la ventana para no distraerme con su anómala apariencia física.

—Don, he recordado algo que se me olvidó añadir a la hoja de cálculo. Roncas. Cinco puntos. Adiós.

—Puedes usar tu voz normal. No ronco. Lo he comprobado con una grabadora.

—Don, digas lo que digas, encontraré algo que añadir a esa hoja de cálculo porque sólo existe para convencerte de que he tomado la decisión correcta.

—¿Así que no volverás, haga lo que haga?

—Quizá. ¿Comprendes qué has hecho para que me vaya?

—Explícamelo otra vez.

—No puedo. Soy Dave. Explícamelo tú, para asegurarte de que lo entiendes.

—Yo hacía cosas que tú ya podías hacer por ti misma, sólo que de un modo irritante.

—Exacto. Te tenía siempre encima. Lo más difícil para los padres es encontrar su papel. En mi caso, ser quien lleve el pan a casa.

—¿Quieres ser la que mantiene a la familia? Creía que querías cuidar del bebé y luego encontrar un trabajo de investigadora.

—Ahora te hablo como Dave. Tienes que descubrir dónde encajas. En qué posición juegas. Rosie cree que no te necesita. Ahora sólo piensa en una relación: ella y el bebé. Eso es pura biología.

—Veo que has tomado nota de mis apreciaciones —intervino Gene.

Una sola relación. El bebé había usurpado, había suplantado, había vuelto obsoleta nuestra relación. Rosie tenía lo que quería. Ya no me necesitaba.

—Pero entonces eso tendría que pasar en todas las relaciones —objeté—. ¿Qué hace que no se separen todas las parejas?

—¡Las fans! —dijo George—. Ahora en serio... Tienes que encontrar tu propia solución. Ninguna de mis relaciones fue la misma después del primer hijo.

—Dale seis meses; la cosa mejora —añadió Gene.

Al parecer, Gene había elegido una escala cronológica que apoyaba su argumento aunque la realidad lo negara, como los populistas que rechazan el calentamiento global. Era evidente que su matrimonio estaba ahora en peor estado que a los seis meses del nacimiento de Eugenie. Sin embargo, recientemente había reanudado el contacto con Carl. Parecía razonable concluir que la felicidad matrimonial no era una simple función cronológica, y que la inestabilidad forma parte del precio que hay que pagar para mejorar el bienestar general. Mi propia experiencia lo corroboraba.

Dave añadió:

—Lo que supuestamente debes hacer es aligerar la carga a tu mujer, de modo que tenga tiempo para ti. Eso es lo que dicen todos. Todos los que nunca han intentado montar su propio negocio.

—Sonia puede hacerse cargo del papeleo, y así liberar tiempo que podéis dedicar a actividades que mejoren vuestra relación de pareja.

—Puedo llevar mi negocio yo solo. No necesito la ayuda de mi mujer.

—Creo que si tu mujer se ofrece a llevarte la contabilidad, debes decir «muchas gracias» y encargarte de pasar el maldito aspirador —dijo George—. Y, cuando hayáis acabado, podéis usar el tiempo libre para echar un polvo bien merecido.

Dave no habló hasta que se detuvo en la zona de descarga.

—¿Quieres que espere? —preguntó.

—No. Volver en el tren del aeropuerto es más eficiente.

—¿No lleva equipaje de mano, señor?

El guardia de seguridad (edad estimada, veintiocho, IMC estimado de 23) me detuvo después de pasar el escáner sin incidentes.

—Sólo mi teléfono y el pasaporte.

—¿Puedo ver su tarjeta de embarque? ¿Ha facturado equipaje?

—No.

—¿Se va a Los Ángeles sin equipaje?

—Correcto.

—¿Me permite ver algún documento de identidad?

Le di mi pasaporte australiano.

—Apártese un momento, señor. Alguien vendrá a hablar con usted en cuestión de segundos.

Ya sabía que no debía tomarme esos «segundos» de forma literal.

Esperé en la sala de entrevistas, consciente de que faltaba poco para que despegara el vuelo de Rosie. Afortunadamente, mi entrevistador (edad aproximada, cuarenta, IMC de 27; calvo), prescindió de formalidades.

—Vayamos al grano. Ha decidido irse a Los Ángeles sin más, ¿verdad?

Asentí.

—No ha tenido tiempo de coger ropa interior, pero se ha acordado del pasaporte. ¿Qué piensa hacer allí?

—Aún no me lo he planteado, pero seguramente volaré a Australia.

Después de eso emprendieron una meticulosa inspección de mi ropa y de mi cuerpo. No puse objeciones porque no quería perder el tiempo. Sólo fue levemente más desagradable que la revisión rutinaria del cáncer de próstata.

Me devolvieron a la sala de entrevistas. Decidí que quizá sería útil suministrar más información.

—Debo reunirme con mi mujer en el avión.

—¿Su mujer está en el avión? ¿Con el equipaje? ¿Por qué no lo ha dicho antes?

—Habría añadido complejidad. Se me acusa a menudo de facilitar detalles innecesarios. Yo sólo quiero subir al avión.

—¿Cómo se llama su esposa?

Facilité los datos de Rosie, y el agente llamó para confirmarlo.

—Ella ha facturado hasta Melbourne, Australia. Usted, no.

—Quería acompañarla en el vuelo. Para maximizar el tiempo juntos.

—Entonces disfruta de hablar con su mujer más que yo.

—Eso me parece muy probable, dado que ella y yo decidimos casarnos y usted ni siquiera la conoce.

Me miró de un modo extraño. No era la primera vez.

—Última llamada para su vuelo. Será mejor que mueva el culo. Lo espera una nueva tarjeta de embarque en la puerta. Le han cambiado de asiento para que pueda viajar junto a su mujer.

La sala de embarque estaba vacía; Rosie ya había subido al avión. Mi única opción era embarcar también.

Se sorprendió cuando me senté a su lado. Se sorprendió muchísimo.

—¿Cómo has llegado aquí? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has subido al avión?

—Dave me ha traído en coche. Pretendo convencerte de que vuelvas. He adquirido un billete.

Aproveché su silencio para iniciar mi argumento, que, gracias al consejo de Dave, no empezaba identificando el error del «fondo perdido» en la hoja de cálculo.

—Te quiero, Rosie.

Era verdad, aunque probablemente no sonaba muy natural en mí.

—¿Sonia te ha dicho que digas eso?

—Correcto. Tendría que habértelo dicho más a menudo, pero no era consciente de tal necesidad. No obstante, puedo confirmar que es un sentimiento que nunca ha desaparecido.

—Yo también te quiero, Don, pero esa no es la cuestión.

—Quiero que salgas de este avión y vuelvas a casa conmigo.

—Creí que habías dicho que tenías billete.

—Sólo lo he adquirido para poder acceder al aeropuerto.

—Es demasiado tarde, Don. Mi billete no admite cancelaciones.

Empecé a explicarle el falso argumento del «fondo perdido». Pero Dave estaba en lo cierto respecto a la hoja de cálculo.

—Para, para. Sólo hice la hoja de cálculo para demostrarte que lo había pensado racionalmente. Hay muchísimas otras cosas... cosas que no puedo cuantificar. Ya te he dicho que hay alguien más.

—Phil. —En las fotografías que decoraban las paredes del Gimnasio Jarman, el 34 era bien visible en su camiseta de fútbol.

Rosie pareció avergonzada, o al menos supuse que su expresión era de vergüenza por haberme engañado.

—¿Por qué no me dijiste que era tu padre? —pregunté.

Un estridente anuncio desde la cabina, incompatible con la conversación, proporcionó a Rosie un tiempo de reflexión adicional.

«Esperamos que embarquen tres pasajeros procedentes de otro vuelo...».

—Quería facilitar... simplificar las cosas.

—¿Inventándote un novio imaginario?

—Tú te inventaste una «yo» imaginaria.

Tal vez Rosie quisiera transmitirme una profunda verdad psicológica, pero «intuí» que se refería a Sonia. En cualquier caso, era irrelevante.

—Me reemplazas por Phil, el peor padre del mundo.

Eso no era, por supuesto, lo que opinaba de Phil, pero reflejaba los comentarios de Rosie antes de su reconciliación. En ese momento la precisión no era mi prioridad.

—Supongo que lo habrá sido, porque mira cómo he salido yo. Un desastre incapaz de conseguir que su matrimonio funcione y que criará a su hijo en solitario, como hizo él.

Repetición de patrones. Una mañana lluviosa, después de que Rosie hubiese rechazado mi primera proposición de matrimonio, había pedaleado hasta la universidad para volver a proponérselo, y ahora lo intentaba de nuevo. Pero en aquella ocasión yo tenía un plan, un plan mucho mejor que el falso argumento del fondo perdido.

Tres pasajeros cruzaron el pasillo.

—El avión está a punto de despegar —observé.

—Entonces tienes que bajar —contestó Rosie.

—Hay numerosas razones para permanecer en Nueva York. —Estaba improvisando; no me daba por vencido, aunque sabía que las probabilidades de convencer a Rosie eran mínimas—. La Número Uno es el prestigio de la facultad de Medicina de Columbia, que...

«Desconecten todos los dispositivos electrónicos».

Probablemente, que Rosie me interrumpiera fue lo mejor para mi cordura.

—Don, aprecio mucho lo que haces, pero piénsalo. Tú no tienes ningún vínculo con este bebé. No a nivel emocional. Tu vínculo es conmigo. Y sé que me quieres, pero no es lo que necesito ahora mismo. Por favor, vuelve a casa. Te llamaré por Skype en cuanto llegue.

Lamentablemente, en esencia lo que decía Rosie era correcto. Claudia estaba en lo cierto al hablar de sus motivos, y ningún argumento racional modificaría su decisión. Para mí, Bud todavía era una construcción teórica mental. No podía engañar a Rosie diciendo que ya estaba emocionalmente configurado como padre. Pulsé el botón de llamada. Un auxiliar de vuelo (IMC estimado de 21) apareció casi al instante.

—¿Qué desea?

—Necesito salir del avión. He cambiado de idea respecto al vuelo.

—Lo siento, hemos cerrado las puertas. Estamos a punto de entrar en la pista de despegue.

El hombre que ocupaba el asiento vecino, el del pasillo, me dio su apoyo.

—Dejen que se vaya. Por favor.

—Lo siento, tendríamos que descargar su equipaje. Atrasaría el vuelo a todos los pasajeros. No está enfermo, ¿verdad?

—No llevo equipaje. Ni siquiera de mano.

—Lo lamento muchísimo, señor.

«Pasajeros y tripulación, ocupen sus asientos».

En retrospectiva, creo que el hecho de comprender que me habrían dejado salir de haber dicho que estaba enfermo fue lo que me llevó al límite entre la cordura y la crisis. Todo aquello se añadía al estrés de la emergencia mortal del día anterior, a la incapacidad de salvar mi matrimonio, a la incompetencia administrativa y a la brutal

invasión de mi espacio personal. Una mentira más, una pequeña mentira más, y podría haber salido de allí. Pero había llegado a mi límite en todas las dimensiones.

No podía irme. Me lo impedían.

Cerré los ojos y respiré hondo. Visualicé números, sumas alternas de cifras elevadas al cubo que se comportaban con predecible racionalidad, como habían hecho antes de que existieran los humanos y las emociones, como harían siempre.

Noté que alguien se inclinaba a mi lado. El auxiliar de vuelo.

—Disculpe, señor, ¿le importaría enderezar el respaldo de su asiento para el despegue?

«¡Pues sí me importa, joder!».

Lo había intentado. El respaldo estaba roto, y las probabilidades de que eso influyese en la supervivencia de cualquiera de los pasajeros eran prácticamente nulas...

Respiré. Dentro. Fuera. Me veía incapaz de hablar. Noté que el auxiliar extendía el brazo por delante de mi vecino y zarandeaba mi asiento. Afloró la crisis, pero el cinturón de seguridad impidió que me moviese. «No puedo permitir que me pase esto delante de Rosie».

Empecé a pronunciar mi mantra; volví a estabilizar la respiración y mantuve la voz neutra. «Hardy-Ramanujan, Hardy-Ramanujan, Hardy Ramanujan».

No sé cuántas veces lo dije. Finalmente, cuando me despejé, noté la mano de Rosie en mi brazo.

—¿Estás bien, Don?

No estaba bien, pero la razón había conseguido revertir el problema original. Y tenía cinco horas para encontrar una solución.

—Don, necesito dormir. No voy a cambiar de opinión entre aquí y Los Ángeles. Aprecio muchísimo, de veras, que lo hayas intentado. Te llamaré en cuanto llegue a casa. Te lo prometo.

Poco después de que Rosie reclinase el respaldo y cerrara los ojos, volvió el auxiliar de vuelo y ofreció a nuestro vecino un asiento mejor. Supuse que la plaza quedaría vacía; salvo en los vuelos que iban llenos, era lo habitual gracias a mi estatus especial en la aerolínea. Un resultado excelente, tanto para mi vecino como para mí. Pero lo reemplazó otro hombre, edad estimada cuarenta, IMC de 23.

—Supongo que ya sabrá quién soy —me dijo.

Quizá un famoso que esperaba que lo reconociesen... pero dudaba de que los famosos volasen en clase turista. Provisionalmente diagnosticué esquizofrenia.

—No.

—Soy un agente federal aéreo. Estoy aquí para cuidar de usted, del resto de los pasajeros y de la tripulación.

—Excelente. ¿Hay algún peligro específico?

—Quizá usted pueda responderme a eso.

Esquizofrenia. Estaría acompañado de un enfermo mental durante el resto del vuelo.

—¿Tiene alguna identificación? —pregunté.

Intentaba que olvidase la idea delirante de que yo poseía conocimientos especiales.

Para mi sorpresa, la tenía. Se llamaba Aaron Lineham. Por lo que alcancé a ver en treinta segundos de meticulosa observación, la identificación era auténtica.

—Ha subido al avión sin intención de viajar, ¿es cierto? —preguntó.

—Correcto.

—Entonces, ¿cuál era su propósito al embarcar?

—Mi esposa vuelve a Australia. Quería convencerla de que se quedara conmigo en Nueva York.

—¿Es ella, la del asiento de la ventanilla?

Sin duda era Rosie; dormía haciendo esos ruidos de baja intensidad que habían empezado durante el Proyecto de Desarrollo del Bebé.

—¿Está embarazada?

—Correcto.

—¿Es suyo?

—Pues supongo que sí.

—Y no ha podido convencerla de que se quede con usted. ¿Lo deja para siempre y se lleva a su hijo?

—Correcto.

—¿Se siente muy infeliz al respecto?

—Sumamente.

—Y ha decidido hacer algo. Una pequeña locura.

—Correcto.

El agente se sacó un transmisor del bolsillo.

—Situación confirmada —comunicó.

Supuse que mi explicación había sido satisfactoria. El agente guardó silencio un rato, y yo miré el cielo despejado por la ventanilla de Rosie. Observé que el ala bajaba. La fuerza centrífuga me mantuvo en el asiento. Sin el horizonte como punto de referencia, no había advertido que el avión daba la vuelta. La ciencia y la tecnología eran increíbles. Siempre y cuando quedasen problemas científicos que resolver, vivir valdría la pena.

Aaron *el Agente Federal* interrumpió mis meditaciones.

—¿Lo asusta morir?

Era una pregunta interesante. Como animal, estaba programado para resistirme a la muerte y asegurar la supervivencia de mis genes, así como para sentir miedo ante aquellas circunstancias que supusieran una amenaza de dolor o extinción, como un enfrentamiento con un león. Pero no temía a la muerte de un modo abstracto.

—No.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Aaron.

—¿A usted y a mí? ¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta y tres.

—Más o menos como yo. Estadísticamente nos quedan unos cuarenta años, pero usted parece gozar de buena salud. Mi salud es también excelente, por lo que yo nos añadiría de cinco a diez años más.

Nos interrumpió un anuncio:

—Buenas tardes, les habla el copiloto. Habrán advertido que hemos dado media vuelta. Tenemos un pequeño problema, y Control Aéreo nos ha pedido que regresemos a Nueva York. Iniciaremos el descenso al JFK dentro de aproximadamente quince minutos. Disculpen las molestias, pero su seguridad es nuestra principal prioridad.

Casi de inmediato, empezaron las conversaciones a nuestro alrededor.

—¿Hay algún problema mecánico? —pregunté a Aaron.

—Tardaremos unos cuarenta minutos en volver a Nueva York y desembarcar. Tengo mujer e hijos. Dígame si volveré a verlos.

De no ser por la evidencia de que el avión había dado media vuelta, habría solicitado examinar con más detenimiento la identificación de Aaron. En lugar de eso, pregunté:

—¿Qué pasa?

—Mujer embarazada adquiere billete de avión para volver a casa, factura tres maletas grandes. Un hombre conocido en la aerolínea por su conducta extravagante la

sigue sin ningún equipaje, actúa de forma sospechosa y luego intenta bajarse del avión antes de que despegue. Se pone nervioso cuando no se lo permiten. Después reza en voz alta en un idioma extranjero. Eso ya era suficiente, pero ahora me ha confirmado que ella lo ha abandonado. ¿Qué deduciría de todo eso?

—No soy experto en analizar las motivaciones humanas.

—Pues le aseguro que ahora mismo yo desearía serlo. No sé si ellos lo han entendido bien ni si hemos dado la vuelta a tiempo. Ni si es usted el tipo más imperturbable que he conocido y puede charlar como si nada mientras su vida está a punto de acabar.

—No lo comprendo. ¿Cuál es la naturaleza del peligro?

—Señor Tillman, ¿ha introducido una bomba en el equipaje de su esposa?

Increíble. Me habían identificado como terrorista. Pensándolo bien, no era tan increíble. Los terroristas no son exactamente normales. Se había interpretado razonablemente que mi conducta no estándar incrementaba la posibilidad de que hiciese también algo no estándar, como cometer una matanza aérea porque mi esposa me había abandonado.

Era halagador que Aaron alabase mi serenidad, aunque fuese basándose en una premisa falsa. Pero ahora un avión cargado de pasajeros volvía a Nueva York. Sospeché que las autoridades pertinentes querrían culparme de un modo u otro.

—No hay ninguna bomba. Pero le aconsejaría que no creyese en mis palabras. —No quería que un agente federal confiase en la palabra de un presunto terrorista para decidir si había una bomba a bordo—. Suponiendo que le digo la verdad y no hay ningún artefacto explosivo, ¿he hecho algo ilegal?

—No, por lo que alcanzo a ver. Pero estoy más que dispuesto a apostar que la TSA encontrará algo. —Se recostó en el asiento—. Cuénteme su historia. No iré a ninguna parte. Y así quizá descubra si todos vamos a morir.

Intenté pensar en algún modo de tranquilizarlo.

—Si hubiese una bomba, el escáner la habría detectado.

—Nos gustaría confiar en ello, pero puede sacar sus propias conclusiones.

—Si quisiera asesinar a mi esposa, podría haberlo hecho sin matar a todos los pasajeros de un avión. En casa. Con mis propias manos. O con un amplio surtido de objetos domésticos. Incluso hacerlo pasar por un accidente.

Lo miré a los ojos para demostrarle mi sinceridad.

Como Aaron *el Agente Federal* me lo había solicitado, le conté mi historia. Era difícil saber por dónde empezar. Numerosos acontecimientos requerían cierto contexto para una comprensión plena, pero calculé que no había suficiente tiempo para completar la historia de mi vida antes de que me convirtieran en sospechoso de terrorismo. Empecé con mi encuentro inicial con Rosie, ya que los acontecimientos que interesaban a Aaron estaban relacionados con ella. Como era de esperar, eso supuso omitir importante información de los antecedentes.

—Básicamente, me estás diciendo que antes de conocer a tu mujer no había nadie

más.

—Si «básicamente» significa excluyendo citas que no cuajaron en una relación, la respuesta es sí.

—La suerte del principiante. Me refiero a que es una dama muy atractiva.

—Correcto. Excedió inmensamente cualquiera de mis expectativas sobre una posible pareja.

—¿Creías que no estaba a tiro?

—Correcto. Una metáfora perfecta.

—Entonces creías que no te la merecías, y ahora tienes la oportunidad de formar una familia. El señor Don Tillman, marido y padre; otra vez algo fuera de tu alcance. ¿Crees que estás a la altura?

—He llevado a cabo una considerable investigación sobre la paternidad...

—Ahí está. Intentas compensar pasándote de la raya. Si fuese un asesor en motivación, te daría algunos consejos.

—Lógico. Tu trabajo sería motivarme.

—Te diría que no lo has visualizado. Si quieres algo, debes visualizarlo. Debes verte allí donde quieres estar; sólo entonces puedes ir por ello. Yo era guardia de seguridad. Mis expectativas de futuro eran más bien limitadas, hasta que, después del 11-S, oí hablar de los agentes federales aéreos. Así que lo visualicé, y aquí me tienes. Pero sin la visión, nada.

Si algo había aprendido del embarazo era que los consejos no escaseaban.

Rosie había dormido durante toda mi conversación con Aaron y la agitada charla de los pasajeros, pero la despertó el anuncio de que nos disponíamos a aterrizar.

—Caray... He dormido todo el trayecto hasta Los Ángeles —dijo.

—Incorrecto. Hemos regresado a Nueva York. Hay un presunto terrorista a bordo. Rosie puso cara de susto y me agarró de la mano.

—No tienes nada que temer. Creen que soy yo —dije.

Caí en la cuenta de que Rosie y yo éramos probablemente las únicas personas del avión que no estaban aterrorizadas.

Cuando aterrizamos en Nueva York, nos condujeron a salas de interrogatorio distintas mientras registraban sus maletas. Me dejaron solo. Al ver que la cosa iba para largo, decidí aprovechar el tiempo visualizándome como padre.

Visualizar no se me da bien. No tengo una representación mental gráfica de las calles de Nueva York, ni un sentido instintivo de la orientación. Pero puedo enumerar las calles, las intersecciones, los monumentos y las estaciones de metro, así como leer la información orientativa —«Calle Catorce con Octava Avenida»— al salir de la estación. Parecía igual de eficaz.

Sin embargo, mi cerebro no disponía de ninguna imagen en que apareciésemos Rosie, yo y un bebé auténtico. En cierto modo no acababa de creérmelo, quizá por el

miedo original a ser padre inducido por Lydia, o quizá, como había sugerido Aaron *el Agente Federal*, porque podía considerar que no estaba a la altura. Se habían producido ciertas mejoras en ambos aspectos: Lydia me había concedido su confianza provisional, y recientemente Gene, Dave, Sonia e incluso George habían dedicado comentarios positivos a mi valía como ser humano fuera del campo de la investigación genética.

Ahora sólo tenía que imaginar el resultado.

Supuso un meticuloso esfuerzo de voluntad. Intenté integrar cuatro imágenes de un bebé y mis consecuentes respuestas emotivas.

Imaginé los dibujos de Bud en los azulejos de la pared de mi baño-despacho. Ninguna respuesta. El proceso de dibujarlos había tenido sin duda un efecto tranquilizador, pero ni la imagen de un feto genérico ni las fotos de la ecografía surtieron el menor efecto.

La representación mental de Rosie II, el bebé de Dave y Sonia, tampoco resultó particularmente útil; también era, de momento, un lactante genérico.

El recuerdo del bebé de más edad que había gateado por encima de mi cuerpo en el Proyecto de las Madres Lesbianas fue algo más satisfactorio. Recordaba aquella experiencia como divertida. Sospechaba que el nivel de diversión se incrementaría con la edad del bebé, obviamente dentro de ciertos límites. Recordé que la diversión generada por el bebé PML era del mismo tipo que la inducida por un cóctel Margarita. Quizá como dos Margaritas, pero no suficiente para empujarme a realizar acciones cuyas consecuencias me cambiasen la vida.

La última imagen era la del verdadero Bud. Imaginé a Rosie y el bulto. Incluso lo imaginé moviéndose, evidencia de vida humana. Mínimo impacto emocional.

Me enfrentaba al mismo problema que había experimentado durante el Proyecto Esposa. Estaba lisiado, «discapacitado», falto de los sentimientos necesarios para llevar a cabo una conducta normal. Mi respuesta emocional se dirigía hacia Rosie. Era de un nivel muy elevado, y si hubiese podido redirigirla parcialmente hacia el bebé, como al parecer había hecho Rosie con lo que sentía por mí, el problema se habría resuelto.

Por fin, un agente (edad aproximada, cincuenta; IMC aproximado de 32) abrió la puerta.

—Señor Tillman, hemos registrado el equipaje de su esposa y todo está en orden.

—¿Ninguna bomba? —La pregunta fue automática y, pensándolo bien, estúpida. Yo no había introducido ninguna bomba, y era indudable que Rosie tampoco.

—Ninguna bomba, tipo listo. Sin embargo, tenemos muchas leyes contra los que provocan incidentes y...

En este punto, la puerta volvió a abrirse —sin llamada previa—, y entró otra agente (edad aproximada, treinta y cinco; IMC de 22). Dado que trataba con la

autoridad y probablemente me arriesgaba a algún tipo de castigo, aquello me pareció un fastidio. Sin duda me manejaba mejor en las interacciones uno a uno que en las situaciones que involucraban a múltiples personas. Con el Poli Margarita las cosas habían ido bien; con el Poli Bueno y el Poli Malo, no tanto. Con Lydia a solas había hecho progresos; la participación de Sonia había requerido un subterfugio que inevitablemente había derivado en confusión. Incluso en nuestro informal grupo masculino, el paso de una relación a seis había creado dinámicas que me habían pasado por alto. Al parecer, Dave no aprobaba a Gene. Y yo lo sabía sólo porque Dave me lo había dicho directamente.

Apenas escuché lo que decía la nueva agente, porque el hilo de mis pensamientos me había conducido a una inmensa revelación. Debía contársela a Rosie lo antes posible.

—Al parecer, ha sido objeto de algunas molestias, profesor Tillman —dijo la agente.

—Correcto. Precauciones razonables para la prevención del terrorismo.

—Es muy comprensivo por su parte. Su vuelo despegará aproximadamente dentro de una hora, y usted y la señora Jarman son bienvenidos a bordo. El aeropuerto de Los Ángeles retendrá el vuelo a Melbourne para los pasajeros que lleguen con retraso. Pero si prefieren esperar un poco para recuperarse, una limusina los llevará a su casa, y mañana la señora Jarman podrá volar en clase *business* hasta Melbourne. También pasaremos su billete a clase *business* si desea acompañarla.

—Tengo que consultarlo con Rosie.

—Puede hablar con ella de inmediato. Pero agradeceríamos que hiciese algo por nosotros, a cambio de que mis colegas no sigan adelante con el incidente. Lo que quizá se vean obligados a hacer, aunque comprendemos que todo ha sido un malentendido.

Me dejó un documento de tres páginas, merodeó por la sala varios minutos, se fue y luego volvió, mientras yo traducía la jerga legal. Me planteé solicitar los servicios de un abogado, pero no vi que firmar tuviese implicaciones negativas graves. No pretendía comentar el incidente con los medios. Sólo quería hablar con Rosie. Firmé y me soltaron.

—¿Aceptarás la oferta de quedarte una noche en Nueva York? —pregunté a Rosie.

—Me quedo. Cualquier cosa es mejor que pasarse veinte horas embarazada en clase turista. Echaré de menos que la vida sea esta locura.

—Tienes que llamar a Phil para decirle que llegarás un día después.

—No me espera hasta enero. Es una sorpresa.

Se me había brindado una última oportunidad para encontrar una solución. Mi plan era sencillo, pero lo dificultaba el limitado tiempo disponible. Volvimos al piso a las 16.07 horas. Gene estaba allí, y dio por hecho que Rosie había regresado de forma permanente. El resultado fue una conversación embarazosa.

Al final, Gene dijo:

—Para ser sincero, esperaba que Don volviese solo. Le había preparado una velada emocionante.

Yo también había preparado mi propia velada emocionante.

—Tendremos que reprogramarla. Rosie y yo salimos y no volveremos hasta tarde.

—No es reprogramable —contestó Gene—. Fiesta de despedida de la facultad de Medicina. Empieza a las cinco y media, habrá terminado a las siete. Podéis cenar después.

—No es sólo cenar. Son una serie de actividades.

—Estoy muy cansada, no me apetece hacer nada —repuso Rosie—. ¿Por qué no te vas con Gene y pillas algo para cenar a la vuelta?

—Las actividades son fundamentales. Puedes beber un poco de café si lo consideras necesario.

—Si el avión no hubiese dado media vuelta, no haríamos nada. Tú estarías regresando en un vuelo de Los Ángeles. Así que tan fundamentales no pueden ser. ¿Por qué no me dices qué has planeado?

—Tiene que ser una sorpresa.

—Don, vuelvo a Australia. Supongo que pretendes hacer algo para que cambie de idea o has programado alguna cosa nostálgica que me ponga triste, como ir a la coctelería y preparar cócteles juntos, o comer en Arturo's o... Te advierto que el Museo de Historia Natural está cerrado.

Su expresión era «sonriente pero triste». Gene se había ido a su habitación.

—Lo siento —añadió—. Dime qué habías planeado.

—Lo que tú has dicho. Sólo te has dejado un elemento. Has acertado el setenta y cinco por ciento, incluido el museo, que descarté por el mismo motivo.

—Supongo que eso demuestra todo lo que hemos conseguido juntos. Finalmente he logrado meterme un poco en tu cabeza.

—Incorrecto. Un poco no. Tú eres la única persona que ha conseguido entenderme. Todo se inició cuando modificaste la hora del reloj para que pudiese preparar la cena según el horario previsto.

—La noche que nos conocimos.

—La noche del Incidente Chaqueta y de la Cena en el Balcón —recordé.

—¿Qué es lo que no he adivinado? —preguntó Rosie—. Has dicho que había acertado el setenta y cinco por ciento. Supongo que el helado.

—Error. El baile.

La fiesta de la facultad de Ciencias de Melbourne, donde Rosie había resuelto el problema técnico de mis aptitudes para el baile, había sido un momento decisivo. Bailar con Rosie había sido una de las experiencias más memorables de mi vida y, sin embargo, nunca la habíamos repetido.

—Ni hablar. ¡Así como estoy! —Me rodeó brevemente con los brazos, para demostrar que su forma modificada habría interferido en los movimientos—. Si hubiésemos salido esta noche, algo se habría torcido. Alguna locura. Estoy segura de que habría sido distinto a lo que habías planeado, pero mejor, y eso es lo que adoro de ti. Aun así, ahora la locura no va a funcionar. No es lo que necesito. No es lo que necesita Bud.

Era extraño, paradójico —¡una locura!—, que lo que Rosie más parecía valorar de mí, una persona sumamente organizada que evitaba las incertidumbres y lo planeaba todo al detalle, fuese que mi conducta generaba consecuencias impredecibles. Pero, si eso era lo que le gustaba, no iba a discutirlo. Lo que iba a discutirle era que abandonase algo que valoraba.

—Incorrecto. Necesitas menos locura, no cero locura. Necesitas una cantidad óptima de locura programada. —Había llegado el momento de explicarle mi análisis y la solución—. Al principio había sólo una relación. Tú y yo.

—Eso es algo simplista. ¿Qué me dices de Phil y...?

—El ámbito sujeto a consideración es nuestra unidad familiar. La suma de una tercera persona, Bud, incrementa el número de relaciones a tres. Una persona adicional triplica el número de relaciones binarias: tú y yo; tú y Bud; Bud y yo.

—Gracias por la explicación. Menos mal que no hemos tenido ocho hijos. ¿Cuántas relaciones habría entonces?

—Cuarenta y cinco, de las cuales las nuestras habrían sumado sólo el cuarenta y cinco por ciento del total.

Rosie se echó a reír. Durante aproximadamente cuatro segundos, pareció como si nuestra relación se hubiese reiniciado. Pero Rosie la había reiniciado en modo seguro.

—Sigue.

—Inicialmente, la multiplicación de relaciones derivó en confusión.

—¿Qué clase de confusión?

—Por mi parte. Con relación a mi función. La Relación Número Dos era la tuya con Bud. Debido a que era nueva, me propuse contribuir mediante recomendaciones para el mantenimiento dietético y personal, algo que tú consideraste, razonablemente, una interferencia. Yo era molesto.

—Intentabas ayudar. Pero yo necesitaba encontrar mi propio camino. Incluso diría que, por una vez, Gene tiene razón: es algo biológico. Las madres son más importantes que los padres, al menos al principio.

—Por supuesto. Pero tu atención concentrada en el bebé ha reducido tu interés en nuestra relación, debido a una simple dilución de tiempo y energía. Nuestro matrimonio se ha deteriorado.

—Ha sido algo gradual.

—Iba bien antes del embarazo.

—Supongo. Pero ahora me he dado cuenta de que tampoco era suficiente. Creo que, de algún modo, ya lo intuía entonces.

—Correcto. Requieres la relación adicional por razones emocionales. Pero no deberías descartar otra relación de calidad sin investigar todas las formas razonables de conservarla.

—Don, cuidar de un bebé no es compatible con la que era nuestra forma de vida. Dormir hasta tarde, salir de copas, hacer que los aviones den media vuelta... Es una vida totalmente distinta.

—Desde luego. Tendremos que modificar el programa. Pero deberemos incorporar actividades conjuntas. Predigo que, sin el estímulo intelectual ni la locura a los que te has habituado, perderás la razón. Y posiblemente adquirirás alguna enfermedad depresiva, como pronosticó Lydia.

—¿Demente y deprimida? Encontraré algo que hacer. Pero no tendré tiempo para...

—Esa es la cuestión. Ahora que vas a estar ocupada con Bud, yo debo hacerme responsable, en su totalidad, de nuestra relación. Organizar actividades, obviamente subordinadas a las necesidades del bebé.

—Las relaciones no pueden ser responsabilidad de una sola persona. Hacen falta dos...

—Incorrecto. Sin duda, tiene que haber el compromiso de todos los participantes, pero una persona puede actuar como impulsor.

—¿De dónde has sacado eso?

—De Sonia. Y de George.

—¿George el de arriba?

Asentí.

—Así que los expertos lo apoyan.

—Es más una cuestión de experiencia que de teoría. Los matrimonios de todos los psicólogos que conocemos han fracasado. O, en tu caso, están en situación de riesgo.

Ese también era un punto débil del consejo de George, pero juzgué que no era útil informar a Rosie de su larga historia conyugal.

—Creo que casi todas las parejas, y sobre todo las que siguen juntas, aceptan que la relación tiene que encajar algunos golpes.

—De los que los participantes nunca se recuperan. —Volvía a basarme en la experiencia de George. Y posiblemente en la de Gene. Y potencialmente en la de Dave—. Mi propuesta es que intentemos retener todo cuanto podamos de nuestra relación interpersonal previa, subordinándola a las necesidades del bebé. Me ofrezco a encargarme de todo el trabajo requerido; sólo tendrás que aceptar el objetivo y ofrecer una cooperación razonable.

Rosie se levantó para prepararse una infusión frutal. Identifiqué el gesto como un código para «Cállate un momento, Don. Tengo que pensar».

Fui a la bodega y me serví una cerveza para gestionar mi propio estado emocional.

Cuando Rosie volvió a sentarse, había llegado a algunas conclusiones perspicaces. Por desgracia.

—Creo que es más importante para ti, Don, porque no has conectado con el bebé. No has hablado de la tercera relación. Sigues centrado en ti y en mí. La mayoría de los hombres transfieren parte de su amor a sus hijos.

—Sospecho que la transferencia llevará un tiempo. Pero, si no te acompaño, tendré cero participación. ¿Me consideras, como padre, peor que cero?

—Don, creo que estás configurado de forma distinta. Funcionó con nosotros dos, pero no creo que estés diseñado para ser padre. Siento expresarlo así, pero creía que, de algún modo, tú llegarías a la misma conclusión.

—Tampoco creías que estuviese configurado para el amor. Te equivocaste. Puede que te equivoques otra vez...

Gene salió de su habitación.

—Siento interrumpiros, pero tengo que ir a esa fiesta de la facultad. ¿No salís?

—No —respondió Rosie.

—Acompañadme, entonces. Los dos.

—Yo me quedo. No me han invitado —dijo Rosie.

—Las parejas están invitadas. Tienes que venir, es tu última noche en Nueva York. Y Don no lo reconocerá, pero también le conviene venir.

—¿De verdad quieres que vaya? —me preguntó Rosie.

—Si no nos acompañas, me quedo en casa —dije—. Quiero aprovechar al máximo el tiempo que le queda a nuestro matrimonio.

Cuando nos preparábamos para irnos, sonó el móvil. No reconocí el número.

—Don, soy Briony.

Tardé unos instantes en recordar quién era Briony. ¡B1! Y B1 nunca contactaba conmigo directamente. Me preparé para un conflicto.

—Me parece increíble lo que has hecho —añadió.

—¿Qué?

—¿No has visto lo del *New York Post*?

—No lo leo.

—Puedes verlo *on-line*. No sé qué decir. Ninguna de nosotras se lo habría imaginado.

Abrí la puerta de mi baño-despacho para buscar la página web del *New York Post*. Rosie estaba sentada en el borde de la bañera, delante de los azulejos de Bud.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté. No estaba siendo agresivo; la pregunta tenía

un sentido absolutamente literal.

—He entrado a robarte una pastilla para dormir. Para el vuelo de mañana.

—Los somníferos...

—Stilnox. Principio activo, zolpidem. Tercer trimestre, una pastilla. Sin efectos adversos. Wang, Lin, Chen, Lin y Lin, 2010. Hay más probabilidades de que me haga desnudarme y bailar en el avión que de que dañe al bebé.

Volvió a mirar los azulejos de Bud.

—Don, son increíbles.

—Ya los habías visto.

—¿Cuándo? Nunca entro aquí.

—La noche del parto del ternero *Dave*. Cuando Gene se cayó en la bañera.

—Vi a mi director de tesis revolcándose desnudo. No tuve tiempo de comprobar el diseño de los azulejos. —Sonrió—. Este es nuestro bebé, Bud, en todas sus semanas de vida, ¿verdad?

—Incorrecto. Es un embrión, feto... bebé en desarrollo genérico. Con la excepción de los azulejos trece y veintidós, que copié de las ecografías.

—¿Por qué no me lo dijiste? Yo mirando imágenes del libro y tú aquí, dibujando las mismas imágenes...

—Me dijiste que no querías comentarios técnicos.

—¿Cuándo dije eso?

—El veintidós de junio. El día posterior al Incidente del Zumo de Naranja.

Rosie me cogió la mano y la estrechó. Todavía llevaba los dos anillos. Debió de notar que los miraba.

—El anillo de mi madre se ha quedado atascado. Es algo pequeño, y supongo que los dedos se me han hinchado un poco. Si quieres el tuyo de vuelta, tendrás que esperar.

Siguió mirando los azulejos, mientras yo localizaba el artículo del *New York Post*.

«Padre del año: celebra con una cerveza la salvación de su hijo concebido por madres lesbianas».

Era consciente de que con frecuencia los periodistas adolecen de falta de precisión, pero el artículo de Sally Goldsworthy excedía todas las posibilidades de desinformación imaginables.

Don Tillman, catedrático de Medicina australiano invitado por Columbia y principal investigador del vínculo entre el autismo y el cáncer hepático, donó su esperma a dos lesbianas y luego salvó la vida de uno de sus hijos. Con auténtico estilo australiano, el profesor Tillman se tomó una pinta de cerveza para brindar por la cesárea de emergencia que acababa de practicar en su casa de Chelsea, y dijo tener la más absoluta confianza en la capacidad de las dos madres para criar a sus hijos sin él.

Demostró que también había aprendido algo de Estados Unidos:

«Las madres lesbianas no son lo estándar, desde luego. Por consiguiente, no debemos esperar resultados estándar. Además, la búsqueda de la estandarización sería totalmente antiamericana».

Yo aparecía en una foto, posando con mi cuchillo de cocina Santoku, como me había pedido el fotógrafo.

Le enseñé el artículo a Rosie.

—¿Tú has dicho eso?

—Por supuesto que no. El artículo está lleno de errores ridículos. Típicos de la exposición de temas científicos por parte del periodismo popular.

—Me refiero a lo de los resultados no estándar. Suena a ti, pero es tan...

Esperé a que acabase la frase, pero fue incapaz de encontrar un adjetivo que describiera mi afirmación.

—La cita es correcta. ¿Estás en desacuerdo?

—Para nada. Yo tampoco quiero que Bud sea estándar.

Envié el enlace a mi madre por correo electrónico. Insistió en que le remitiese todas mis menciones en la prensa para enseñárselas a nuestros parientes, independientemente de su precisión. Incluí una nota en que afirmaba no haber fecundado a ninguna lesbiana.

—Eso explica por qué mañana volamos en clase *business* en lugar de estar sentados en Guantánamo —dijo Rosie—. No querían el titular: «La TSA acosa a un cirujano heroico por ser excepcional».

—No soy cirujano.

—No, pero sí eres excepcional. Tenías razón sobre mi fobia a la sangre y las heridas. Debía hacerlo una vez. Formamos un buen equipo, ¿verdad?

Rosie estaba en lo cierto. Habíamos sido un equipo excelente. Un equipo de dos.

El metro estaba lleno de personas con gorros de Papá Noel. De haber sido aceptable como padre, un día yo habría tenido que interpretar ese papel. Habría tenido que hacer todas las cosas que antes había hecho mi padre, un experto en regalarnos cosas no estándar a Michelle, Trevor y a mí.

Habría tenido que aprender todo un nuevo conjunto de aptitudes y dominar numerosas actividades. Basándome en observaciones de mis padres, así como de Gene y Claudia, algunas de esas actividades habrían sido proyectos conjuntos con Rosie.

La fiesta de la facultad se celebraba en una gran sala de reuniones. Calculé el número de invitados en ciento veinte. Sólo uno de ellos era inesperado. ¡Lydia!

—No me había percatado de que trabajabas en Columbia —le dije.

Si era una colega, sin duda nuestra interacción implicaba nuevos problemas éticos.

Ella sonrió.

—Soy la acompañante de Gene.

Como es habitual en estas ocasiones, había alcohol de baja calidad, tentempiés sin interés y demasiado ruido para entablar cualquier interacción productiva. Resulta increíble que alguien sea capaz de reunir en un mismo sitio a varios de los investigadores médicos más eminentes del mundo, simplemente para embotar sus facultades con alcohol y ahogar su voz en música que sin duda ellos no dejarían poner a sus hijos en casa.

Tardé tan sólo dieciocho minutos en consumir suficiente comida para eliminar la necesidad de cenar. Esperaba que Rosie hubiese hecho lo mismo. Estaba a punto de ir en su busca para sugerirle que nos fuéramos, cuando David Borenstein anunció algo por el micrófono del escenario. Yo no veía a Rosie. Quizá no se había percatado de que el inicio de las formalidades era la señal para irnos.

—Este ha sido un gran año para la facultad —declamó el decano.

Era como si estuviera en Melbourne; la decana de allí habría dicho exactamente lo mismo. Siempre era un gran año. También había sido un gran año para mí. Aunque con un final desastroso.

—Se han producido algunos logros importantes —prosiguió el decano—, a los que sin duda brindarán el reconocimiento que merecen los foros apropiados. Pero esta noche quiero celebrar unos cuantos que quizá no...

Cuando el decano llamó al escenario a varios investigadores para que los aplaudieran por sus dotes didácticas y asesoras, mientras mostraba vídeos de mala calidad como prueba de su trabajo, empecé a sentirme mejor. No era mi destino criar hijos directamente, pero llegaría el día en que un buen padre —alguien que contribuía

de forma valiosa a la educación de su hijo— decidiría no beber demasiado alcohol porque una prueba genética había indicado que era propenso a la cirrosis, y de ese modo sobreviviría para criar a su hijo. Esa prueba sería el resultado de mis seis años de trabajo criando ratones, emborrachándolos y diseccionando sus hígados. Tal vez una pareja de lesbianas tomaría decisiones más seguras y convenientes sobre cómo criar a sus hijos gracias al Proyecto de las Madres Lesbianas, del que también había formado parte. Quizá me quedaban de cuarenta y cinco a cincuenta años más para seguir contribuyendo a la mejora de nuestra sociedad, y vivir una vida plena y con sentido.

Echaría de menos a Rosie. Como Gregory Peck en *Vacaciones en Roma*, se me había concedido un regalo inesperado, destinado a ser temporal debido a quién era yo. Paradójicamente, la felicidad me había puesto a prueba. Pero había llegado a la conclusión de que ser yo mismo, con todos mis defectos intrínsecos, era más importante que tener aquello que más quería en el mundo.

Reparé en que Gene estaba a mi lado, dándome codazos en las costillas.

—Don, ¿estás bien?

—Por supuesto.

Mis pensamientos habían silenciado las palabras del decano, pero ahora volví a concentrarme en lo que decía. Al fin y al cabo, ese era mi mundo.

—Y con la misma actitud y dedicación que el Nobel australiano que tragó bacterias para demostrar que le producirían úlcera, uno de nuestros australianos también ha corrido un gran riesgo en aras de la ciencia.

En la pantalla que había detrás del decano apareció una grabación. Era yo, el día en que me había echado al suelo y había dejado que el bebé de una pareja de lesbianas me gateara por encima para determinar el efecto en sus niveles de oxitocina. Todos empezaron a reír.

—El profesor Don Tillman, como nunca lo habíamos visto antes.

Era verdad. Me quedé perplejo. Se me veía obviamente feliz, mucho más de lo que recordaba. Tal vez en ese momento no fui capaz de apreciar correctamente mi estado emocional porque estaba concentrado en realizar el experimento de forma adecuada. El vídeo duraba unos noventa segundos. Noté que había alguien más a mi lado. Era Rosie. Me agarraba muy fuerte del brazo y lloraba con profusión.

No tuve la oportunidad de determinar la causa de su emotividad, porque David añadió:

—Aunque quizá estaba practicando: Don y su pareja, Rosie, esperan su primer hijo para Año Nuevo. Tenemos un regalito para vosotros.

Me dirigí al escenario con Rosie. Tal vez fuese inapropiado aceptar un regalo que se nos concedía partiendo de la premisa de que seguíamos juntos. Estaba aún planteándome qué debía decir al respecto cuando Rosie resolvió el problema.

—Sólo di «gracias» y acéptalo —susurró mientras subíamos al escenario. Me daba la mano, lo que probablemente reafirmaba esa impresión incorrecta.

El decano nos entregó un paquete. Estaba claro que era un libro. Después dirigió a todos las felicitaciones de rigor, y la gente empezó a irse.

—¿Podemos esperar un momento? —preguntó Rosie, que parecía parcialmente recuperada.

—Por supuesto.

Al cabo de cinco minutos, todos se habían marchado, Gene y Lydia incluidos. Sólo quedábamos David Borenstein, su ayudante y nosotros.

—¿Te importaría volver a enseñarnos el vídeo de Don? —preguntó Rosie.

—Ya estoy recogiendo —dijo el ayudante—; pero podéis quedaros el DVD si queréis.

—Me parecía el detalle perfecto para despedirnos del trimestre en estas fechas. El lado cálido del frío hombre de ciencias. Supongo que esa faceta tú la conoces muy bien —le dijo el decano a Rosie.

Regresamos en metro a lo que había sido nuestro hogar. Rosie no hablaba. Eran sólo las 19.09 horas, y me pregunté si debía intentar, una vez más, persuadirla de que participara en las experiencias memorables que había planeado. Pero me encantaba darle la mano en nuestra última noche y consideré sensato no hacer nada que pudiese cambiar la situación. Llevaba el regalo del decano en la otra mano, por lo que Rosie tuvo que abrir la puerta del piso.

Gene esperaba con una mágnum de champán y múltiples copas... porque teníamos múltiples invitados. Para ser más preciso, había siete copas. Las llenó y distribuyó seis de ellas: para mí, Rosie (infringiendo las normas del embarazo), Lydia, Dave, George y él.

Yo tenía varias preguntas, entre ellas la razón de la presencia de Dave y George, pero empecé por la más obvia.

—¿Para quién es la séptima copa?

La pregunta la respondió un hombre muy alto, de complexión fuerte y unos sesenta años que entró del balcón, donde supuse que se había fumado un cigarrillo. Era 34, Phil, el padre de Rosie, que en teoría estaba en Australia.

Rosie me apretó la mano muy fuerte, como si quisiera ganar créditos en la asignatura de estrechar manos; luego me soltó y corrió hacia Phil. Yo hice lo mismo. Mi cerebro se inundó de una inmensa compasión por el sufrimiento que debió de padecer la noche en que murió su esposa. Sin duda era el resultado del Ejercicio de Empatía Phil y las pesadillas resultantes, y fue tan potente que superó mi desagrado por el contacto físico. Alcancé a Phil más o menos un segundo antes que Rosie, y lo abracé.

Se sorprendió, como era de esperar. Supongo que todos se sorprendieron. Al cabo de unos instantes, con su apoyo, lo solté. Recordé su promesa de venir a darme una «paliza de la hostia» si la fastidiaba. Era obvio que yo había cumplido esa condición.

—¿Qué habéis hecho, vosotros dos? —No esperó la respuesta y sacó a Rosie al balcón. Deseé que la sorpresa no la empujara a fumarse un cigarrillo.

—Cuando volvimos lo encontramos aquí, esperando —me explicó Gene—. Acampado delante de la puerta, con su equipaje de mano.

No todos eran tan atentos como un servidor en lo de evitar la entrada de visitas no autorizadas, aunque yo habría reconocido a Phil, por supuesto, y le habría permitido el acceso.

—¿Ha explicado por qué ha venido? —pregunté.

—¿Hace falta? —repuso Gene.

Recordé que Phil no bebía alcohol, y rápidamente me bebí su copa para que no sintiera vergüenza.

Gene explicó que había convocado a Dave y George para darme un regalo colectivo. Por su forma y tamaño, deduje que probablemente se trataba de un DVD. Sería mi único DVD, pues yo descargo todo mi material de vídeo.

Me pregunté si Lydia habría participado en esa decisión ecológicamente irresponsable.

Cuando volvieron Rosie y Phil, abrí el regalo del decano. Era un libro de humor sobre la paternidad. Lo dejé en la mesa sin hacer comentarios.

El regalo de Gene, Dave y George era una copia de *¡Qué bello es vivir!*; me dijeron que se trataba de una película típica de Navidad. Resultaba una elección muy poco imaginativa para ser de tres de mis amigos más cercanos, pero yo era consciente de que elegir regalos es algo sumamente difícil. Sonia me había sugerido que, como regalo navideño para Rosie, adquiriese ropa interior elegante de máxima calidad, pues era lo que se solía regalar durante los primeros años de matrimonio. Me había parecido una idea brillante, y además me había permitido reemplazar los artículos dañados por el Incidente Colada Color Malva, pero el proceso de hacer encajar las existencias de Victoria's Secret con los originales teñidos de malva había sido complejo. El regalo seguía en mi despacho.

—Venga —dijo Gene—, bebamos champán mientras vemos *¡Qué bello es vivir!* «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

—No tenemos televisor —advertí.

—En mi casa —dijo George.

Todos subimos a su piso.

—Las metáforas no son el fuerte de Don —dijo Gene mientras George cargaba el DVD—, así que, Don, te hemos comprado esta película porque te pareces un poco a George.

Miré a George. Era una comparación extraña. ¿Qué tenía yo en común con una antigua estrella de rock?

Gene se echó a reír.

—Hay un George en la película. Es el personaje que interpreta James Stewart. Ayuda mucho a sus amigos. Permitidme ser el primero en ofrecer mi testimonio.

Cuando ya nada podía salvar mi relación con Claudia, Don fue el último en abandonar. Me ofreció un sitio donde vivir, aunque Rosie tenía todos los motivos del mundo para dificultarle esa decisión. Ha sido un mentor para mi hijo y mi hija, y... —Gene tomó aire y miró a Lydia— me puso en mi lugar cuando la cagué. No por primera vez.

Gene se sentó y Dave se levantó.

—Don ha salvado a mi bebé, mi matrimonio y mi negocio. Sonia va a hacerse cargo de la parte administrativa de mi trabajo. Así podré pasar más tiempo con ella y con Rosie. Nuestra hija.

Rosie me miró a mí, después a Dave y después otra vez a mí. No la habían informado del nombre elegido.

George se levantó.

—Don... —Lo abrumó la emoción y no pudo continuar. Intentó abrazarme y probablemente no obtuvo respuesta por mi parte.

Gene tomó de nuevo la palabra.

—Rosie y yo estábamos presentes la noche en que Don decidió que lo más importante de su vida podía esperar, mientras él cuidaba de otra persona. Para el resto de vosotros, Don tiene grabado el acontecimiento en vídeo.

Me sentía avergonzado. Soy experto en la resolución de problemas, pero sólo en un sentido práctico. Soluciones como sugerir que una contable ayude en el negocio de su marido o un cambio de personal en un grupo de rock merecían cierto reconocimiento, pero no semejante reacción emotiva.

Entonces Lydia —¡Lydia!— se levantó.

—Gracias por permitirme formar parte de este homenaje. Sólo me gustaría decir que el ejemplo de Don me ha ayudado a superar un... prejuicio. Gracias, Don.

El testimonio de Lydia fue un poco menos emotivo, lo que supuso todo un alivio. Me sorprendió que mis argumentos la hubiesen convencido de que era aceptable consumir marisco y pescado no sostenibles.

Todos miraron a Phil unos segundos, pero él no habló.

George puso la película, y entonces llegaron los cuatro Dead Kings, el Príncipe incluido. George III nos sirvió cerveza a todos, y, cuando la película volvía a estar a punto de empezar, los Esler llamaron a la puerta, seguidos poco después de Inge. Gene y Rosie habían hecho algunas llamadas. Lydia y Judy Esler salieron al balcón, donde estuvieron un buen rato.

Me pareció apropiado invitar a los amigos locales que quedaban. Llamé al decano y a Belinda —B3—, y una hora después teníamos al Equipo B al completo, así como a los Borenstein. George sirvió más cerveza y, por primera vez, su piso pareció un auténtico *pub* inglés en pleno funcionamiento. Se lo veía sumamente feliz en su papel de anfitrión. Rosie había retomado el gesto de cogerme de la mano.

La historia de las dificultades y el casi suicidio del personaje de James Stewart era interesante y altamente eficaz a la hora de manipular las emociones. Era la

primera vez que lloraba con una película, pero fui consciente de que los demás respondían del mismo modo. Es cierto que, por mi parte, experimentaba una sobrecarga emocional debido a la proximidad de Rosie, al apoyo que me habían dado las personas más importantes de mi vida y al dolor que me provocaba el fin de mi matrimonio. Rosie iba a dejar un vacío espantoso.

Tuvo que explicarme, cuando terminó la película, que había cambiado de idea.

Rosie y yo pasamos las mejores Navidades de nuestra vida. Durante el trayecto en avión de Los Ángeles a Melbourne, cruzamos la Línea Internacional de Cambio de Fecha, lo que en la práctica acabó eliminando el día que tanto estrés me había causado. Nos ascendieron a primera clase, pues el avión sólo iba medio lleno. Los auxiliares de vuelo fueron increíblemente simpáticos. Rosie y yo hablamos de Navidades pasadas, que también habían sido dolorosas para ella por la ausencia de su madre, debido a su fallecimiento. La familia de Phil y los parientes maternos eran buenas personas, pero se entrometían excesivamente en su vida. Eso yo podía entenderlo muy bien.

Hablamos de nuestros planes. Rosie había aceptado mi teoría de las tres relaciones, y estaba impaciente por probar mi propuesta de la división de responsabilidades. Mi actuación con el bebé de las madres lesbianas la había convencido de que podría relacionarme emocionalmente con Bud. Le advertí que me llevaría algún tiempo.

—Bien, lo comprendo. Supongo que lo que me preocupaba es que estropearas mi relación con él, o ella... —confesó.

—Pues tendrías que habérmelo dicho. Se me da bien resolver problemas y seguir instrucciones. Habría hecho lo que fuese necesario, cualquier cosa, para conservar nuestra relación.

La responsabilidad que me había adjudicado encajaba con mi instinto, del mismo modo que la prioridad que Rosie daba al bebé encajaba con el suyo.

Rosie aplazaría unos meses su decisión de si continuaba en Columbia. Me pareció razonable.

Phil decidió quedarse en Nueva York por Navidad, compartiendo nuestro piso con Gene y también con Carl y Eugenie, que iban a reunirse con su padre en enero. Phil estaba contentísimo con todo —ver a Rosie, la situación Bud, que Rosie y yo siguiéramos juntos—, pero comprendió que nos encantaría pasar unos días solos en su casa de Melbourne, para recuperarnos del *jet lag* y aclimatarnos al verano.

Nadie más estaba al corriente de nuestra llegada, por lo que pasamos ocho días solos, sin interrupciones. ¡Fue increíble! El placer de interactuar con Rosie se amplificó porque sabía que casi la había perdido.

La casa de Phil, situada en las afueras de Melbourne, tenía conexión a Internet de banda ancha, que era todo lo que necesitaba para comunicarme con Inge y el Equipo B, y seguir actualizando ambos proyectos.

Phil volvió el 10 de enero. Toda la familia quería que nos quedásemos en Melbourne para el parto, y David Borenstein apoyó la decisión. Rosie ya había cancelado sus planes de dar a luz en Estados Unidos, y se había puesto en contacto

con un hospital de Melbourne en cuanto decidió dejarme, por lo que seguir con ese plan era la solución más simple.

Pasamos tres días en casa de mi familia, en Shepparton. Hablar del Proyecto de la Cuna Insonorizada con mi padre alivió el estrés de la interacción. Charlamos durante mucho tiempo, hasta mucho después de la hora de acostarnos, y sin el apoyo de alcohol. Mi padre había resuelto algunos problemas prácticos con el uso de los materiales, y el equipo de investigadores coreanos negociaba los derechos de esas mejoras y la participación continuada de mi padre. Era improbable que se hiciese rico con ese proyecto, pero, en esa situación, que recordaba a la del Traspaso de Testigos, tendría que dejar la responsabilidad de la ferretería en manos de mi hermano Trevor. A mi hermano lo complacía inmensamente ese desenlace. Me pregunté si, un día, yo le entregaría algo de mi vida a Bud.

Para mi sorpresa, y contrariamente a las predicciones de Gene, mi madre y Rosie se llevaron bien y parecieron tener mucho en común.

Nuestro bebé emergió sin problemas (aparte del esperado malestar del parto, para el que mis lecturas me habían preparado) a las 02.04 horas del 14 de febrero, el segundo aniversario de nuestra primera cita, el Incidente Chaqueta y la Cena del Balcón. Absolutamente todos mencionaron que era San Valentín, lo que explicaba que hubiese tenido tantas dificultades para reservar mesa en un prestigioso restaurante dos años atrás.

Habría sido fascinante observar el proceso del parto, pero seguí el consejo de Gene de quedarme «en el extremo de la cabeza» y proporcionar apoyo emocional, más que observar como científico. Rosie estaba sumamente feliz con el resultado, y a mí me sorprendió descubrir que yo mismo experimentaba una reacción emocional inmediata, aunque no fue tan intensa como cuando Rosie había decidido reconstituir nuestra relación.

El género del bebé es masculino, y en consecuencia le hemos dado un nombre masculino convencional. Hubo cierto debate.

—No podemos llamarlo Bud. Es un apodo; un apodo americano —objetó Rosie.

—La cultura de Estados Unidos es omnipresente. Bud Tingwell era australiano.

—¿Quién era Bud Tingwell?

—Un famoso actor australiano. Actuó en *El laberinto de Malcolm* y *La última botella*.

—Nómbrame un científico que se llame Bud.

—Puede que nuestro hijo no sea científico. Abbott de Abbott y Costello se llamaba Bud. Bud Powell fue un importantísimo pianista de jazz. Bud Harrelson fue un parador en corto de primera.

—¿Con los Yankees?

—Los Mets.

—¿Quieres ponerle el nombre de un jugador de los Mets?

—Bud Cort era Harold en *Harold y Maude*. Bud Freeman, otro influyente músico de jazz, saxofonista. Además hay numerosos Buddys.

—Te has documentado, ¿verdad? No sabes nada de jazz.

—Por supuesto. Para tener un argumento convincente que nos permitiera conservar el nombre. Me parece extraño cambiarle el nombre a alguien por un solo acontecimiento de su vida. Tú no te cambiaste de nombre cuando nos casamos.

—¡Estamos hablando de su nacimiento! Además, Bud son las iniciales de «Bebé Único en Desarrollo». Primero, ya no está en desarrollo, se ha convertido en un auténtico bebé, y, segundo, no será un bebé para siempre.

—Es una lástima que Hud no sea un nombre.

—¿«Hud»? —preguntó Rosie.

—«Humano Único en Desarrollo».

—Es el nombre de un profeta; un profeta islámico. No eres el único que sabe cosas.

—Inaceptable. Un vínculo ostensible con una religión determinada es inadecuado.

—Podría ser la abreviatura de «Hudson».

Consideraré unos instantes la sugerencia de Rosie.

—Una solución perfecta. Concatenación de «Humano Único en Desarrollo» y *son*, «hijo» en inglés. Vínculo con Nueva York, el lugar de concepción, a través del río y el explorador a él asociado. Y uso australiano vinculado con el Incidente Terrorista que salvó nuestra relación.

—¿Qué?

—Hudson Fysh fue el fundador de Qantas. Conocimiento adquirido gracias a la revista de la aerolínea.

—Y Peter Hudson, el jugador de fútbol australiano, era el héroe de Phil. Pero hay un problemilla. Recuerda que la D viene de «en Desarrollo». Y ahora él ya es totalmente humano. Aunque también podríamos decir que es el hijo de un humano único en desarrollo.

—Correcto. Los humanos deberían estar en desarrollo de forma permanente.

Rosie se echó a reír.

—Sobre todo el padre de Hudson.

—Puesto que has mencionado sólo un problema y se ha descartado, asumo que ahora nuestro hijo se llama Hudson.

—Es difícil discutirte los argumentos lógicos. Como siempre.

Otra tarea conjunta completada con éxito. Devolví a Hudson a su madre para que lo alimentase. Tenía que programar que Phil hiciese de canguro para que Rosie y yo empezásemos nuestras clases de tango.

Agradecimientos

El Proyecto Esposa concluyó con una lista de agradecimientos larga y probablemente incompleta, que reflejaba su trayecto de cinco años desde el concepto hasta la publicación. Yo aprendía a escribir al mismo tiempo, y fueron muchos los que me ayudaron con sus consejos generales y sus ánimos, así como con sugerencias específicas sobre el manuscrito.

Gracias en gran medida a los consejos recibidos, inicié *El Efecto Matrimonio* con una idea más clara de lo que hacía y escribí el primer borrador contando con la ayuda significativa de únicamente dos personas. Mi esposa, Anne Buist, a quien dedico el libro, aportó sus conocimientos de narradora y su experiencia como profesora de Psiquiatría. No se hace responsable de las opiniones de Gene sobre la teoría de la vinculación. Mi amigo Rod, que con su esposa Lynette fueron la inspiración de *El Proyecto Esposa* (y a quienes se lo dediqué), fue mi otro sabio consejero. De nuestras conversaciones mientras hacíamos *jogging* junto al río Yarra de Melbourne nacieron la cuna insonorizada, el Incidente del Atún Rojo y la Bronca de la Preparación al Parto.

Tuve una suerte inusual en el proceso de edición: además de Michael Heyward y Rebecca Starford, de Text Publishing, varios de mis editores internacionales me facilitaron notas detalladas: Cordelia Borchardt, de S. Fischer Verlag; Maxine Hitchcock, de Michael Joseph; Jennifer Lambert, de HarperCollins Canadá; Marysue Rucci, de Simon & Schuster, y Giuseppe Strazzeri, de Longanesi.

Mis primeros lectores también me brindaron sugerencias muy valiosas: Jean y Greg Buist, Tania Chandler, Eamonn Cooke, Corine Jansonius, Peter McMillan, Rod Miller, Helen O'Connell, Dominique y Daniel Simsion, Sue Waddell, Geri Walsh y Heidi Winnen. Gracias también a Shari Lusskin, April Reeve y Meg Spinelli por su conocimiento local de Nueva York y de los estudios de Medicina en Estados Unidos, a David Lange por su asesoramiento en refrigeración y a Chris Waddell por sus historias sobre la batería. W. H. Chong ha diseñado la cubierta australiana.

Las referencias a la investigación sobre psicología y embarazo incorporan los prejuicios de personajes ficticios y deben interpretarse con cierto humor. En particular, la visión de Don de *Qué se puede esperar cuando se está esperando*, la utilización de Rosie de varios estudios para apoyar sus elecciones dietéticas y la referencia implícita al trabajo de Feldman *et al*, como base para el Proyecto de las Madres Lesbianas no representan necesariamente las intenciones de sus autores.

Muchos editores, libreros y lectores de todo el mundo han contribuido al éxito de *El Proyecto Esposa*, y ya están haciendo lo mismo con *El Efecto Matrimonio*. En Australia, debo dar las gracias a Anne Beilby, Jane Novak, Kirsty Wilson y sus equipos de Text Publishing, por apoyar mi novela y por su creatividad para acercarla a un amplio público.



GRAEME SIMSION (Auckland, Nueva Zelanda, 1956). En la actualidad reside en Melbourne. Después de una exitosa carrera en el campo de la informática, en 1999 vendió su empresa y decidió dedicarse a escribir a tiempo completo. Desde entonces ha publicado narraciones breves y obras de teatro, y ha producido algunos cortos a partir de guiones propios. Concebida originalmente como guión cinematográfico — con el que obtuvo el AWG/ Inception Award al Mejor Guión de Comedia Romántica —, *El Proyecto Esposa*, primera novela de Simsion, se convirtió en todo un fenómeno de ventas en Australia, e incluso antes de ser publicada ya le habían otorgado el Victorian Premier's Unpublished Manuscript Award (premio al manuscrito no publicado). Más tarde, el fenómeno adquirió dimensión global: la novela se tradujo a treinta idiomas y superó el millón de ejemplares vendidos en todo el mundo.